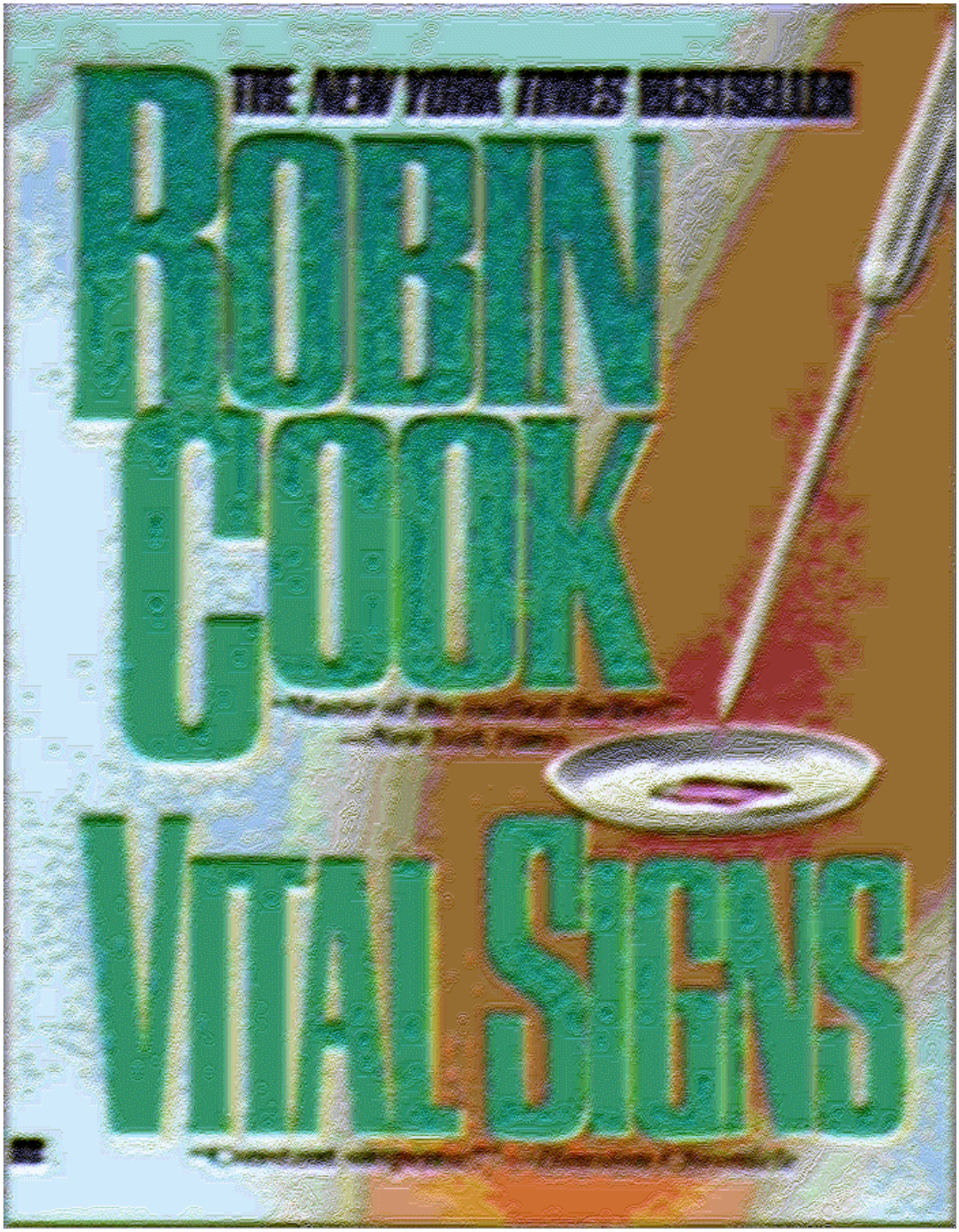
SIGNOS VITALES
ROBIN COOK



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Signos vitales no se hubiera escrito nunca sin la colaboración de Jean Reeds, cuyo conocimiento profesional y personal del corazón humano sólo es superado en magnitud por el suyo propio.

Este libro está dedicado a las innumerables parejas que han sufrido las molestias y tribulaciones emocionales y fisicas de la infertilidad y de sus modernos tratamientos.

Este libro es una obra de ficción. Tanto los nombres de sus personajes como los incidentes que ocurren en él son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, tanto vivas como muertas, es completamente casual.

PROLOGO

16 DE FEBRERO DE 1988

Las bacterias infecciosas llegaron en un rápido chorro como si fluyeran de una cloaca. En un instante, varios millones de microorganismos delgados y con forma de bastones llenaron el lumen de las trompas de Falopio. La mayoría se agrupaban en pequeños racimos apretados. Se instalaron en los repliegues aterciopelados de la mucosa y anidaron en sus cálidos valles y perfiles, absorbiendo los abundantes nutrimentos y expulsando sus propias sucias excreciones.

Las delicadas células que revestían el interior de los oviductos fueron incapaces de resistir aquella repentina horda invasora. Los desechos de las bacterias proteínas cáusticas y sucias grasas quemaban como ácido provocando la destrucción instantánea de los finos cilios cuya función normal es desplazar el óvulo fecundado hacia el útero.

Las células tubulares liberaron sus sustancias químicas defensivas y mensajeras avisando al cuerpo y reclamando su ayuda.

Por desgracia, esas secreciones defensivas no tuvieron el menor efecto sobre las bacterias, cuyas membranas se encontraban protegidas por una envoltura de lípidos cerosa y de color castaño.

Los estudiantes de medicina, con sus frescos recuerdos de los laboratorios de microbiología, habrían reconocido esas bacterias, o habrían creído reconocerlas. Las paredes celulares grasientas de las bacterias eran resistentes a los ácidos, capaces de absorber ciertos colorantes y de resistir a la decoloración con alcohol ácido. Los estudiantes de medicina habrían gritado al unísono « ¡Tuberculosis!», con una satisfacción que rayaba en la autocomplacencia.

Tuberculosis o no, en lo que se refiere a las células de las trompas cualquier clase de bacterias invasoras significaban problemas. Las sustancias químicas mensajeras que habían liberado iniciaron la compleja defensa inmunológica contra los invasores extraños, que se habían desarrollado a través de miles de millones de años de evolución de la vida sobre la Tierra.

Los productos químicos emitidos iniciaron un cambio en los vasos sanguíneos locales. El flujo de sangre se incrementó, y abrieron diminutas ventanas y liberaron plasma en los tejidos. Una primera línea especializada de células defensivas, llamadas “granulocitos" migraron directamente del torrente circulatorio hacia la horda bacteriana. Estas células liberaron más sustancias químicas, incluyendo potentes enzimas. También combatieron a las bacterias directamente.

Pero para ellas fue una táctica de auténticos kamikazes: después de liberar sus gránulos, casi todos los granulocitos perecieron.

Muy pronto, unas células grandes, llamadas macrófagos, respondieron a la llamada de las sustancias químicas y se desplazaron desde los ganglios linfáticos y la médula ósea. También ellas atravesaron los poros de los capilares para tomar parte en la refriega.

Tuvieron más éxito que los granulocitos y absorbieron parte de las bacterias.

Liberaron asimismo sustancias químicas en el pus, cada vez más abundante, que adquirió ahora un tono verdoso.

Al cabo de siete horas, los linfocitos comenzaron a acumularse, marcando el comienzo de otro nivel de defensa inmunológica. Puesto que esta clase particular

Librodot

de bacterias no se había presentado antes, no existían en circulación unos anticuerpos específicos para combatirlas; pero el proceso para formarlos ya se había iniciado. Los linfocitos se congregaron y sufrieron alteraciones inducidas por las sustancias químicas. Estimularon también la llegada de más macrófagos que, a su vez, provocaron la agregación de células T en una espiral incesante de actividad celular.

Al cabo de veinticuatro horas, el equilibrio de la batalla había empezado a resultar adverso para las bacterias. Las células tubulares estaban ganando, pero se trataba de una victoria pirrica. Vastas zonas del delicado revestimiento de las trompas de Falopio habían sido destruidas por la reacción inmunológica. Una cicatrización extensa resultaba inevitable. A ello se añadía la obstaculización del libre flujo de la sangre y, por si esto fuera poco, las bacterias inmunológico. El cuerpo insistía en acumular más tropas celulares, sin advertir que la batalla ya había sido ganada. Los macrófagos seguían acudiendo y su actividad provocaba más destrucción. En su frenesí, algunas células sufrieron una dimisión nuclear sin la posterior división celular, resultando de ello células con núcleos múltiples.

Una vez más, los estudiantes de medicina se hubieran sonreído con suficiencia de haber tenido la oportunidad de observar esta secuencia a través de la lente de un microscopio. Habrían realizado un ademán de asentimiento al observar la arquitectura distorsionada del granuloma en desarrollo.

Este drama celular continuó durante varias semanas dentro de las oscuras cavidades del útero de Rebecca Ziegler, una mujer de treinta y un años. Rebecca no tenia la menor idea de la enfurecida batalla que se había librado en el interior de su cuerpo, ni de la célula resultante. Habían aparecido algunas señales: cambios sutiles en los signos vitales, en forma de cierta febrícula y un pulso algo más acelerado. También había experimentado algunos calambres, sensibilidad en el bajo vientre y una letal descarga vaginal, pero ninguna de esas señales y síntomas parecía preocupante. Incluso un Papanicolau ligeramente anormal, que le causó una intranquilidad momentánea, resultó luego perfectamente normal.

Rebecca ignoró todos esos molestos trastornos. Al fin y al cabo, todo lo demás en su vida era maravilloso. Se había casado seis meses antes, para alivio de su madre, y su vida bahía cobrado un nuevo sentido. Incluso había aceptado un nuevo empleo como uno de los abogados más jóvenes en una prestigiosa firma de Boston.

Todo era perfecto y no estaba dispuesta a permitir que algunas molestias físicas insignificantes empañaran su felicidad.

Sin embargo, aquel episodio generó una continuación que Rebecca jamás podría haber imaginado. Las bacterias habían iniciado una cadena de acontecimientos que llegaban mucho más allá de lo estrictamente inmunológico. Las consecuencias estaban destinadas a reaparecer para acosarla, para robarle la felicidad, y algún tiempo después, y de forma indirecta, para matarla.

21 DE FEBRERO DE 1988

Un agonizante crujido de metal contra metal se precipitó contra los nervios ya exacerbados de Marissa Blumenthal, cuando el viejo tren subterráneo de la MBTA tomó con esfuerzo una curva pronunciada camino de la estación de Harvard Square, en Cambridge, Massachusetts. Marissa cerró los ojos durante un momento en un vano intento de defender se de aquel chirrido estridente,

mientras se sujetaba con fuerza a su asidero. Quería bajarse del tren. Además de paz y quietud, necesitaba aire fresco. Apretujada entre una multitud de gigantes de más de un metro ochenta de estatura, la pobre Marissa, de apenas un metro y medio, sintió más claustrofobia que nunca. El aire en el vagón del metro estaba viciado y caliente y resultaba opresivo. Era un día lluvioso de febrero, y el olor a lana húmeda se sumó a las demás molestias. Al igual que todos los demás viajeros en aquel tren, Marissa trató de evitar todo contacto visual con las personas apretuja das contra ella. Se trataba de un gentío muy heterogéneo, pues Harvard Square atraía a los dos extremos del espectro.

A la derecha de Marissa había un individuo con aspecto de abogado salido de una prestigiosa universidad del noroeste, con un maletín negro de piel de avestruz y la nariz sepultada en un ejemplar cuidadosamente doblado de The Wall Street Journal.

Directamente enfrente de ella había un individuo rapado y con aliento hediondo, ataviado con una cazadora con las mangas recortadas. En cada nudillo de las manos llevaba tatuada una esvástica. A su izquierda, se hallaba un corpulento negro con cola de caballo, enfundado en un chándal gris.

Sus gafas de sol eran tan oscuras que Marissa no pudo verle los ojos cuando miró furtivamente en su dirección.

Con un último traqueteo que casi lanzó a Marissa al suelo, el tren se detuvo y las puertas se abrieron. Con un suspiro de alivio, Marissa bajó al andén. Normalmente habría llegado hasta allí en su coche, estacionándolo en el aparcamiento subterráneo del Charles Hotel. Pero no estaba segura de cómo se sentiría después de su pequeña intervención quirúrgica, de modo que había decidido que resultaba más prudente tomar el sedante o un calmante por vía intravenosa, algo que a Marissa no le desagradaba en absoluto. Reconoció abiertamente que no se hallaba en buenas relaciones con el dolor. Si se encontraba grogui después de la anestesia sería mejor no conducir.

Marissa se apresuró a pasar al lado de un trío de músicos callejeros que pedían un donativo a los viajeros. Subió con paso más vivo la escalera que conducía a la calle. Seguía lloviendo, por lo que se detuvo un momento para abrir el paraguas.

Se abotonó la trenca y, sujetando con firmeza el paraguas, atravesó la plaza y enfiló hacia la calle Mount Auburn.

Ráfagas repentinas de aire frustraron su intento de permanecer sin mojarse. Cuando llegó a la Clínica de la Mujer, al fondo de la calle Nutting, tenía la frente mojada por las gotas de lluvia, de forma que parecía humedecida por el sudor. Debajo del pasillo con vidrieras que conectaba la clínica con la calle y con las zonas de urgencias y de ingresos, Marissa sacudió el paraguas y lo plegó.

El edificio de la clínica era una estructura posmoderna, construida con ladrillos colorados y cristal, que daba a un patio. Una amplia escalinata de granito conducía a la entrada principal.

Marissa respiró hondo y subió los escalones de la entrada.

Aunque como doctora se hallaba acostumbrada a entrar en instituciones hospitalarias, aquélla era la primera vez que lo hacía en calidad de paciente, y no sólo para un examen de rutina sino para una intervención quirúrgica. El hecho de que se tratara de cirugía menor tenía un efecto menos tranquilizador de lo que había supuesto. Por primera vez, Marissa comprendió que, desde el punto de vista del paciente, no existía una cirugía «menor».

Hacía sólo dos semanas y media Marissa había subido aquellos mismos escalones para un Papanicolau rutinario, y algunos días más tarde se enteró de que los resultados de la prueba eran anormales, alcanzando el grado CIN núm. 1.

Librodot

Se había quedado verdaderamente sorprendida, porque siempre había gozado de excelente salud. De una manera vaga se preguntó si la anormalidad tendría alguna relación con su reciente matrimonio con Robert Buchanan. Desde el día de la boda, habían disfrutado muchísimo del aspecto físico de la relación.

Marissa sujetó el pomo de bronce de la maciza puerta de entrada y penetró en el vestíbulo. La decoración era muy severa, pero reflejaba buen gusto y, en realidad, una gran opulencia. El suelo era de mármol de un color verde oscuro.

Junto a las ventanas había una serie de ficus en grandes maceteros de ladrillo. En medio del recinto se hallaba un mostrador de información. Marissa tuvo que aguardar su turno. Se desabrochó el abrigo y se sacudió la humedad de su larga cabellera de color castaño.

Dos semanas antes, tras recibir el sorprendente resultado del Papanicolau, Marissa había mantenido una prolongada conversación telefónica con Ronald Carpenter, su ginecólogo, quien le recomendó que se sometiera a una biopsia.

-No es nada importante -le aseguró con convicción -.

Pero nos permitiría saber con seguridad lo que está ocurriendo ahí dentro. Lo más probable es que no sea nada. Podríamos incluso esperar algún tiempo y realizar otro Papanicolau, pero si se tratara de mi propia esposa le recomendaría una culdoscopia, es decir, examinar el cuello del útero con un microscopio.

-Ya sé lo que es una culdoscopia -replicó Marissa.

-Pues entonces sabrá también lo sencilla que resulta -añadió el doctor Carpenter -. Le echaré un buen vistazo al cuello del útero, cortaré un trocito de cualquier zona que me parezca sospechosa, y eso será todo. Estará de nuevo en la calle en menos de una hora. Y le daremos algo por si nota dolor.

En la mayor parte de los centros no se administra ningún tipo de analgésico para una biopsia, pero nosotros somos más civiliza dos. Es algo tan fácil que podría hacerlo incluso dormido.

A Marissa siempre le había gustado el doctor Carpenter.

Valoraba su forma de ser despreocupada e informal. Pero su actitud frente a una biopsia le hizo comprender que los cirujanos tienen una visión de la cirugía muy diferente de la de los pacientes. No le interesaba que el procedimiento fuera sencillo para él. Lo que le preocupaba era el efecto que pudiera ejercer sobre ella. Después de todo, al margen del dolor, siempre cabía la posibilidad de una complicación.

Ella era consciente de las consecuencias de demorar una biopsia. Por primera vez se sentía vulnerable desde un punto de vista médico. Existía una posibilidad remota, pero real, de que la biopsia diera un resultado positivo de cáncer. En ese caso, cuanto antes conociera la respuesta mejor sería para ella.

-Cirugía menor está en el tercer piso -indicó alegremente la recepcionista, respondiendo a la pregunta de Marissa -. No tiene más que seguir la línea roja del suelo.

Marissa miró hacia sus pies. Desde el mostrador de información partían tres líneas: una roja, una amarilla y otra azul. La roja la condujo a los ascensores.

En el tercer piso, Marissa siguió la línea roja hasta una ventanilla con un panel corredero de cristal. Una enfermera de uniforme blanco abrió el panel al acercarse Marissa.

-Soy Marissa Blumenthal -consiguió decir Marissa.

Tuvo que carraspear para recuperar la voz.

La enfermera miró su carpeta para ver si estaba en orden.

Luego extrajo un brazalete de identificación de plástico, extendió el brazo por encima del mostrador y ayudó a Marissa a colocárselo.

Marissa encontró el procedimiento inesperadamente humillante. Desde el tercer año en la Facultad de Medicina, siempre tuvo la sensación de poder tenerlo todo bajo control cuando se hallaba en un ambiente hospitalario. Pero, de pronto, la situación se había invertido. Sintió un escalofrío.

-Será cuestión de unos minutos -entonó la enfermera y le señaló una puerta doble -. Allí hay una sala de espera muy cómoda. La llamarán cuando todo esté preparado.

El panel de cristal se cerró.

Obediente, Marissa cruzó las puertas y entró en un salón grande y cuadrado, amueblado en un indescriptible estilo moderno. Allí esperaban alrededor de treinta personas.

Marissa sintió la mirada de unos ojos silenciosos cuando, muy cohibida, se apresuró a ocupar un lugar vacío en el extremo de un sofá.

Desde allí se podía contemplar el río Charles, más allá de un pequeño parque verde. Perfilados contra el agua gris se divisaban los esqueletos desnudos de los sicómoros que blanqueaban el malecón.

Casi mecánicamente, Marissa tomó una de las revistas de una mesita auxiliar y se puso a hojearla sin prestarle demasiada atención. Espió subrepticiamente por encima de la revista y quedó aliviada al comprobar que las otras personas ya estaban de nuevo concentradas en la lectura. El único sonido de la habitación era el del papel al pasar las páginas de las revistas.

Observó a algunas de las otras mujeres y se preguntó cuál sería el motivo de su presencia allí. Todas parecían muy tranquilas. Era imposible que ella fuera la única que se sentía nerviosa.

Trató de leer un artículo sobre las tendencias de la moda para el próximo verano, pero le resultó imposible concentrarse. Su Papanicolau anormal era como la señal de una traición interna: una advertencia de lo que habría de sobrevenirle.

A los treinta años había advertido apenas leves señales del paso del tiempo, como las finas arrugas que le aparecieron en los rebordes de los ojos.

Enfocando la mirada por un momento en los muchos anuncios que llenaban la revista femenina que tenía en las manos, Marissa observó las caras de las adolescentes que las poblaban.

Sus rostros juveniles e inmaculados parecían burlarse de ella y la hacían sentirse mucho más vieja de lo que era en realidad.

¿Y si la biopsia daba un resultado positivo? ¿Y si tenía cáncer de cuello de útero? Era poco frecuente pero no insólito en mujeres de su edad. De pronto, esa posibilidad se abatió sobre Marissa con cruel intensidad. ¡Por Dios! -pensó -. ¡Si es cáncer, quizá deba someterme a una histerectomía, y una histerectomía significa no poder tener hijos! Marissa se sintió mareada y se desdibujaron las letras de la revista que tenía en las manos. Al mismo tiempo, su pulso se aceleró. La idea de no tener hijos constituía para ella un anatema. Se había casado apenas seis meses atrás, y aunque no planeaba tener descendencia en seguida, siempre había sabido que, con el tiempo, los hijos serían una parte importante de su vida, ni siquiera podía pensar en cómo les afectaría eso a ella y a su marido.

Y hasta ese momento en que aguardaba que le practicasen una biopsia, algo que el doctor Carpenter calificaba despreocupadamente como «sumamente sencillo», jamás se le había pasado por la cabeza esa posibilidad.

De pronto, Marissa se sintió dolida de que Robert no se hubiera mostrado más preocupado, y de que le hubiera tomado la palabra cuando ella le dijo que no era necesario que la acompañara a la clínica. Al pasear la vista nuevamente por

Librodot

la sala de espera, vio que la mayoría de las otras pacientes estaban acompañadas por sus maridos o novios.

«Te estás portando como una chiquilla», le regañó en silencio mientras intentaba dominar sus emociones. Se sentía sorprendida y un poco avergonzada. No era propio de ella mostrarse histérica. Y solía enorgullecerse de su estabilidad emocional. Además, sabía que Robert no podría haberla acompañado aunque hubiese querido. Esa mañana tenía una reunión importante con los ejecutivos de su empresa de investigación, inversiones y administración en el campo de la asistencia sanitaria. Era una reunión crucial planeada meses atrás.

- ¡Marissa Blumenthal! -llamó una enfermera.

Marissa se puso en pie de un salto, colocó la revista en su sitio y siguió a la enfermera por un corredor blanco, largo y vacío. Le indicaron que se cambiara en un cuarto que tenía una puerta de acceso a las salas de operaciones. Desde ese lugar alcanzaba a ver la camilla con sus relucientes estribos de acero inoxidable.

-Sólo es para asegurarnos -alegó la enfermera, y le giró a Marissa la muñeca para observar su identificación.

Tras haber comprobado que se trataba de la paciente indica da, colocó unas prendas sobre el banquito y agregó: -Póngase este camisón, las zapatillas y la bata y cuelgue su ropa en el armario. Cualquier objeto de valor que posea puede guardarlo en el cajón con llave. Cuando esté preparada, entre y siéntese en la camilla.

Sonrió. La mujer era una profesional, pero no le faltaba calor humano. Al salir, cerró tras ella la puerta que daba al vestíbulo.

Se quitó la ropa. El piso le resultó frío al descalzarse. Se esforzó por atarse a la espalda las tiras del camisón y reconoció lo mucho que le gustaba el personal de la Clínica de la Mujer, desde las recepcionistas hasta su propio médico. Pero la razón principal por la que prefería esa clínica era porque se trataba de una institución privada y, por consiguiente, ofrecía una mayor reserva. Ahora que estaban a punto de practicarle una biopsia, se sentía mucho más contenta por su elección.

De haber acudido a alguno de los otros hospitales importantes de Boston, sobre todo al suyo, el Boston Memorial, sin duda se habría encontrado con personas conocidas.

Marissa siempre había procurado mantener reserva con respecto a su vida privada. Jamás permitió que cuestiones como el control de la natalidad, sus exámenes ginecológicos anuales, un par de episodios de cistitis y cosas por el estilo fueran tema de conversación entre sus colegas. Y aunque la gente no hablara, no quería cruzarse con su ginecólogo por el pasillo o la cafetería del hospital.

La fina bata, el camisón abierto por la espalda y las zapatillas de papel completaron la transformación de Marissa de doctora a simple paciente. Con aquellas zapatillas en exceso holgadas, entró en la sala y se sentó en la camilla de reconocimiento, siguiendo las instrucciones de la enfermera.

Al observar los elementos usuales del lugar, que incluían una máquina de anestesia y vitrinas con instrumental, el pánico volvió a embargarla. Más allá de su miedo frente a la operación y ante la posibilidad de una histerectomía que, según se repetía constantemente, resultaba remota, Marissa tuvo ahora la intuición de un inminente desastre.

Comprendió lo mucho que había llegado a valorar su vida, sobre todo en los últimos años. Entre su nuevo marido, Robert, y el hecho de haber sido recientemente aceptada por un excelente equipo pediátrico, su vida parecía desarrollarse incluso demasiado bien. Tenía mucho que perder, y eso la aterraba.

Librodot

-Hola, soy el doctor Arthur -dijo un hombre corpulento al entrar en la sala con ademán intencionadamente ceremonioso botella de suero -. Soy el anestesista, y les administraré algo para la intervención. ¿Es alérgica a alguna sustancia?

-No, a nada -le aseguró Marissa.

Le alegraba no estar ya sola, y agradecía que alguien la distrajera de sus negros pensamientos.

-Lo más probable es que no lo necesitemos -explicó el doctor Arthur mientras practicaba hábilmente una punción en la muñeca derecha de Marissa y le inyectaba el suero -. Pero es bueno tenerlo por si acaso. Si el doctor Carpenter precisa más anestesia, se le podrá administrar con facilidad.

- ¿Y por qué habría de necesitar más anestesia? -preguntó nerviosa Marissa.

Observó las gotas de líquido que caían dentro del filtro microporoso. A ella nunca le habían administrado suero.

- ¿Y si se le ocurre hacer una biopsia en cono en lugar de en sacabocado? -contestó el doctor Arthur mientras reducía el flujo del suero a un goteo muy lento -. ¿O si decide practicar una intervención más prolongada? Obviamente tendríamos que darle más anestesia. Después de todo, queremos que esto le resulte lo más agradable posible.

Marissa se estremeció frente a las palabras «una intervención más prolongada». Antes de que pudiera contenerse, dijo: -Deseo que quede bien claro que el consentimiento que firmé se refería sólo a una biopsia y no a una intervención más compleja, como una histerectomía.

El doctor Arthur se echó a reír y luego se disculpó por considerar divertida su observación.

-Por eso no debe preocuparse -afirmó -. Le aseguro que no practicamos histerectomías en la sala de cirugía menor.

- ¿Qué piensa darme? -preguntó Marissa con timidez.

- ¿Quiere saber las drogas específicas que usaré?

-preguntó el doctor Arthur.

Marissa asintió. En la clínica nadie sabía que era doctora, y prefería que fuera así. La primera vez que solicitó los servicios de la clínica llenó un formulario en el que sólo se solicitaba el nombre del empresario. Consignó el Boston Memorial, porque en ese momento estaba haciendo allí un año de especialización en endocrinología pediátrica. El hecho de que fuera médica no constituía un secreto y, si se lo hubieran preguntado, lo habría dicho. Pero nadie se lo preguntó, un hecho que ella tomó como confirmación adicional de la clase de reserva que esperaba de la clínica.

El doctor Arthur la miró sorprendido un momento, y luego prosiguió sus preparativos.

-Usaré una mezcla de una pequeña cantidad de válium y una droga llamada quetamina -explicó, mientras recogía correctamente todo el complicado dispositivo del suero.

Es un buen cóctel. Es excelente para el dolor, y posee la ventaja adicional de proporcionar, en ocasiones, cierta amnesia.

Marissa conocía la quetamina. Se la usaba con frecuencia en el Boston Memorial para cambiar los vendajes de los niños quemados. Pero ignoraba que se la empleara en pacientes ambulatorios. Cuando se lo mencionó al doctor Arthur, éste sonrió con expresión paternal.

-Así que ha estado leyendo textos de medicina -bromeó.

Luego le advirtió -: Recuerde: el conocimiento incompleto resulta peligroso. En realidad, esta droga es especial para los pacientes ambulatorios. -Miró fijamente a Marissa -: Caramba, la veo muy tensa.

-He intentado luchar contra eso -reconoció Marissa.

-Entonces la ayudaré -prosiguió el doctor Arthur -.

Le administraré ahora mismo un poco de válium y quetamina.

-Fue a buscar una jeringuilla en el armario -. La biopsia es algo muy sencillo.

Marissa asintió sin entusiasmo. Se estaba cansando de esas palabras. Lo cierto era que estaba nerviosa, y si bien se había tranquilizado un poco cuando apareció el doctor Arthur, ahora se sentía decididamente peor. Su inoportuno comentario acerca de la posibilidad de un procedimiento quirúrgico más extenso no había contribuido a serenarla. Una vez más, su intuición empezó a lanzar señales de alarma de un desastre inminente. Marissa tuvo que luchar contra el impulso irracional de huir. «Soy médica -se repetía en silencio una y otra vez -. No debería sentirme así.»

Apareció el doctor Ronald Carpenter con ropas quirúrgicas, que incluían gorra y mascarilla. Con él entró una mujer, también con bata de cirugía, aunque llevaba la mascarilla caída sobre el pecho.

Marissa reconoció en seguida al doctor Carpenter a pesar de la mascarilla. Los ojos de un azul cristalino y la piel bronceada resultaban inconfundibles.

-Esto es sólo una biopsia, ¿verdad? -preguntó Marissa, muy nerviosa, pues el doctor Carpenter iba vestido como para cirugía mayor.

-La señora Blumenthal tiene miedo de que le practiquemos una histerectomía -explicó el doctor Arthur mientras oprimía el émbolo de la jeringuilla para eliminar el aire.

Se acercó a Marissa.

- ¿Una histerectomía? -preguntó el doctor Carpenter con evidente desconcierto -. ¿De qué estás hablando?

El doctor Arthur levantó las cejas.

-Creo que nuestra paciente ha estado leyendo libros de medicina.

Tomó la cánula de perfusión del suero e inyectó en ella el contenido de la jeringa. Abrió el paso para que el líquido fluyera un momento con rapidez.

El doctor Carpenter se acercó a Marissa y le puso una mano en el hombro. Sus ojos se encontraron con los de color castaño oscuro de su atemorizada paciente.

-Lo único que haremos será una simple biopsia. Nadie ha hablado de histerectomía. Si lo que te asusta es mi ropa, vengo del quirófano Y llevo mascarilla porque estoy resfriado y no quiero contagiar a mis pacientes.

Marissa observó los ojos celestes del doctor Carpenter.

Estaba a punto de contestarle cuando ese color de los ojos le evocó un recuerdo que hacía tiempo trataba de eliminar: el terror que sintió al ser atacada en la habitación de un hotel de San Francisco algunos años atrás y el horror de tener que apuñalar repetidamente a un hombre para salvar su propia vida.

En ese momento, el episodio volvió a su mente con increíble intensidad: hasta le pareció sentir las manos del individuo alrededor de su cuello. Marissa se ahogaba poco a poco, el cuarto empezó a dar vueltas y oyó un zumbido que, poco a poco, se hizo más fuerte.

Sentía unas manos que la sujetaban y la empujaban hacia atrás. Trató de luchar, pues tenía la sensación de que podía respirar mejor si estaba sentada, pero no sirvió de nada. Su cabeza tocó la camilla de exploración y en ese

momento el cuarto dejó de girar y comenzó a respirar con más facilidad. De pronto, se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados.

Cuando los abrió, vio las caras del doctor Arthur y de la mujer, y el rostro del doctor Carpenter con la mascarilla.

- ¿Está usted bien? -le preguntó el doctor Carpenter.

Marissa trató de hablar, pero no le salió la voz.

- ¡Vaya, sí que es sensible a la anestesia! -exclamó el doctor Arthur, y en seguida le tomó la presión arterial -. Por lo menos esto está bien. Me alegro de no haberle administrado la dosis completa.

Marissa cerró los ojos. Por fin se había tranquilizado.

Oyó que alguien hablaba, pero le pareció que era muy lejos y que no tenía nada que ver con ella. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que un manto visible de plomo comenzaba a cubrirla. Sintió que le levantaban las piernas, pero no le importó. Las voces del cuarto se alejaron más. Oyó risas, y después una radio. Sintió el contacto de los instrumentos quirúrgicos y oyó el sonido del entrechocar de metal contra metal.

Se distendió hasta sentir un calambre parecido a los menstruales. Le producía dolor, pero no un dolor normal, porque era más alarmante que molesto. Trató de abrir los ojos pero los párpados le pesaban demasiado. Hizo un nuevo intento, pero en seguida se dio por vencida. Era como una pesadilla de la que no podía despertar. Entonces sufrió otro calambre, suficientemente intenso como para hacerle levantar la cabeza de la camilla.

Veía el cuarto borroso, como si estuviera drogada. Lo único que alcanzaba a distinguir era la coronilla del doctor Carpenter, que trabajaba entre sus rodillas cubiertas por una sábana.

El culdoscopio estaba a un costado, a la derecha del médico.

Las personas que estaban allí parecían moverse a cámara lenta. El doctor Carpenter levantó la cabeza como si intuyera que ella lo miraba.

Una mano aferró el hombro de Marissa y le empujó contra la camilla. Pero, en ese momento, su embotada mente volvió a proyectar la imagen difuminada del rostro enmascarado del doctor Carpenter y, pese a estar bajo los efectos de la anestesia, sintió que un estremecimiento de terror le corría por las venas.

Era como si su médico se hubiera metamorfoseado en un demonio. Sus ojos ya no eran de un azul celeste: parecían de ónice negro y tenían la dureza de la piedra.

Marissa empezó a gritar, pero logró dominarse. Una parte de su cerebro se mantenía suficientemente lúcida para recordarle que todas sus percepciones estaban alteradas por la medicación. Trató de incorporarse de nuevo para mirar y tranquilizar se, pero un par de manos se lo impidió. Luchó contra esas manos y su mente la llevó de nuevo a aquella habitación de hotel en San Francisco, donde luchó con el asesino.

Recordó haberlo golpeado con el receptor del teléfono. Recordó también toda aquella sangre...

Incapaz de seguir conteniéndose, Marissa gritó. Pero no se oyó ningún sonido. Estaba al borde de un precipicio y resbalaba hacia él. Trató de sostenerse pero, lentamente, se fue soltando y empezó a caer hacia la oscuridad...

27 DE FEBRERO DE 1990

- ¡Maldita sea! -exclamó Marissa, mientras sus ojos se deslizaban por su consultorio.

No tenía idea de dónde había dejado sus llaves. Por décima vez abrió el cajón de en medio, el lugar donde siempre las guardaba. No estaban allí. Irritada, revolvió el contenido del cajón y después lo cerró con un golpe.

- ¡Virgen santa! -exclamó de nuevo mientras se miraba el reloj.

Le quedaban menos de treinta minutos para ir desde su consultorio al Hotel Sheraton, donde debía recibir un premio.

Nada parecía salirle bien. Primero fue una emergencia: Cindy Markhan, de seis años, con un ataque de asma. Y ahora no encontraba sus llaves.

Marissa frunció el ceño y con cara frustrada apretó los labios y trató de rememorar sus movimientos hasta entonces. De pronto lo recordó. La noche anterior se había llevado a casa un montón de carpetas con gráficas. Se acercó al archivador y vio las llaves de inmediato.

Las cogió con fuerza y se encaminó hacia la puerta.

Tenía ya la mano en el pomo cuando empezó a sonar la campanilla del teléfono. En un primer momento pensó en no contestar, pero en seguida intervino su conciencia profesional.

Existía la posibilidad de que tuviera algo que ver con Cindy Markhan.

Con un suspiro, Marissa se acercó al escritorio y se inclinó para coger el receptor.

- ¿Quién es? -preguntó con una brusquedad que no era propia de ella.

- ¿La doctora Blumenthal? -inquirió el que llamaba.

-Sí, soy yo.

Marissa no reconoció la voz. Había dado por supuesto que se trataba de su secretaria, quien sabía que se hallaba muy escasa de tiempo.

-Soy el doctor Carpenter -siguió el que había telefoneado -. ¿Tienes un minuto?

-Sí -mintió Marissa.

Se sentía dominada por la ansiedad, tras haber esperado su llamada durante los últimos días. Contuvo la respiración.

-En primer lugar, debo felicitarte por el premio que te van a entregar hoy -prosiguió el doctor Carpenter -. No sabía que eras doctora, y mucho menos una investigadora acreedora de una distinción. Resulta un tanto inusual enterarse por el periódico de cosas relativas a una paciente.

-Lo siento -repuso Marissa -. Supongo que debería habértelo dicho.

Miró de nuevo su reloj.

- ¿Cómo demonios puede hallarse implicada una pediatra en investigaciones sobre la fiebre hemorrágica de Ebola?

-Un momento, tengo el periódico aquí delante: «El premio Peabody de investigación se otorga a la doctora Marissa Blumenthal por la dilucidación de las variables asociada con la transmisión del virus de Ebola a partir de contactos primarios a otros secundarios». ¡Estupendo!

-Estuve un par de años en el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta -explicó Marissa -. Y me asignaron un caso en que el virus de Ebola estaba siendo propagado intencionadamente.

- ¡Claro! -exclamó el doctor Carpenter -. Recuerdo haber leído algo acerca de eso. ¿Así que eras tú?

-Me temo que sí -afirmó Marissa.

-Según recuerdo, trataron de asesinarte por todo aquello -siguió el doctor Carpenter con evidente admiración.

-Tuve suerte -replicó Marissa -. Mucha suerte.

Se preguntó qué diría él si le contara que durante la biopsia sus ojos azules le habían recordado a los del hombre que había intentado matarla.

-Estoy impresionado -admitió el doctor Carpenter -, y me alegra tener buenas noticias para ti. Acostumbro a delegar esta tarea en mi secretaria, pero después de leer cosas sobre ti esta mañana, quise llamarte yo mismo. Los resultados de la biopsia han sido excelentes. Era sólo una displasia leve. Como te dije aquel día, eso fue lo que indicaba la culdoscopia, pero es mejor asegurarse al cien por cien. ¿Por qué no te haces un Papanicolau de seguimiento dentro de cuatro o seis meses?

Después podemos dejar transcurrir por lo menos un año.

-Estupendo... -repuso Marissa -. De acuerdo. Y gracias por tan buenas noticias.

Marissa cambió el peso de su cuerpo sobre los pies.

Todavía se sentía incómoda respecto a su conducta durante la biopsia.

Reuniendo coraje, volvió a disculparse.

-Pues nada, no te preocupes más por el asunto -le dijo el doctor Carpenter -. Pero después de tu experiencia, he decidido que no me gusta el efecto de la quetamina. Le he dicho al anestesista que no quiero que la vuelva a emplear en ninguno de mis casos. Sé que esa droga presenta algunas ventajas, pero otras parejas de pacientes tuvieron una pesadilla parecida a la tuya así que por favor, no te disculpes. Dime, ¿has tenido algún problema desde la biopsia?

-Realmente, no -repuso Marissa -. La peor parte de toda esa experiencia consistió en la pesadilla inducida por la droga.

Incluso he vuelto a padecerla un par de veces.

-Soy yo el que tendría que disculparse -prosiguió el doctor Carpenter -. De todas formas, la próxima vez no te administra remos quetamina. ¿Qué te parece eso como promesa?

-Creo que voy a estar alejada de los médicos durante una temporada -afirmó Marissa.

-Resulta una actitud muy saludable -bromeó el doctor Carpenter, emitiendo una carcajada -. Pero, como te he dicho, espero verte dentro de cuatro meses.

Tras colgar el teléfono, Marissa se apresuró a salir de su consultorio. Agitó la mano para despedirse de Mindy Valdanus, su secretaria, y después oprimió repetidamente el botón de llamada del ascensor. Tenía quince minutos para llegar al Sheraton, una hazaña imposible considerando el tráfico de Boston. Pero estaba complacida a causa de la conversación mantenida con el doctor Carpenter. Tenía muy buena opinión acerca de aquel hombre. No pudo evitar sonreír al pensar en el ser siniestro en que lo había convertido en su pesadilla. Resultaba sorprendente que las drogas pudieran producir aquellos efectos.

Por fin llegó el ascensor. Naturalmente lo mejor de la conversación telefónica había sido enterarse de que el resulta do de la biopsia era normal. Pero, de pronto, mientras el ascensor descendía hacia el garaje, la acosó una idea.

¿Qué pasaría si el próximo Papanicolau también presentaba irregularidades?

- ¡Maldita sea! -exclamó en voz alta, mientras apartaba de su mente aquel lúgubre pensamiento.

¡Siempre surgía algo por lo que preocuparse!

19 DE MARZO DE 1990 7.41 a.m.

Marissa se paró en seco en mitad de la elegante alfombra oriental que dominaba el dormitorio principal. Se dirigía al armario empotrado para buscar la ropa que había elegido la noche anterior. El televisor estaba en funcionamiento sobre el mueble francés instalado contra la pared opuesta a la cama de matrimonio; unos libros mantenían abiertas sus puertas.

El programa sintonizado era Buenos días, América. Charlie Gib son bromeaba acerca del entrenamiento primaveral de béisbol con Spencer Christian. La débil luz invernal entraba en el cuarto por entre las cortinas semiabiertas. Raffy Dos, el cocker spaniel de Marissa y Robert, lloriqueaba para que lo dejasen salir.

- ¿Qué me decías? -le preguntó Marissa a su marido, que se encontraba fuera de la vista, en el baño principal.

Se alcanzaba a escuchar el ruido de la ducha.

- ¡He dicho que esta mañana no quiero ir a esa maldita Clínica de la Mujer! -exclamó.

Su rostro apareció en el hueco de la puerta, cubierto a medias por crema de afeitar. En seguida bajó la voz hasta un nivel lo suficientemente fuerte como para competir con el televisor.

-No estoy preparado esta mañana para proporcionar una muestra de esperma. Te lo juro. Hoy no.

Se encogió de hombros y desapareció nuevamente en el cuarto de baño. Durante un momento, Marissa no se movió Pasó los dedos por el pelo, intentando dominarse. La sangre le latía en los oídos mientras reproducía mentalmente la negativa indiferente de Robert respecto de acudir a la clínica.

¿Cómo podía echarse atrás en el último momento? Al localizar el radio reloj que les había despertado hacía media hora, sintió el deseo irresistible de correr hacia la mesilla de noche, arrancarlo del enchufe y estrellar el aparato contra la chimenea. Se sentía terriblemente furiosa, pero se contuvo.

Desde el interior del cuarto de baño le llegó el sonido de la mampara de la ducha abriéndose y cerrándose luego. El sonido del agua cambió: Robert se había metido debajo de la ducha.

-No me lo puedo creer -musitó Marissa.

Se acercó al cuarto de baño y abrió de golpe la puerta con todas sus fuerzas. El perro la siguió hasta el umbral.

El vapor ya comenzaba a acumularse sobre la mampara. A Robert le gustaba que el agua estuviese casi hirviendo. Marissa alcanzó a ver la figura atlética de su marido desnudo a través del vidrio esmerilado.

- ¡Repíteme eso! -le gritó Marissa -. ¡Me parece que no te he entendido bien!

-Pues es algo muy simple -replicó su marido -. Esta mañana no iré a la clínica. No estoy de humor para eso. Al fin y al cabo, no soy un surtidor automático de esperma...

De todos los altibajos propios del tratamiento para la infertilidad, aquello era algo que Marissa no había previsto.

Lo único que le quedaba por hacer era pegarle un puntapié a la puerta.

El perro, intuyendo su estado de ánimo, se metió debajo de la cama.

Finalmente, Robert cerró los grifos y salió de la ducha.

De su musculoso cuerpo caían gotas de agua. Pese al poco tiempo libre que le dejaba el trabajo, se las ingeniaba para hacer ejercicio tres o cuatro veces por semana. Incluso su delgadez irritó a Marissa en ese momento. Tenía muy presentes los cinco kilos que había engordado ella misma durante el trata miento.

Cuando Robert la vio allí parada, se sorprendió.

¿Me estás diciendo que no vendrás esta mañana conmigo? -estuvo segura de conseguir su atención.

-Así es -replicó Robert -. Te lo pensaba decir anoche, pero tenías dolor de cabeza. Algo nada extraño, porque última mente siempre tienes dolor de cabeza, o de estómago o de cualquier otra cosa. Por eso no saqué el tema. Pero te lo digo ahora. Pueden descongelar el esperma de la vez anterior Me dijeron que congelaban una parte. Que usen eso.

- ¿Después de todo lo que he tenido que pasar, ni siquiera estás dispuesto a acompañarme a la clínica y perder cinco minutos de tu valioso tiempo?

-Vamos, Marissa -siguió Robert mientras se secaba con la toalla -: tú y yo sabemos que en eso se tarda más de cinco minutos.

Marissa comenzaba a sentirse más desencantada por Robert que por su propia infertilidad.

- ¡Yo soy la que ha tenido que perder más tiempo! -exclamó airada -. Y la que tuvo que llenarse de hormonas. Por supuesto que he tenido dolor de cabeza. He estado en un constante estado de síndrome premenstrual para poder producir óvulos. Y mira todas estas marcas de pinchazos que tengo en los brazos y en las piernas.

Marissa señaló los moretones que le cubrían las extremidades.

-Ya las he visto -replicó Robert sin mirar.

- ¡Yo soy quien ha tenido que soportar anestesia general y laparoscopia y biopsia de mis trompas de Falopio! gritó Marissa -. Y quien ha tenido que sufrir todos los traumas e indignidades, físicas y mentales.

-La mayoría de las indignidades -le recordó Robert -, pero no todas.

-Yo tuve que tomarme la temperatura todas las mañanas durante meses y anotarla en ese gráfico, incluso antes de levantarme a orinar.

Robert estaba en su cuarto de vestir, eligiendo un traje y una corbata apropiada. Volvió la cabeza hacia Marissa, que le bloqueaba la luz desde el dormitorio.

- ¡También yo tuve que revisar cada mañana el gráfico, como un medico! -afirmó con petulancia.

Marissa suspiró.

-Tuve que hacer un poco de trampa para que los médicos de la clínica no pensaran que no nos esforzábamos por no hacer el amor con suficiente frecuencia. Pero jamás falté a la verdad sobre la hora de la ovulación.

- ¡Hacer el amor! ¡Ja! -se rió Robert -. No hemos hecho el amor desde que empezó todo esto. No hacemos el amor. Ni siquiera es sexo. Lo que hacemos es aparearnos.

Marissa trató de contestarle, pero Robert le interrumpió.

- ¡Ni siquiera me acuerdo de qué es hacer el amor! -gritó él -. Lo que solía ser placentero ha quedado reducido a sexo según receta, a un apareamiento rutinario.

-De hecho no has estado «apareándote» con demasiada frecuencia -replicó Marissa -. Tu actuación no ha sido precisamente genial.

-Cuidado -le advirtió Robert, viendo que Marissa empezaba a ponerse ofensiva -. Recuerda que el sexo es fácil para ti.

Lo único que tienes que hacer es quedarte tendida como un cadáver mientras yo hago todo el trabajo.

- ¿Trabajo? ¡Por Dios! -repuso Marissa con cierto asco.

Trató de seguir hablando pero los sollozos se lo impidieron.

En cierta forma, Robert tenía razón. Con el asunto de la terapia de fertilidad, en los últimos tiempos resultaba difícil ser espontáneo con respecto a lo que sucedía en el dormitorio. Sin lograr dominarse, los ojos se llenaron de lágrimas.

Al ver que la había herido, Robert suavizó el tono.

-Lo siento -explicó - esto no ha sido fácil para ninguno de los dos. Sobre todo para ti. Pero tengo que confesar que tampoco para mí. En cuanto a hoy, realmente no puedo ir a la clínica. Tengo una reunión importante con un equipo que ha venido de Europa. Lo lamento, pero mis negocios no siempre pueden estar regidos por el capricho de los médicos de la Clínica de la Mujer o las excentricidades de tu ciclo menstrual.

Hasta el sábado no me dijiste nada de que hoy intentarían extraerte óvulos. Tampoco sabía que te aplicarían esa inyección para liberar óvulos o como se llame.

-Es el mismo proceso de los anteriores ciclos de fecundación in vitro -explicó Marissa No creí que tendría que explicártelo cada vez.

- ¿Qué puedo decirte? Cuando concertamos esta reunión no estábamos metidos en tratamientos para la infertilidad. Y no suelo revisar mi agenda pensando en tus ciclos de fertilización.

De pronto, Marissa volvió a enojarse. Robert se acercó a la cómoda a buscar una camisa limpia. Por encima de su cabeza, Joan Lunden entrevistaba a una celebridad en la pantalla de televisión.

-Sólo piensas en los negocios -murmuró ella -. Tienes reuniones todo el tiempo. ¿No puedes retrasar ésta media hora?

-Sería muy difícil.

-El problema contigo es que los negocios son más importantes que todo lo demás. Creo que tu escala de valores resulta un desastre.

-Tienes derecho a opinar -replicó Robert muy tranquilo, tratando de evitar otra ronda de recriminaciones mutuas.

Se puso la camisa y comenzó a abotonársela. Sabía que debería quedarse callado, pero Marissa había tocado un punto doloroso.

-No hay nada necesariamente negativo en los negocios.

Nos aseguran comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. Además, sabías cuál era mi actitud frente a los negocios antes de casarte conmigo. Disfruto con ellos y resultan muy gratificadores en muchos sentidos.

-Antes de casarnos dijiste que los hijos eran algo importante para ti -le recordó Marissa -. Ahora, en cambio, parece que los negocios se anteponen a todo.

Robert se acercó al espejo y empezó a anudarse la corbata.

-Eso pensaba antes de que nos enteráramos de que no podrías tener hijos, por lo menos de la forma habitual.

Robert hizo una pausa. Comprendió que había cometido un error. Volvió la cabeza para mirar a su esposa, y adivinó por la expresión de su cara que ese comentario imprudente no había pasado inadvertido. Trató de arreglar las cosas.

-Quiero decir, antes de que nos enteráramos de que no podíamos tener hijos de la manera normal y corriente.

Pero esas palabras no lograron mitigar al instante, la furia de Marissa se convirtió en desesperación.

Volvieron a llenársele los ojos de lágrimas y rompió a llorar.

Robert le puso una mano en el hombro, pero ella se apartó y corrió al cuarto de baño. Trató de cerrar la puerta pero Robert se lo impidió y la rodeó con los brazos, apretando su cara contra el cuello de Marissa.

Todo el cuerpo de Marissa se estremeció con el llanto.

Tardó diez minutos en empezar a recuperarse. Sabía que ese comportamiento no era propio de ella. Sin duda, las hormonas que le habían estado administrando contribuían a la fragilidad de su estado emocional. Pero el hecho de saberlo no la ayudaba a recuperar la compostura.

Robert la soltó un momento para buscarle un pañuelo de papel. De nuevo en un mar de lágrimas, Marissa se sonó la nariz. Ahora, además de enfadada y triste, se sentía avergonzada. Con voz temblorosa admitió ante Robert que se sabía culpable de la infertilidad de ambos.

-No me importa si no tenemos hijos -protestó Robert, con la esperanza de calmarla -. No es el fin del mundo.

Marissa lo miró.

-No te creo -afirmó -. Siempre quisiste tener hijos. Me lo dijiste. Y puesto que sé que la culpa es mía, ¿por qué no eres sincero con respecto a tus sentimientos? Creo que soy capaz de enfrentarme mejor con tu sinceridad que con tus mentiras.

Dime que estás enfadado.

-Estoy decepcionado pero no enfadado -repuso Robert.

Miró a Marissa y ella le devolvió la mirada -. Bueno, tal vez hubo algunos momentos...

-Mira lo que le he hecho a tu camisa limpia -indicó Marissa.

Robert bajó la vista. Había manchas húmedas del llanto de Marissa en la pechera de la camisa y en la corbata a medio anudar. Robert inspiró con fuerza.

-No importa. Me pondré otra.

Se quitó en seguida la camisa y la corbata y las arrojó en la cesta de la ropa sucia.

Al observar sus ojos irritados e hinchados en el espejo, tenía una desperada necesidad de hacerse presentable. Se introdujo en el compartimiento de la ducha y se resbaló. Quince minutos más tarde se sentía considerablemente más serena, como si el agua caliente y la espuma del jabón le hubieran limpiado la mente además del cuerpo. Mientras se secaba el pelo, regresó al dormitorio y encontró a Robert dispuesto para irse.

-Lamento haberme comportado de manera tan histérica -explicó -. No pude evitarlo. Últimamente creo que todas mis reacciones son exageradas. No debería haberme puesto así sólo porque no tienes ganas de ir a la clínica por enésima vez.

-Yo soy quien debe disculparse -repuso Robert -. Siento haber elegido una forma tan imbécil de expresar mi frustración frente a toda la experiencia. Mientras te duchabas, cambié de idea. Iré contigo a la clínica. Ya he llamado a la oficina para arreglarlo.

Por primera vez en semanas, Marissa se sintió animada -Gracias -dijo.

Estuvo tentada de abrazar a Robert, pero algo se lo impidió.

Se preguntó si no tendría miedo a que él la rechazara.

Al fin y al cabo, no estaba precisamente atractiva en ese momento.

Sabía que la relación de ambos había sufrido cambios a lo largo de la terapia para la infertilidad. Y, al igual que lo ocurrido con su figura, esos cambios no habían sido para mejor.

Marissa suspiró.

-A veces pienso que este tratamiento es algo que supera mis fuerzas. No me entiendas mal, nada deseo tanto como tener un hijo nuestro. Pero todos los días ha significado una tensión y un peso terribles. Y sé que para ti no ha sido menos difícil.

Con el sujetador y las medias en la mano, Marissa se fue a su cuarto de vestir. Mientras se ponía la ropa, siguió hablándole a Robert. En los últimos tiempos le resultaba más fácil hacerlo si no lo miraba a los ojos.

-He contado a muy pocas personas nuestro problema, y sólo a grandes rasgos. Me he limitado a decir que intentamos que yo quede embarazada. Todo el mundo me da consejos que yo no pido. «Tranquilízate -dicen -. Tómate unas vacaciones.» A la próxima persona que me diga eso le contaré la verdad: No puedo relajarme porque tengo las trompas de Falopio obstruidas como tuberías atascadas.

Robert no contestó, así que Marissa miró hacia el dormitorio.

Estaba sentado en el borde de la cama poniéndose los zapatos.

-Otra persona que me tiene harta es tu madre -alegó Marissa.

Robert levantó la vista.

- ¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

-Simplemente que cada vez que me ve se siente obligada a decirme que ya es hora de que tengamos hijos. Si me lo vuelve a repetir, también le contaré la verdad. O, mejor, ¿por qué no se lo explicas tú para evitarme una confrontación?

Desde que ella y Robert comenzaron a salir había intentado complacer a su futura suegra, pero con un éxito sólo parcial.

-No quiero decírselo a mi madre -explicó Robert -. Y lo sabes.

- ¿Por qué no? -preguntó Marissa.

-Porque no tengo ganas de que me endilgue un sermón, y me eche en cara que eso me pasa por haberme casado con una judía.

- ¡Por favor! -exclamó Marissa en un nuevo ataque de furia.

-No soy responsable de los prejuicios raciales de mi madre -adujo Robert -. Y no puedo dominarla. Ni tengo por qué hacerlo.

Enojada de nuevo, Marissa se dio media vuelta, se abotonó el vestido y se subió de un tirón la cremallera.

Pero muy pronto la furia contra la madre de Robert se transformó en autorrecriminaciones por su propia esterilidad.

Por primera vez en su vida, Marissa se sentía víctima de una maldición del destino. Se le antojaba irracionalmente irónico haber gastado tanto tiempo y dinero en métodos de regulación de la natalidad durante su época de estudiante universitaria para no tener un hijo en un momento inadecuado. Ahora, cuando el momento era el adecuado, se enteraba de que no podría tenerlo sino mediante la ayuda de la ciencia médica moderna.

- ¡No es justo!- dijo Marissa en voz alta, mientras dos lagrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Sabía que estaba al límite de su resistencia frente a los vaivenes mensuales de esperanza que se convertían en desesperación cada vez que fracasaba en su intento de concebir un hijo, a lo cual ahora se sumaba la creciente impaciencia de Robert en relación con todo el proceso. En realidad, no lo culpaba.

-Estás obsesionada con el problema de la fertilidad -señaló Robert con suavidad -. Marissa, empiezas a preocuparme.

Estoy preocupado por nosotros.

Marissa se volvió. Robert estaba de pie junto a la puerta del cuarto de vestir, las manos apoyadas en las jambas. Al principio, Marissa no alcanzó a ver la expresión de su rostro; lo tenía en sombras, y la luz del dormitorio iluminaba su pelo color arena desde atrás. Pero cuando se le fue acercando, ella advirtió que parecía preocupado pero decidido; su mandíbula angulosa estaba tan apretada que sus labios finos formaban una línea recta.

-Cuando quisiste iniciar este tratamiento me mostré dispuesto a probar. Pero ahora todo está fuera de control.

He llegado a la conclusión de que deberíamos interrumpirlo antes de que perdamos lo que tenemos por causa de lo que no tenemos.

- ¿Te parezco obsesionada? ¡Por supuesto que lo estoy!

¿No debería estarlo para soportar los procedimientos a los que he tenido que someterme? Si los he tolerado es porque quiero tener un hijo para que lo nuestro se convierta en una familia.

Quiero ser madre y que tú seas padre. ¡Quiero tener una familia!

Inconscientemente, Marissa había levantado la voz.

Cuando terminó la última frase, prácticamente gritaba.

-Oírte gritar así me convence aún más de que tenemos que dejarlo -alegó Robert -. Míranos. Estás agotada y yo no aguanto más. Hay otras opciones, ¿sabes? Tal vez deberíamos tomarlas en cuenta. Podríamos resignarnos a no tener hijos. O podríamos adoptar uno.

-No puedo creer que hayas elegido este momento para decirme eso -espetó Marissa- Esta mañana será mi cuarta recolección de óvulos, estoy lista para enfrentarme al dolor y al riesgo y, sí, tengo los nervios destrozados.

¿Y eliges este momento para hablar de cambiar de estrategia?

-Nunca es el momento apropiado para intercambiar ideas sobre estos temas con esta programación del tratamiento de fecundación in vitro -replicó Robert, incapaz ya de controlar su furia -. No te gusta el momento que he elegido para decírtelo, está bien. ¿Cuándo te parecía mejor? ¿Cuando estés loca de ansiedad, preguntándote si estarás o no embarazada?

¿O cuando estés deprimida porque ha venido el período?

¿O cuando, finalmente, logres sobreponerte y empieces un nuevo ciclo? Tú dime cuándo, y yo seguiré tus instrucciones.

Robert observó detenidamente a su esposa. Se estaba convirtiendo en una extraña. Se mostraba terriblemente sensible y fuera de sí y había engordado bastante, sobre todo en la cara.

Su mirada era helada y le producía escalofríos. Sus ojos pare cían tan sombríos como su humor, y su piel se veía arrebatada, como si tuviera fiebre. Sí, era una extraña. O peor: parecía una mujer histérica e irracional. No le habría sorprendido que saltara intempestivamente sobre él como un gato rabioso.

Decidió que había llegado el momento de dar marcha atrás, de ceder.

Se apartó algunos pasos de ella.

-Muy bien -admitió -, tienes razón. Es un mal momento para hablar de eso. Lo siento. Lo haremos otro día. ¿Por qué no terminas de vestirte y nos vamos a la clínica?

-Sacudió la cabeza -. Espero poder proporcionar una muestra de esperma.

A juzgar cómo me he estado sintiendo en los últimos tiempos, no me creo muy capaz de hacerlo. No es algo meramente mecánico. Ya no. No tengo dieciséis años.

Sin decir nada, Marissa, agotada, volvió a enfrascarse en la tarea de vestirse. Se preguntó qué harían si él no lograba producir la muestra de esperma. No sabía en qué medida el hecho de utilizar esperma anterior podría disminuir las posibilidades de una fertilización con éxito. Supuso que lo haría, lo cual explicaba en parte por qué se había enojado tanto cuando él dijo que no pensaba ir a la clínica, sobre todo después de que los últimos intentos en vitro habían fallado porque no hubo fertilización.

Al contemplar su imagen en el espejo y advertir el color encendido de sus mejillas, comprendió lo obsesionada que estaba con el tema. Hasta sus ojos se le antojaron los de una extraña por la estática intensidad de la mirada.

Se arregló el vestido. Se dijo que no debía abrigar demasiadas esperanzas después de tantas decepciones. Había tantas etapas en las que las cosas podían salir mal... Primero tenía que producir óvulos, que debían extraérsele antes de

que tuviera lugar la ovulación espontánea. Después, tenía que producirse la fertilización. A continuación, el embrión debía ser transferido al útero, donde debía implantarse. Luego, si todo salía bien estaría embarazada. Y entonces debía empezar a preocuparse de no tener un aborto espontáneo. Eran tantas las posibilidades de fracaso... Sin embargo, mentalmente le parecía ver el cartel instalado en la sala de espera de la unidad de fecundación in vitro:

SOLO SE FRACASA CUANDO SE ABANDONA.

Debía seguir intentándolo.

A pesar de su desesperanza, Marissa podía cerrar los ojos e imaginarse con un pequeño bebé en brazos. «Ten paciencia, pequeño», murmuró. Sabía que si esa criatura llegaba cobra rían sentido todos sus esfuerzos. Y, aunque no debería pensar en eso, comenzaba a temer que sería la única manera de salvar su matrimonio.

19 DE MARZO DE 1990 9.15 a.m.

Después de avanzar por el pasillo cubierto que separaba el edificio principal de la clínica del sector de urgencias y de ingresos, Robert y Marissa entraron en el patio de ladrillo y subieron la escalinata de acceso a la Clínica de la Mujer. El color y el particular diseño del granito hicieron que Marissa recordara todas las veces que había pisado aquellos escalones para someterse a «procedimientos quirúrgicos menores».

Involuntariamente su paso se hizo más lento, sin duda un reflejo condicionado por el dolor provocado por miles de pinchazos.

-Vamos -la instó Robert.

Llevaba a Marissa de la mano y sintió esa resistencia momentánea. Miró su reloj. Llegaban tarde.

Marissa trató de apresurarse. Esa sería la cuarta vez que le extraerían óvulos y sabía las molestias que experimentaría.

Pero el miedo al dolor le preocupaba menos que la posibilidad de complicaciones. Parte del problema de ser a la vez médico y paciente residía en estar al tanto de todas las cosas terribles que podían suceder. Se estremeció cuando, mentalmente, fue componiendo una lista de posibilidades potencialmente letales.

Al entrar Robert y Marissa en el edificio principal de la clínica, pasaron junto al mostrador de información y se dirigieron directamente al segundo piso, donde estaba instalada la FIV, la unidad de fecundación in vitro. Conocían bien el camino por todas las veces que lo habían hecho, sobre todo Marissa.

Al entrar en la sala de espera, siempre muy silenciosa, con un espectáculo para el que no estaban preparados.

- ¡No pienso permitir que me hagan esto! -gritaba una mujer delgada y bien vestida.

Marissa calculó que tendría alrededor de treinta años.

Era insólito que en las salas de espera de la clínica alguien hablara un poco más fuerte que en un susurro, y mucho menos que gritara. Resultaba tan sorprendente como que alguien empezara a chillar en una iglesia.

-Señora Ziegler -reclamó la anonadada recepcionista ¡Por favor!

Y se parapetó detrás de la silla del escritorio.

- ¡No trate de aplacarme! -gritó la mujer -. ¡Es la tercera vez que vengo en busca de mi historial clínico y quiero que me lo den inmediatamente!

La mano de la señora Ziegler se extendió como un resorte y barrió la parte superior del escritorio de la recepcionista. Se oyó un ruido estrepitoso de cristal y cerámica rotos cuando lapiceros, papeles, fotografías enmarcadas y tazas de café se estrellaron contra el suelo.

La decena de pacientes que aguardaban en la sala quedaron paralizadas del susto y atontadas ante el estruendo. La mayoría de ellas clavaron la vista en las revistas que tenían en la mano, temerosas de tomar conciencia de la escena que se desarrollaba delante de ellas.

Marissa se sobresaltó al oír el ruido de cristales rotos. Recordó el radio reloj que tanto había deseado destrozar menos de media hora antes. Le daba miedo reconocer en la señora Ziegler un alma gemela. En varias ocasiones, Marissa se había sentido igualmente desesperada e impotente.

La primera respuesta de Robert a la situación fue adelantarse e interponerse entre su mujer y la paciente histérica. Cuando vio que la señora Ziegler rodeaba el escritorio, temió que se propusiera atacar a la pobre recepcionista. Sin pensarlo siquiera, dio un salto hacia delante y sujetó a la señora Ziegler desde atrás, tomándola de la cintura.

-Cálmese -aconsejó con la esperanza de que su voz sonara a un tiempo autoritaria y sedante.

Como si la estuviese esperando la señora Ziegler dio rápidamente media vuelta, enarboló su voluminosa cartera Gucci y la lanzó contra el rostro de Robert, partiéndole el labio. Como el golpe no había logrado que la soltara, la se dispuso a asestarle otro golpe con la cartera.

Al observarla, Robert le soltó la cintura y le agarró los dos brazos detrás de la espalda en un abrazo de oso. Pero antes de que consiguiera tenerla bien sujeta, ella volvió a golpearlo, esta vez con el puño cerrado.

- ¡Ahhhhh! -gritó Robert, sorprendido por el golpe y apartó a la señora Ziegler de un empujón.

Las mujeres que se encontraban sentadas cerca corrieron hacia otro sector de la sala de espera.

Mientras se masajeaba el hombro en que había recibido el puñetazo, Robert observó con cautela a la señora Ziegler.

-Salga de aquí -advirtió ella -. Esto no tiene nada que ver con usted.

- ¡Ahora sí lo tiene! -replicó Robert.

La puerta que daba al vestíbulo se abrió de golpe y los doctores Carpenter y Wingate entraron a la carrera.

Detrás de ellos apareció un guardia uniformado con una insignia de la Clínica de la Mujer en la manga. Los tres se dirigieron en línea recta hacia la señora Ziegler.

El doctor Wingate, director de la clínica y al mismo tiempo cabeza de la FIV, asumió en seguida el control de la situación.

Era un hombre corpulento con barba y un acento inglés leve pero característico.

-Rebecca, ¿qué demonios le ocurre? -preguntó con voz tranquilizadora -. Por disgustada que esté, no es forma de comportarse.

-Quiero mi historial clínico -insistió la señora Ziegler -. Cada vez que vengo a buscarlo me encuentro con evasivas.

En este lugar hay algo malo, algo podrido. Quiero mi historial clínico. Es mío.

-No, no lo es -la corrigió el doctor Wingate con calma - Son registros de la Clínica de la Mujer. Sabemos que el tratamiento para la infertilidad puede causar tensión, y también que en algunas ocasiones las pacientes transfieren su frustración y ansias en nosotros, los médicos. Comprendemos que se sienta desdichada. Le hemos dicho asimismo que si decide acudir a otra institución especializada tendremos mucho gusto en entregarle su historial clínico a su nuevo médico. Esa es nuestra política. Si su nuevo médico desea entonces entregarle ese material, es decisión suya. Siempre nos hemos sentido orgullosos por la importancia que le damos al hecho de preservar la inviolabilidad de nuestros registros.

-Soy abogada y conozco mis derechos -replicó la señora Ziegler, ya no tan segura de sí misma.

-Hasta los abogados pueden equivocarse -adujo el doctor Wingate con una sonrisa, y el doctor Carpenter asintió con la cabeza -. Con todo gusto le permitiremos leer su historial y demás material clínico. ¿Por qué no me acompaña y le echa un vistazo? Tal vez eso la hará sentirse mejor.

- ¿Por qué no se me ofreció esa oportunidad desde un principio? -preguntó la señora Ziegler, y las lágrimas comenzaron a surcarle las mejillas -. La primera vez que vine a buscar mi historial clínico, le dije a la recepcionista que tenía serias dudas con respecto a mi estado. Jamás se me sugirió siquiera que se me permitiría leerlo.

-Fue un descuido -afirmó el doctor Wingate -. Le pido excusas en nombre del personal si no se le ofreció esa alternativa. Pondremos en circulación un memorándum para evitar problemas futuros. Mientras tanto, el doctor Carpenter la acompañará arriba y usted podrá leer lo que quiera. Por favor, venga con nosotros.

Extendió la mano con gesto amistoso y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Cubriéndose los ojos, la señora Ziegler permitió que el doctor Carpenter y el guardia la condujeran al piso superior.

El doctor Wingate se dirigió a los presentes en la sala de espera.

-En nombre de la clínica, les pido disculpas por este incidente -dijo, mientras se estiraba su bata blanca.

En un bolsillo llevaba un estetoscopio, y en otro varias placas de Petri. Después indicó a la telefonista que llamara al personal de limpieza y pusiese todo en orden.

El doctor Wingate se acercó a Robert, que se había sacado el pañuelo del bolsillo de la chaqueta para limpiarse la sangre del labio partido.

-Lo lamento muchísimo -se excusó el doctor Wingate al mirar la herida de Robert.

La sangre todavía manaba de la herida, aunque ya no en forma tan profusa.

-Creo que será mejor que venga conmigo a Urgencias -dijo Wingate.

-Estoy bien -replicó Robert frotándose el hombro -. No es nada grave.

Marissa se acercó para mirarle mejor el labio.

-Creo que deberías permitir que te echaran un vistazo -le dijo.

-Tal vez haya que darle un punto -afirmó el doctor Wingate después de hacer que Robert echara la cabeza hacia atrás para verle mejor la herida -. Venga. Yo lo llevaré.

-No puedo creerlo -comentó Robert disgustado, al mirar las manchas de sangre en el pañuelo.

-Será cuestión de un momento -aseguró Marissa -. Firmaré y te esperaré aquí.

Después de un instante de vacilación, Robert permitió que lo condujeran a Urgencias.

Marissa observó cómo la puerta se cerraba detrás de él.

Mal podía culpar a Robert si el episodio de esa mañana se sumaba a su renuencia a seguir con el tratamiento.

De pronto, Marissa se sintió agobiada por una serie de dudas con respecto a su cuarto intento de fecundación in vitro. ¿Por qué tendría que tener esperanzas de conseguirlo esta vez? Una sensación de futilidad parecía abatirse sobre ella.

Con un gran suspiro, luchó contra el llanto. Al pasear la vista por la sala de espera, comprobó que el resto de las pacientes se encontraban de nuevo concentradas en la lectura de sus respectivas revistas. Por alguna razón, a ella le resultó imposible serenarse. En lugar de acercarse a la recepcionista y registrarse, se acercó a un sillón vacío y, prácticamente, se hundió en el.

¿De qué servia este nuevo sufrimiento de la recolección de óvulos si el fracaso era tan seguro?

Marissa sepultó la cara entre las manos. No recordaba haberse sentido jamás tan abatida y desesperanzada, salvo cuando estuvo deprimida al finalizar su etapa como residente en pediatría. Fue entonces cuando Roger Shulman rompió su prolonga da relación, un hecho que, en definitiva, la había conducido al Centro para el Control de Enfermedades.

El ánimo de Marissa decayó más todavía al recordar a Roger. A fines de la primavera la relación de ambos todavía era intensa, hasta que, de pronto, él anunció que se iba a la UCLA por una beca en neurocirugía. Quería ir solo. En ese momento, aquello la espantó. Ahora comprendía que él estaba mejor sin ella, una mujer estéril. Trató de quitarse de la cabeza esas ideas. Se dijo que lo que estaba pensando era un disparate.

Los pensamientos de Marissa se remontaron a un año y medio atrás, a la época en que ella y Robert decidieron tener hijos. Lo recordaba bien porque habían celebrado esa decisión con un viaje especial de fin de semana a la isla Nantucket y un brindis con un buen Cabernet Sauvignon.

Por aquella época, los dos pensaban que concebir un hijo sería sólo cuestión de semanas, cuando más un par de meses.

Como Marissa siempre había tomado todas las precauciones para no quedar embarazada, jamás se le ocurrió que podría tener problemas en ese sentido. Después de haber transcurrido alrededor de siete meses, empezó a preocuparse. Los días previos a su período se convirtieron en momentos de creciente ansiedad, seguidos por depresión cuando se hacía realidad.

Pasados diez meses, ella y Robert comprendieron que algo andaba mal. Al año tomaron la difícil decisión de hacer algo al respecto. Fue entonces cuando acudieron a la Clínica de la Mujer para ser analizados y evaluados en el departamento de infertilidad. El análisis del esperma de Robert constituyó el primer obstáculo, que fue salvado con excelentes calificaciones. Las primeras pruebas a las que se sometió Marissa fueron más complicadas, e incluían radiografías del útero y de las trompas de Falopio.

Como médica, Marissa estaba bastante al tanto de lo que consistía el estudio. Incluso había visto ilustraciones de las radiografías en libros de texto. Pero esas fotografías no la habían preparado para la experiencia real. Recordaba vívida mente la experiencia, como si hubiera sido ayer.

-Deslícese un poco hacia abajo -le pidió el doctor Tolentino, el radiólogo.

Estaba ajustando la enorme unidad de fluoroscopia de rayos-X sobre la parte inferior del abdomen de Marissa.

Librodot

De la máquina surgía una luz que proyectaba una rejilla sobre su cuerpo.

Marissa se retorció sobre la durísima camilla para deslizarse hacia abajo. El cuentagotas del suero colgaba de su brazo derecho. Le habían administrado válium y se sentía un poco mareada. Pese a sus esfuerzos por controlarse, temía verse afectada otra vez por una pesadilla inducida por las drogas.

- ¡Muy bien! -exclamó el doctor Tolentino -. Perfecto.

La rejilla estaba centrada ahora justo debajo del ombligo. El doctor Tolentino accionó una serie de interruptores eléctricos y en el monitor de rayos catódicos del fluoroscopio apareció un resplandor gris claro. El doctor Tolentino se acercó a la puerta y llamó al doctor Carpenter.

El doctor Carpenter entró con una enfermera. Ambos vestían el mismo tipo de pesado delantal de plomo con que el doctor Tolentino protegía su cuerpo de la radiación ambiente.

Al contemplar semejante equipo protector, Marissa se sintió aún más expuesta y vulnerable.

Marissa notó cómo le levantaban las piernas y se las abrían para colocarle los pies en los estribos. Entonces el extremo de la camilla cayó y quedó colgada del borde.

-Ahora sentirás el especulo -le advirtió el doctor Carpenter.

Marissa apretó los dientes cuando notó que el instrumento penetraba dentro de ella y se abría.

-Ahora sentirás un pinchazo -le explicó el doctor Carpenter -. Utilizaremos anestesia local.

Marissa se mordió el labio. Tal como se lo había advertido el doctor Carpenter, sintió un dolor punzante y respiró con fuerza. No se había percatado de que estaba conteniendo la respiración. En ese momento, lo único que quería era que la prueba terminara de una vez.

-Sólo un par de minutos más -aseguró el doctor Carpenter como leyéndole el pensamiento.

Marissa podía representarse mentalmente el instrumento largo y con forma de tijera, con sus mandíbulas abiertas como dos colmillos opuestos. Sabía que esos colmillos acababan de morder el delicado tejido de su cuello uterino.

Marissa no sintió dolor, sino sólo una sensación de presión y de tironeo. Oía que el doctor Carpenter hablaba con la enfermera y el doctor Tolentino. Percibía el aparato de rayos -X en funcionamiento y apenas lograba ver parte de la imagen que aparecía sobre la pantalla de fluoroscopio.

-Muy bien, Marissa! -exclamó el doctor Carpenter -. Como ya te expliqué, la cánula Jarcho ya está en su sitio, de modo que ahora inyectaré la tinción. Es probable que lo notes un poco.

Marissa volvió a contener el aliento, y esta vez el dolor llegó. Era como un calambre fuerte que fue creciendo hasta que le resultó imposible quedarse inmóvil.

- ¡No te muevas! -le ordenó el doctor Carpenter.

-No puedo evitarlo -gimió Marissa.

Justo cuando creyó no poder soportar más, el dolor cedió.

Espiró aliviada.

-No llegó a ninguna parte -indicó el doctor Carpenter con sorpresa.

-Tomaré una placa -añadió el doctor Tolentino -. Creo que distingo los extremos de las trompas aquí y allá.

-Señalaba la pantalla con un lápiz.

-De acuerdo -replicó el doctor Carpenter.

Entonces le explicó a Marissa que le harían otra placa, por lo que debía permanecer inmóvil.

- ¿Qué pasa? -preguntó Marissa, preocupada.

Pero el doctor Carpenter no le prestó atención o no la oyó.

Las tres personas desaparecieron detrás de la pantalla.

Marissa miró el inmenso aparato suspendido sobre ella.

-No se mueva -gritó el doctor Tolentino.

Marissa percibió un chasquido y un leve zumbido. Sabía que su cuerpo acababa de ser bombardeado con millones de diminutos rayos -X.

-Lo intentaremos de nuevo -explicó el doctor Carpenter cuando regresó -. Esta vez quizá duela un poco más.

Marissa se aferró a los costados de la mesa.

El dolor que siguió fue el peor que había experimentado en su vida. Era como un cuchillo clavándose y retorciéndose en la parte inferior de su cuerpo. Cuando el procedimiento terminó, vio que las tres personas se agrupaban alrededor de la pantalla del fluoroscopio.

- ¿Qué han encontrado? -preguntó Marissa.

Por la cara del doctor Carpenter comprendió que algo andaba mal.

-Por lo menos, ahora sabemos por qué no puedes quedarte embarazada -señaló con voz solemne -. No pude introducir embrión en ninguna de tus trompas. Y vaya si lo intenté, como seguramente habrás notado. Las dos parecen tan selladas como un tambor.

- ¿Cómo puede ser? -inquirió Marissa alarmada.

El doctor Carpenter se encogió de hombros.

-Tendremos que investigarlo. Probablemente tuviste una infección. ¿No recuerdas nada por el estilo?

- ¡No! -contestó ella -. No lo creo.

-Unas veces descubrimos la causa de la obstrucción de las trompas y otras veces, no -repuso el doctor Carpenter -. Incluso algún episodio de fiebre alta en la infancia puede, en ocasiones, dañar las trompas. -Se encogió de hombros y palmeó a Marissa en el brazo -. Lo investigaremos.

- ¿Cuál es el siguiente paso? -preguntó Marissa con ansiedad.

Ya se sentía bastante culpable por ser estéril. Ese sorprendente descubrimiento acerca de sus trompas le hizo preguntar se si no le habría transmitido alguna enfermedad uno de sus primeros amantes. Nunca había sido una libertina ni nada Roger. ¿Podría Roger haberle contagiado algo? Marissa tenía un nudo en el estómago.

-No creo que éste sea el momento para hablar de estrategias -prosiguió el doctor Carpenter -. Pero lo más probable es que recomendemos una laparoscopia y quizá también una biopsia. Siempre existe la posibilidad de que el problema se resuelva con microcirugía. Si eso no funciona o no es practicable, aún queda la fecundación in vitro...

Marissa! -gritó Robert, obligándola a regresar al presente.

Levantó la vista. Robert estaba parado frente a ella.

- ¿Qué estás haciendo? -preguntó Robert, visiblemente fastidiado -. Le pregunté por ti a la recepcionista y me dijo que ni siquiera te habías presentado para decir que habías llegado.

Marissa se puso de pie de un salto. Robert miró su reloj.

- ¡Vamos! -dijo dando media vuelta y enfilando hacia el escritorio de la recepcionista.

Marissa lo siguió. Observó el cartel que había detrás del escritorio:

Librodot

SOLO SE FRACASA CUANDO SE DEJA DE INTENTAR.

-Lo siento -explicó la recepcionista -. Con todo ese barullo me he puesto muy nerviosa, y no me di cuenta de que la señora Buchanan no se había registrado.

- ¡Por favor! -le pidió Robert -. Avise a los médicos que está aquí.

- ¡Por supuesto! -replicó la recepcionista y se puso en pie Pero primero quiero darle las gracias por su ayuda de hace un rato, señor Buchanan. Creo que aquella mujer estaba a punto de atacarme. Espero que no le haya hecho demasiado daño.

-Sólo me han puesto dos puntos -explicó Robert, bastante más calmado -. Estoy muy bien.

Robert bajó la voz y escudriñó con disimulo la sala de espera.

- ¿Podría darme uno de esos... de esos recipientes de plástico? -preguntó.

-Desde luego -replicó la recepcionista.

Se agachó y abrió un cajón de donde sacó un recipiente de plástico graduado y se lo entregó. Robert lo cogió.

-Er..., bueno, esto hará que todo tenga sentido -le susurró Robert a Marissa con sarcasmo.

Sin mirar de nuevo a su esposa, se dirigió a una de las puertas que conducían a una serie de cubículos para cambiarse.

Marissa observó cómo se iba y lamentó la brecha cada vez más ancha que los separaba. La capacidad de ambos para comunicarse se estaba reduciendo.

-Avisaré al doctor Wingate que está aquí -explicó la recepcionista.

Marissa asintió. Regresó con lentitud a su silla y se dejó caer.

Nada estaba saliendo bien. No se quedaba embarazada y su matrimonio se desintegraba ante sus propios ojos. Pensó en todos los viajes de negocios que Robert había estado realizando en los últimos tiempos. Por primera vez desde que se casaron, Marissa se preguntó si no estaría teniendo una aventura.

Tal vez ésa era la razón por la que de pronto no quería proporcionar una muestra de esperma. Quizá había estado haciéndolo en otra parte.

-Señora Buchanan! -llamó una enfermera desde un portal abierto, haciendo señas a Marissa de que la siguiera.

Marissa se puso de pie. Reconoció a la enfermera: era la señora Hardgrave.

- ¿Está lista para la recolección de óvulos? -le preguntó con voz entusiasta la mujer mientras conseguía una bata, un camisón y unas chinelas para Marissa.

Tenía un acento parecido al del doctor Wingate. Marissa la había interrogado al respecto en cierta oportunidad. Y le sorprendió enterarse de que la señora Hardgrave no era inglesa sino australiana.

-Una recolección de óvulos es lo último que deseo en este momento - reconoció Marissa -. En realidad, no sé por qué me obligo a pasar por esto.

-Está algo deprimida, ¿no? -preguntó la señora Hardgrave con ternura.

Marissa no respondió. Se limitó a suspirar al tomar la ropa La señora Hardgrave extendió el brazo y le tocó el hombro.

- ¿Hay algo sobre lo que le gustaría que habláramos?

Marissa levantó la vista y la miró. En esos ojos de un gris verdoso había calidez y comprensión. Al principio, lo único que Marissa pudo hacer mientras luchaba por contener el llanto fue sacudir la cabeza.

-Es muy frecuente que las personas involucradas en procedimientos in vitro se sientan agobiadas por problemas emocionales -alegó la señora Hardgrave -. Pero, por lo general, ayuda bastante hablar del tema. Nuestra experiencia indica

que parte del problema radica en el aislamiento al que se sienten sometidas las parejas.

Marissa asintió. Ella y Robert se habían sentido aislados. Y a medida que las presiones aumentaron, empezaron a evitar a sus amistades, sobre todo a las parejas que tenían hijos.

- ¿Ha surgido algún problema entre usted y su marido?-preguntó la señora Hardgrave -. No es mi intención entro meterme en su vida privada, pero hemos comprobado que lo mejor en estos casos es abrirse a los demás.

Marissa volvió a asentir con la cabeza. Observó el rostro comprensivo de la señora Hardgrave. Quería hablar con ella.

Tras secarse algunas lágrimas con el dorso de la mano, le contó la negativa inicial de Robert a cooperar aquella mañana, y la subsiguiente pelea. Le confió a la señora Hardgrave que empezaba a pensar en la necesidad de interrumpir los tratamientos para la infertilidad.

-Ha sido un infierno para mí -reconoció Marissa -. Y para Robert.

-Creo que podría decirse que algo funcionaría mal en ustedes dos de no haber sido así -explicó la señora Hardgrave -. Esto es algo que provoca tensión en todos, incluso en el personal de la clínica. Pero es importante que traten de ser más abiertos. De hablar con otras parejas. Eso los ayudará a aprender a comunicarse el uno con el otro y a conocer las limitaciones mutuas.

-Estamos preparados para la señora Buchanan -anunció otra enfermera desde la puerta de la sala de ultrasonidos.

La señora Hardgrave le haló levemente un brazo a Marissa para tranquilizarla.

-Vaya ahora -indicó -. Después volveré para que sigamos conversando. ¿Le parece bien?

-Sí, muy bien -replicó Marissa intentando mostrar mayor entusiasmo.

Quince minutos más tarde, Marissa estaba nuevamente tendida de espaldas en la sala de ultrasonidos, enfrentada a otro procedimiento doloroso y potencialmente peligroso. Se encontraba acostada en posición supina, con las piernas extendidas.

Algunos instantes después, se las levantarían y le colocarían los pies en los ya familiares estribos. Seguiría después la desinfección y, a continuación, la anestesia local. La sola idea la llenaba de pánico.

La sala, en sí misma, inspiraba temor. Era un ambiente helado, ominoso y futurista, lleno de instrumentos electrónicos, algunos de los cuales Marissa podía reconocer. El instrumental se hallaba conectado a múltiples pantallas de rayos catódicos. Afortunadamente, la aguja para la recolección de óvulos, de 30 cm. de longitud, no estaba a la vista.

La enfermera de ginecología que había hecho entrar a Marissa en la sala se ocupaba de los preparativos. El doctor Wingate, que se encargaba de casi todos los casos de infertilidad en la clínica, entre ellos la fecundación in vitro, todavía no había llegado.

Un golpe en la puerta llamó la atención de la enfermera, que se acercó y la abrió. Marissa volvió la cabeza y vio a Robert de pie en el umbral.

Aunque aquella sala lo incomodaba incluso más que a Marissa, se obligó a entrar en ese recinto de alta tecnología.

Señaló por encima del hombro en beneficio de la enfermera.

-La señora Hardgrave dijo que podía entrar un momento -explicó.

La enfermera asintió, hizo una seña en dirección a Marissa y volvió a enfrascarse en sus preparativos.

Robert se acercó con cautela a su esposa y la miró. Tuvo cuidado de no tocar ninguno de aquellos instrumentos tan delicados, y tampoco rozó siquiera a Marissa, por aquella tarea trascendental.

-Y ahora que mi parte ha terminado, me voy a la oficina. Por desgracia, debido a los puntos llegaré más tarde de lo planeado. Así que debo darme prisa. Pero regresaré después de la reunión para buscarte. Si la reunión se prolongase, llamaré por teléfono y te dejaré un mensaje con la señora Hardgrave. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -respondió Marissa -. Gracias por la muestra de esperma. Aprecio tu gesto.

Robert se preguntó si no habría algo de sarcasmo en aquellas palabras.

-De nada -repuso por fin -. Que tengas suerte con la recolección de óvulos. Ojalá consigan una docena.

Y tras dar una palmadita en el hombro de Marissa, se dio media vuelta y abandonó la sala.

Marissa sintió que de nuevo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no supo si era de tristeza o de rabia.

Se sentía muy sola. En los últimos tiempos Robert se mostraba muy eficiente y metódico, incluso cuando se trataba de ella.

Le dolía que la hubiera dejado sola para enfrentarse a aquella difícil prueba.

El Robert actual parecía muy diferente del hombre con el que se había casado, llena de gozo, pocos años atrás.

De muchas formas diferentes le transmitía que ahora los negocios eran lo primero; constituían su identidad y su válvula de escape. Una única lágrima corrió hacia su oreja. Cerró los ojos con fuerza, como queriendo aislarse del mundo entero.

Tuvo la sensación de que su vida comenzaba a desintegrarse y de que no podía hacer nada para impedirlo.

-Discúlpeme, doctor Wingate -dijo la señora Hardgrave, de teniendo al médico que se encaminaba hacia la sala de ultrasonidos -. ¿Podría hablar un minuto con usted?

- ¿Es importante? -preguntó el doctor Wingate -. Ya llego tarde para atender a la señora Buchanan.

-Es precisamente de ella de quien deseo hablarle -contestó la señora Hardgrave, y echó la cabeza hacia atrás.

Era una mujer alta, de mas de un metro ochenta. Aun así, parecía menuda en comparación con la impresionante mole del doctor Wingate.

- ¿Es algo confidencial? -inquirió el médico.

- ¿Acaso no lo es todo aquí? -replicó la señora Hardgrave con una sonrisa burlona.

-Sí, claro -admitió el doctor Wingate.

Caminó con paso vivo por el pasillo hacia su consultorio.

Entraron por una puerta trasera directamente desde el pasillo, sin pasar así frente a su secretaria. Wingate cerró la puerta detrás de ellos.

-Seré breve -empezó la señora Hardgrave -. He estado pensando que la señora Buchanan..., en realidad, debería decir la doctora Buchanan... Recuerda que es médica, ¿verdad?

-Sí, por supuesto -respondió el doctor Wingate -. El doctor Carpenter me lo dijo hace dos años. Recuerdo que fue una verdadera sorpresa para mí. El doctor Carpenter se enteró al leer algo en el Globe.

-Creo que es importante tomar en cuenta el hecho de que es doctora -prosiguió la señora Hardgrave -. Como sabe, a veces los médicos se convierten en pacientes muy difíciles.

El doctor Wingate asintió.

-De todas formas -prosiguió la señora Hardgrave -, creo que sufre cierto grado de depresión.

-Eso no es nada extraordinario -alegó el doctor Wingate -. Casi todas nuestras pacientes de fecundación in vitro se deprimen en uno u otro momento.

-Hay también ciertos indicios de discordia conyugal -siguió la señora Hardgrave -. Incluso me insinuó que podría interrumpir el tratamiento después de este ciclo.

-Eso sería muy lamentable -repuso el doctor Wingate, por fin interesado en la conversación.

-La depresión, los problemas conyugales y el hecho de que es médica me hacen pensar que tal vez deberíamos alterar el sistema del tratamiento.

El doctor Wingate se apoyó en el escritorio, colocó un pulgar debajo de su mentón y apoyó la nariz sobre el índice mientras reflexionaba acerca de la sugerencia de la señora. Ella tenía definitivamente razón y la flexibilidad era una cosa que él siempre había recomendado.

-También presenció la escena con Rebecca Ziegler -agregó la señora Hardgrave -. Eso seguramente contribuyó a su perturbación emocional. Estoy muy preocupada por ella.

-Pero hasta ahora se ha mantenido estable -afirmó el doctor Wingate.

-Es cierto -replicó la señora Hardgrave -. Supongo que lo que más me inquieta es que se trate de una profesional.

-Aprecio su preocupación -repuso el doctor Wingate -. Lo que ha contribuido siempre al éxito de la Clínica de la Mujer es la importancia que le atribuimos a los detalles. Pero creo que no hay peligro en seguir adelante como de costumbre con la doctora Blumenthal -Buchanan. Tolerará otro par de ciclos, pero tal vez sería prudente recomendarles a ella y a su marido el asesoramiento que prestamos aquí en la clínica.

-Muy bien -asintió la señora Hardgrave -. Se lo sugeriré.

Pero, como médica, es posible que se resista a esa idea.

Con el asunto ya decidido, el doctor Wingate se acercó a la puerta y se la abrió a la señora Hardgrave.

-A propósito de Rebecca Ziegler -prosiguió la señora confío en que la estarán atendiendo bien.

-En este momento está leyendo su historial -explicó el doctor Wingate mientras seguía a la señora Hardgrave hasta el pasillo -. Por desgracia, creo que eso la trastornará bastante.

-Me lo imagino -afirmó la señora Hardgrave.

19 DE MARZO DE 1990 11.37 a.m.

Dorothy Finklestein apuró el paso por el pasillo cubierto y entró en el patio de ladrillos de la Clínica de la Mujer. Como de costumbre, llegaba tarde. Le habían dado hora para su examen anual a las once y cuarto.

Librodot

Una ráfaga repentina de viento le levantó el ala del sombrero. Lo agarró justo a tiempo para impedir que saliera volando de su cabeza. Al mismo tiempo, algo en la parte superior del edificio le llamó la atención. Un zapato de tacón alto caía hacia ella. Aterrizó cerca, en un parterre con rododendros.

A pesar de que tenía prisa, Dorothy se detuvo mientras levantaba la vista recorriendo en sentido inverso la trayectoria del zapato. En el último piso de la Clínica de la Mujer, cinco plantas más arriba, vio lo que le pareció era una mujer sentada en el antepecho de una ventana, con las piernas colgando y la cabeza baja como si estudiase la acera. Dorothy parpadeó esperando que sus ojos la engañaran, pero la imagen persistió: ¡no era su imaginación, la que estaba allá arriba era una mujer, una mujer joven!

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio que la mujer se adelantaba un poco y, después, se lanzaba cabeza abajo en un salto mortal. La mujer caía como una muñeca de tamaño natural, cobrando velocidad a medida que pasaba por los sucesivos pisos. Se estrelló contra el mismo parterre que el zapato, con un golpe seco como el de un libro pesado que cae de plano sobre una alfombra gruesa.

Dorothy hizo una mueca de dolor como si su propio cuerpo hubiera sufrido la caída.

Después, cuando la realidad se abrió paso en ella, se puso a gritar.

Haciendo acopio de todo su coraje, corrió hacia la maceta sin la menor idea de lo que haría. Como encargada de compras de una gran tienda de Boston, no tenía demasiado entrenamiento en primeros auxilios, aunque había asistido a un curso cuando estaba en el college.

Algunos transeúntes respondieron a los gritos de Dorothy.

Después de recuperarse de la impresión inicial, varios la siguieron hasta el jardín, mientras otra persona entraba en la clínica para dar la voz de alarma.

Al llegar al borde del macizo, Dorothy miró hacia abajo horrorizada. La mujer estaba tendida de espaldas. Sus ojos abiertos miraban fijamente hacia el cielo, sin enfocar nada. Sin saber qué más hacer, Dorothy se arrodilló entre los arbustos y empezó a hacerle la respiración boca a boca, pese a que era obvio que la mujer no respiraba. Exhaló varias veces en su boca pero tuvo que detenerse. Volvió la cabeza y vomitó su café con rosquillas de media mañana. Para entonces ya había llegado a la escena un médico de impecable bata blanca.

-Por supuesto que la recuerdo -afirmó el doctor Arthur Usted era la mujer con tanta sensibilidad a la quetarnina.

¿Cómo podría olvidarla?

-Sólo quería estar segura de que no volvería droga -subrayó Marissa.

Al principio no reconoció al doctor Arthur porque no había vuelto a tratarla desde la biopsia. Pero después de haber comenzado él a preparar el suero, algo le refrescó la me mona.

-Lo único que necesitamos hoy es un poco de válium -la tranquilizó el doctor Arthur -. Le daré un poco ahora mismo.

Tendría que producirle bastante sueño.

Marissa observó cómo inyectaba la droga en la cánula de perfusión del suero. Enderezó la cabeza. Ahora que la recolección había empezado su actitud para el procedimiento era otra con respecto a la que mantuviera quince minutos antes. Ya no era ambivalente.

Cuando el válium comenzó a hacerle efecto, Marissa se serenó, pero no se durmió. Se puso a pensar en sus trompas obstruidas y en cuáles podrían haber sido las causas de esa obstrucción. Después pasó revista a los distintos procedimientos a que se había sometido. Recordó cómo se sentía al despertar de la anestesia general después de la laparoscopia.

Librodot

Tan pronto recobró la lucidez, el doctor Carpenter le explicó que sus trompas estaban tan cicatrizadas que la microcirugía quedaba descartada definitivamente. Le informó de que lo único que había podido hacer era realizar una biopsia.

Le dijo que su única posibilidad de tener un hijo era la fecundación in vitro.

- ¿Estamos listos? -resonó una voz.

Marissa abrió sus pesados párpados y miró el rostro barbudo del doctor Wingate. Trató de disociarse de su cuerpo para poder hacer frente a la ansiedad. Retrocedió mentalmente al momento de su visita al doctor Ken Mueller en el departamento de patología del Memorial, después de la laparoscopia.

Con frecuencia, la Clínica de la Mujer enviaba algunas de sus muestras al Memorial para que confirmaran sus diagnósticos.

A Marissa le dijeron que su biopsia de las trompas de Falopio había sido remitida a ese departamento.

Con la esperanza de conservar el anonimato, Marissa buscó ella misma las placas. Sabía que en la Clínica de la Mujer usaban el número de seguro social de ella como número de su historial clínico.

Una vez que tuvo en su poder los portaobjetos, buscó a Ken.

Eran amigos desde los tiempos de la Facultad de Medicina. Le pidió que le echara un vistazo a las secciones microscópicas, pero sin decirle que eran de ella.

-Muy interesante -comentó Ken después de estudiar el primer portaobjeto. Se apartó del microscopio -. ¿Qué puedes decirme de este caso?

-Nada -respondió Marissa -. No quiero ejercer influencia sobre ti. Dime qué ves.

- ¿Como en un examen, eh?-dijo Ken con una sonrisa.

-En cierto modo, sí -repuso Marissa.

Ken volvió al microscopio.

-Mi primera conjetura es que se trata de la sección de una trompa de Falopio. Parece totalmente destruida por un proceso infeccioso.

-Correcto -replicó Marissa con admiración -. ¿Qué puedes decirme sobre la infección?

Durante algunos minutos, Ken examinó la muestra en silencio. Cuando finalmente habló, Marissa se quedó estupefacta.

- ¡Tuberculosis! -anunció él, cruzándose de brazos.

- ¿Tuberculosis? -Marissa casi se cayó de la silla.

Esperaba una inflamación indeterminada, pero jamás una tuberculosis -. ¿Qué te hace decir eso?

-Míralo tú misma -indicó Ken.

Marissa observó por el microscopio.

-Lo que estás viendo es un granuloma -explicó -. Tiene células gigantes y células epiteloides, y el “sine qua non” de un granuloma. No son muchas las cosas que causan granulomas.

De modo que hay que pensar en tuberculosis, sarcoma y algunos hongos. Pero debemos poner a la tuberculosis a la cabeza de la lista por razones estadísticas.

Marissa se sintió débil. La idea de padecer alguna de esas enfermedades la aterrorizaba.

- ¿Puedes realizar otras tinciones para llegar a un diagnóstico definitivo? -preguntó Marissa.

-Por supuesto -replicó Ken -. Pero me sería de gran ayuda conocer la historia de la paciente.

Librodot

-Muy bien -convino Marissa -. Es una mujer caucásica sana, de poco más de treinta años, con una historia clínica completamente normal. Se presentó con trompas de Falopio con obstrucción asintomática.

- ¿Son datos fiables? -preguntó Ken mientras se mordía el labio.

-Absolutamente -respondió Marissa.

¿Radiografía de tórax negativa?

-Completamente normal- ¿Problemas oculares?

-Ninguno.

- ¿Nódulos linfáticos?

-Negativo -contestó Marissa con énfasis -. Fuera de las trompas de Falopio, la paciente es normal y sana.

- ¿Historia ginecológica normal?

-Así es -asintió Marissa.

-Bueno -reconoció Ken -, es muy extraño. La tuberculosis llega a una trompa de Falopio a través del torrente sanguíneo o los vasos linfáticos. Si es tuberculosis, entonces tiene que existir una anidación en alguna parte. Y no parecen hongos sin hifas o algo así. Todavía diría que la tuberculosis es el candidato más probable. De todas formas, haré algunas tinciones adicionales. . .

- ¡Marissa! -gritó una voz, volviéndola al presente.

Abrió los ojos. Era el doctor Arthur.

-El doctor Wingate está a punto de inyectarle la anestesia local. No queremos que la tome por sorpresa y dé un respingo.

Marissa asintió. Casi en seguida notó en una serie de puntos un dolor punzante, pero muy pronto perdió intensidad.

Volvió entonces a sus reflexiones, y recordó su visita muerta de miedo a un internista, el mismo día que vio a Ken. Pero un chequeo completo no reveló ninguna anormalidad, salvo el resultado positivo en una prueba de derivado proteico purificado, que sugería que sí había tenido tuberculosis.

Aunque Ken hizo muchas otras pruebas con el portaobjeto de Marissa, no encontró microorganismos, ni de tuberculosis ni de ninguna otra cosa. Pero mantuvo su diagnóstico original de una infección tuberculosa de las trompas de Falopio, pese a las protestas de Marissa en el sentido de que no tenía la menor idea de cómo podía haber contraído una enfermedad tan poco común.

- ¡Doctor Wingate! -llamó una voz atribulada.

La atención de Marissa regresó al presente. Volvió la cabeza. La señora Hardgrave estaba en la puerta de la sala de ultra sonidos.

- ¿No ves que estoy ocupado?- espetó el doctor Wingate.

-Me temo que se ha producido una emergencia.

- ¡Estoy haciendo una maldita recolección de óvulos!-gritó el doctor Wingate, descargando su frustración en la señora Hardgrave.

-Muy bien -asintió la señora Hardgrave mientras se alejaba de la puerta.

- ¡Allá vamos! -exclamó el doctor Wingate con satisfacción.

Sus ojos estaban fijos en el monitor.

- ¿Quiere que vaya a ver cuál es la emergencia? -preguntó el doctor Arthur.

-Eso puede esperar -respondió el doctor Wingate -. Extraigamos algunos óvulos.

Durante la siguiente media hora, el tiempo pareció transcurrir con tremenda lentitud. Marissa tenía sueño, pero no con seguía dormir con ese procedimiento tortuoso.

-Muy bien -dijo por fin el doctor Wingate -. Es el último de los folículos visibles. Déjeme echarle un vistazo a lo que hemos conseguido.

Dejando a un lado la sonda y sacándose los guantes, el doctor Wingate desapareció con la enfermera en el cuarto contiguo para mirar bajo el microscopio lo aspirado.

- ¿Se encuentra usted bien? -le preguntó a Marissa el doctor Arthur.

Marissa asintió.

Pocos minutos después, el doctor Wingate regresó a la sala.

Exhibía una gran sonrisa en la cara.

-Se ha portado usted muy bien -indicó a Marissa -. Ha producido ocho óvulos de muy buen aspecto.

Marissa exhaló un suspiro de alivio y cerró los ojos.

Si bien estaba contenta por los ocho óvulos, no había sido una mañana feliz. Se sentía drogada y exhausta y, desaparecida ya la tensión del procedimiento de recolección, muy pronto se sumergió en un sueño inquieto. Prácticamente no tuvo conciencia de que la pasaban a una camilla y la transportaban por el pasillo cubierto al sector de hospitalización de la clínica. Despertó durante unos instantes para ayudar a que la pasaran de la camilla a una cama, donde por fin se sumió en un sueño profundo inducido por el válium.

De entre las múltiples responsabilidades y tareas propias de la dirección de la Clínica de la Mujer, el doctor Norman Wingate tenía su corazón puesto en su trabajo, en la parte biológica de la unidad de fecundación in vitro. Como médico e investigador, la biología celular siempre había ejercido sobre él un fuerte atractivo intelectual. Y, al observar los óvulos de Marissa a través de la lente de su microscopio de disección, se sintió dominado por un placer y un temor reverentes. Allí, en su campo visual, estaba el potencial increíble de una nueva vida humana.

Los óvulos de Marissa eran sin duda espléndidos especimenes que atestiguaban la administración experta de hormonas recibida durante el período de hiperestimulación de los ovarios. El doctor Wingate inspeccionó con atención cada uno de los ocho óvulos. Todos estaban bien maduros. Con sumo cuidado, los colocó en un caldo de cultivo rosado previamente preparado en cajas de cultivo Falcon. Las cajas fueron coloca das después en una incubadora que controlaba la temperatura y las concentraciones gaseosas.

Centrando su atención en el esperma de Robert, que habían dejado licuar, el doctor Wingate inició el proceso de captación.

Como era un perfeccionista, prefería ocuparse él mismo de todo lo referente a la biología celular. La eficacia de la fecundación in vitro era tanto una ciencia como un arte por parte del investigador individual.

- ¡Doctor Wingate! -exclamó la señora Hardgrave al entrar en el laboratorio -. Lamento molestarlo, pero se ha producido una novedad en el caso de Rebecca Ziegler que requiere su atención.

El doctor Wingate levantó la vista de su trabajo.

- ¿No puede usted encargarse de ello? -preguntó.

-Es la prensa, doctor Wingate -explicó la señora Hardgrave -. Hasta hay una unidad móvil de la televisión. Será mejor que venga.

Reluctante quitó la vista del frasco que contenía el esperma de Robert. Detestaba las ocasiones en que sus responsabilidades burocráticas lo obligaban a interrumpir su tarea como biólogo. Pero, como director, no tenía otra opción. Levantó la vista y miró a la enfermera ayudante.

-Esta es su oportunidad -indicó -. Termine el procedimiento. Me ha visto hacerlo muchas veces, así que manos a la obra. Estaré de vuelta tan pronto como pueda.

Librodot

Se dio media vuelta y abandonó la habitación con la señora Hardgrave.

- ¡Señora Buchanan! ¡Señora Buchanan! ¿Me oye? -llamó una voz cordial.

Desde las profundidades de un sueño perturbador, Marissa cobró conciencia de la voz que la llamaba. Estaba soñando que se encontraba sola y sin recursos en un paisaje yermo y desolado. Al principio trató de incorporar la voz a las imágenes oníricas, pero la enfermera estaba dispuesta a despertarla.

-Señora Buchanan, ¡su marido está aquí!

Marissa abrió los ojos. Miró directamente a la cara sonriente de una enfermera. La tarjeta que pendía de la solapa de su bata la identificaba como Judith Holiday. Marissa parpadeó para que el resto de la habitación quedara enfocada. En ese momento vio a Robert parado detrás de la enfermera, con su impermeable colgado del brazo.

- ¿Qué hora es? -preguntó Marissa mientras se incorporaba, apoyándose en un codo.

Tenía la sensación de haberse quedado dormida hacía tan sólo un instante. Robert no podía haber tenido tiempo de asistir a la reunión y estar ya de vuelta.

-Son las cuatro y cuarto de la tarde -repuso Judith, y procedió a tomarle la presión.

- ¿Cómo te sientes? -preguntó Robert.

-Supongo que bien -contestó Marissa.

No estaba muy segura. El válium seguía en su sistema.

Tenía la boca tan seca como el paisaje de su sueño. Estaba sorprendidísima de que el día hubiera pasado tan deprisa.

-Sus signos vitales están muy bien -indicó Judith -si se siente en condiciones, puede irse a su casa.

Marissa pasó las piernas por el costado de la cama.

Sintió un mareo momentáneo, que se repitió cuando se deslizó de la cama y sus pies tocaron el frío suelo.

- ¿Cómo se encuentra? -le preguntó Judith.

Marissa dijo que estaba bien, pero que se sentía un poco débil. Tomó un trago de un vaso que estaba encima de la mesa auxiliar. Su ánimo mejoró.

-Su ropa se encuentra en el armario -señaló Judith -. ¿Necesita ayuda para vestirse?

-No lo creo -respondió Marissa y sonrió débilmente a aquella enfermera amistosa y servicial.

-Llámeme si me necesita -se despidió Judith dirigiéndose a la puerta.

La cerró, pero no del todo. Quedó entreabierta unos centímetros.

-Permíteme -dijo Robert cuando vio que Marissa se acercaba al armario.

Veinte minutos más tarde, Marissa descendía con cierta inseguridad los escalones de la salida principal de la clínica.

Subió al asiento del acompañante del automóvil de Robert.

Sentía el cuerpo pesado y su único pensamiento era volver a su casa y meterse en la cama. Observó con indiferencia el tráfico de Harvard Square en hora punta. Empezaba a oscurecer.

Casi todos los coches llevaban encendidas las luces de posición.

-El doctor Wingate me dijo que la recolección de óvulos salió muy bien -dijo Robert.

Marissa asintió y lo miró. Su perfil anguloso se contorneaba contra las luces de la calle. El no devolvió la mirada.

-Hemos conseguido ocho óvulos -explicó ella, enfatizando el plural.

Lo observó para evaluar el efecto de sus palabras.

Esperaba que Robert percibiera lo que ella había querido decir.

Pero él, en vez de hacerlo, cambió de tema.

- ¿Te has enterado de la tragedia que ocurrió en la clínica?

- ¡No! -repuso Marissa -. ¿Qué tragedia?

- ¿Recuerdas a la mujer que me golpeó? -preguntó Robert- ¿la del escándalo en la sala de espera cuando llegamos? Al parecer se ha suicidado. Se tiró desde el quinto piso y cayó en uno de los macizos con flores. Lo dijeron en el telediario del mediodía.

- ¡Dios mío! -exclamó Marissa.

Recordaba demasiado bien lo mucho que se había identifica do con aquella mujer por entender su frustración, algo que ella había experimentado con tanta frecuencia.

- ¿Murió? -preguntó Marissa, con la absurda esperanza de que la mujer no hubiera tenido éxito en su intento.

-En el acto -respondió Robert -. Una pobre paciente que iba a entrar en la clínica lo presenció todo. Dijo que la señora estaba sentada en el antepecho de la ventana y, después, se lanzó de cabeza.

-Pobre mujer -suspiró Marissa.

- ¿Cuál de las dos? -preguntó Robert.

-Ambas -alegó Marissa, aunque lo había dicho pensando en Rebecca Ziegler.

-Seguro que me dirás que éste no es el momento apropiado para hablar sobre el procedimiento in vitro -prosiguió Robert -. Pero el hecho de que esa mujer enloqueciera de tal manera no hace más que subrayar lo que yo sentía esta mañana. Es obvio que no somos los únicos en sentir esa presión. De veras, creo que deberíamos abandonar todo esto de la infertilidad después de este ciclo. Piensa en lo que le está haciendo a tu ejercicio de la medicina.

Lo último que le importaba en ese momento a Marissa era su profesión como pediatra.

-He hablado sinceramente con el director de mi equipo y él entiende mi posición -explicó Marissa, y no por primera vez -. Tiene una actitud positiva frente a lo que estoy pasando, aunque otras personas no opinen lo mismo.

-Está muy bien que tu director afirme eso -argumentó Robert -. Pero ¿qué me dices de tus pacientes? Deben de sentirse abandonados.

-Mis pacientes están recibiendo una atención esmerada -replicó Marissa.

En realidad, había estado preocupada por ellos.

-Además -agregó Robert- ir a esa clínica y que me entreguen ese recipiente de plástico me resulta humillante.

- ¿Humillante? -repitió Marissa, como si no hubiera oído bien.

Pese al válium, volvió a sentirse intranquila. Después del doloroso y arriesgado procedimiento a que se había sometido aquel mismo día, no podía creer que Robert se quejara de su breve e inocua contribución al proceso. Trató de contenerse, pero no pudo evitar hablar sin rodeos.

- ¿Humillante? ¿Te resulta humillante? ¿Y cómo te sentirías si tuvieras que pasarte todo un día acostado de espaldas, con las piernas abiertas frente a una serie de colegas que te meten cosas y te hacen daño?

-No era mi intención sugerir que esto ha sido fácil para ti -replicó Robert -. Ha sido duro para los dos. Demasiado duro.

O demasiado duro para mí, de todas formas. Quiero terminar con esto. Ya.

Marissa miró fijamente hacia delante. Estaba furiosa y sabía que también Robert lo estaba. Parecían reñir constantemente.

Librodot

Observó la carretera por delante, corriendo a gran velocidad hacia ella. Se detuvieron en el puesto de peaje a la entrada de Massachusetts. Robert introdujo las monedas con gesto airado.

Al cabo de diez minutos de silencio, Marissa había logrado serenarse un poco. Miró a Robert y le contó que la señora Hardgrave había ido a visitarla aquella tarde.

-Estuvo muy cariñosa conmigo -explicó Marissa -. Y me dio unos consejos.

-Te escucho -continuó Robert.

-Me sugirió que aprovecháramos el servicio de asesoramiento que ofrece la clínica -continuó Marissa -. Creo que puede ser una buena idea. Como dijiste, otros en nuestras circunstancias han sentido la misma presión que nosotros. La señora Hardgrave me dijo que ese asesoramiento ha sido de gran ayuda para muchas personas.

Aunque inicialmente esa sugerencia no la había entusiasma do demasiado, cuanto más lo pensaba mejor le parecía.

Sobre Robert. Necesitaban ayuda, eso era evidente.

-Yo no quiero ver a un consejero -adujo Robert, con lo cual no dejaba lugar para la discusión -. No me interesa invertir más tiempo y dinero para que alguien me diga por qué estoy harto de un proceso que lo único que ha conseguido es hacer que nos sintamos desdichados y enemistarnos. Ya hemos gastado suficiente tiempo, esfuerzo y dinero. Espero que recuerdes que ya nos hemos gastado más de cincuenta mil dólares.

Volvieron a sumirse en el silencio. Después de algunos kilómetros, Robert rompió el silencio.

-Me has oído, ¿no? Cincuenta mil dólares.

Marissa lo miró, con las mejillas encendidas.

- ¡Sí, te he oído! -exclamó -. Cincuenta mil, cien mil.

¿Qué importa eso si es nuestra única oportunidad de tener un hijo?

A veces no te entiendo, Robert. No es lo mismo que si no tuviéramos dinero. Tú tuviste suficiente como para comprarte este año este estúpido y caro automóvil. De veras me sorprenden tus prioridades.

Marissa volvió a mirar hacia delante, cruzó los brazos con furia y se enfrascó en sus pensamientos. La mentalidad financiera de Robert era tan distinta de la de ella que se preguntó cómo era posible que alguna vez sintieran una atracción mutua.

-A diferencia de ti -replicó Robert cuando se acercaban a la casa -, cincuenta mil me parece mucho dinero. Y lo único visible que hemos conseguido con eso son sentimientos desagradables y un matrimonio que se hace añicos. Me parece un precio demasiado alto, en los dos extremos. Estoy empezando a odiar esa Clínica de la Mujer. Y haber sido atacado por una paciente desesperada no me ha ayudado precisamente.

¿Viste al guardia?

- ¿Qué guardia? -preguntó Marissa.

-El que apareció con los médicos cuando la mujer se puso histérica Aquel tipo asiático de uniforme. ¿Notaste que iba armado?

- ¡No, no me di cuenta de que estaba armado! -replicó Marissa.

Robert tenia la costumbre de fijarse en detalles insignificantes. Allí estaban los dos, en plena lucha por su relación y por el futuro de ambos, y a él no se le ocurría nada mejor que pensar en un guardia.

-Tenía un Colt Python 357 -explicó Robert -. ¿Quién se cree que es? ¿Una especie de Harry el Sucio asiático?

El doctor Wingate encendió la luz y entró en su amado laboratorio. Eran más de las once de la noche y la clínica estaba desierta. Al otro lado de la calle, en el sector de hospitalización y en la sala de urgencias había personal, pero no en el edificio principal de la clínica.

El doctor Wingate se quitó la chaqueta, se puso un guarda polvo blanco limpio y se lavó con cuidado las manos.

Podría haber esperado a la mañana, pero después de obtener ese día ocho espléndidos óvulos maduros estaba impaciente por verificar su progreso.

Aquella tarde, después de lidiar con el infortunado asunto de Rebecca Ziegler lo mejor que pudo, regresó al laboratorio y comprobó que la enfermera -ayudante había hecho un trabajo excelente con la preparación del esperma. A las dos de la tarde, los ocho óvulos fueron colocados en un medio de inseminación cuidadosamente preparado, contenido en cajas de cultivo separadas. En cada caja, el doctor Wingate había agregado alrededor de ciento cincuenta mil espermatozoides capitados y móviles. Los óvulos y el esperma fueron coincubados en un 5% de CO2 con un 98% de humedad a 37^{O}C.

El doctor Wingate encendió la luz de su microscopio de disección, abrió la incubadora y extrajo la primera caja. Después de colocarla debajo del microscopio, la observó.

Allí, en el centro del campo visual del microscopio, estaba el maravilloso óvulo, todavía rodeado por las células de la corona. Observando más de cerca mientras manejaba diestra mente una micropipeta, el doctor Wingate experimentó la excitación del momento de la creación, al observar dos pronúcleos en el ovoplasma del óvulo. El óvulo se había fertilizado y tenía un aspecto completamente normal.

Wingate se sintió muy satisfecho al ver que todos los óvulos se habían fecundado normalmente. No se había producido ninguna fertilización poliespérmica, en la que más de un espermatozoide penetra en el óvulo.

Trabajando minuciosamente, el doctor Wingate transfirió los ovocitos a un medio de cultivo que contenía una concentración más elevada de suero. Después, colocó todos los óvulos fecundados otra vez en la incubadora.

Cuando hubo terminado, el doctor Wingate se acercó al teléfono. A pesar de la hora, llamó a la residencia de los Buchanan. Su razonamiento fue que nunca es demasiado tarde para las buenas noticias. Después de la quinta llama da, se preguntó si no estaría cometiendo una imprudencia. A la sexta, estaba a punto de cortar cuando contestó Robert.

-Lamento llamar tan tarde -explicó el doctor Wingate.

-No hay problema -repuso Robert -. Estaba en mi estudio.

Esta es la línea de mi esposa.

-Tengo buenas noticias para ustedes -siguió el doctor Wingate.

-No nos vendrían nada mal -replicó Robert -. Aguarde un minuto; despertaré a Marissa.

-Quizá no debería hacerlo -aconsejó el doctor Wingate -. Puede contárselo por la mañana y yo la llamaré. Después de lo que ha debido pasar hoy, creo que deberíamos dejarla dormir.

-Ella querrá oírlo -le aseguró Robert -. Además, puede volver a dormirse en seguida. Eso jamás ha sido un problema para ella. Espere un momento.

Instantes después, la voz cansada de Marissa se oyó en la línea cuando cogió el teléfono.

-Lamento despertarla -se disculpó el doctor Wingate -, pero su marido me aseguró que a usted no le importaría.

-Me explicó que tiene buenas noticias.

-Así es -prosiguió el doctor Wingate -. Los ocho óvulos ya están fecundados. Fue muy rápido, y me siento muy optimista.

En el mejor de los casos, suele fecundar sólo el ochenta por ciento Así que la suya ha sido una cosecha muy sana.

- ¿Qué probabilidad hay que la implantación tenga éxito?

-Debo ser franco con ustedes -repuso el doctor Wingate -. No sé si existe alguna relación entre ambas cosas. Pero no puede ser malo.

- ¿Cuál fue la diferencia esta vez? -preguntó Marissa.

En el último ciclo, ninguno de los óvulos había realmente fecundado.

-Ojalá lo supiera -le confió el doctor Wingate -. En algunos aspectos, la fecundación sigue siendo un proceso misterio so. No conocemos todas las variables.

- ¿Cuándo haremos la implantación? -preguntó Marissa.

-Dentro de alrededor de cuarenta y ocho horas -respondió el doctor Wingate -. Mañana verificaré los embriones y veré cómo progresan. Como sabe, nos gusta ver algunas divisiones.

- ¿Me implantará usted cuatro embriones?

-Exactamente -asintió el doctor Wingate -. Como ya hemos hablado, la experiencia nos ha demostrado que más de cuatro representa un riesgo mayor de conseguir como resulta do un embarazo múltiple, sin aumentar de manera significativa la eficacia de la implantación. Congelaremos los otros cuatro embriones. Con tantos óvulos buenos, usted podrá recibir dos implantaciones sin tener que someterse a otra hiperestimulación.

-Esperemos que esta implantación tenga éxito -suspiró Marissa.

-Eso esperamos todos.

-Me entristeció mucho enterarme de lo de la mujer que se suicidó -siguió Marissa.

Durante toda la noche había estado pensando en la tragedia.

Se preguntó cuántos ciclos habría soportado la pobre señora Ziegler. Como se había identificado con esa mujer, ya anticipaba el efecto psicológico de otro fracaso. Y puesto que se habían sucedido tantos en el pasado, le costaba mostrarse optimista.

¿Podría otro fracaso minar su capacidad de resistencia hasta ese límite?

-Fue una tragedia espantosa -explicó el doctor Wingate.

Su tono previamente entusiasta se volvió sombrío -. Un gran medico advierte los síntomas que presagian una depresión. Pero en el caso de Rebecca Ziegler, hasta en su estallido de ayer no hubo ninguna indicación de que se sintiera tan desesperada y perturbada. Al parecer, se ha separado de su marido.

Intentamos que los dos asistieran a reuniones de asesoramiento, pero no quisieron.

- ¿Qué edad tenía? -preguntó Marissa.

-Creo que treinta y tres -respondió el doctor Wingate -. La pérdida irreparable de una joven vida. Y me preocupa el efecto que eso puede haber tenido en otras pacientes. La infertilidad constituye una lucha emocional para todas las personas involucradas. Estoy seguro de que el hecho de presenciar la escena protagonizada por la señora Ziegler en la sala de espera no habrá contribuido precisamente a serenarla a usted.

-Me identifiqué con ella -reconoció Marissa.

Librodot

"Sobre todo ahora", pensó Marissa tras enterarse de sus problemas conyugales. Ella y Rebecca eran próximas incluso en la edad.

-Por favor no diga eso -siguió el doctor Wingate -. Será mejor que piense en una afortunada implantación de los embriones. Es importante mantener una actitud positiva frente a la vida.

-Lo intentaré -repuso Marissa.

Después de cortar la comunicación, Marissa se alegró de haber mencionado lo del suicidio. El hecho de hablar acerca de ello había amortiguado hasta cierto punto el impacto recibido.

Marissa se levantó de la cama, se puso la bata y atravesó el vestíbulo camino del estudio de Robert. Lo encontró sentado frente a la consola del ordenador. El levantó la vista al entrar Marissa.

-Todos han sido fecundados -explicó Marissa mientras tomaba asiento en un sillón debajo de una biblioteca empotra da que cubría toda la pared.

-Eso resulta alentador -contestó Robert, mirándola por encima de sus gafas de lectura.

Ahora -Ese ha sido el primer obstáculo -prosiguió ella

-Algo que es más fácil de decir que de hacer -comento Robert, y volvió a observar la pantalla del ordenador.

- ¿No puedes animarme aunque sea un poquito? -preguntó Marissa.

Robert la miró.

-Empiezo a pensar que el hecho de apoyarte y no decirte lo que pienso te ha animado justamente a seguir dándote con la cabeza en una pared. Todavía tengo serias dudas respecto a este proceso. Si esta vez tiene éxito, perfecto; pero no quiero verte sufrir otra decepción.

Se giró de espaldas y volvió a concentrarse en la pantalla.

Al principio, Marissa no dijo nada. Aunque detestara reconocerlo en ese momento, lo que Robert acababa de decir no carecía de sentido. Tenía miedo de abrigar demasiadas esperanzas.

- ¿Has pensado en lo que te dije acerca de recibir asesoramiento? -preguntó Marissa.

Por tercera vez, Robert volvió la cabeza para mirar a Marissa.

-No -respondió -. Te dije que no me interesa recurrir a un consejero. Ya ha habido demasiada interferencia en nuestra vida. Para mí, parte del problema reside en que hemos perdido nuestra vida privada. Me siento como un pez en una pecera.

-El doctor Wingate me explicó que uno de los motivos por los que esa mujer se mató hoy fue porque ella y su marido rechazaron el asesoramiento.

- ¿Debo considerar eso como una amenaza no tan velada?-preguntó Robert -. ¿Me estás diciendo que te arrojarás desde la azotea de la Clínica de la Mujer si no acepto ver a alguno de sus asesores?

- ¡No! -replicó Marissa con vehemencia -. Sólo te repito lo que él me dijo. Que esa mujer y su marido tenían dificultades.

Que se les recomendó acudir a un consejero. No lo hicieron y al parecer se separaron, cosa que contribuyó a que esa mujer estuviera tan alterada. -preguntó Robert con ironía.

-No necesariamente -explicó Marissa -. Pero creo que no les habría venido mal. Empiezo a creer que deberíamos buscar consejos, continuemos o no con la FIV.

- ¿Qué quieres que te diga? -preguntó Robert -. No me interesa gastar tiempo y dinero en un asesor. Sé por qué estoy trastornado y me siento desdichado. No necesito que otra persona me lo diga.

Librodot

- ¿Y no quieres intentar que lo pensemos un poco? -preguntó Marissa, sin animarse a agregar "juntos".

-No creo que ver a un asesor sea la mejor manera de elaborarlo -contestó Robert -. No hace falta ser un científico espacial para saber lo que está mal. Cualquiera que hubiera pasado por lo mismo que nosotros durante los últimos meses sentiría una tensión tremenda. En la vida, hay cosas con las que es preciso enfrentarse. Con otras no. Y no tenemos por qué seguir con esta terapia para la infertilidad, si así lo decidimos. A estas alturas, prefiero eliminarla para siempre de nuestras vidas.

- ¡Por el amor de Dios! -exclamó Marissa con espanto.

Se levantó y dejó a Robert con su amado ordenador y sus listados. No pensaba soportar otra discusión.

Atravesó la sala, entró en el dormitorio y cerró tras de sí dando un portazo. Todo parecía indicar que, en lugar de mejorar, las cosas empeoraban cada vez más.

20 DE MARZO DE 1990 8.45 a.m.

Los iones altamente reactivos llamados iones de hidronio, que no eran más que protones hidratados, se abrieron camino por las delicadas membranas celulares de cuatro de los embriones de Marissa.

Los iones de hidronio aparecieron en una oleada súbita, y tomaron desprevenidas a las células en proceso de división. Se movilizaron sistemas amortiguadores para neutralizar algunas de las partículas reactivas iniciales, pero eran demasiadas para combatirlas. Lentamente al principio, y después con mayor rapidez, el PH de las células comenzó a descender.

Se estaban volviendo ácidas. Los iones de hidronio inevitablemente se originan allí donde el ácido se agrega a un medio acuoso.

En lo más intimo de los embriones, las moléculas de ADN se encontraban en el proceso de duplicación, preparándose para otra división. Por ser ellas mismas ácidos débiles, resultaban muy susceptibles a los iones de hidronio que las rodeaban. Su proceso de duplicación continuó, pero con cierta dificultad: las enzimas responsables de las reacciones químicas también eran sensibles al ácido. Muy pronto comenzaron a ocurrir errores de duplicación. Al principio eran sólo unos pocos errores, ninguno demasiado importante a la larga, dada la redundancia de los genes. Pero, a medida que intervenían más y más partículas ácidas, la totalidad de la dotación genética comenzó a duplicarse a tontas y a locas. Las células seguían dividiéndose, pero era sólo cuestión de tiempo. Los errores se habían convertido en letales.

Le resultaba difícil comprender que estaba contemplando el más básico comienzo de uno de sus hijos. El embrión, ahora en la etapa bicelular, se veía transparente en el medio de cultivo claro como el cristal. Por desgracia, Marissa no podía ver el caos que estaba teniendo lugar a nivel molecular en el preciso instante en que admiraba la apariencia microscópica de la célula. Creyó estar viendo el comienzo de una nueva vida humana. Pero, en realidad, lo que tenía ante sus ojos eran los primeros pasos de su muerte.

-Asombroso, ¿verdad? -subrayó el doctor Wingate.

Estaba detenido junto a Marissa. Ella se había presentado inesperadamente aquella mañana, preguntando si podía ver uno de sus embriones. Al principio, él

Librodot

puso en tela de juicio la prudencia de acceder a ese deseo; pero al recordar que era doctora comprendió que le sería difícil negarse, aunque en esa etapa no le gustaba que nadie manipulara los embriones.

-No puedo creer que ese puntito pueda convertirse en una persona -alegó Marissa.

Nunca había visto un embrión bicelular vivo antes, y mucho menos uno propio.

-Creo que será mejor que volvamos a poner en la incubadora a este diablillo -estimó el doctor Wingate.

Con mucho cuidado llevó la caja de cultivo a la incubadora y la colocó en el estante correspondiente. Marissa lo siguió, todavía maravillada. Vio que la caja estaba junto a otras tres.

- ¿Dónde están los otros cuatro? -preguntó.

-Por allí -señaló el doctor Wingate -. En la unidad de almacenamiento de nitrógeno líquido.

- ¿Ya han sido congelados? -preguntó Marissa.

-Lo hice esta mañana -respondió el doctor Wingate -. La experiencia nos ha enseñado que los embriones bicelulares funcionan mejor que los más grandes. Seleccioné los cuatro que consideré resistirían mejor la congelación y posterior des congelamiento Los mantendremos en reserva, por si acaso.

Marissa se acercó a la unidad de almacenamiento de nitrógeno líquido y tocó su tapa. La idea de que cuatro criaturas potenciales estaban dentro, congeladas en una suerte de animación suspendida, le provocó una sensación extraña. El intrusismo de la alta tecnología comenzaba a recordarle demasiado a Un mundo feliz.

- ¿Quiere mirar adentro? -le preguntó el doctor Wingate.

Marissa negó con la cabeza.

-Ya le he robado demasiado tiempo -repuso -. Muchísimas gracias.

-Ha sido un placer -replicó el doctor Wingate.

Marissa se apresuró a salir del laboratorio. Se dirigió a los ascensores y presionó el botón con la flecha ascendente.

Lo que esa mañana la había llevado a la clínica era una cita para ver a Linda Moore, una psicóloga.

Entre la discusión final con Robert la noche anterior y la decisión del mismo de dormir en el cuarto de huéspedes, Marissa decidió que lo primero que haría por la mañana sería concertar una cita para hablar con una psicóloga de la clínica.

Al margen de que Robert asistiera o no, Marissa decidió que necesitaba hablar con una profesional acerca de las tensiones emocionales inherentes a las sesiones y el proceso de FIV.

Cuando realizó la llamada supuso que tendría que esperar a que le dieran la hora, pero la señora Hardgrave había advertido a las psicólogas de la clínica que si Marissa llamaba debía ser atendida sin demora.

El consultorio de Linda Moore se encontraba en el quinto piso, el mismo desde el que había saltado Rebecca Ziegler. La coincidencia incomodó un tanto a Marissa. Mientras atravesaba el vestíbulo, intentó conjeturar, impulsada por cierta malsana curiosidad, desde qué ventana lo había hecho. Se preguntó si la gota que hizo rebosar el vaso habría sido algo que descubrió en su historial clínico. Recordó que Rebecca había abandonado la sala de espera de la planta baja con el expreso propósito de leer en seguida su historial.

-Adelante -dijo la secretaria cuando Marissa se identificó.

Al avanzar hacia la puerta, Marissa se preguntó si de veras deseaba acudir a aquella cita. No hacía falta un profesional para decirle que someterse a un proceso de FIV provocaba estrés. Además, le preocupaba un poco tener que dar excusas que explicaran la ausencia de Robert.

-Adelante -repitió la secretaria.

Al comprender que ya no tenía salida, Marissa entró en el consultorio.

La decoración del cuarto resultaba sedante, con muebles cómodos tapizados en tonos apagados de verde y gris. Sin embargo, la ventana daba al patio de ladrillos, cinco pisos más abajo. Marissa se preguntó qué estaría haciendo Linda Moore cuando Rebecca dio el salto hacia el infinito.

- ¿Por qué no cierra la puerta, por favor? -sugirió Linda, haciendo un ademán con la mano libre.

Era joven; Marissa calculó que tendría poco menos de treinta años. También tenía acento, igual que la señora Hardgrave.

-Tome asiento. En seguida estaré con usted -alegó Linda, que en ese momento hablaba por teléfono.

Marissa se sentó en una silla con tapizado verde oscuro, frente al escritorio de Linda. La mujer era bastante pequeña, con pelo corto y rojizo y pecas en la nariz. Era obvio que hablaba con una paciente, y eso hizo que Marissa se sintiera incómoda. Trató de no escuchar. Pero muy pronto la conversación finalizó, y Linda dedicó toda su atención a Marissa.

-Me alegro de que llamara -saludó con una sonrisa.

Casi en seguida, también Marissa se alegró. Linda Moore le pareció a la vez competente y cálida. Alentada por Linda, muy pronto Marissa comenzó a abrirse. Si bien en la Clínica de la Mujer Linda atendía a pacientes con una amplia variedad de problemas, Marissa se enteró de que buena parte de sus casos tenían que ver con la fecundación in vitro. Entendía a la perfección lo que le ocurría a Marissa, quizá mejor que Marissa misma.

-Básicamente, el problema no es sencillo -explicó Linda en mitad de la sesión -. Tiene dos posibilidades igualmente insatisfactorias: aceptar su esterilidad sin ningún tratamiento ulterior, como sugiere su marido, y por consiguiente vivir una existencia que es contraria a sus expectativas; o continuar con el procedimiento de FIV, que traerá como resultado un estrés permanente sobre usted y su matrimonio, un costo igualmente y permanente para los dos sin ninguna garantía de éxito.

-Jamás lo he oído expresado en forma tan clara y concisa -repuso Marissa.

-Creo que en esto es importante ser clara -adujo Linda -. Y sincera. Y la sinceridad empieza con usted misma.

Tiene que entender que ésas son sus opciones para poder adoptar una decisión racional.

Poco a poco, Marissa empezó a sentirse más cómoda en lo referente a revelar sus sentimientos, y lo más sorprendente de todo fue que, al hacerlo, cobró más conciencia de sí misma.

-Uno de mis peores problemas es que no sé arreglármelas sola, me siento impotente en todo esto.

-Es cierto -replicó Linda -. Cuando de esterilidad se trata, no significa una diferencia lo mucho que se lo intenta.

-Robert dice que estoy obsesionada -reconoció Marissa.

-Y probablemente tiene razón -convino Linda -. Y esa obsesión se acrecienta con la montaña rusa emocional de la FIV: el salto brusco y recurrente de la esperanza a la desesperación, de la tristeza a la furia, de la envidia al autorreproche.

Librodot

- ¿Qué quiere decir con envidia? -preguntó Marissa.

-La envidia que siente hacia las mujeres que tienen hijos -explicó Linda -. El dolor que experimenta al ver a madres con sus hijos en el supermercado. Esa clase de cosas.

-Como la furia que siento hacia las madres en mi práctica pediátrica -alegó Marissa -. Sobre todo para con las que considero descuidan en cierta forma a sus hijos.

-Exactamente -asintió Linda -. No puedo imaginar un ejercicio médico peor para una mujer estéril que la pediatría.

¿Por qué no eligió otra especialidad?

Linda se echó a reír y Marissa hizo otro tanto. La pediatría era un campo de trabajo particularmente cruel para alguien en sus circunstancias. Esa era probablemente una de las razones por la que había evitado todo lo posible reintegrarse a su consultorio.

-La rabia y la envidia son sentimientos perfectamente normales -siguió Linda -. Tiene que permitirse sentirlos. No trate de reprimirlos por creerlos impropios.

-Antes de que nos despidamos -prosiguió Linda -, hay un par de cosas importantes que quisiera recalcarle.

Volveremos a todo esto con más detalles en sesiones futuras, y espero que podamos conseguir que Robert acuda a una o dos de ellas.

Pero quiero prevenirla contra permitir que ese hijo tan desea do encarne todas sus esperanzas. No se convenza de que todo será distinto si tiene ese bebé, porque no será así. Lo que quiero aconsejarle es que usted fije un plazo de tiempo realista para sus intentos de FIV. Tengo entendido que está en el cuarto. ¿Es así?

-En efecto -asintió Marissa -. Mañana me implantarán el embrión.

-Estadísticamente, lo más probable es que cuatro no sean suficientes -subrayó Linda -. Tal vez debería pensar en fijar ocho intentos como límite. Aquí, en la Clínica de la Mujer, tenemos un índice muy alto de éxitos alrededor del octavo intento. Si después de esa cifra no ha quedado embarazada, opino que debería detenerse y considerar otras opciones.

-Robert está hablando ahora mismo de otras opciones -replicó Marissa.

-Se mostrará más dispuesto a cooperar si sabe que usted ha establecido un límite, que esto no seguirá eternamente -afirmó Linda -. Esa ha sido nuestra experiencia. En cada pareja, uno de sus integrantes está más comprometido que el otro en el proceso. Déle un poco de tiempo. Respete sus limitaciones tanto como las suyas propias.

-Veré qué puedo hacer -repuso Marissa.

Al recordar las últimas palabras de Robert acerca del tema, no se sintió demasiado optimista.

- ¿Hay algún otro punto del que debamos ocuparnos? -pre guntó Linda.

Marissa vaciló.

-Sí -contestó por fin -. Mencionamos la culpa muy de pasada. Ese es un gran problema para mí. Tal vez porque soy médica, me molesta no haber podido descubrir cómo pesqué la infección que obstruyó mis trompas de Falopio.

-Lo entiendo-dijo Linda- pero tenemos que tratar de cambiar su forma de pensar.

Las posibilidades de que cualquier conducta anterior pueda haber sido la causa son infinitamente pequeñas. No es como si se tratara de una enfermedad venérea o algo parecido.

- ¿Cómo puedo saberlo? -preguntó Marissa -. Siento que tengo que averiguarlo. Se ha convertido en algo cada vez más importante para mí.

Librodot

-Muy bien, hablaremos más sobre eso.

Linda abrió el libro de citas que tenía sobre el escritorio y concertó una segunda entrevista con Marissa. Después, se puso de pie. Marissa la imitó.

-Me gustaría hacerle una sugerencia más -indicó Linda -. Tengo la impresión de que se ha mantenido usted muy aislada como resultado de su esterilidad.

Marissa asintió, esta vez por estar completamente de acuerdo.

-Quisiera que se animara a llamar a Resolución -prosiguió Linda, y le entregó una tarjeta con un número de teléfono -. Tal vez haya oído hablar de esa organización. Es un grupo de autoayuda formado por personas con problemas de infertilidad. Creo que resultará muy beneficiada con ese contacto. Esas personas conversan sobre los mismos temas que hemos tocado nosotras hoy. Saber que no está sola en este baile contribuirá a que se sienta más tranquila y más segura de sí misma.

Cuando se marchó del consultorio de la psicóloga, Marissa se alegró de haber realizado el esfuerzo. Después de la sesión, se sentía cien veces mejor de lo que había supuesto.

Observó la tarjeta con el número de teléfono de Resolución. Hasta tenía ganas de llamar a esa organización. La conocía de nombre, pero jamás había pensado seriamente en acudir a ella, en parte porque era médica. Siempre supuso que el principal propósito del grupo era explicar a los profanos en la materia los aspectos científicos de la esterilidad.

Mientras bajaba en el ascensor, Marissa advirtió que había olvidado preguntarle a Linda sobre Rebecca Ziegler. Se obligó a recordarlo para la siguiente sesión.

De la Clínica de la Mujer, Marissa se fue a la clínica pediátrica donde tenía su consultorio. Robert tenía razón. Era su secretaria, estaba siendo utilizada como sustituta de otras secretarias que se encontraban de vacaciones. A Marissa no le sorprendió encontrar vacío el escritorio de Mindy cuando pasó frente a él camino de su consultorio.

Encontró un montón de correspondencia sin abrir encima de su propio escritorio, así como también una capa de polvo.

Después de colgar su chaqueta, llamó al doctor Frederick Houser, el principal socio del grupo. Podía recibirla en ese momento, así que se dirigió directamente a su oficina.

-Mañana tengo cita para que me practiquen la implantación de un embrión -explicó Marissa a su mentor una vez que estuvieron sentados en la sala de reuniones -. Tal vez sea mi último ciclo, si mi marido se sale con la suya.

El doctor Houser era un médico de la vieja escuela. Era un hombre grandote y corpulento, casi por completo calvo salvo por una corona de pelo plateado en la parte posterior de la cabeza. Usaba gafas con armazón metálica y una perpetua pajarita. Tenía un aspecto cálido y generoso que hacía que todo el mundo se sintiera cómodo en su presencia, desde los pacientes hasta sus colegas.

-Pero si no tiene éxito -prosiguió Marissa -, y si logro suavizar las cosas con Robert, haremos algunos intentos más.

Aunque no más de ocho. Así que, en cualquier caso, habré vuelto a la normalidad cuando mucho dentro de seis meses.

-Le deseamos lo mejor -replicó el doctor Houser -. Pero nos veremos obligados a rebajarle de nuevo el sueldo.

Por supuesto que esto cambiará en cuanto usted comience a contribuir de manera significativa a los ingresos del gabinete.

-Lo entiendo -asintió Marissa -. Le agradezco la paciencia que muestra conmigo.

De vuelta en su consultorio, Marissa sacó la tarjeta que Linda le había dado y marcó el número. Una cordial voz femenina le atendió.

- ¿Hablo con Resolución? -preguntó Marissa.

-Sí -respondió la mujer -. Soy Susan Walker. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Me aconsejaron que llamara. Estoy involucrada con la fecundación en vitro de la Clínica de la Mujer.

- ¿Integra el equipo médico o es paciente? -preguntó Susan.

-Soy paciente -respondió Marissa -. Estoy en mi cuarto ciclo.

- ¿Querrían usted y su marido asistir a nuestra próxima reunión? -preguntó Susan.

-Lo más probable es que mi marido se niegue -contestó Marissa, un poco incómoda.

-Me resulta familiar -replicó Susan -. Ocurre en la mayoría de las parejas. Los maridos se muestran renuentes hasta que vienen a una sesión. Después, a la mayoría les encanta.

Eso fue lo que le ocurrió al mío. l tendrá mucho gusto en llamar a su marido para hablar con él. Es un hombre muy persuasivo.

-No creo que sea una buena idea -se apresuró a decir Marissa.

Imaginaba cuál sería la respuesta de Robert si un desconocido lo llamaba para invitarlo a participar en una reunión de un grupo de autoayuda para la infertilidad.

-Yo hablaré con él. Pero si no acepta ir, ¿quedaría mal que fuera yo sola?

- ¡Cielos, no! -respondió Susan -. Estaremos encantados de recibirla. Tendrá mucha compañía. Hay una serie de mujeres que en este momento se están sometiendo a sesiones de FIV.

Varias de ellas también vienen solas.

Le facilitó entonces a Marissa la fecha y la dirección.

Al cortar la comunicación, Marissa confió en que la experiencia resultara tan gratificante como la sesión con Linda Moore. Aunque tenía sus dudas, estaba dispuesta a probar, sobre todo debido a la recomendación de Linda. Se puso una chaqueta blanca corta y acudió al sector principal de la clínica para tratar de ganarse parte del pequeño sueldo que todavía recibía.

Después de ver a un puñado de niños a los que les goteaba la nariz o que padecían infecciones del oído medio o dolor de garganta, Marissa terminó en un gabinete de examen con un bebé de ocho meses y una despreocupada madre adolescente.

- ¿Cual es el problema?- preguntó Marissa, aunque podía verlo con sus propios ojos.

La criatura tenía una serie de heridas supurantes en la espalda y en los brazos. Además, estaba muy sucio.

-No sé -replicó la madre, mirando el cuarto con parsimonia -. El niño llora todo el día. No se calla nunca.

- ¿Cuándo fue la última vez que bañó a este bebé?-preguntó Marissa mientras examinaba las pústulas.

Supuso que la infección estaba producida por estafilococos.

-Ayer -repuso la madre.

- ¡No me venga con ésas! -exclamó Marissa -. A esta criatura no la han bañado en una semana, si es que lo hicieron en ese momento.

-Tal vez fue hace algunos días -reconoció la madre.

Marissa estaba lívida. Estuvo a punto de decirle a la muchacha que no estaba preparada para ser madre. Resistiendo el impulso, tocó el timbre para llamar a una de las enfermeras y le pidió que acudiera al gabinete de examen.

Librodot

- ¿Qué ocurre? -preguntó Amy Perkins.

Marissa no podía ni mirar a la madre. Se limitó a hacer un gesto en su dirección.

-Esta criatura necesita que la bañen -indicó a Amy -. Además, es preciso preparar cultivos de estas heridas abiertas.

Volveré en un momento.

Marissa salió del gabinete de consulta y se dirigió al cuarto de suministros, que estaba vacío. Se cubrió la cara con las manos y luchó contra el incipiente llanto. Estaba disgustada ante su falta de autocontrol. Resultaba alarmante estar tan cerca del límite. Podría haber abofeteado a aquella chiquilla.

Eso hacía que la conversación que acababa de mantener con Linda Moore pareciera mucho menos académica. Por primera vez se preguntó si debería seguir recibiendo pacientes mientras se encontrase en aquel estado de inestabilidad emocional.

- ¿Por qué no vamos a comer fuera? -sugirió Robert después de llegar, como de costumbre, tarde de la oficina-ese restaurante chino. Hace meses que queremos ir. Vayamos allí.

Marissa pensó que era una buena idea salir de casa.

Quería hablar con Robert, sobre todo porque él había dormido en el cuarto de los invitados la noche anterior. Al principio, había resultado una novedad muy inquietante. Además, estaba muerta de hambre y la comida china se le antojaba muy tentadora.

Robert se duchó, y después los dos subieron al coche y se encaminaron hacia la ciudad. Robert parecía de buen humor, cosa que Marissa interpretó como una buena señal. Estaba complacido por un negocio que había cerrado ese día con inversores extranjeros, relacionado con la construcción y administración de hogares para ancianos de Florida. Marissa lo escuchaba con un solo oído.

-Hoy he ido a ver una psicóloga de la Clínica de la Mujer -comentó Marissa cuando Robert concluyó su relato -. Me ha ayudado mucho más de lo que imaginaba.

Robert no respondió ni la miró. Marissa percibió la resistencia de su marido ante el hecho de que ella hubiera cambiado el tema de conversación y derivado hacia los problemas de la esterilidad.

-Se llama Linda Moore -insistió Marissa -, y es muy buena.

Tiene esperanzas de que tú vayas por lo menos a una sesión.

Robert miró un instante a Marissa y después se concentró en la conducción.

-Ya te dije ayer que no me interesaba -alegó.

-Podría ayudarnos a los dos -agregó Marissa -. Me aconsejó que decidiera de antemano cuántos ciclos estamos dispuestos a intentar antes de abandonar el tratamiento. Dice que la tensión es menor cuando se sabe que el proceso tiene un límite. Dijo que, según las estadísticas, cuatro no es suficiente.

- ¿Y cuantos serian, entonces?-

-Ocho -respondió Marissa -

-Eso son ochenta mil dólares -replicó Robert.

Marissa no pudo contestarle. ¡Siempre el dinero! ¿Cómo podía reducir un hijo a un simple valor monetario?

Durante un rato permanecieron en silencio. Marissa se relucir el tema de por qué Robert dormía en el cuarto de los invitados. Tenía que decir algo.

Al acercarse al restaurante, Robert no tuvo problemas en encontrar un lugar para estacionar el coche. Cuando Marissa abrió su portezuela, reunió el coraje necesario para preguntárselo. Pero Robert no estaba de humor para hablar de ello.

-Necesito unas vacaciones para olvidarme de todo esto -replicó -. Te he dicho mil veces que este asunto de la fecundación in vitro me está volviendo loco. Si no es una cosa, es otra. ¡Y ahora esa basura sobre la consejera psicóloga!

- ¡No es una basura! -saltó Marissa.

- ¡Ya empiezas de nuevo! -exclamó Robert -. Últimamente no puedo hablar contigo sin perder los estribos.

Se miraron por encima del coche. Al cabo de un momento de silencio, él volvió a cambiar de tema.

-Vayamos a comer -sugirió.

Fastidiada, Marissa lo siguió al restaurante.

El Perla de China estaba dirigido por una familia que recientemente se había mudado de Chinatown a los suburbios de Boston. La decoración del restaurante era típica: mesas sencillas con cubierta de fórmica y un par de dragones rojos de cerámica. A esa hora tan avanzada, sólo cuatro o cinco de las veintitantas mesas seguían ocupadas.

Marissa se sentó en una mesa con vistas a la calle. Se sentía horriblemente mal. Y, de pronto, descubrió que ya no tenía apetito.

-Buenas noches -les saludó el camarero entregándoles la minuta.

Marissa miró de soslayo al hombre al tomar aquella lista alargada y plastificada. Robert le preguntó si quería compartir con él un aperitivo. Pero antes de llegar a responderle, Marissa sintió un escalofrío en todo el cuerpo. De pronto, tuvo la sensación de estar de vuelta en la Clínica de la Mujer sometiéndose a la biopsia. Lo veía todo con total claridad, como si de veras estuviera allí de nuevo.

-Apártalo de mí -gritó Marissa, poniéndose en pie de un salto y arrojando el menú -. No dejes que me toque. ¡No!

Mentalmente, Marissa vio aparecer la cara del doctor Carpenter entre sus rodillas cubiertas por las ropas quirúrgicas, y se había transformado en un demonio. Sus ojos ya no eran celestes. Estaban distorsionados y exhibían el brillo helado del ónice negro.

- ¡Marissa! -gritó Robert, con una mezcla de preocupación, espanto y vergüenza.

Otros comensales habían dejado de comer para mirar a Marissa. Robert se puso de pie y extendió el brazo para sujetarla.

- ¡No me toques! -volvió a gritar ella, y apartó la mano de Robert de un golpe.

Giró sobre sus talones y salió corriendo del restaurante.

Robert corrió tras ella y prácticamente la derribó en la vereda, junto a la puerta. La aferró por los hombros y la sacudió con fuerza.

-Marissa, ¿qué te pasa?

Marissa parpadeó varias veces como si despertase de un trance.

- ¿Marissa? -gritó Robert -. ¿Qué ocurre? ¡Contéstame!

-No sé qué ha pasado -respondió Marissa medio atonta da -. De pronto, estaba de nuevo en la clínica y me hacían la biopsia. Algo desencadenó una repetición de lo que me ocurrió cuando me administraron la quetamina.

Miró hacia el interior del restaurante. Junto a los ventanales había gente que la miraba. Se sintió ridícula y avergonzada, y al mismo tiempo asustada. Todo le había parecido tan real...

Robert la rodeó con los brazos.

Librodot

-Vámonos -propuso -. Salgamos de aquí.

La llevó al automóvil. Marissa intentó con desesperación encontrar alguna explicación para su conducta. Nunca había perdido el dominio de sí misma hasta aquel punto. Jamás.

¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loca?

Subieron al coche. Robert no puso el motor en marcha en seguida.

- ¿Seguro que estás bien? -preguntó. El episodio lo había aterrorizado.

Marissa asintió con la cabeza.

-En este momento sólo estoy asustada -alegó -. Jamás he experimentado nada semejante. No sé qué lo ha desencadena do. Sé que últimamente he estado muy excitada, pero eso no me parece una explicación adecuada. Tenía apetito, pero ciertamente no puedo echarle la culpa a eso. Tal vez se debió a ese olor acre que había allá adentro. Los nervios olfativos están conectados directamente con el sistema límbico cerebral.

Marissa buscaba una explicación fisiológica para no tener que sondear en busca de una psicológica.

-Te diré lo que me dice a mí -explicó Robert -. Me dice que has estado tomando demasiados medicamentos. Todas esas hormonas no pueden hacerte ningún bien. Creo que es una indicación más de que deberíamos terminar con esta tontería del in vitro. Y de inmediato.

Marissa no dijo nada. Estaba demasiado asustada como para pensar que tal vez Robert estuviese en lo cierto.

21 DE MARZO DE 1990 7.47 a.m.

- ¿Quieres que echemos a suertes quién hace la incisión?

-le preguntó Ken Mueller a Greg Hommel, el residente de penúltimo año de patología que le habían asignado en una rotación de un mes para realizar autopsias.

El chico estaba ansioso por empezar a trabajar y era muy despierto. Ken sonrió para sí por considerar a Greg un muchacho; sólo tenía cinco años menos que él.

-Cara, yo gano. Cruz, tú pierdes -explicó Greg.

-Arroja la moneda -animó Ken, ya concentrado en el historial.

La paciente era una mujer de treinta y tres años que se había caído desde un quinto piso a un macizo de rododendros.

- ¡Cruz! -exclamó Greg riendo alegremente -. Tú pierdes.

A Greg le encantaba realizar autopsias. Mientras algunos de los residentes compañeros suyos lo detestaban, a él le parecía fascinante, algo así como una historia policíaca envuelta en el misterio de un cuerpo.

Ken no compartía el entusiasmo de Greg por las autopsias, pero aceptaba con ecuanimidad sus responsabilidades didácticas, sobre todo con un residente como Greg. Sin embargo, al examinar el historial clínico de la paciente se sintió un poco irritado. Habían transcurrido más de veinticuatro horas desde su muerte, y a Ken le gustaba hacer las autopsias lo antes posible. Pensaba que de esa manera podía averiguar más cosas.

En este caso, la paciente había sido trasladada al Memorial en fue declarada oficialmente muerta. A continuación, el cuerpo fue depositado en una cámara frigorífica.

Librodot

Supuestamente debería haber sido enviado al médico forense, pero heridas de bala y otros sucesos hicieron que éste se encontrara con demasiado trabajo. Por último, se elevó una petición para que la autopsia se realizara en el Memorial, y el jefe de Ken había aceptado con gusto dicha responsabilidad. Siempre constituía una sana política estar en buenos términos con el forense.

Nunca se sabía cuándo sería preciso pedirle un favor.

Tras realizar una contracción con su mano izquierda en guantada, Greg estaba a punto de trazar la típica incisión en "Y" de las autopsias cuando Ken le dijo que aguardara un momento.

- ¿Has examinado este historial? -le preguntó.

-Por supuesto -repuso Greg, casi ofendido por lo que implicaban aquellas palabras.

- ¿Estás, pues, al tanto del asunto de la esterilidad?-preguntó mientras seguía leyendo -. Los intentos de fecundación in vitro y las trompas obstruidas.

La obstrucción de las trompas hizo sonar una señal de alarma en su cerebro, y Ken recordó entonces la visita de Marissa.

-Sí, y por eso parece un acertijo.

Ken observó el cadáver mientras Greg señalaba los múltiples pinchazos debidos a las numerosas inyecciones de hormonas, así como también los múltiples hematomas producidos por las extracciones de sangre para analizar los niveles de estrógeno.

-Vaya... -exclamó Ken, bajando la mirada.

-Y aquí hay uno bastante reciente -dijo Greg, señalando el hueco del codo izquierdo -. ¿Ves ese hematoma debajo de la piel? Le extrajeron sangre horas antes de que saltara por la ventana. No puede haber sido en nuestra Sala de Urgencias.

Ya estaba muerta cuando llegó allí.

Lentamente, los ojos de los médicos se encontraron.

Pensaban exactamente lo mismo. Era evidente que la paciente no era drogadicta.

-Tal vez deberíamos hacer un examen toxicológico -aconsejó Greg.

-Justo lo que estaba a punto de sugerir -replicó Ken -. Recuerda que nos pagan para ser desconfiados.

-Te pagarán a ti -se echó a reír Greg -. Como residente, mi sueldo se parece más bien a una limosna.

- ¡Oh, vamos, Greg! -replicó Ken -. Cuando yo era residente...

-Por favor no empieces con eso -repuso Greg con el bisturí en alto. Rió de nuevo -. Ya sé cómo era la medicina en la época medieval.

- ¿Qué me dices acerca de las pruebas del trauma debido a la caída? -preguntó Ken.

Rápidamente, Greg verificó las señales externas del impacto. Era obvio que tenía las dos piernas rotas, y también la pelvis. Asimismo, la muñeca derecha estaba doblada en un ángulo anormal. Sin embargo, la cabeza estaba intacta.

-Muy bien -indicó Ken -, empieza a cortar.

Con algunos trazos hábiles, Greg utilizó el afiladísimo bisturí para cortar a través de la piel, exponiendo los intestinos cubiertos por el mesenterio. Después, con unas tijeras grandes, cortó a través de las costillas.

- ¡Ajá! -exclamó Greg al levantar el esternón -. Tenemos algo de sangre en la cavidad torácica.

- ¿Qué te sugiere eso? -preguntó Ken.

-Diría que rotura de la aorta -respondió Greg -. Los cinco pisos de altura podrían haber generado los mil kilos de fuerza necesarios.

Librodot

- ¡Caramba! -bromeó Ken -, por lo visto has estado entregado a lecturas extracurriculares.

-Bueno, sí, de vez en cuando -reconoció Greg.

Con cuidado, ambos hombres extrajeron la sangre de las dos cavidades pulmonares.

-Tal vez me haya equivocado en lo de la rotura de la aorta -explicó Greg al mirar el cilindro graduado cuando terminaron con esa tarea -. Sólo hay unos cuantos centímetros cúbicos.

-No lo creo -replicó Ken, y extrajo la mano de la cavidad torácica -. Palpa un poco el arco de la aorta.

Greg palpó la aorta. Su dedo se introdujo en su interior. Se trataba en efecto de rotura de aorta.

-Después de todo, eres un patólogo que promete -comentó Ken.

-Gracias, Karnak el Magnífico, que todo lo ve y todo lo sabe -bromeó Greg, aunque estaba evidentemente complacido con el elogio.

Centró su atención en la evisceración del cadáver. Pero, mientras trabajaba, su mente forense empezó a emitir señales de alarma en su cabeza. Había algo que andaba mal en ese caso; algo que andaba muy mal.

Como ya había pasado antes por una implantación de embriones, Marissa sabía qué cabía esperar. No implicaba demasiado dolor, sobre todo en comparación con la miríada de sesiones que había debido soportar a lo largo del año; pero, de todos modos, resultaba una experiencia incómoda y humillante.

Para que el útero se mantuviera en la posición adecuada debía acostarse boca abajo, con las rodillas recogidas hasta el pecho y el trasero levantado. Aunque estaba cubierta con una sábana, Marissa se sentía por completo expuesta. Las únicas personas presentes eran el doctor Wingate, su enfermera - ayudante Tara MacLiesh y la señora Hardgrave. Pero en ese momento la puerta se abrió y entró Linda Moore. El hecho de que las personas pudieran entrar y salir cuando se les antojara constituía parte del motivo de que Marissa se sintiera tan vulnerable.

-Es importante que esté relajada -aconsejó Linda, colocándose cerca de la cabeza de Marissa. Le dio unas palmadas en el hombro -. Quiero que piense en cosas tranquilizadoras.

Marissa sabía que las intenciones de la psicoterapeuta eran buenas, pero que le dijera que pensara en cosas tranquilizado ras le pareció absurdo. No entendía cómo eso podía ayudarla.

Y le resultaba particularmente difícil distenderse sabiendo que Robert estaba fuera, esperando. A Marissa le sorprendió que él la acompañara aquella mañana, porque había vuelto a dormir en el cuarto de invitados.

Marissa sintió que apartaban la sábana. Ahora estaba literalmente expuesta. Cerró los ojos mientras Linda seguía ronroneando con la necesidad de relajarse. Pero a ella se le antojaba imposible. Demasiadas cosas dependían de aquella implantación del embrión, tal vez incluso su matrimonio. Robert la había acompañado a la clínica, pero los dos habían permanecido en silencio durante el trayecto desde Weston a Cambridge.

-Primero el especulo estéril -dijo el doctor Wingate; y pocos segundos después, ella sintió el instrumento -. Ahora haré un enjuague con el medio de cultivo.

Marissa sintió el líquido que entraba en su cuerpo.

Después, una mano en el hombro. Al abrir los ojos, vio la cara llena de pecas de Linda Moore a unos centímetros de la suya.

- ¿Está relajada? -le preguntó.

Marissa asintió con la cabeza, pero era mentira.

-Estamos listos para los embriones -advirtió el doctor Wingate a Tara.

Tara regresó al laboratorio.

-Tal vez sienta un pequeño calambre con la inserción -indicó el médico a Marissa -, pero no se preocupe. Será igual que la vez anterior.

Marissa habría preferido que no hiciera esa comparación con la vez pasada, en que la implantación no tuvo éxito.

Oyó que Tara regresaba. Marissa podía imaginarse aquel catéter de teflón.

-Ya estamos -prosiguió el doctor Wingate.

-Recuerde que debe tratar de relajarse -añadió Linda.

-Piense en un bebé hermoso y sano -intervino la señora Hardgrave.

Marissa experimentó una sensación extraña y profunda parecida al dolor, pero no lo suficientemente intensa como para merecer ese calificativo.

-Calculo que estamos a un centímetro del fondo del útero -dijo el doctor Wingate -. Inyectaré ahora.

-Relájese -sugirió Linda.

-Perfecto -concluyó el doctor Wingate riendo.

Marissa contuvo la respiración y sintió un débil calambre.

-Ahora no se mueva hasta que comprobemos que todos los embriones han sido expulsados del catéter -añadió el doctor Wingate.

El y Tara desaparecieron con dirección al laboratorio.

- ¿Se encuentra bien? -preguntó la señora Hardgrave.

-Sí, muy bien -repuso Marissa muy cohibida, preocupada por la idea de que alguien apareciera por la puerta.

-Ahora que todo ha terminado -prosiguió Linda, palmeando de nuevo el hombro de Marissa -, me voy. Creo que al salir hablaré un momento con su marido.

“Buena suerte”, pensó Marissa. No creía que su marido se mostrase muy accesible ese día.

El doctor Wingate regresó justo cuando Linda se marchaba.

-Todos los embriones han sido colocados -explicó el doctor Wingate. Marissa sintió que le extraían el especulo -.

Ahora puede estirarse y apoyarse en el vientre. Pero no se dé la vuelta. Igual que la otra vez, quiero que siga acostada boca abajo durante tres horas. Sólo entonces, podrá ponerse de espaldas durante una hora. Y después ya podrá irse.

Tapó a Marissa de la cintura para abajo con la sábana.

La señora Hardgrave soltó los frenos de la camilla y comenzó a empujarla. Tara sostuvo abierta la puerta que daba al pasillo. Marissa dio las gracias al doctor Wingate.

-De nada, querida -respondió él con su acento australiano mucho más acusado de pronto -. Todos cruzaremos los dedos.

Cuando estuvieron al lado de la sala de espera, Marissa oyó que la señora Hardgrave llamaba a Robert. La conversación con Linda debía de haber sido breve, porque ésta ya no se encontraba allí.

Robert apareció junto a ellos mientras la señora Hardgrave empujaba a Marissa por el pasillo cubierto hacia el sector de hospitalización.

-Nos sentimos muy optimistas -manifestó la señora Hardgrave -. Eran óvulos y embriones excelentes.

Librodot

Marissa no dijo nada. Se daba cuenta de que Robert no se sentía muy feliz. Sin duda la conversación con Linda lo había irritado.

La habitación en que colocaron a Marissa para su espera de cuatro horas era bastante agradable. Había cortinas amarillas sobre las ventanas que daban al río Charles. Las paredes tenían un color verde claro muy sedante.

Pasaron a Marissa de la camilla a la cama. Siguieron las instrucciones, permaneció acostada sobre su abdomen, con la cabeza hacia un costado. Robert se sentó en una silla de vinilo frente a ella.

- ¿Te sientes bien? -preguntó.

-Todo lo bien que puede esperarse -respondió evasiva Marissa.

- ¿Estarás bien? -preguntó él.

Marissa percibió su impaciencia por marcharse.

-Lo único que tengo que hacer es quedarme aquí acostada -le explicó -. Si tienes cosas que hacer, por favor ocúpate de ellas. Estaré bien.

- ¿Seguro? -insistió Robert, poniéndose de pie -. Supongo que si estás cómoda aquí, hay algunas cosas que yo debería atender.

Marissa se dio cuenta de que le agradecía que le permitiera irse. Antes de partir, le dio un beso rápido en la mejilla.

De acuerdo con la experiencia de los últimos tiempos, al principio Marissa se sintió más cómoda sola. Pero a medida que las horas se deslizaban con lentitud, empezó a sentirse verdaderamente sola, incluso abandonada. Y comenzó a desear con impaciencia las visitas poco frecuentes de un miembro del personal de la Clínica de la Mujer que pasaba de vez en cuando para ver cómo estaba.

Cuando hubieron transcurrido las cuatro horas, la señora Hardgrave regresó para ayudarla a vestirse. En un primer momento, Marissa se mostró reacia a ponerse de pie, aunque el tiempo prescrito hubiera pasado, por miedo a echar a perder la más que animarla.

Antes de que Marissa abandonara la clínica le aconsejó que durante los días siguientes no se esforzara y tomara las cosas con calma. También le advirtió que debía evitar las relaciones sexuales durante un tiempo.

“En eso sí que no habrá problema”, pensó Marissa con desesperanza; sobre todo si Robert seguía durmiendo en el cuarto de los invitados. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que hicieron el amor.

Marissa llamó a un taxi para que fuera a buscarla. Lo último que deseaba era pedirle a Robert que la llevara a casa.

El resto del día lo pasó descansando. A las siete de la tarde miró el telediario, aguzando el oído para escuchar el sonido del automóvil de Robert en el sendero. A las ocho comenzó a estar pendiente del teléfono. A las ocho y media no aguantó más y llamó a la oficina de su marido.

Dejó que la señal sonara veinticinco veces, esperando que estuviera allí solo y que en algún momento la oyera aunque no sonara en su oficina privada. Pero nadie contestó.

Marissa colgó el auricular, miró el reloj y se preguntó dónde estaría Robert. Trató de convencerse de que, sin duda, se hallaba camino de casa. Se había prometido no llorar, por miedo a poner en peligro los embriones. Pero sentada allí sola, esperando el regreso de Robert, la soledad se abatió sobre ella.

Pese a sus buenas intenciones, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Aunque estuviera embarazada, a esas alturas ya no estaba segura de poder salvar su matrimonio. Con creciente desesperación, se preguntó qué pasaría con su vida.

Librodot

Marissa salió de Storrow Drive hacia la calle Revere en la base de Beacon Hill. Como de costumbre, se sentía ansiosa.

Había pasado casi una semana desde la implantación de los embriones, y le resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera si estaría o no embarazada. Dentro de pocos días debía regresar a la Clínica de la Mujer a que le extrajeran sangre para una prueba que indicaría si la implantación había tenido éxito.

Estaba siguiendo las instrucciones que había escrito al hablar con Susan Walker acerca de la reunión de Resolución. Se suponía que debía girar hacia la derecha en Charles, luego a la izquierda en Mt. Vernon, y otra vez a la derecha en Walnut. Las instrucciones le aconsejaban estacionar el automóvil en cualquier lugar que encontrara en Beacon Hill.

Cuando se encendió la luz verde del semáforo, Marissa giró a la derecha. Pero antes de llegar a Mt. Vernon encontró un lugar para estacionar y lo aprovechó.

La casa de Susan Walker resultó ser una construcción muy bonita y pequeña de estilo georgiano, acurrucada entre otros edificios en la pintoresca calle Acorn.

La puerta fue abierta por una mujer de pelo oscuro y enormemente atractivo, de unos treinta años. Estaba exquisita mente arreglada, con un vestido de seda que en seguida hizo que Marissa, con sus pantalones de lana y su suéter, se sintiese inapropiadamente ataviada.

-Soy Susan Walker -saludó la mujer, extendiendo la mano y estrechando la de Marissa con firmeza.

Marissa le dio su nombre.

-Nos alegra mucho que haya querido venir -añadió Susan mientras indicada a Marissa que pasara a la sala de estar.

Allí, unas veinte o treinta personas deambulaban y conversaban. Daba la impresión de que se trataba de un cóctel con cierto predominio de mujeres.

Desempeñando el papel de buena ama de casa, Susan le presentó a algunos de los presentes. Pero el timbre de la puerta volvió a sonar y Susan se excusó.

Para su sorpresa y alivio, Marissa en seguida se sintió cómo da. Había supuesto que al principio le parecería estar fuera de lugar, pero no fue así. Todas las mujeres parecían cálidas y cordiales.

- ¿A qué se dedica usted? -preguntó Sonya Breverton.

Susan acababa de presentársela a Marissa antes de ir a abrir la puerta. Sonya le había explicado que era agente de bolsa y trabajaba con Paine Webber.

-Soy pediatra -replicó Marissa.

Aquí hay otra doctora, una oftalmóloga. Wendy Wilson.

- ¡Wendy Wilson! -exclamó Marissa y en seguida empezó a recorrer la habitación con la mirada.

Sintió una oleada de excitación. ¿Podría tratarse de la Wendy Wilson compañera suya en la Facultad de Medicina de la Universidad de Columbia? Su mirada se detuvo en una mujer que estaba en el otro extremo del salón, no mucho más alta que ella, con pelo corto y rubio.

Marissa se excusó y empezó a abrirse camino para acercarse a su vieja amiga. Cuando estuvo más cerca vio su inconfundible rostro de pícaras facciones, como de duende.

- ¡Wendy! -gritó Marissa, interrumpiendo a su amiga en medio de una frase.

Wendy volvió la cabeza para mirar a Marissa.

- ¡Marissa! -exclamó Wendy.

Librodot

Wendy presentó a Marissa a la mujer con la que hablaba, y le explicó que Marissa era una vieja amiga de la facultad a la que no veía desde la ceremonia de graduación.

Después de algunas frases triviales, la otra mujer se excusó cortésmente, sospechando sin duda que tenían mucho de qué hablar para ponerse al día.

- ¿Cuándo viniste a Boston? -preguntó Marissa.

-Hace más de dos años que estoy aquí. Terminé mi residencia en la UCLA y trabajé varios años en el hospital; después me vine al Este con mi marido, que entró a trabajar como cirujano en Harvard. Yo estoy en el "Massachussets ojos y oídos".

¿Y tú? Cuando llegué pregunté por ti y me dijeron que te habías mudado a Atlanta.

-Eso fue nada más que por un período de dos años en el CE -explicó Marissa -. Hace alrededor de tres años que he vuelto.

En seguida le informó a Wendy sobre el matrimonio, su práctica médica y dónde vivía.

- ¡En Weston! -exclamó Wendy, echándose a reír -. Entonces somos vecinas. Nosotros vivimos en Wellesley. Dime, no habrás venido esta noche como conferenciante, ¿verdad?

-Ojalá fuera eso -contestó Wendy -. Hace dos años que mi marido y yo tratamos de tener un hijo. Ha sido un desastre.

-Yo también -reconoció Marissa -. No puedo creerlo. Tener que ser estéril para volver a encontrarte. Y yo que tenía miedo de toparme con alguien conocido.

- ¿Es tu primera reunión en Resolución? -preguntó Wendy -. Yo he asistido a alrededor de cinco, pero jamás había oído mencionar tu nombre.

-Es la primera -repuso Marissa -. Nunca quise venir, pero una psicóloga me lo recomendó hace poco.

-Yo he disfrutado mucho de estas reuniones -manifestó Wendy -. El problema es que no consigo que el cabeza dura de mi marido me acompañe. Ya sabes cómo son los cirujanos.

Detesta reconocer que alguien tenga algo que ofrecerle en cuanto a información o experiencia.

- ¿Cómo se llama? -preguntó Marissa.

-Gustave Anderson -contestó Wendy -. Y es exactamente como suena: uno de esos suecos blancos y rubios de Minnesota.

-Yo no puedo conseguir que Robert, mi marido, se acerque a nada que huela a psicoterapia -replicó Marissa -. No es cirujano, pero es igualmente obstinado.

-Tal vez los dos podrían conversar un poco -sugirió Wendy.

-No sé -dijo Marissa -. A Robert no le gusta tener la sensación de que es manipulado. La psicóloga trató de hablar con él después de la última implantación de embriones que me hicieron, pero eso no hizo más que empeorar las cosas.

- ¡Escuchadme todos! -gritó Susan Walker por encima del barullo general -. Si se sientan, podremos empezar.

Marissa y Wendy se instalaron en un sofá cercano.

Marissa guardaba infinidad de preguntas con respecto a su vieja amiga, pero se obligó a mostrarse paciente. Ella y Wendy habían sido muy buenas amigas durante la época de la Facultad de Medicina. El hecho de que hubieran perdido contacto se debía puramente a la geografía y a lo absorbente de sus respectivas carreras profesionales. Después del aislamiento muy contenta de reencontrar a una amiga en la que podía confiar.

Librodot

Pero la paciencia de Marissa dio sus frutos, y muy pronto quedó como hipnotizada con la reunión. Una serie de mujeres fueron levantándose y dirigiéndose al grupo, exponiendo sus propias historias.

Constituyó toda una experiencia emocional para Marissa escuchar una serie de historias con las que podía identificarse Cuando una mujer confesó haberle gritado a una empleada de almacén que le dio la impresión de descuidar a sus hijos, Marissa asintió, recordando a la madre adolescente con el bebé sucio.

Hasta uno de los maridos se puso de pie y tomó la palabra, lo cual hizo que Marissa lamentara más que nunca que Robert no se encontrara allí. Habló acerca del estrés desde el punto de vista masculino, y eso hizo que Marissa comprendiera mejor lo que Robert había intentado decirle acerca de su respuesta a tener que exhibir “una buena actuación”.

Una abogada se incorporó y habló de la necesidad de que las parejas que pasaban por varias experiencias de FIV sin éxito pudieran expresar su dolor por la pérdida de esos hijos potenciales. Después de subrayar con elocuencia la difícil situación de dichas parejas, agregó con serenidad: -Si hubiera apoyo formal para la tristeza de las mujeres estériles, tal vez mi amiga y colega Rebecca Ziegler estaría aquí con nosotros esta noche.

Cuando la abogada tomó asiento, en la habitación se impuso un silencio respetuoso que se prologó durante un momento.

Resultaba obvio que los presentes se habían sentido afectados por la mención de la mujer muerta. Cuando la siguiente oradora se puso en pie, Marissa le preguntó a Wendy: - ¿Rebecca Ziegler asistía con frecuencia a estas reuniones? -Sí, pobrecilla -respondió Wendy -. Incluso hablé con ella en la última. Fue todo un golpe enterarme de que se había suicidado.

- ¿Estaba muy deprimida? -preguntó Marissa.

Wendy negó con la cabeza.

-Jamás advertí en ella síntomas tan evidentes -Yo la vi el día en que murió -señaló Marissa -. De hecho, golpeó a mi marido.

Wendy la miró sorprendida.

-Fue en la Clínica de la Mujer -explicó Marissa -. Estaba fuera de sí. Robert trataba de sujetarla. Lo curioso es que tampoco en aquel momento parecía deprimida. Estaba furiosa, sí, pero no deprimida. ¿En general era una mujer tranquila?

-Eso me pareció cada vez que la vi -respondió Wendy.

-Resulta extraño -manifestó Marissa.

-Es hora de que lo dejemos para tomar un café -anunció Susan Walker cuando terminó su exposición la última oradora -. Después escucharemos a nuestra invitada especial.

Es un verdadero honor tener con nosotros a la doctora Alice Mortland, del Columbia Medical Center de Nueva York. Nos hablará acerca de los nuevos aspectos de la GIFT, o Transferencia Intrafalopiana de Gametos.

Marissa miró a Wendy.

- ¿Te interesa esa conferencia? -preguntó.

-En absoluto -repuso Wendy -. Con mis dos trompas de Falopio obstruidas, la GIFT no me serviría de nada.

- ¡Dios santo! -exclamó Marissa -. Yo tengo el mismo problema: obstrucción de trompas.

- ¡Caramba! -repuso Wendy con una breve carcajada de incredulidad -. ¿Qué somos? ¿Hermanas gemelas? Imaginemos que estamos en la facultad y saltémonos la conferencia.

Podríamos ir a un bar y charlar sobre lo que hemos hecho todos estos años.

Librodot

¿No se ofenderá la dueña de la casa? -preguntó Marissa.

¿Susan?, no -le aseguró Wendy -. Ella lo entenderá.

Diez minutos más tarde, Marissa y Wendy estaban sentadas frente a frente en unas sillas bajas de vinilo. Se hallaban junto a un ventanal que daba a la bulliciosa calle Beacon, con el oscuro Boston Garden más allá. A la luz de las farolas, el césped comenzaba a verse verde, uno de los primeros signos de la primavera.

Cada una pidió agua mineral y se burló de la otra.

- ¡Nada de alcohol! Bien, bien -dijo Wendy.

-Otra coincidencia -replicó Wendy -. Lo mismo que yo.

Sólo que en mi caso fue la segunda. ¿En qué programa estás?

-En la Clínica de la Mujer, en Cambridge -explicó Marissa

-No puedo creerlo -añadió Wendy -. Yo también voy allí.

- ¿El doctor Wingate?

- ¡Ajá! -exclamó Marissa -. El doctor Carpenter es mi ginecólogo. El doctor Wingate se encarga de la fecundación in vitro.

-Yo iba con Megan Carter -explicó Wendy -. Siempre he preferido tener a una mujer como ginecóloga. Pero tuve que recurrir a Wingate porque él es el que dirige todo lo relaciona do con FIV.

-Es sorprendente que no nos hayamos encontrado nunca -señaló Marissa -. Pero, por otro lado, son muy estrictos en lo relativo a lo confidencial; ésa es una de las razones por las que elegí esa clínica.

-A mí me pasó lo mismo -siguió Wendy -. Podría haber recurrido a alguien del General, pero eso no me hacía sentirme cómoda.

- ¿Fue un golpe muy duro para ti enterarte de que tenías las trompas obstruidas? -preguntó Marissa.

-Por completo -contestó Wendy -. No me lo esperaba.

Resultaba irónico, sobre todo considerando las precauciones que tomé durante mi época del instituto y en la Facultad de Medicina para no quedarme embarazada. Ahora no puedo recordar cómo era no desear tener un hijo.

-Lo mismo que yo -repuso Marissa -. Pero quedé aún más sorprendida al enterarme de que la causa era una salpingitis tuberculosa.

Wendy golpeó su vaso de agua mineral contra la mesa.

-Estas coincidencias se están volviendo un poco siniestras -manifestó -. A mí me hicieron el mismo diagnóstico: reacción granulomatosa a consecuencia de tuberculosis. Y también la prueba de derivado proteínico purificado dio positivo.

Era una coincidencia demasiado grande para que resultara creíble.

Con su preparación epidemiológica, Marissa no tardó en sospechar. El paralelismo de los casos de ambas resultaba extraordinario. Y la única vez que sus vidas se habían cruzado fue cuando estudiaban en la Facultad de Medicina.

- ¿Estás pensando lo mismo que yo? -preguntó Wendy.

-Probablemente -respondió Marissa -. Me pregunto acerca de los meses que tuvimos aquella asignatura rotativa en Bellevue. ¿Recuerdas los casos de tuberculosis que vimos, sobre todo los resistentes a los medicamentos? ¿Recuerdas que pensaban que había un aumento de tuberculosis?

- ¿Cómo olvidarlo?

-Por suerte, mi radiografía de tórax está perfecta -alegó Marissa.

-También la mía -replicó Wendy.

-Me pregunto si seremos casos aislados o parte de una pauta más general. Se supone que la salpingitis tuberculosa es algo poco frecuente, sobre todo en una nación sana como Estados Unidos. No tiene sentido.

Librodot

- ¿Por qué no volvemos a la reunión de Resolución y preguntamos si hay alguien más que presente el mismo historial? -sugirió Wendy.

- ¿Hablas en serio? Las probabilidades son muy remotas.

-Continúo sintiendo curiosidad al respecto -explicó Wendy -. Vamos; está cerca y tenemos una audiencia muy especial.

Mientras caminaban de regreso a la calle Acorn, Marissa abordó el tema de su situación conyugal. Le resultaba difícil referirse a ella, pero sintió la necesidad de comentarlo con alguien. Le contó a Wendy que ella y Robert tenían serios problemas.

-Le ha dado por dormir en el cuarto de los invitados -le confió Marissa -. Y se niega a ver a un psicoterapeuta.

Dice que no necesita que nadie le diga por qué se siente desdichado.

-Muchas de nosotras, las mujeres estériles, tenemos problemas matrimoniales -repuso Wendy -. Sobre todo las que nos inevitable. Sólo que, por supuesto, cada una lo afronta de manera diferente. Gustave, mi marido, acaba de transferir la poca atención que me prestaba a su trabajo. Siempre está en el hospital. No lo veo prácticamente nunca.

-Robert está haciendo eso mismo cada vez más -indicó Marissa -. A menos que se desarrolle uno de esos embriones, no me siento muy optimista con respecto a que podamos capear el temporal.

- ¡Habéis vuelto! -exclamó Susan cuando les abrió la puerta -. Justo a tiempo para el postre.

Wendy le contó a Susan lo que querían hacer. Susan tomó sus abrigos y las precedió a la sala de estar, donde los invitados conversaban animadamente en pequeños grupos mientras comían una tarta de chocolate.

- ¿Podéis atenderme un momento, por última vez esta noche? -reclamó Susan en voz alta.

Luego explicó que Wendy tenía algunas preguntas que formularles.

Después de situarse en el centro de la habitación, Wendy se presentó por si alguna persona ignoraba que era doctora.

Entonces preguntó cuántas de las mujeres presentes presentaban una obstrucción de las trompas de Falopio como causa de su esterilidad.

Tres personas levantaron la mano.

Al mirar a esas tres mujeres, Wendy inquirió: - ¿A alguna de vosotras le han dicho que la tuberculosis o lo que parecía serlo bajo el microscopio había sido la causa de esa obstrucción?

Las tres sacudieron la cabeza. No estaban seguras.

- ¿A alguna de vosotras le recomendaron que tomara un medicamento llamado isoniacida o NH? -preguntó Marissa -. En ese caso, os habrían sugerido que lo tomarais durante varios meses.

Dos de las mujeres levantaron la mano. Ambas explicaron que habían sido remitidas a sus médicos después de la laparoscopia, y que les mencionaron un medicamento que debían tomar durante un período prolongado de tiempo. Sin embargo, les indicó que volvieran cada tres meses.

Marissa anotó sus nombres y números de teléfono: Marcia Lyons y Catherine Zolk. Ambas prometieron preguntar a sus respectivos médicos de cabecera si el medicamento en cuestión había sido la isoniacida.

Totalmente asombrada, Marissa llevó a Wendy aparte.

-Esto es increíble. Creo que tenemos cuatro casos. Pero si estas dos mujeres tuvieron tuberculosis, entonces nuestra rotación de la Facultad de Medicina en Bellevue está fuera de la cuestión.

-Cuatro casos no constituyen una serie -advirtió Wendy.

Librodot

-Pero me resulta muy sospechoso -explicó Marissa -. Cuatro casos de una enfermedad rara en una sola área geográfica.

Además, parece que ninguna de nosotras tuvo ningún síntoma de infección. Creo que es algo que debemos investigar, y pienso hacerlo.

-Hagámoslo juntas -sugirió Wendy.

- ¡Maravilloso! -convino Marissa -. El primer paso será aprovechar mis contactos en el CE. Podemos empezar esta misma noche. ¿Dónde está tu coche?

-En el pabellón de oftalmología del "Massachussets"-respondió Wendy.

-El mío está más cerca -explicó Marissa -. Te llevaré al tuyo y después me sigues a casa. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -asintió Wendy.

Al despedirse de la dueña de casa y agradecerle su hospitalidad, Marissa tuvo de pronto una idea. Le preguntó a Susan si conocía la causa de la infertilidad de Rebecca Ziegler.

-Creo que era por obstrucción de las trompas -contestó Susan después de pensarlo un momento -. No estoy muy segura, pero creo que fue por eso.

- ¿Por casualidad tienes su número de teléfono? -preguntó Marissa.

-Creo que sí -repuso Susan.

- ¿Te importaría dármelo? -preguntó Marissa.

Susan buscó el número en su estudio y se lo dio a Marissa.

- ¿Como te le acercará?- inquirió Wendy al llegar a la calle -. El pobre hombre estará probablemente en estado de choque emocional.

-Lo haré si logro reunir el coraje suficiente -explicó Marissa -. Además, me dijeron que estaban separados.

-Como si eso significase alguna diferencia -replicó Wendy -. Creo, en todo caso, que le habrá hecho sentirse peor, incluso responsable.

Marissa asintió.

En el trayecto hasta su casa, la excitación de Marissa fue en aumento. Cuatro casos de salpingitis tuberculosa hacían que el suyo no fuera anómalo y sugerían una posible tendencia de importancia para la salud pública.

Marissa introdujo el coche en el garaje y salió a reunirse con Wendy, que había estacionado en el sendero. Entraron en la casa por la puerta principal.

- ¡Bonita casa! -exclamó Wendy, mientras seguía a Marissa por un pasillo hacia su estudio.

Lo primero que hizo Marissa fue buscar el número de teléfono de Cyrill Dubchek.

-Estoy llamando a uno de los jefes de departamento del CE -explicó Marissa -. Salimos un tiempo durante el último año que estuve allí. Es un hombre bastante atractivo.

Marissa encontró el número y mantuvo abierto el índice telefónico con un abrecartas.

- ¿Qué pasó? ¿Las cosas no salieron bien? -preguntó Wendy.

Marissa sacudió la cabeza.

-Fue una relación tormentosa desde el principio. Lo irónico es que nuestro mayor desacuerdo fue sobre los hijos.

El había tenido varios con su esposa antes de que ella muriera.

No le interesaba tener más. Obviamente, eso fue antes de que yo me enterara de la obstrucción de trompas.

Marissa marcó el número y aguardó.

-Es toda una historia -continuó Marissa -. Estuvimos riñendo durante mis dos primeros meses en el Centro.

Después vino el romance. Y al final terminamos como buenos amigos.

Librodot

La vida es impredecible.

Wendy empezó a hacer señas levantando la mano para indicarle que Cyrill había contestado.

La primera parte de la llamada fue una charla amistosa, hasta que, por último, Marissa llegó a lo que quería preguntarle.

-Cyrill -le dijo -, estoy con una médica amiga y conectaré el supletorio para que podamos hablarte las dos.

-Oprimió la tecla apropiada -. ¿Me oyes bien?

La voz de Cyrill llenó la habitación cuando respondió afirmativamente.

- ¿Por casualidad no has oído hablar en el Centro de salpingitis tuberculosa, de un aumento reciente de casos?

-No, que yo recuerde -contestó Cyrill -. ¿Por qué me lo preguntas?

-Tengo motivos para creer que existen cuatro casos aquí en Boston. Todos en mujeres relativamente jóvenes, y todos sin ninguna anidación aparente de infección en ninguna otra parte; sobre todo, nada en los pulmones.

- ¿Qué quieres decir con eso de "mujeres relativamente jóvenes"? -preguntó Cyrill.

-Digamos entre veintiocho y treinta y cinco años -respondió Marissa.

-Me parece una edad muy avanzada para ser tratada por una pediatra -bromeó Cyrill -. ¿Cómo te enteraste de esos casos?

Marissa sonrió.

-Debería haber sabido que no podía mostrarme evasiva contigo, Cyrill -repuso -. Lo cierto es que soy una de las infectadas. Hace alrededor de un año que me someto a sesiones de fecundación in vitro. Esta noche descubrí la existencia de otras tres mujeres con el mismo inusual diagnóstico.

-Lamento enterarme así de tu problema -se excusó Cyrill -. No, no he oído ningún comentario acerca de salpingitis tuberculosa entre las habladurías habituales del CE. Lo que puedo hacer es indagar en la sección de bacteriología. Si se ha producido algo, seguro que ellos lo saben. Te volveré a llamar lo antes posible.

Después de las despedidas de ritual, Marissa cortó la comunicación, y preguntó qué opinaba acerca de marcar el número de Rebecca Ziegler.

Wendy consultó su reloj.

-No estoy segura de tener la fortaleza emocional para hacerlo -estimó -. Además, son más de las diez de la noche.

-Creo que vale la pena correr el riesgo -alegó Marissa con aire decidido.

Cogió el papel con el número y llamó. El tono de llamada sonó siete veces antes de que alguien contestara. En segundo plano se oía música fuerte. Parecía una fiesta.

Marissa preguntó si hablaba con la residencia Ziegler.

-Un momento -repuso la voz en el otro extremo de la línea.

Marissa y Wendy alcanzaron a oír que el hombre les gritaba a los demás que bajaran la voz un momento. Entonces volvió al teléfono.

¿Es usted el marido de Rebecca Ziegler? -preguntó Marissa.

-Lo era -contestó el hombre -. ¿Quién habla?

-Soy la doctora Blumenthal -explicó Marissa -. Espero no haber llamado en un mal momento. Me dieron su número en Resolución, la organización para las parejas infértiles. ¿La conoce?

-Sí -repuso el hombre -. ¿Qué ocurre?

-Si no es demasiada molestia -siguió Marissa -, me gustaría formularle una pregunta personal acerca de Rebecca.

- ¿Es una broma? -preguntó el hombre.

Una súbita carcajada sonó en segundo plano.

-No -replicó Marissa -. Le aseguro que no. Sólo quería preguntarle si el problema de Rebecca tenía algo que ver con sus trompas de Falopio. Son los conductos que transportan los óvulos al útero.

-Sé perfectamente lo que son las trompas de Falopio -contestó el individuo -. Un momento.

De nuevo la voz pareció alejarse, y Marissa volvió a oír cómo reconvenía a sus invitados: "¡A ver si os calláis un momento!". Al regresar al teléfono se disculpó por el barullo:

-Son mis amigos -explicó - Son unos animales.

-Le preguntaba acerca del problema que aquejaba a Rebecca -prosiguió Marissa, y puso los ojos en blanco en señal de fastidio compartido con Wendy.

-Sí -afirmó el hombre -. Tenía las trompas obstruidas.

- ¿Por casualidad no sabe la causa de esa obstrucción? -insistió Marissa.

-Lo único que sé es que las tenía obstruidas. Para más datos, hable con su médico.

Se oyó un golpe a lo lejos, y después el ruido de cristales rotos.

- ¡Por Dios! -exclamó el hombre -. Perdóneme, pero tengo que cortar.

La línea quedó enmudecida bruscamente Marissa también colgó.

Las dos se miraron. Finalmente, Wendy rompió el silencio.

- ¡Vaya con el viudo desconsolado!

-Por lo menos no tenemos que sentirnos culpables por haber llamado -explicó Marissa -. Y tenía las trompas obstruidas. Creo que valdrá la pena averiguar la causa. Si llegara a ser la misma que la nuestra, eso podría darle un nuevo giro a este asunto.

Wendy asintió.

- ¡Espera un momento! -gritó Marissa.

- ¿Qué pasa? -preguntó Wendy.

-Olvidamos preguntar a esas otras dos mujeres dónde las atendían. Sabemos que a Rebecca la visitaban en la Clínica de la Mujer.

-Tienes sus números de teléfono -indicó Wendy -. Llámalas.

Marissa marcó con rapidez. Encontró a las dos mujeres y ambas le dieron la misma respuesta: recibían tratamiento en la Clínica de la Mujer.

-Esto se está poniendo interesante -afirmó Wendy.

-Eso es subestimar el tema -añadió Marissa -. Creo que debemos hacer una visita a la Clínica de la Mujer.

Cuanto antes, mejor. Por ejemplo, mañana por la mañana.

¿Vendrás conmigo?

Wendy.

-Hola -dijo una voz. Tanto Marissa como Wendy miraron hacia la puerta.

Era Robert, con un suéter de cuello de pico, pantalones informales color beige y mocasines sin calcetines. En la mano llevaba sus gafas de leer.

Marissa se puso de pie y le presentó a Wendy, explicándole que se habían encontrado en la reunión de Resolución.

Le contó que Wendy también estaba realizando un tratamiento de fecundación in vitro con el doctor Wingate. Robert estrechó la mano de Wendy.

-Iba a la cocina a prepararme un poco de té -señaló Robert -. ¿Queréis una taza?

-Me encantaría -replicó Wendy.

Robert se dio media vuelta y desapareció en la cocina.

-Vaya -exclamó Wendy -. Y yo que creía que Gustave era un buen mozo.

Marissa asintió.

-Lo amo -reconoció -. Es sólo que estamos pasando por un momento particularmente difícil. -Se encogió de hombros -. Por lo menos, eso es lo que me digo a mí misma.

Cuando acudieron a la cocina, Robert ya tenía la tetera en el fuego y cajas de diferentes clases de té sobre la mesa junto con tres tazas.

- ¿Cómo fue la reunión? -preguntó Robert mientras buscaba el azúcar y la miel.

Marissa describió la reunión, poniendo énfasis en lo agradable que había sido y los maridos que se encontraban presentes.

- ¿Su marido estaba allí? -le preguntó Robert a Wendy.

-Estaba en el quirófano y no pudo presentarse -contestó evasiva Wendy.

Omitió decir que probablemente no habría asistido aunque no hubiera tenido compromisos. Robert parecía un especialista en interrogatorios.

¿Has asistido a otras reuniones? -preguntó.

Marissa contestó por Wendy.

-No, no ha podido asistir.

-Entiendo -replicó Robert mientras vertía agua caliente en cada una de las tazas.

Tenía en el rostro una de esas medias sonrisas que tanto exasperaban a Marissa.

-Estoy segura de que adoptarías una actitud muy distinta hacia las reuniones si fueras capaz de acudir a una -alegó Marissa.

-Tal vez debería hablar con el marido de Wendy -replicó Robert -. Tengo la impresión de que es una alma gemela -concluyó y llevó la tetera otra vez a la cocina.

-Una gran idea -convino Wendy.

-Lo único que puedo decir es que la reunión me pareció de lo más gratificante -explicó Marissa -. No sólo volví a encontrar a Wendy sino que nos enteramos de que cuatro de nosotras tenemos el mismo extraño diagnóstico.

- ¿Te refieres a eso de la tuberculosis? -preguntó Robert.

-Exactamente -manifestó Wendy -. Yo soy una de las cuatro.

- ¿En serio?

Marissa se embarcó en una detallada explicación acerca de por qué ese número de casos era inusual.

-Es tan insólito que debemos sondear un poco. Mañana iremos a la Clínica de la Mujer para iniciar nuestra investigación oficial.

- ¿Qué quieres decir con eso de investigación oficial? -inquirió Robert.

-Queremos saber cuántos casos como los nuestros han aparecido. Queremos averiguar si a Rebecca Ziegler le afectaba el mismo problema. Ya sabemos que tenía las trompas obstruidas.

-En la Clínica de la Mujer no os darán esa clase de información.

- ¿Por qué no? Tal vez sea importante -explicó Marissa -. Por lo que sabemos, podría acarrear serias consecuencias para te..., algo parecido a un síndrome de choque tóxico.

Robert miró a Marissa y después a Wendy. El apasionamiento de ambas le resultó inquietante, sobre todo después del reciente estallido de Marissa en el restaurante chino.

Sin duda a Wendy le estaban administrando las mismas hormonas.

-Creo que deberíais calmarnos un poco -aconsejó -. Aunque consiguierais llegar al fondo del asunto, no lograréis con eso solucionar el problema al que os enfrentáis. Y dudo mucho que lleguéis muy lejos en vuestras investigaciones en la clínica.

Librodot

Sería poco ético y hasta ilegal que revelaran información acerca de sus pacientes sin el consentimiento de las mismas.

Pero Marissa no quiso seguir escuchándolo.

-Este asunto de la tuberculosis me ha inquietado desde el principio, y me propongo llegar hasta el fondo. No me importa cuánto me cueste lograrlo. Acabo de llamar a Cyrill Dubchek y él puede hacer valer la autoridad del CE para conseguirlo.

Robert sacudió la cabeza. Era obvio que desaprobaba semejante actitud.

-Muy bien -replicó con sequedad -. Entonces dejaré solos a los dos sabuesos para que sigan tramando sus movimientos.

Y tras eso, tomó su taza y abandonó la cocina.

Wendy rompió el incómodo silencio cuando sus pasos dejaron de oírse.

-Tiene razón -manifestó -. Podemos tener problemas para acceder a esos historiales médicos.

-Debemos intentarlo. Tal vez logremos reunir cierta autoridad como médicas. Ya sabes, el enfoque médico profesional. Si eso no surte efecto, pensaremos en alguna otra cosa.

Estás conmigo, Wendy, ¿verdad?

-Absolutamente -repuso Wendy -. Estamos unidas.

Marissa sonrió. Estaba impaciente por que llegara la mañana.

29 DE MARZO DE 1990 9.30 a.m.

Forcejeando con sus paraguas en medio del viento, Marissa y Wendy entraron en el patio de la Clínica de la Mujer.

Al penetrar por la puerta principal, sacudieron el agua de sus abrigos. Las dos tenían el pelo empapado y aplastado contra la frente.

- ¿Sabes dónde está el archivo de historiales clínicos?-preguntó Marissa a Wendy.

-No tengo la menor idea -respondió Wendy -. Preguntaré.

Mientras Marissa seguía intentado cerrar su paraguas, al que el viento había dado la vuelta, Wendy realizó averiguaciones en el mostrador de información. Le hizo señas a Marissa de que la siguiera a los ascensores.

-Quinto piso -anunció a Marissa cuando se reunió con ella.

-Debí adivinarlo -repuso Marissa -. Rebecca Ziegler saltó del quinto piso después de leer su historial clínico.

-Hace que uno se pregunte qué pudo haber leído allí.

Marissa asintió.

Una vez en el quinto piso, fue sencillo encontrar el departamento. El tableteo de las máquinas de escribir se oía desde la puerta del ascensor. Marissa se sintió aliviada de que estuviera en dirección opuesta al consultorio de Linda Moore. Por el momento, no quería encontrarse con nadie conocido.

Era imposible no reconocer el departamento que buscaba.

Decenas de archivadores cubrían las paredes de la habitación.

La mujer que ocupaba el escritorio a la derecha de la entrada saludó a Marissa y a Wendy.

- ¿En qué puedo ayudarlas? -preguntó.

La mujer, que Marissa calculó tendría alrededor de cincuenta años, usaba una identificación que rezaba: Helen Solano, Bibliotecaria de Archivos Médicos. Frente a ella había una terminal de ordenador.

-Soy la doctora Blumenthal -alegó Marissa en tono profesional -. Y ésta es la doctora Wilson.

Wendy asintió. La señora Solano sonrió.

-Queremos hacerle una pregunta -dijo Wendy -. Nos gustaría saber si la Clínica de la Mujer tiene un sistema de registro mediante el cual sea posible obtener un impreso de ordenador de los casos con un diagnóstico específico, como, por ejemplo, obstrucción de las trompas de Falopio.

-Claro que sí -repuso la señora Solano.

- ¿Y un bloqueo granulomatoso? -preguntó Marissa.

-De esa categoría específica no estoy segura -siguió la señora Solano -. Tendría que cerciorarme en nuestro código diagnóstico. Déjeme ver.

Giró la silla hasta enfrentarla con un armario lleno de manuales de hojas sueltas. Sacó uno y comenzó a hojearlo.

-Sí, tenemos un código para las infecciones granulomatosas de las trompas de Falopio -señaló la señora Solano, levantan do la vista del manual.

-Maravilloso -respondió Marissa con una sonrisa -. Si no le supone mucho trabajo, nos gustaría obtener un impreso con ese diagnóstico.

-Ningún problema en absoluto -repuso la señora Solano.

Marissa y Wendy intercambiaron una sonrisa de satisfacción.

- ¿Dónde está su autorización? -preguntó la señora Solano.

-No creímos necesitar una para fines de investigación -explicó Wendy.

-Es imprescindible para todo -prosiguió la señora Solano.

-Muy bien -aceptó Marissa -. ¿A quién tenemos que ver para obtener esa autorización?

-Hay una sola persona que puede extenderla -señaló la señora Solano -. El doctor Wingate, el director de la clínica.

De vuelta a los ascensores, Marissa sacudió la cabeza en dirección a Wendy.

- ¡Maldición! -exclamó -. Creí que todo saldría bien cuando nos dijo que tenían la especificación diagnóstica de granulomatosis.

-Yo pensé lo mismo -replicó Wendy -. Pero ahora empiezo a creer que tu marido tenía razón. No creo que podamos persuadir a Wingate de que nos facilite esa autorización.

-No nos desanimemos tan pronto -replicó Marissa al entrar en el ascensor.

Las oficinas del doctor Wingate estaban en el primer piso.

Tenía un despacho como director de la clínica y otro como director de la unidad de fecundación in vitro. Marissa y Wendy fueron a la primera, pero las enviaron a la segunda. Les informaron de que el doctor Wingate estaba ocupado en el laboratorio.

-Avisaré al doctor que están aquí -indicó la recepcionista.

Marissa y Wendy tomaron asiento.

-Es fantástico no estar en este lugar para otro procedimiento -susurró Wendy.

Marissa sonrió.

-El doctor Wingate las recibirá ahora -informó la recepcionista una media hora más tarde.

Las condujo por un largo vestíbulo hasta la tercera puerta de la derecha.

Wendy llamó a la puerta. El doctor Wingate las invitó a pasar.

- ¡Bueno, bueno! -exclamó al ponerse de pie de una banqueta frente a un microscopio.

Librodot

Salvo por un escritorio y un par de ficheros, la habitación parecía más un laboratorio que un despacho.

-No sabía que se conocían.

Wendy le explicó que habían sido amigas en la Facultad de Medicina.

- ¿Qué puedo hacer por ustedes, señoras mías? -inquirió y les indicó que se sentaran, aunque él permaneció de pie -. Les advierto que estoy a punto de cumplir un proceso de fertilización y no tengo demasiado tiempo.

-No le entretendremos mucho -aseguró Marissa.

Le explicó brevemente cómo ella y Wendy habían descubierto que tenían básicamente el mismo problema y que habían encontrado otros dos casos posibles.

-Cuatro casos de infección granulomatosa de las trompas de Falopio relacionadas con tuberculosis es algo fuera de lo común, y nos gustaría profundizar en el asunto. Nos interesa como proyecto de investigación.

-Pero necesitamos que nos dé su autorización -explicó Wendy -. Queremos ver si existen casos adicionales.

-Me temo que no puedo complacerlas -respondió el doctor Wingate -. La política de la clínica es de estricta reserva. No puedo darles acceso a los historiales clínicos de las pacientes. Y esa normativa procede de nuestra central en San Francisco.

-Pero esto puede tener implicaciones para la sanidad pública -manifestó Marissa -. Estos casos pueden representar una nueva entidad clínica como el choque toxémico.

-Lo comprendo -admitió el doctor Wingate -. Y les agradezco por alertarnos. Tengan la seguridad de que lo investigaremos. Sé que comprenderán mi posición.

-Podríamos hablar con las mujeres involucradas y obtener el permiso de ellas -afirmó Wendy.

-Lo siento, señoras -replicó el doctor Wingate con voz impaciente -. Les he dicho cuáles son nuestras normas y ustedes deben respetarlas. Y ahora, tengo que volver a mi trabajo.

¿No tienen que acudir pronto a verificar sus niveles hormonales?

Tanto Wendy como Marissa asintieron.

- ¿Al menos lo pensará y nos avisará después? -insistió Marissa.

-No tengo nada que pensar -afirmó el doctor Wingate -Es imposible para mí darles esa autorización. Y eso es definitivo. Ahora, por favor, excúsenme.

Junto a los ascensores, las dos mujeres se miraron.

-No me digas que Robert tenía razón -le advirtió Marissa -. Si lo haces, gritaré.

En la planta baja, se detuvieron cerca del mostrador de información.

- ¿No conoces suficientemente bien a alguien del personal que pueda tratar de darnos acceso al ordenador?-preguntó Wendy.

Marissa sacudió la cabeza.

-Lamentablemente, no. Pero acaba de ocurrírseme una idea que no nos solucionará el problema aquí pero puede darnos respuestas a algunas preguntas sobre Rebecca Ziegler.

Como suicida, sus restos deben de haber ido a parar al forense. Y le habrán practicado la autopsia. Tal vez vieran sus trompas de Falopio.

-Vale la pena intentarlo -repuso Wendy -. Vayamos al depósito municipal para averiguarlo. Pero primero será mejor que llame a mi consultorio para ver cómo se las arreglan sin mí.

-Yo llamaré al forense -replicó Marissa.

Juntas, caminaron hacia los teléfonos públicos. Wendy terminó primero y esperó a que Marissa cortara la comunicación.

-Todavía estoy libre -indicó Wendy a Marissa.

-Espléndido -repuso Marissa -. Fue una suerte que se me ocurriera llamar a la oficina del forense. Aunque el de Rebecca era un caso de su competencia, autorizaron al Memorial a realizar la autopsia. Vayamos allá.

Después de la decepción y el fracaso en la Clínica de la Mujer, Marissa se sintió estimulada al enterarse de que su amigo Ken Mueller había realizado la autopsia de Rebecca Ziegler.

Confiaba en que no tendría problemas para averiguar los resultados.

-Ken está en la sala de autopsias -informó a Marissa una secretaria -. Fue hace apenas algunos minutos, y no creo que salga antes de una hora.

- ¿Qué sala? -inquirió Marissa.

-La número tres -repuso la secretaria.

- ¿No podemos esperar? -preguntó Wendy cuando atravesaban la zona de patología hacia el sector de autopsias.

Las autopsias jamás le habían gustado a Wendy. Algunos "olorcitos" comenzaban a hacerla sentir mal.

-Creo que es mejor hablar con él lo antes posible -subrayó Marissa.

Pero cuando estaba a punto de entrar en la sala de autopsias, advirtió la palidez de Wendy.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó.

Wendy le confesó que siempre había detestado las autopsias.

-Entonces espera aquí -sugirió Marissa -. No tardaré mucho. Tampoco a mí me gustan.

Una vez que atravesó la puerta, Marissa fue literalmente asaltada por el olor ofensivo de la sala de autopsias.

Recorrió con la mirada la habitación y vio dos hombres con bata y guantes que usaban unas gafas protectoras. Entre ellos yacía el cuerpo pálido y desnudo de un hombre joven, tendido sobre una mesa de acero inoxidable.

- ¿Ken? -dijo Marissa tímidamente.

Los dos hombres levantaron la vista. Estaban embarcados en el proceso de eviscerar el cadáver.

- ¡Marissa, cómo estás! -la saludó Ken a través de la mascarilla -. Ven aquí y conoce al peor residente júnior que jamás ha tenido el Memorial.

-Muchísimas gracias -bromeó Greg.

Marissa avanzó hasta los pies de la mesa de autopsias.

Ken presentó a Greg a Marissa, y cambió su evaluación jocosa por cálidos elogios. Greg saludó a Marissa haciendo un gesto con su escalpelo.

- ¿Un caso interesante? -preguntó Marissa para entrar en conversación.

-Todos son casos interesantes -explicó Ken -. Si no pensara eso habría elegido dermatología. Dime, ¿la tuya es una visita de cortesía?

-Nada de eso -respondió Marissa -. Me dijeron que hiciste la autopsia de una mujer llamada Rebecca Ziegler.

- ¿La mujer que no sabía volar? -preguntó Ken.

-Por favor, ahórrame el humor de los patólogos -replicó Marissa -. Pero, sí, era la que saltó desde una ventana del quinto piso.

-Fue un caso interesante... -explicó Ken.

-Acabas de afirmar que todos son interesantes -lo interrumpió Greg.

-De acuerdo, muchachito astuto -se burló Ken. Después, se dirigió a Marissa -: Fue un caso particularmente interesante.

Tenía rotura de aorta.

Librodot

- ¿Miraste las trompas de Falopio? -preguntó Marissa.

No le interesaban las grandes lesiones.

-Lo miré todo -afirmó Greg -. ¿Qué quieres saber?

- ¿Visteis los portaobjetos? -inquirió Marissa.

-Por supuesto -repuso Greg -. Tenía destrucción granulomatosa de las dos trompas. Mandé un montón más para que los procesaran con distintas tinciones, pero todavía no me lo han devuelto.

-Si lo que quieres saber es si se parecían a los que me mostraste hace algunos meses -siguió Ken -, la respuesta es sí.

Eran exactamente iguales. De modo que nuestro diagnóstico probable del problema de sus trompas de Falopio fue una lesión tuberculosa antigua sin resolver. Pero, desde luego, eso fue sólo un hallazgo incidental. No tuvo nada que ver con su muerte.

¿No vas a contarle lo otro? -preguntó Greg.

¿Qué es lo otro? -inquirió Marissa.

-Algo que nos dio que pensar a Greg y a mí -manifestó Ken -. Pero no estoy seguro de que debamos decírtelo.

- ¿De qué estáis hablando? -insistió Marissa -. ¿Por qué no tendríais que decírmelo? Vamos, me pica la curiosidad.

-No terminamos de decidirnos -alegó Greg -. Hay un par de cosas que nos molestan.

-Vamos, contádmelo -suplicó Marissa.

-Pero no se lo digas a nadie -pidió Ken -. Es posible que tenga que discutirlo con el forense, y no quiero que se entere antes por otra persona.

-Adelante -insistió Marissa -. Podéis confiar en mí.

-Todo el mundo piensa que la patología consiste tan sólo en cortar y resecar -explicó Ken evasivo -. Ya sabes, la última palabra, la respuesta definitiva. Pero no es así. No siempre es tal vez no podemos documentar de forma categórica.

-Vamos, díselo -le urgió Greg.

-Muy bien -asintió Ken -. Notamos que Rebecca Ziegler tenía una venipunción reciente en uno de los brazos.

- ¡Por el amor de Dios! -exclamó Marissa con exasperación -. Esa mujer estaba sometida a un tratamiento de fecundación in vitro. Todo el tiempo estaban administrándole hormonas y haciéndole análisis de sangre. ¿Eso era lo que os preocupaba? ¡Por favor!

Ken se encogió de hombros.

-Eso es parte del asunto -prosiguió -. Si fuera sólo eso, no nos preocuparía. Sabemos que ha recibido inyecciones muchas veces en los últimos meses. Tenía marcas de pinchazos en todo el cuerpo. Pero esa venipunción presentaba el aspecto de haber sido practicada justo antes de que muriera. Eso la vuelve sospechosa. Así que decidimos ampliar el espectro de sustancias tóxicas para incluir drogas en lugar de las habituales hormonas. Como patólogos, se supone que debemos desconfiar de todo.

- ¿Y encontrasteis algo? -preguntó Marissa, aterrorizada.

-No -contestó Ken -. En toxicología, nada. Seguimos buscando, pero hasta el momento no ha aparecido nada.

- ¿Qué es esto? ¿Una broma? -preguntó Marissa.

-No es ninguna broma -explicó Ken -. La otra parte del rompecabezas es que sólo tenía unos pocos cientos de centímetros cúbicos de sangre en el tórax.

-Lo cual significa...

-Cuando alguien tiene una rotura de aorta, por lo general hay mucha sangre en el tórax -explicó Ken -. Bastante más que algunos cientos de centímetros

Librodot

cúbicos. Es posible tener esa cantidad, pero no es muy probable. Así que esa cantidad no es algo concreto, sino sólo una posibilidad.

- ¿Posibilidad de qué? -preguntó Marissa.

-Posibilidad de que ya estuviera muerta cuando cayó -concluyó Ken.

Marissa quedó impactada. Por un momento no pudo hablar.

Las implicaciones eran demasiado terribles.

-Así que este es nuestro dilema- dijo Ken-. Si sugerimos algo así oficialmente, debemos tener más pruebas. Hay que proponer una explicación de qué la mató antes de la caída. Lamentablemente, no hemos encontrado nada macro ni microscópico. Revisamos muy cuidadosamente el cerebro pero no encontramos nada. La única posibilidad es la toxicología, y hasta ahora no hemos hallado nada.

- ¿Y no podría haber muerto mientras caía? -sugirió Marissa -. ¿Por pánico o algo parecido?

-Vamos, Marissa, ¿hablas en serio? -replicó Ken con un movimiento de la mano -. Eso sólo pasa en las películas.

Si estaba muerta antes de golpearse contra el suelo, entonces estaba muerta antes de caer. Por supuesto, eso significa que fue lanzada al vacío.

-Tal vez no había pagado la cuenta -sugirió Greg en broma -. Pero con el debido respeto, creo que más vale que sigamos con nuestro caso presente antes de que el cadáver se pudra.

-Si quieres, te llamaré si descubrimos algo -prometió Ken.

-Sí, por favor -asintió Marissa.

Estaba aturdida cuando se encaminó a la puerta.

Ken la retuvo, diciéndole: -Recuerda, Marissa, que no debes decirle una palabra a nadie sobre esto.

-No te preocupes -repuso Marissa por encima de su hombro -. Tu secreto está a salvo conmigo.

Pero, desde luego, tendría que contárselo a Wendy.

Una vez en la puerta, Marissa volvió a detenerse. Se volvió en redondo y le gritó a Ken: - ¿Por casualidad tenéis el historial clínico de Rebecca Ziegler?

-No -contestó Ken -. Sólo los datos que escribieron en la sala de urgencias, que no era mucho.

-Pero supongo que la oficina comercial recibió detalles para la facturación - apuntó Marissa.

-Estoy seguro -afirmó Ken.

- ¿No sabes si entre los datos está su número del seguro social? -preguntó Marissa.

-Ni idea -repuso Ken -. Pero si quieres mirarlo, el registro está encima de mi escritorio.

Marissa abrió la puerta y salió de la sala de autopsias.

-Lo que creo es que no podemos dar por sentado que sea cierto -remarcó Wendy, mientras hacía girar los cubitos de hielo en su vaso con agua mineral -. Pensar que a Rebecca Ziegler la mataron y después la arrojaron por la ventana es demasiado descabellado. No puede ser verdad. La cantidad de sangre en el tórax debe ser definida con una curva en forma de campana. Rebecca Ziegler se encontraba en un extremo de la curva. Esa tiene que ser la explicación.

Librodot

Wendy se hallaba repantigada en un extremo del sofá del estudio de Marissa. Táffy Dos estaba sentado en el suelo, esperando recibir otra galletita. Marissa se encontraba instalada al otro lado del escritorio.

Esperaban la llegada de Gustave. Había tenido una emergencia quirúrgica a última hora de la tarde, pero debía presentarse en cualquier momento. A instancias de Wendy, las dos habían decidido reunirse con sus maridos para comer una pizza.

Esperaban que si los dos hombres se conocían, podrían decidirse a asistir a una de las reuniones de Resolución. Wendy pensaba que sería muy beneficioso. Marissa no estaba tan segura.

-Por lo menos conseguí su número de la seguridad social -explicó Marissa -. Si se nos ocurre la manera de entrar en los archivos de la Clínica de la Mujer, podremos ver qué fue lo que leyó la pobre Rebecca en su último día de vida.

Bueno, si es que llegó a leer algo.

-Otra vez a merced de tu prodigiosa imaginación -afirmó Wendy -. Ahora estás convencida de que se la llevaron arriba, la liquidaron y después la tiraron por la ventana.

Vamos, Marissa, es algo absolutamente increíble.

-No opino lo mismo -repuso Marissa -. Pero, bueno, lo dejaremos así por el momento. Al menos descubrimos que padecía el mismo proceso infeccioso en sus trompas. Ya estamos seguras de eso De pronto, Marissa se puso a hurgar entre sus pajuelos, en busca de los números de teléfono de Marcia Lyons y Catherine Zolk.

Después de llamar a ambas, Marissa confirmó lo que intuitivamente había sospechado: ambas mujeres le dijeron que sus respectivos médicos de cabecera les habían explicado que tal vez deberían tomar isoniacida. Les preocupaba la posibilidad de una tuberculosis.

-Seamos justas -sugirió Wendy -. Wingate no hace más que obedecer órdenes de arriba. Es posible que ya haya comenzado a investigar el asunto.

-Eso espero -repuso Marissa -. Mientras tanto, investiguemos en nuestros hospitales a ver si encontramos más casos. Tú ocúpate del General y yo lo haré en el Memorial.

Taffy Dos pegó un brinco y desapareció entre ladridos furiosos cuando oyó el timbre de la puerta de la calle. Wendy bajó los pies al suelo.

-Debe de ser Gustave -explicó mientras se incorporaba y se desperezaba.

Miró su reloj: casi eran las nueve de la noche.

A Marissa le impresionó la altura de Gustave. Desde su metro y medio de estatura, le pareció un gigante. Era un hombre corpulento, de un metro noventa y cinco, con el pelo muy rubio y rizado. Sus ojos eran de un color azul pastel.

-Lamento llegar tan tarde -se disculpó Gustave después de ser presentado a Marissa y a Robert. Robert había salido de su estudio al oír el timbre -. Tuvimos que esperar al anestesista antes de empezar la operación.

-No tiene ninguna importancia -aseguró Marissa.

Sugirió a Robert que le preguntara a Gustave qué deseaba beber mientras ella y Wendy pedían la pizza por teléfono.

Cuando la pizza llegó, todos se reunieron alrededor de la mesa en el comedor. Los hombres bebían cerveza. Marissa estaba complacida y un tanto sorprendida al ver que Robert disfrutaba de la compañía de Gustave. Por lo general no se llevaba bien con los médicos.

-No me había dicho que también hoy tenías que ir a la Clínica de la Mujer -dijo Robert cuando se produjo una pausa en la conversación.

Librodot

Marissa miró a Wendy. No estaba segura de querer entrar en una discusión acerca de esa visita, sabiendo que tendría que escuchar el "ya te lo dije" de su marido.

-Vamos -insistió Robert -. ¿Qué pasó?

Dirigiéndose a Gustave, Robert le explicó que las mujeres habían intentado acceder al ordenador de la clínica.

-Preguntamos si podríamos y nos dijeron que no -reconoció Wendy.

-No me sorprende repuso Robert -. ¿Se mostraron desagradables al respecto?

-No, en absoluto -explicó Wendy -. Tuvimos que ir a ver al director de la clínica, el mismo hombre que dirige la unidad in vitro. Dijo que se trataba de una política instituida por la central en San Francisco.

-Es pura y simple miopía, no querer ver las cosas -replicó finalmente Marissa -. Aunque no encontramos nada en la clínica, sí nos enteramos de que hubo cinco casos similares, y cinco casos de un problema nada frecuente en un solo lugar geográfico es algo que merece ser investigado.

- ¿Cinco casos? -preguntó Gustave -. ¿Cinco casos de qué?

Wendy informó en seguida a Gustave de la situación, explicándole que todo apuntaba a una supuesta tuberculosis de las trompas de Falopio.

-Así que regresamos a la clínica para ver si existían otros casos -explicó Marissa -. Pero no nos permitieron buscar en sus archivos alegando razones de reserva ética.

-Si dirigieras una clínica -inquirió Robert a Gustave -, ¿permitirías que dos perfectas desconocidas tuvieran acceso a sus archivos?

-Claro que no -convino Gustave.

-Eso fue lo que traté de explicarles a estas señoras anoche -alegó Robert -. La clínica actúa de un modo razonable, ético y legal. Me habría parecido muy mal que proporcionaran información.

-Nosotras no somos unas perfectas desconocidas - dijo Wendy acaloradamente- y, ¡además de ser pacientes, somos también doctoras!

-El hecho de ser dos de los cinco casos, no os convierte precisamente en objetivas -señaló Gustave -. Sobre todo con las hormonas que habéis estado recibiendo.

-Brindaré por eso -bromeó Robert, y levantó su botella de cerveza.

Wendy y Marissa intercambiaron miradas de desaliento.

Después de limpiarse la boca con el dorso de la mano, Robert volvió a dirigirse a Marissa.

- ¿Cinco casos? -preguntó -. Anoche mencionaste cuatro.

-Rebecca Ziegler tenía el mismo problema -respondió Marissa.

- ¿En serio? -preguntó Robert. Y, volviéndose hacia Gustave, le explicó -: Era la mujer que se suicidó en la Clínica de la Mujer. Se puso frenética en la sala de espera justo cuando Marissa y yo llegamos, el día en que saltó por la ventana. Yo traté de sujetarla, pero me golpeó.

-Wendy me lo explicó -repuso Gustave -. ¿Usted trató de sujetarla antes de que se arrojara al vacío?

-No, no fue nada tan espectacular -contestó Robert -. Estaba a punto de atacar a la recepcionista. Parece ser que la empleada no le permitía ver su historial clínico. Se tiró por la ventana más tarde. Y eso fue en el quinto piso, no en la sala de espera.

Gustave asintió.

-Un caso trágico -apostilló.

Librodot

-Tal vez sea más trágico de lo que creéis -dijo casi inconscientemente Marissa -. Wendy y yo nos enteramos hoy de otra cosa. Es posible que Rebecca Ziegler no se haya suicidado. Tal vez fue asesinada. Esa es la forma razonable, ética y legal con que se gobierna la Clínica de la Mujer.

No bien Marissa mencionó esa espantosa posibilidad, lamentó haberlo hecho. Existían una serie de razones por las que no debería haber dicho nada, entre las cuales la principal era la promesa hecha a Ken. Trató de cambiar de tema y centrarse en la tuberculosis, pero Robert no se lo permitió.

-Creo que deberías explicarte -insistió.

Cuando hubo terminado, Robert se echó hacia atrás en su silla y miró a Gustave.

-Eres médico -dijo -. ¿Qué piensas de lo que acabas de oír?

-Pruebas circunstanciales -repuso Gustave -. Personalmente, creo que esos dos patólogos están dejando volar su imaginación. Como ellos mismos señalan, no existe ninguna prueba concreta. Tienen una rotura de aorta. Eso sí que es letal. Lo más probable es que el corazón estuviera en diástole en el momento del impacto, de modo que se estaba llenando cuando se le obligó a detenerse. Y la única sangre era la que se hallaba en la misma aorta.

-Suena razonable -replicó Robert.

-Sin duda Gustave tiene razón -convino Marissa, contenta de terminar con el tema.

No pensaba sacar a relucir su propia pregunta con respecto al hecho de que Rebecca no se había comportado precisamente como una persona deprimida en la sala de espera.

-Incluso así -prosiguió Marissa -, la muerte de Rebecca nos impulsa todavía más a lograr acceso al ordenador de la Clínica de la Mujer. Me encantaría leer lo que figura en su historial clínico, y descubrir qué fue lo que leyó y la impulsó a matarse.

-Tal vez podamos encontrar un pirata informático en el MIT -sugirió Wendy -. Sería estupendo entrar en sus archivos desde otro lugar.

-Eso sería fantástico -convino Marissa -. Pero me parece más práctico y posible que tú y yo entremos allí por la noche y utilicemos una de las terminales. Alguien podría hacer lo mismo en el Memorial con un mínimo de creatividad.

-Un momento -interrumpió Robert -. Me parece que se os va la mano. El acceso no autorizado a los archivos privados de ordenador de otra persona se considera delito grave en Massachusetts. Si hacéis una locura así, seréis a todos los efectos unas delincuentes.

Marissa puso los ojos en blanco.

-No es ningún chiste -afirmó Robert meneando la cabeza

-Pero la casualidad de que Wendy y yo suframos de salpingitis tuberculosa es en extremo significativo -replicó Marissa -. Opinamos que es necesario investigarlo. Parece que somos las únicas dispuestas a hacerlo, y a veces hay que correr ciertos riesgos.

Gustave carraspeó.

-Me temo que en este asunto coincido con Robert -alegó -. No podéis pensar seriamente en acceder a los archivos de la clínica. Pese a las motivaciones que tenéis, constituiría un delito.

-Es una cuestión de prioridades -adujo Marissa -. Vosotros los hombres no os dais cuenta de la importancia que puede tener una cosa así. Actuamos con responsabilidad al decidir investigar, y no al revés.

-Creo que deberíamos cambiar de tema -sugirió Wendy.

-En cambio yo opino que deberíamos profundizar algo más en él antes de que os metáis en problemas serios -afirmó Gustave.

- ¡Cállate, Gustave! -exclamó Wendy.

-Estos cinco casos pueden ser la punta de un iceberg -siguió Marissa -. Como ya he dicho, me recuerda al descubrimiento del síndrome de choque toxémico.

-Esa no es una comparación justa -replicó Robert -. En este caso no ha muerto nadie.

- ¿Ah, no? -lo desafió Marissa -. ¿Y qué me dices de Rebecca Ziegler?

30 DE MARZO DE 1990 8.15 a.m.

Robert abrió la puerta de caoba de su oficina privada en el viejo edificio del Ayuntamiento y entró. Arrojó su maletín en el sofá y se acercó a la ventana. La vista de la calle School aparecía desdibujada por ríos de lluvia que bajaban por la parte exterior de la ventana. Jamás había visto en Boston un marzo tan lluvioso.

Oyó que a sus espaldas entraba Donna, su secretaria particular, trayéndole su habitual café matinal y el montón de mensajes telefónicos.

- ¡Vaya tiempo! -exclamó Donna, con marcado acento bostoniano.

Robert se dio media vuelta. Donna se había sentado a la izquierda de su escritorio para revisar los mensajes telefónicos, que era la rutina habitual de ambos. Robert la miró. Era una muchacha imponente, de casi uno ochenta de estatura. Con sus tacones altos, prácticamente lo miraba desde su misma altura.

Tenía el pelo teñido de rubio, y las raíces oscuras se veían con toda claridad. Sus facciones eran redondeadas pero no desagradables, y su cuerpo resultaba armónico gracias a los ejercicios aeróbicos diarios. Era una buena secretaria: honesta, dedicada y de confianza. También tenía necesidades simples, y por un momento Robert se preguntó por qué no se había casado con alguien como Donna. La vida habría sido mucho más previsible.

¿Quiere azúcar con el café? -preguntó ella con voz agradable.

Donna levantó la vista de sus notas.

- ¡Caramba, qué quisquillosos que estamos hoy! -bromeó.

Robert se frotó los ojos y después se sentó frente a su escritorio.

-Lo siento -se excusó -. Mi mujer me está volviendo loco.

- ¿Es ese asunto de la infertilidad? -preguntó tímidamente Donna.

Robert asintió.

-Empezó a cambiar justo en la época en que advertimos que podíamos tener un problema -explicó -. Ahora, entre esta locura de la fecundación in vitro y todas las hormonas que le han administrado, está completamente fuera de sí.

-Lo lamento -repuso Donna.

-Por desgracia, ha vuelto a encontrarse con una vieja amiga de la época de la Facultad de Medicina que está en la misma situación que ella y que se comporta de forma igualmente irracional -siguió Robert -. Cada una parece fomentar las locuras de la otra. Ahora amenazan con entrar subrepticiamente en una clínica para acceder a sus archivos.

Lamentablemente no me queda más remedio que tomarla en serio por el estado mental en que se encuentra: la creo capaz de cualquier cosa. Pero ¿qué puedo hacer? Esa clínica tiene guardias armados con Colts Python. Realmente estoy muy preocupado.

Librodot

- ¿Tienen serpientes en la clínica? -preguntó Donna, con los ojos abiertos de par en par.

- ¿Qué? No, no son serpientes. Una Colt Python es un arma de fuego capaz de derribar a un rinoceronte negro.

-Le aconsejo una cosa -sugirió Donna -. Si de veras le preocupa lo que Marissa pudiera llegar a hacer, debería contratar a un detective privado durante algunos días. Podría evitar que ella se metiera en líos. Y da la casualidad de que conozco a alguien excelente en ese campo. Lo contraté para que siguiera a mi ex marido. El muy sinvergüenza estaba teniendo una aventura con dos mujeres al mismo tiempo.

¿Cómo se llama ese investigador? -preguntó Robert.

La propuesta de Donna no era tan descabellada.

-Paul Abrums -repuso Donna -. Es el mejor. Hasta consiguió fotos de mi "ex" en la cama con las dos chicas. En momentos diferentes, por supuesto: mi marido no era de ésos.

Y, además, Paul no es muy caro.

- ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él? -preguntó Robert.

-Tengo el número en el índice telefónico de mi agenda -explicó Donna -. Lo buscaré.

Marissa miró por el otoscopio para tratar de ver el tímpano de la criatura que estaba sobre la mesa de examen. La madre intentaba sostener a la bebé pero no lo conseguía.

Enojada, Marissa se dio por vencida.

-No consigo ver nada -protestó Marissa -. ¿No puede sostener bien a su hija, señora Bartlett? Sólo tiene ocho meses.

No puede tener tanta fuerza.

-Estoy intentándolo -respondió la madre.

-Intentarlo no basta -recriminó Marissa.

Abrió la puerta del gabinete de examen y llamó a una de las enfermeras.

-Le enviaré a alguien tan pronto pueda -exclamó Muriel Samuelson, la jefa de enfermeras.

-Por el amor de Dios -murmuró Marissa para sí.

Su tarea comenzaba a resultarle exasperante. Todo era un esfuerzo y le costaba concentrarse. En lo único que podía pensar era en la prueba de embarazo que le harían después del fin de semana.

Marissa salió del cuarto para alejarse de la bebé que gritaba, y se masajeó la nuca. Si ya estaba ansiosa, ¿cómo se sentiría el lunes, cuando esperase los resultados?

El otro tema que le ocupaba la mente era lo que ella y Wendy pensaban hacer con respecto a la Clínica de la Mujer.

Debían conseguir revisar esos archivos. Aquella mañana había ido al departamento de archivos médicos del Memorial y le había pedido a una de las empleadas que iniciara una búsqueda de casos de obstrucción granulomatosa de las trompas de Falopio. No había supuesto ningún problema. Si en la Clínica de la Mujer se mostraran tan dispuestos a cooperar…

-Doctora Blumenthal, tiene una llamada por la línea tres -chilló Muriel por entre el barullo de llantos de bebé.

- ¿Y ahora qué pasa? -farfulló Marissa en voz baja.

Se introdujo en un gabinete de examen vacío y se puso al aparato.

- ¿Sí? -preguntó secamente, esperando oír la voz de Mindy Valdanus en el otro extremo de la línea.

- ¿Es la doctora Blumenthal? -preguntó una voz desconocida de mujer.

Era la operadora.

- ¿Sí? -repitió Marissa.

-Adelante, puede hablar -siguió la operadora.

-Por la voz, pareces agobiada -empezó Dubchek.

- ¡Cyrill! -exclamó Marissa -. ¡Qué sorpresa tan agradable en un día infernal! Este lugar es un zoológico.

- ¿Puedes hablar un segundo o prefieres llamarme en otro momento? -preguntó Dubchek.

-Puedo hablar -explicó Marissa -. De hecho, en este momento estoy esperando que aparezca una enfermera para que me ayude a revisar a una niñita con una infección en el oído. Así que me has pillado en buen momento. ¿Qué sucede?

-Por fin puedo responder a algunas de las preguntas que me formulaste sobre la salpingitis tuberculosa -prosiguió Dubchek -. Bueno, tengo algunas novedades interesantes. Se han producido informes esporádicos de una enfermedad relacionada con la salpingitis tuberculosa procedentes de todo el país, pero en particular de las costas Oeste y Este.

- ¡Vaya! -exclamó Marissa, azorada -. ¿Alguien ha podido hacer un cultivo?

-No -respondió Dubchek -. Pero eso no es extraño. Recuerda que es difícil realizar cultivos de la tuberculosis. De hecho, por lo que sé, nadie ha podido localizar un microorganismo en ninguno de estos casos.

-Qué raro -comentó Marissa.

-Sí y no -replicó Dubchek -. Por lo general, es difícil encontrar el microbio del granuloma de la tuberculosis, así suelen decir mis amigos de bacteriología. Así que tampoco le des demasiada importancia a eso.

Lo que es más importante, desde un punto de vista epidemiológico, es que no existen áreas de concentración. Los casos parecen estar muy diseminados y sin relación.

-Ahora tengo cinco casos en Boston -explicó Marissa.

-Entonces Boston se gana el premio -señaló Dubchek -.

Después viene San Francisco con cuatro. Pero nadie lo ha investigado a fondo. No se han iniciado estudios, de modo que estos casos representan informes fortuitos. Si alguien buscara probablemente encontraría más. De todas formas, tengo a algunas personas verificándolo aquí, en el centro.

Volveré a llamarte si se presenta algo interesante.

-Los cinco casos que yo conozco pertenecen a la misma clínica -explicó Marissa -. He iniciado una investigación en el Memorial esta misma mañana. Lo que realmente me gustaría es conseguir acceso a los archivos de esa clínica. Por desgracia, me lo negaron. ¿Podría el CCE ayudarme en ese sentido?

-No veo de qué manera -repuso Dubchek -. Haría falta un mandamiento judicial, y con la escasez de detalles y el bajo nivel de peligrosidad para la sociedad, dudo mucho que un juez extendiese ese mandamiento.

-Avísame si te enteras de algo más -concluyó Marissa.

-Eso haré.

Marissa colgó el auricular y se recostó en la pared. La idea de que el granuloma tuberculoso de las trompas de Falopio hubiera sido detectado desde distintos puntos del país acrecentaba más que nunca su curiosidad. Debía existir alguna explicación epidemiológica detrás de ese hecho. Y, por una de esas casualidades del destino, ella misma no sólo padecía esa enfermedad sino que

Librodot

formaba parte de la mayor concentración de casos. Había que revisar los archivos de la clínica. Era preciso encontrar más casos si es que existían.

-Doctora Blumenthal -avisó Muriel al entrar en la habitación -. En ese momento no tengo nadie para mandarle, pero la ayudaré, yo misma.

-Maravilloso -respondió Marissa -. Vamos.

La grande puerta de cristal se deslizó dejando pasar a Marissa que entró al nivel del vestíbulo del pabellón de oftalmología y otorrinolaringología del Massachusetts. Pese al frescor de última hora de la tarde, sólo llevaba puesta su delgada chaqueta blanca de médica. Después de una breve averiguación en el mostrador de información, dobló a la derecha en dirección al sector de urgencias. Allí preguntó por la doctora Wilson.

-Está en el fondo -replicó la secretaria y señaló unas puertas de batiente que se encontraban abiertas de par en par.

Marissa prosiguió con la búsqueda. Del otro lado de esas puertas había varios gabinetes de examen oftalmológico, cada uno con un sillón de tipo barbero y su lámpara especial.

Un paciente solitario estaba sentado en el primer compartimiento por el que Marissa pasó. En el segundo, la luz se encontraba apagada y dos figuras se inclinaban sobre un paciente. Marissa dio tiempo a sus ojos para que se acostumbraran a la penumbra, y así reconoció que una de ellas era Wendy.

-Ahora presiona con suavidad y mira el lugar donde lo haces -explicó Wendy, guiando al residente júnior a través de un examen especializado -. Deberías ver ya la lesión en la periferia de la retina.

- ¡La veo! -exclamó el residente.

-Muy bien -convino Wendy.

Vio a Marissa y la saludó con la mano. Dirigiéndose al residente, terminó: -Escríbelo todo y llama al residente sénior.

Wendy salió del cuarto en penumbras y parpadeó frente a la luz fluorescente del sector principal de la sala de urgencias.

-Esto sí que es una sorpresa -dijo -. ¿Qué novedades tenemos?

-Recibí una llamada muy interesante del CCE -explicó Marissa. Después bajó la voz -: ¿Dónde podemos hablar?

Wendy meditó un momento y después llevó a Marissa hacia el fondo del sector de urgencias, a una sala de láser vacía.

Cerró la pesada puerta detrás de ellas.

-No podrás creerlo -comentó Marissa.

Pasó a relatarle a Wendy el contenido de la llamada de Dubchek, en el sentido de que se enfrentaban a un problema de alcance nacional.

- ¡Dios santo! Estamos al borde de un descubrimiento trascendental -exclamó Wendy, a quien se le había contagiado el entusiasmo de Marissa.

-Creo que no cabe ninguna duda de que es así -siguió Marissa -. Y sólo existe una barrera para el éxito total.

-Wingate -concluyó Wendy.

- ¡Exactamente! -exclamó Marissa -. Tenemos que averiguar si existen más casos. Estoy segura de que sí. Tiene que haberlos. Cuando los tengamos todos, empezaremos a buscar áreas de factores en común en todos los sujetos en relación con el estilo de vida, el trabajo, el historial sanitario y todo lo demás. Estoy segura de que si lo hacemos con suficientes casos lograremos llegar a una teoría con respecto a la fuente de la tuberculosis y el mecanismo de transmisión.

Librodot

Por lo general, la transmisión es por el aire. Pero como nadie tiene lesiones en el pulmón, tal vez se realiza por otros medios.

- ¿Qué propones? -preguntó Wendy.

-Es viernes por la noche. Creo que deberíamos ir a la Clínica de la Mujer y actuar como si fuéramos dueñas del lugar. Yo vine aquí con mi chaqueta blanca a modo de ensayo.

Nadie me hizo ninguna pregunta. Entré como si formara parte de la plantilla médica.

¿Cuándo quieres que lo hagamos? -preguntó Wendy.

¿A qué hora terminas? -inquirió Marissa.

-Ya he terminado, así que puedo irme en cualquier momento -respondió Wendy.

-Consigue una chaqueta blanca, bolígrafos y un estetoscopio -explicó Marissa -. Cuanto más refuerces tu imagen médica, mejor.

Media hora más tarde, Marissa y Wendy pasaron muy lentamente en coche por delante de la Clínica de la Mujer.

Habían mantenido hasta entonces una excitada charla pero ahora, al acercarse se sentían nerviosas, tensas y con un poco de miedo. Aunque Marissa trató de no pensar en ello, los comentarios de Robert sobre la naturaleza delictiva de lo que estaban a punto de hacer comenzaban a preocuparla.

-Todavía hay mucha actividad -indicó Wendy.

-Tienes razón -asintió Marissa.

Mucha gente entraba y salía del edificio, y todas las ventanas estaban iluminadas.

-Sugiero que vayamos a algún lugar y nos relajemos un par de horas -explicó Wendy -. ¿Qué te parece un bar?

-Ojalá pudiéramos beber alcohol -comentó Marissa -. Una copa de vino podría calmarme. Lo cual me recuerda... ¿cuándo tienes que hacerte el análisis de sangre?

-Mañana -respondió Wendy.

-Eso también te debe de poner nerviosa -repuso Marissa.

-Estoy hecha un flan -admitió Wendy.

Paul Abrums hurgó en su bolsillo delantero derecho en busca de una moneda. Una de las cosas baratas de Boston era que, si uno encontraba un teléfono ATT, la llamada local todavía costaba sólo diez centavos.

Metió la moneda en la ranura y marcó el número de la oficina de Robert. Todavía no eran las ocho de la noche, y confiaba en encontrarlo. Robert le había dicho ese mismo día que se quedaría en la oficina hasta las nueve. Después de esa hora, lo encontraría en su casa. Le dio a Paul los dos números.

Mientras el teléfono sonaba, Paul volvió la cabeza para no perder de vista el Viceroy Indian Restaurant, en Central Square. Marissa había entrado allí con su compañera hacía más de una hora. Si llegaba a salir, Paul querría enterarse.

-Hola -contestó Robert.

Estaba solo en la oficina.

-Habla Paul Abrums.

- ¿Algún problema? -preguntó Robert, un poco alarmado.

-Nada serio -contestó Paul, en voz baja y pausadamente - Su mujer se encuentra con una mujer rubia, que parece ser también medico.

-Es Wendy Wilson -señaló Robert.

-En este momento cenan en un restaurante hindú -explicó Paul -. Pasaron muy despacio con el coche frente a la Clínica de la Mujer. Pensé que se pararían, pero no lo hicieron.

-Qué extraño -comentó Robert.

-Pero hay algo más -agregó Paul -. ¿Se le ocurre algún motivo por el que un tipo asiático con traje gris esté siguiendo a su mujer?

- ¡Cielos, no! -exclamó Robert -. ¿Está seguro?

-Noventa y nueve por ciento de probabilidad -respondió Paul -. Ha ido tras ella demasiado tiempo como para que se trate de una coincidencia. Lo noté por primera vez cuando su mujer abandonó la clínica pediátrica. Creo que es un tipo joven, aunque con los asiáticos nunca se sabe. Lleva un buen traje.

-Es muy extraño -repuso Robert, contento de haber seguido el consejo de Donna.

-No le robaré más tiempo -dijo Paul -. Pero me llamó la atención, y por eso le he telefoneado. .

-Averigüe quién es ese tipo -indicó Robert -. Y por qué está siguiendo a mi esposa. Dios, cuánto me alegro de que usted esté ahí.

-No fue mi intención preocuparlo -prosiguió -. Todo está bajo control. Tranquilícese, ya lo averiguaré... ¡Oh! Su esposa sale ahora del restaurante. Debo irme.

Paul cortó la comunicación y cruzó la calle corriendo para meterse en su automóvil. Lo había estacionado de tal manera que pudiese ver el vehículo de las mujeres y también el que conducía el asiático. En cuanto Marissa y Wendy arrancaron, el asiático las siguió.

- ¡Eso lo confirma! -murmuró Paul, y se mantuvo a poca distancia de ellos con su coche.

Mientras conducía, anotó el número de la matrícula del coche del asiático. El lunes llamaría a su amigo de la jefatura de tráfico y averiguaría a quién pertenecía aquel automóvil.

-Me siento como si estuviéramos a punto de robar un banco- -comentó Wendy -. Tengo el pulso aceleradísimo.

Bajaron del coche. Era una noche oscura y ventosa.

-A mí me pasa lo mismo -reconoció Marissa mientras las dos cerraban las portezuelas del vehículo -. Es culpa de Robert y sus comentarios respecto a que esto es un delito.

Habían estacionado el coche en el aparcamiento para empleados de la clínica al final de la calle, desierto ya a aquellas horas. Cerrándose el cuello y resguardándose del viento, caminaron de regreso al patio de la clínica. Allí se detuvieron. El lugar estaba mucho más tranquilo. Salvo por las luces del vestíbulo, la mayoría de las ventanas estaban a oscuras.

Nadie entraba ni salía del edificio.

No se veía un alma.

- ¿Estás preparada? -preguntó Marissa.

-No estoy muy segura -contestó Wendy -. ¿Cuál es nuestro plan?

Además de sentirse nerviosa, Wendy temblaba ahora de frío.

La temperatura había descendido y el viento era helado.

Y las delgadas chaquetas blancas que usaban no les proporcionaban ningún abrigo.

-Tenemos que encontrar una terminal de ordenador -explicó Marissa, gritando por encima del rugido del viento -. No importa dónde, siempre y cuando estemos solas un rato.

Vamos, Wendy. Nos congelaremos si nos quedamos aquí.

-Muy bien -repuso Wendy, y respiró hondo -. Entremos.

Sin demorarse más, cruzaron el patio y ascendieron los escalones. Al pasar junto al macizo de rododendros, las dos mujeres lo miraron con temor, recordando vívidamente el horroroso destino de Rebecca Ziegler.

Marissa trató de abrir la puerta pero descubrió que estaba cerrada con llave. Ahuecó las manos y espiró hacia dentro a través del vidrio. Un equipo de personal de limpieza se dedicaba a lustrar el piso de mármol con enceradoras eléctricas. Golpeó el vidrio varias veces, pero no le respondieron.

- ¡Maldición! -exclamó Marissa.

Examinó el patio buscando otra puerta pero no había ninguna.

- ¿Quién podía suponer que ya habían cerrado la puerta con llave? -protestó Marissa.

-Estoy muerta de frío -replicó Wendy -. Volvamos un momento al coche para planear otra estrategia.

Se dieron media vuelta y descendieron los escalones. Al cruzar el patio, apareció un hombre que también se dirigía a la clínica.

-La puerta está cerrada -le advirtió Wendy cuando pasó junto a ella.

Pero el hombre siguió caminando. Entonces, en la entrada al patio apareció otro hombre, que también enfilaba hacia la entrada de la clínica.

-La puerta está cerrada -repitió Wendy.

Las mujeres doblaron hacia la derecha y caminaron con rapidez hacia la zona de estacionamiento. De pronto, Marissa se detuvo, se volvió y se colocó frente a la entrada al patio.

- ¡Vamos! -la apremió Wendy.

En ese momento apareció el primer hombre y, a continuación, el segundo. Al ver que las mujeres los observaban, en seguida desaparecieron en distintas direcciones.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Wendy.

- ¿Viste al primero de esos hombres? -inquirió Marissa.

-Más o menos -respondió Wendy.

Marissa se estremeció, pero esta vez no por el frío.

-Me dio un miedo terrible -explicó y empezó a caminar de nuevo -. Me recordó un “viaje” espantoso que tuve una vez con la quetamina. ¡Algo extrañísimo!

Ya en la zona de estacionamiento, Wendy buscó las llaves.

Tenía los dedos helados, así que le costó manipularlas.

Ya dentro del coche, abrió la puerta del acompañante para Marissa. Después puso en marcha el motor y encendió la calefacción.

-Tuve una sensación extrañísima al ver a ese hombre -comentó Marissa -. Fue casi como abandonarse, como ir hacia atrás. ¿Cómo es posible eso a partir de una alucinación?

-Yo tuve una mala experiencia una vez con marihuana-murmuró Wendy-cada vez que la fumaba pasaba lo mismo. Y eso fue el fin de la marihuana para mí.

-Hace poco sufrí una especie de relampagueo. Robert y yo estábamos en un restaurante chino. Algo rarísimo.

-Bueno, tal vez se debió a eso -replicó Wendy -. Creo que el primer tipo era chino. O, cuando menos, asiático.

-Seguro que ahora conseguirás que yo parezca una especie de fanática de lo subconsciente -alegó Marissa con una risa forzada.

- ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Wendy.

Librodot

-Supongo que no caben muchas opciones si las puertas están cerradas con llave -repuso Marissa.

- ¿Y si vamos al sector de hospitalización, al otro lado de la calle, y cruzamos por el pasillo que lo conecta con la clínica? -sugirió Wendy.

- ¡Gran idea! -exclamó Marissa -. Supongo que se necesita genialidad para ver lo más obvio. ¡En marcha!

Wendy sonrió, orgullosa de haber proporcionado una posible solución.

Marissa y Wendy descendieron de nuevo del coche y corrieron hacia la entrada del sector de hospitalización y de urgencias, frente al edificio principal de la clínica.

La puerta no estaba cerrada. Marissa y Wendy entraron sin problemas. Una vez dentro, avanzaron por un corto pasillo que se abría hacia una sala de espera. Unos pocos hombres leían revistas. Sobre la pared de la derecha había una oficina de seguridad con cristaleras. Directamente enfrente, se veía un escritorio de recepción, detrás del cual se hallaba sentada una enfermera leyendo una novela.

-Humm... -murmuró Wendy.

-No te dejes dominar por el pánico -susurró Marissa -Sigue caminando como si trabajaras aquí.

Las dos mujeres se acercaron al escritorio, y doblaban hacia la derecha en dirección al corredor principal cuando la mujer bajó el libro.

- ¿Puedo ayudarle? ¡Oh, disculpe doctoras!- se limitó a decir.

Marissa y Wendy no contestaron. Sonrieron a la mujer y prosiguieron la marcha por el pasillo hasta la caja de la escalera. Cuando transpusieron la puerta y la cerraron, rieron nerviosamente.

-Quizá esto resulte sencillo, después de todo -observó Wendy.

-No nos confiemos -advirtió Marissa -. Este truco no resultará si llegamos a cruzarnos con alguien que pueda reconocernos, como, por ejemplo, nuestros propios médicos.

-Muchísimas gracias -bromeó Wendy -. Como si ya no tuviera suficientes preocupaciones.

Empezaron a subir por la escalera.

- ¡Demonios! -farfulló Paul Abrums, al ver que el asiático entraba en el sector de hospitalización de la Clínica de la Mujer.

Lo que había empezado como un trabajo sencillo se estaba complicando por momentos. Sus primeras órdenes fueron limitarse a seguir a Marissa, descubrir qué tramaba y, si llegaba a entrar en la Clínica de la Mujer, impedir que hiciera algo ilegal. Pero eso fue antes de que apareciera el misterioso asiático. Y ahora Robert quería que descubriera quién era aquel tipo. ¿Qué era más importante? Paul no lo sabía.

Su indecisión hizo innecesario elegir qué curso de acción seguir.

Puesto que había dejado que las dos mujeres entraran solas en la clínica, se veía obligado a seguir al chino.

Paul apagó su cigarrillo, cruzó corriendo la calle y abrió la puerta de la clínica justo a tiempo para ver al asiático avanzar hacia la derecha por un pasillo.

Paul se apresuró a seguirlo, estudiando la zona. Primero vio el escritorio de la recepcionista, tras el que una enfermera leía una novela. Después vio la sala de espera, con algunos hombres sentados leyendo revistas. Al notar movimiento

detrás de un panel de vidrio a su derecha, Paul aminoró la marcha. Cuando miró hacia dentro comprendió que se trataba

Ahí estaba el asiático al que venía siguiendo, hablando con un guardia uniformado.

- ¿En qué puedo ayudarle? -preguntó la mujer frente al escritorio.

Había bajado el libro y miraba a Paul por encima de sus gafas.

Paul se acercó al escritorio. Con aire ausente jugueteó con una pequeña caja de clips, mientras trataba de idear una artimaña suficientemente convincente.

- ¿La señora Abrums ha sido internada ya aquí?- preguntó.

-No lo creo -respondió la mujer. Revisó la hoja de papel que tenía en una tablilla con sujetapapeles -. No, no se encuentra aquí.

-Supongo que entonces tendré que esperar -repuso Paul, y volvió a mirar hacia la oficina de seguridad con el panel de vidrio.

El asiático y el guardia uniformado parecían mantener una animada conversación debajo de la ventana.

Intentando no ponerse en evidencia, Paul echó a caminar por la sala de espera, simulando impaciencia y mirando alter nativamente su reloj y la puerta.

Cuando la mujer se enfrascó de nuevo en la lectura, Paul se internó en el mismo corredor por el que había entrado el asiático. Unos tres metros más allá estaba la entrada a la oficina de seguridad. La puerta se encontraba entornada.

Al ver una fuente de agua al final del pasillo, Paul se acercó a ella a paso vivo. Después de beber, echó a andar de vuelta a la sala de espera, deteniéndose por el camino junto a la puerta abierta de la oficina de seguridad.

Los dos hombres no se habían movido de la ventana. Paul alcanzó a ver que miraban una serie de monitores de televisión montados debajo del antepecho. Paul intentó oír lo que decían, pero le resultó imposible; hablaban en otro idioma. Dio por sentado que era chino, pero no era ningún experto. El otro detalle que le llamó la atención fue que el guardia estaba armado con una Magnum 357, un arma cuando menos inusual para el servicio de seguridad de un hospital. Como agente de policía jubilado le parecía muy extraño el tamaño del arma, si, muy extraño.

- ¡Maldición! ¡Están cerradas! -exclamó Wendy después de tratar de abrir las puertas de incendios que comunicaban con el edificio principal de la clínica.

Habían cruzado la calle por el pasadizo elevado acristalado y pensando que habían solucionado el problema de la entrada, hasta que se toparon con esa barrera final.

-No se me ocurre ninguna otra idea -dijo Wendy -. ¿Y a ti?

-Creo que acabamos de quemar nuestro mejor cartucho -comentó Marissa -. Supongo que deberemos probar nuestra artimaña de día, cuando la clínica esté abierta.

Las mujeres se dieron media vuelta y emprendieron el regreso deprisa por el pasadizo elevado. No querían ser vistas desde la calle. Pero antes de llegar al sector de hospitalización Wendy se detuvo.

-Espera un segundo -dijo -. Esta parece ser la única conexión entre los dos edificios.

¿Y? -preguntó Marissa.

¿Dónde están las cañerías del agua, de la calefacción, de la electricidad? -inquirió Wendy -. No pueden haber construido instalaciones de servicio separadas para los dos edificios. Sería muy poco práctico.

Librodot

- ¡Tienes razón! -reconoció Marissa -. Probemos de nuevo con la caja de la escalera.

Regresaron a la escalera, descendieron al nivel del sótano y abrieron la puerta. El pasillo que se encontraba del otro lado estaba muy mal iluminado y, por lo que alcanzaban a ver, desierto. Prestaron atención un momento, pero no oyeron ningún ruido. Entraron allí con cautela y empezaron a explorarlo.

La mayoría de las puertas del pasillo que daban hacia el edificio principal estaban cerradas con llave. Las que era posible abrir resultaron ser almacenes. Más adelante, para alegría de las dos mujeres, el mismo corredor doblaba en dirección al edificio principal.

Corrieron precipitadamente hacia atrás. Alguien avanzaba en su dirección. Casi al mismo tiempo escucharon el ruido de pisa das que se acercaban y que reverberaban en aquel estrecho pasillo.

Aterrorizadas, Marissa y Wendy retrocedieron hacia los ascensores. No tenían demasiado tiempo. Las pisadas se hacían cada vez más fuertes. Con desesperación, tantearon las puertas que encontraron por el camino, con la esperanza de que alguna no estuviera cerrada con llave.

- ¡Aquí! -susurró Wendy.

Había descubierto un cuarto para artículos de limpieza, con un fregadero y fregonas. Marissa se deslizó adentro y Wendy la siguió y cerró la puerta tras de sí.

Las dos mujeres contuvieron la respiración cuando las pisa das pasaron delante de ellas. No tenían idea de si las habían visto o no. Cuando los pasos sobrepasaron a la puerta del cuarto en el que estaban escondidas, Marissa y Wendy suspiraron aliviadas. Oyeron que las puertas del ascensor se abrían y cerraban. Después, silencio.

-Dios -murmuró Wendy -. No creo que mis nervios soporten más esta situación.

-Es una suerte que quienquiera que fuese no nos haya visto -observó Marissa -. Dudo mucho que nuestras chaquetas de médico nos sirvieran de mucho en este caso.

-Salgamos antes de que me dé un infarto -apremió Wendy.

Marissa abrió la puerta con cautela. El corredor estaba vacío. Aventurándose hacia él, regresaron al lugar donde el pasillo doblaba hacia el edificio principal. No se veía a nadie.

-Muy bien -dijo Marissa -. Adelante.

El pasillo descendía y después volvía a subir. Una serie de cañerías gruesas cubrían la pared izquierda y el techo.

Al final de ese corredor, llegaron a otra puerta de incendios.

Pero ésa no estaba cerrada. Al cruzarla, entraron en el sótano del edificio principal de la clínica.

Una luz roja con el cartel de SALIDA marcaba la puerta. Wendy y Marissa entraron y subieron corriendo dos tramos de la escalera, pasando por la planta baja donde los empleados de limpieza habían estado trabajando un rato antes.

Junto a la puerta que conducía al primer piso, se detuvieron un momento y prestaron atención hacia cualquier sonido que indicara actividad. Por suerte, el lugar estaba silencioso como un mausoleo.

- ¿Lista? -preguntó Wendy, y apoyó el hombro contra la puerta.

-Tan lista como puedo estarlo -respondió Marissa.

Wendy empujó la puerta contra la presión del cierre automático. El vestíbulo que se encontraba más allá estaba oscuro, y la luz fluorescente de la escalera se derramó sobre el suelo pulido formando un brillante charco luminoso. Después

Librodot

de escuchar un momento más, salieron de la caja de la escalera y dejaron que la puerta se cerrara silenciosamente detrás de ellas.

La luz se extinguió al cerrarse la puerta. Esperaron un momento para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad; una luz muy leve se filtraba de las luces del exterior. Cuando pudieron ver de nuevo, no les costó mucho orientarse. Estaban justo del otro lado de los ascensores principales, cerca de la sala de espera de la unidad in vitro. Un sector de la clínica que ellas conocían demasiado bien.

Avanzaron con lentitud por el pasillo y llegaron a la sala de espera. Allí la iluminación era algo mejor.

Marissa y Wendy rodearon el escritorio de la recepcionista y avanzaron en línea recta hacia el acceso al pasillo principal.

Allí se abrían los consultorios médicos, los gabinetes de examen, las salas de cirugía menor ambulatoria y el laboratorio de FIV.

La primera puerta que abrieron correspondía a un consultorio de examen. A la tenue luz proveniente del vestíbulo, el lugar adquiría un aspecto particularmente siniestro. La camilla de acero inoxidable brillaba en la oscuridad y, con sus estribos, parecía más un aparato medieval de tortura que un elemento más del instrumental médico.

-Este sitio me pone los nervios de punta- dijo Wendy cuando rodearon la habitación.

-A mí me pasa lo mismo -repuso Marissa -. Además, aquí no hay ninguna terminal.

-Miremos en los consultorios de los médicos -sugirió Wendy -. Sabemos que debería haber una terminal en cada uno.

Más adelante, en el pasillo se veían algunas luces mortecinas procedentes de las puertas con vidrieras de los laboratorios; por lo demás, toda la clínica estaba a oscuras. Se movieron con rapidez pero con cautela; Marissa trataba de abrir las puertas de los consultorios de la izquierda mientras Wendy hacía otro tanto con las de la derecha. Todas estaban cerradas con llave.

- ¡Pues sí que son cuidadosos! -protestó Marissa -. Este lugar parece más un banco que una clínica.

-No creo que ninguno de los consultorios esté abierto -dedujo Wendy, y se detuvo en mitad del vestíbulo -. Regresemos y probemos en la sección de ultrasonidos. Creo que cada una de las unidades posee terminales.

-Yo seguiré intentándolo en el resto de los consultorios -explicó Marissa -. Tú ve a ultrasonidos.

- ¡De ningún modo! -exclamó Wendy -. No pienso ir a ningún lugar sola. No sé cómo te sentirás tú, pero yo estoy aterrada.

-Yo también -admitió Marissa -. La idea de venir aquí sonaba mucho mejor antes de entrar.

-Quizá deberíamos marcharnos -replicó Wendy -. No está saliendo demasiado bien.

-Probemos primero en ultrasonidos -prosiguió Marissa -. Al menos queda camino de la salida.

Las mujeres volvieron sobre sus pasos en dirección al sector de espera. El aullido de una sirena las sobresaltó. La sirena aumentó de volumen y finalmente cesó. Con enorme alivio se dieron cuenta de que sólo era un coche de policía que pasaba por la calle.

- ¡Dios! -exclamó Wendy -. ¡Qué nerviosas estamos!

Al pasar por segunda vez junto al escritorio de la recepcionista, probaron el picaporte de la puerta que conducía al sector del pasillo, más estrecho, decididas

Librodot

a tratar de entrar en alguna de las tres salas de ultrasonidos. Lograron abrir la primera puerta que probaron.

- ¡Buena señal! -exclamó Marissa.

Puesto que no había ventanas desde las que pudieran ser vistas, encendieron la luz. Marissa se acercó a la puerta que conducía a la sala de espera y, después, a la puerta de la sala de ultrasonidos.

La habitación tenía sólo seis metros cuadrados y dos entradas: las que acababan de usar y otra que daba al laboratorio. La unidad de ultrasonidos dominaba la parte posterior del cuarto, junto con la camilla de examen. Todos los complejos instrumentos electrónicos estaban conectados a una consola que incluía una terminal de ordenador.

- ¡Eureka! -exclamó Wendy al acercarse a la terminal.

Se sentó en una banqueta con ruedas y se aproximó más a la consola.

-No te importa, ¿verdad? -preguntó Wendy -. La informática fue mi segunda asignatura en el instituto.

-En absoluto -replicó Marissa -. Tenía la esperanza de que tú te encargaras de esa parte.

-Cruza los dedos -dijo Wendy cuando apretó el interruptor del ordenador.

La pantalla parpadeó y empezó a emitir un resplandor verde espectral.

-De momento, todo está saliendo bien -comentó Wendy.

- ¡Ajá! -exclamó Alan Fong, el guardia de seguridad con uniforme -. Tenías razón. Las mujeres han entrado.

Hablaba con excitación en chino o, para ser más exactos, en un dialecto cantones.

Señaló un punto luminoso en medio de un panel situado debajo de los monitores de televisión. El panel mostraba un esquema del sistema de vigilancia informatizado de la clínica.

- ¿Dónde están? -preguntó David Pao en el mismo dialecto.

-Han entrado en el ordenador de una de las salas de ultrasonidos -respondió Alan.

Oprimió la tecla de los monitores de la sala de ultrasonidos en su propia terminal.

-No están en esa sala -explicó Alan.

Introdujo otra orden en el ordenador. La pantalla del monitor permaneció en blanco.

- ¿Problemas? -preguntó David Pao.

-Tampoco están en esa sala -explicó Alan, e introdujo el código para la tercera sala de ultrasonidos.

La pantalla del monitor parpadeó. Después, apareció una imagen en la que se veía a Wendy sentada frente a la terminal del ordenador incorporada a la consola de ultrasonidos.

Marissa estaba de pie junto a ella.

- ¿Quieres que lo grabe? -preguntó Alan.

-Por favor -respondió David.

Alan introdujo una cinta en un vídeo y lo conectó electrónicamente al monitor apropiado. A continuación oprimió la tecla de grabación.

- ¿Cuánto tiempo? -preguntó Alan.

-No tiene importancia -explicó David -. Probablemente ya es suficiente.

Alan detuvo la cinta, la sacó y la etiquetó.

Librodot

-Es hora de que les hagamos una visita -indicó David.

Extrajo del bolsillo un par de guantes negros de cuero y se los puso.

Alan extrajo un revólver de canon largo de su funda y comprobó el tambor. Estaba cargado con cartuchos de punta blanda.

En el rostro sereno de David se insinuó una sonrisa sarcástica.

-Espero que no se resistan.

-No te preocupes -explicó Alan -. Siempre podemos hacer que se resistan.

Wendy -. Es bastante sencillo. Aquí están mis datos.

Después de haber tecleado los códigos adecuados, Wendy introdujo su número de la seguridad social a través del teclado de la terminal. En cuando oprimió la tecla de ejecución, la página de información de su archivo de la Clínica de la Mujer llenó la pantalla.

- ¡Qué te he dicho! -comentó Wendy, evidentemente complacida.

Cuando estaba a punto de pasar la página siguiente, Marissa la detuvo y señaló la categoría laboral que figuraba.

- ¿Qué es esto de "trabajadora en el campo de la salud"?-preguntó Marissa.

-Un simple engaño -explicó Wendy -. No quería que supieran que era doctora. Temía que en el General se enteraran de que yo era paciente aquí y entonces mi vida privada dejara de serlo.

Marissa se echó a reír.

-Yo hice algo parecido por la misma razón -explicó luego y preguntó -: Ahora que podemos hacer aparecer nuestros historiales, ¿cuál es la mejor manera de proceder?

-En teoría resulta sencillo -prosiguió Wendy -. Lo que necesitamos es el código de acceso para el archivo de obstrucción granulomatosa de las trompas de Falopio. Tenemos que encontrarlo. Espero que aparezca en mi historial clínico o en el tuyo.

-También podemos utilizar la historia clínica de Rebecca Ziegler -explicó Marissa, y buscó el número de la seguridad social de la mujer fallecida.

Releyeron toda la historia de Wendy, prestando particular atención a la página que contenía la patología de la biopsia de sus trompas de Falopio. Cuando llegaron a la última página, ya contaban con varios números que podían corresponder al código de acceso. Marissa los anotó.

-Bueno, aquí no hay nada que no supiera ya -afirmó Wendy -. Por lo menos nada que pudiera inducirme a saltar por la ventana. Veamos tu historial.

-Primero revisemos el de Rebecca -sugirió Marissa, y le entregó a Wendy el número de la seguridad social.

-La pantalla se puso blanca unos segundos y respondió con un cartel que rezaba: ARCHIVO NO ENCONTRADO.

-Me lo temía -comentó Marissa -. Muy bien, pasemos a la mía.

Le dio a Wendy su número de seguridad social, que ella introdujo. Muy pronto, el historial clínico de Marissa apareció en la pantalla.

Wendy hizo pasar el historial hasta llegar a la página de patología. Tras leer con atención encontraron varias anotaciones que también figuraban en el historial de Wendy.

-Qué curioso -comentó Wendy -. Comprueba el informe microscópico.

Marissa empezó a leerlo de nuevo.

- ¿No notas nada raro?

-No lo creo -repuso Marissa -. ¿Qué te ha llamado la atención?

-Veamos si te das cuenta -animó Wendy.

Librodot

Buscó su historial e hizo aparecer en pantalla la página correspondiente a patología.

-Lee el informe microscópico -indicó.

Marissa lo hizo.

-Muy bien -comentó al terminar -. ¿Qué piensas?

- ¿Todavía no lo ves? -preguntó Wendy -. Espera un segundo.

En la pantalla volvió a aparecer la página de patología de la historia de Marissa.

-Vuelve a leer -sugirió Wendy.

Cuando Marissa terminó, miró a su amiga.

-Ahora me doy cuenta -comentó -. Son exactamente iguales. Palabra por palabra.

-Exactamente -asintió Wendy -. ¿No te parece extraño?

Marissa reflexionó un momento.

-No, supongo que no -repuso -. Estos informes evidentemente han sido dictados. Y los médicos suelen dictar mecánicamente cuando se trata de casos similares. Estoy segura de que has oído a los cirujanos hacerlo. A menos que se presente una complicación, sus instrucciones son siempre calcadas. Yo pienso que hay más casos aquí, en la Clínica de la Mujer: algo que hemos sospechado todo el tiempo.

Wendy se encogió de hombros.

-Tal vez tengas razón -aceptó -. Al principio a mí me pareció raro. De todas formas, volvamos a lo que estábamos haciendo. Lo intentaré con lo que encontramos en las dos historias.

Wendy empezó a probar varias combinaciones de letras y números que Marissa había anotado. La tercera hizo aparecer en la pantalla una lista de dieciocho números que parecían corresponder a seguros sociales.

-Esto parece prometedor -comentó Wendy mientras se disponía a imprimir la lista.

El único sonido que hasta ese momento se oía en la sala de ultrasonidos era el tableteo casi imperceptible del teclado del ordenador. Pero exactamente cuando Wendy estaba a punto de oprimir la tecla de impresión, Marissa oyó que una puerta se abría no muy lejos de allí.

- ¡Wendy! -susurró -. ¿Has oído eso?

Wendy respondió apagando la terminal y la luz. Quedaron sumidas en una profunda oscuridad.

Durante varios minutos, las dos mujeres se esforzaron por captar el menor sonido. Todos sus temores previos se concentraron en ese único momento. Contuvieron la respiración.

A lo lejos oyeron el sonido de un compresor de refrigeración que se ponía en funcionamiento en un laboratorio. Como escuchaban con tanta atención, alcanzaron a oír hasta un autobús que se desplazaba por la calle Mt. Auburn, a casi una manzana de distancia.

Tanteando con sigilo, cada una encontró la mano de la otra, y eso les proporcionó cierta tranquilidad. Pasaron cinco minutos.

Por último, Wendy habló en un susurro apenas audible.

- ¿Estás segura de que oíste una puerta?

-Eso creo -respondió Marissa.

-Entonces lo mejor será que salgamos de aquí -sugirió Wendy -. De pronto, he tenido un presentimiento.

I47

Librodot

-Mantenemos la calma -añadió, aunque ella no estaba en absoluto tranquila -. Vayamos hacia la puerta.

Cogidas de la mano y temerosas de encender la luz, avanzaron muy despacio a ciegas, con los brazos libres extendidos hacia delante para no tropezar. Dieron medio paso cada vez hasta tocar la pared. Después, se desplazaron a lo largo de ésta hasta llegar a la puerta junto al pequeño vestíbulo.

Tan silenciosamente como pudo, Marissa abrió la puerta, primero unos centímetros, después un poco más. Al final del corto pasillo alcanzaron a ver una débil luz procedente de las ventanas de la sala de espera.

- ¡Dios mío! -exclamó Marissa -. La puerta de la sala de espera está abierta. Sé que la cerré.

- ¿Qué hacemos? -preguntó Wendy.

-No lo sé -contestó Marissa.

-Tenemos que llegar a la caja de la escalera -urgió Wendy.

Durante un momento, las dos se quedaron paralizadas por la indecisión. Dejaron pasar otro par de minutos. Ninguna oyó más ruidos.

-Quiero irme de aquí -insistió por fin Wendy.

-Muy bien -fue la respuesta de Marissa, que también estaba impaciente por desaparecer de aquel lugar.

Juntas recorrieron el pasillo hasta la entrada de la sala de espera. Lentamente se asomaron y escrutaron por entre las sombras. Más allá de la sala de espera y en un vestíbulo reducido alcanzaron a ver la señal luminosa roja SALIDA, que indicaba el acceso a la caja de la escalera.

- ¿Preparada? -preguntó Marissa.

- ¡Vamos! -repuso Wendy.

Las dos mujeres corrieron por el sector de espera en dirección al vestíbulo que las conduciría a la escalera. Pero no lo lograron. Se detuvieron en seco cuando Marissa emitió una exclamación ahogada de sorpresa. Directamente frente a ellas, una figura acababa de salir de uno de los ascensores.

Su cara quedaba oculta por las sombras.

Wendy y Marissa dieron media vuelta con la esperanza de regresar a la sala de ultrasonidos. Pero se detuvieron de nuevo.

Para espanto de ambas, apareció otra sombría figura.

Las dos sombras amenazadoras comenzaron a avanzar.

Arrinconadas por delante y por atrás, se hallaban atrapadas.

- ¿Qué está pasando aquí? -preguntó Marissa. Trató en vano de que su voz adquiriera un tono autoritario -. Soy la doctora Blumenthal, y ésta es la doctora...

Pero no pudo terminar la frase. Un puño se proyectó desde la oscuridad y golpeó contra el costado de su cabeza, lanzándola al suelo con un terrible zumbido en los oídos.

- ¡No la golpee! -gritó Wendy.

Trató de acudir en ayuda de Marissa, pero recibió un trato similar. Cuando quiso percatarse, estaba tendida sobre la alfombra.

Entonces se encendieron las luces.

Marissa parpadeó ante el súbito resplandor. Sentía pulsaciones en la cabeza a causa del golpe. Se incorporó hasta quedar sentada y se frotó el lugar del impacto, justo encima de la oreja izquierda. Después se observó la palma de la mano limpia.

Miró al hombre que se hallaba de pie junto a ella. Era un guardia de seguridad con un uniforme verde oscuro, impecablemente planchado, y con charreteras. Marissa advirtió que era asiático. El le sonrió, y sus ojos relampaguearon como ónice negro.

Librodot

- ¿Por qué me ha pegado? -preguntó Marissa.

Jamás hubiera esperado una violencia semejante.

- ¡Ladronas! -exclamó con sorna el guardia en un inglés con acento extranjero.

Su brazo volvió a proyectarse hacia fuera y abofeteó a Marissa en el mismo lugar en que la había golpeado antes.

Marissa sintió un dolor intenso y cayó de nuevo encima de la alfombra.

- ¡Basta! -gritó Wendy mientras intentaba ponerse de pie.

Pero el hombre del traje gris le pateó los pies y también ella volvió a caer al suelo; el golpe le quitó todo el aire de los pulmones. Débilmente, trató de respirar.

- ¿Por qué hacen esto? -gritó Marissa.

Logró apoyarse en las manos y las rodillas, y después consiguió realizar que estaba frente a dos lunáticos. Intentó hablar de nuevo, pero antes de que tuviera tiempo de decir nada, la pesadilla provocada por la quetamina volvió a ella con tanta fuerza como en el restaurante chino, sumándose al pánico que sentía.

- ¡Ladronas! -repitió el guardia.

Con despiadada crueldad, se acercó a Marissa y la golpeó por tercera vez, arrojándola contra el escritorio de la recepcionista.

El escritorio frenó la caída de Marissa y algunos bolígrafos y una grapadora cayeron al suelo.

El instinto de supervivencia le aconsejaba que tratara de huir, pero no podía dejar a Wendy allí. Marissa fulminó a su atacante con la mirada.

- ¡No somos ladronas! -gritó -. ¿Está loco?

La sonrisa del guardia se ensanchó hasta convertirse en una mueca repugnante que dejaba al descubierto sus dientes cariados. Casi al instante, su expresión se tornó severa.

- ¿Y usted me llama loco? -gruñó, y estiró el brazo en busca de su arma.

Con los ojos abiertos de par en par por el terror que sentía, Marissa vio cómo el hombre levantaba el revólver y apuntaba el cañón directamente hacia ella. Oyó el horripilante clic metálico cuando el guardia amartilló el arma. Iba a disparar contra ella.

- ¡No! -gritó Wendy.

Había recuperado el aliento y se estaba incorporando del suelo.

Marissa no podía hablar. Pensó en suplicarle al hombre que no disparara, pero las palabras no le salían por la boca. Estaba paralizada de miedo. No podía apartar la vista del agujero negro del cañón del revólver y se abrazó para esperar la detonación.

- ¡Un momento! -gritó una voz.

Marissa se sobresaltó, y después abrió los ojos. El arma no se había disparado. Inhaló una bocanada de aire mientras la pistola que la apuntaba descendía. Ni siquiera se había dado cuenta de que contenía la respiración.

Lentamente logró que su mirada se elevara hasta la cara del guardia, que miraba con incredulidad en dirección al corto pasillo que conducía a los ascensores y a la caja de la escalera. Allí, de pie, blandiendo un arma con las dos manos, apareció una figura masculina. Y el arma apuntaba directamente al guardia.

- ¿No creéis que se os va un poco la mano? -preguntó el desconocido -. Quiero que coloquéis el revólver sobre el escritorio y os pongáis contra la pared. Nada de movimientos rápidos. He disparado contra muchas personas en mi vida.

Una más no importaría.

Por un momento, nadie se movió ni habló. La mirada del guardia de seguridad oscilaba desde el intruso recién llegado al chino del traje gris. Parecía estar reflexionando sobre si debía o no obedecer.

- ¡El revólver sobre el escritorio, he dicho! -repitió el desconocido. Y, dirigiéndose al hombre del traje gris, agregó -: ¡Tú no te muevas!

El hombre había empezado a rodear el recinto.

- ¿Quién es usted? -preguntó el guardia.

-Paul Abrums -respondió el hombre -. Sólo un policía retirado que trata de ganar algunos dólares para complementar su jubilación. Ciertamente, es una suerte que estuviera aquí para impedir que las cosas se salieran de madre. No volveré a repetirlo: ¡el revólver encima del escritorio!

Marissa se hizo a un lado cuando el guardia se aproximó al escritorio de la recepcionista y dejó allí su revólver.

Wendy se levantó del suelo y se acercó a Marissa.

-Ahora -dijo Paul -, caballeros, si hacen el favor de acercarse a la pared y apoyar las manos contra ella, me sentiré mucho mejor.

Los dos asiáticos se miraron y después obedecieron. Paul se acercó al escritorio y tomó el arma. Se la metió en el bolsillo del pantalón. Fue hacia donde estaban los hombres, se puso detrás del guardia y lo cacheó por si escondía otra arma.

Satisfecho, se preparó para hacer lo mismo con el hombre del traje gris.

En un santiamén, el hombre del traje gris se giró en redondo con una patada e hizo volar por el aire el revolver del policía. Cayó al suelo cerca de las ventanas.

Sin perder un segundo, el hombre se agazapó. Con otro alarido, asestó una segunda patada contra la cabeza de Paul.

Después de haber sido sorprendido con el primer golpe, Paul estaba preparado para el segundo. Experto peleador callejero, esquivó la patada, agarró una silla y la estrelló contra su adversario. La silla y el hombre terminaron enredados por los suelos.

Inmediatamente, el guardia de seguridad adoptó una postura que sugería un más que posible conocimiento de las artes marciales. Se acercó a Paul desde un lado mientras éste trataba en vano de extraer el Colt de cañón largo del bolsillo del pantalón. Desistiendo en su empeñó, Paul aferró la lámpara de una mesita auxiliar y la usó para frenar los rapidísimos golpes del guardia.

Cuando más sillas empezaron a volar por los aires, Marissa y Wendy cruzaron corriendo la puerta que daba al sector de ultrasonidos. Sólo tenían una meta en mente: regresar a la seguridad del sector de hospitalización.

Abrieron de golpe la puerta de la sala de ultrasonidos donde estaban minutos antes, apagaron en seguida la luz y corrieron a través de la puerta hacia el laboratorio. Una vez allí, Wendy encontró el interruptor de luz y la encendió. Marissa cerró la puerta. Al advertir que tenía llave, la echó.

Prosiguieron su camino, saltando entre bancos del laboratorio e incubadoras, hacia la puerta que conducía al pasillo principal. Antes de poder llegar a ella, oyeron que golpeaban la puerta que daba a la sala de ultrasonidos, detrás de ellas, y, después, que un golpe hacía añicos el panel de vidrio.

Alcanzaron por fin la puerta de acceso al pasillo principal.

Wendy trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Mientras luchaba con la cerradura, Marissa volvió la cabeza y vio que el guardia de seguridad corría hacia ellas. Levantó objetos de vidrio del laboratorio y empezó a arrojárselos a la figura que se aproximaba. Eso disminuyó un poco la velocidad del individuo, pero no logró detenerlo.

Librodot

Salieron precipitadamente al oscuro pasillo. Confiando en evitar el sector de espera, doblaron hacia la derecha.

Totalmente aterrorizadas, corrieron en línea recta por el vestíbulo con la esperanza de encontrar otra caja de escalera.

No tuvieron más remedio que frenar un poco y estuvieron a punto de caer cuando frente a ellas el pasillo en sombras describía una curva de noventa grados hacia la derecha.

Ahora, mientras corrían alcanzaron a ver una ventana al fondo, iluminada por las luces difusas de la ciudad. Por desgracia, no había ningún cartel rojo que indicara una salida. Oyeron que detrás de ellas se abría de golpe la puerta del laboratorio.

El guardia no se había quedado muy atrás.

Patinando hasta frenar bruscamente cuando el vestíbulo terminaba en la ventana, Marissa y Wendy intentaron frenéticamente abrir las puertas que había a ambos lados. Pero las dos estaban cerradas con llave. Al mirar hacia atrás, vieron que el guardia había llegado a la curva del pasillo. Echó a correr hacia ellas y aminoró la marcha. Las tenía acorraladas.

Encima de la pared derecha, Marissa advirtió un pequeño compartimiento con una puerta de vidrio. Lo abrió de un tirón y cogió la pesada boquilla de bronce de la manguera contra incendios. La manguera plegada cayó al piso como una montaña de serpentina.

- ¡Abre la llave de paso! -gritó Marissa a Wendy.

Wendy metió las manos en el armario e intentó hacer girar la válvula. No se movió. Apoyó las dos manos y empujó con todas sus fuerzas. De pronto, la válvula comenzó a moverse.

Wendy la abrió por completo.

Marissa sostuvo la pesada boquilla con las dos manos.

Apuntó hacia el pasillo en dirección al guardia que se acercaba.

Aunque se había plantado con firmeza, no estaba preparada para la fuerza del chorro que brotó de la manguera. La presión fue suficiente para arrojarla hacia atrás y hacer que la soltara.

La boquilla se sacudió para todos lados bajo la fuerza de aquel chorro incontrolado.

Marissa se apartó del camino de la manguera mientras ésta enviaba un chorro de agua a presión en todas direcciones. Al fin logró llegar al interruptor, con lo cual activó tanto la alarma como el sistema de extinción. Al mismo tiempo, comenzó a sonar una alarma en la estación de Cambridge, interrumpiendo así una partida de póquer muy reñida.

Tanto Marissa como Wendy sollozaban desde hacía un rato.

Aunque les daba vergüenza exhibir así sus emociones, no podían evitarlo. Sus sentimientos habían recorrido la gama completa desde el terror al alivio y la humillación.

Después, el llanto las venció. Fue una experiencia que ninguna de las dos olvidaría jamás. Ambas estuvieron de acuerdo en que había sido la peor de su vida.

Marissa y Wendy estaban sentadas en unas sillas de madera no precisamente nuevas, cuyo barniz comenzaba a descascarillarse en capas, como le ocurre a la piel después de una fuerte quemadura solar. Las sillas se encontraban en el centro de una habitación sucia y desordenada, llena de basura

Librodot

y que olía a alcohol y a vómitos secos. El único cuadro en la pared era un retrato de Michael Dukakis.

Robert y Gustave estaban sentados enfrente de ellas.

George Freeborn, el abogado personal de Robert, estaba en una silla junto a la ventana, balanceando sobre las rodillas un maletín de piel de cocodrilo. Eran poco más de las dos y media de la madrugada. Se encontraban en un juzgado de distrito.

Justo cuando por fin comenzaba a dominarse, los ojos de Marissa se llenaron de lágrimas.

-Intenta tranquilizarte -le pidió Robert.

Marissa miró a Wendy, que tenía la cabeza gacha y la cara apretada contra un pañuelo de papel. De vez en cuando, sus hombros temblaban. Gustave, sentado junto a ella, apoyó una mano sobre el hombro de su esposa.

Frente a la mesa principal situada en el centro de la habitación se sentaba una enojada mujer de unos cuarenta y cinco años. No se sentía feliz de estar allí, y se lo había hecho saber a todo el mundo. La habían sacado de la cama en mitad de la noche.

Después de consultar su reloj, la mujer levantó la cabeza.

- ¿Dónde está el fiador de la fianza? -preguntó.

-Lo hemos llamado, señoría -respondió el señor Freeborn -. Estoy seguro de que se presentará de un momento a otro.

-Si no es así, estas señoras volverán a la celda -amenazó la jueza -. El hecho de que puedan pagarse un abogado caro no significa que deban ser tratadas por la ley de un modo diferente.

-Por supuesto, señoría -asintió el señor Freeborn -.Yo mismo hablé con él. Estará aquí en seguida, se lo aseguro.

Marissa se estremeció. Hasta aquel momento nunca había estado en la cárcel, y no deseaba regresar a ella. La experiencia de aquella noche había sido abrumadora. Le habían puesto unas esposas y la habían desnudado para revisarla.

Cuando el cuerpo de bomberos llegó a la Clínica de la Mujer, ella y Wendy lo celebraron muchísimo. Los golpes con la manguera de incendio habían mantenido a raya al guardia de seguridad. Pero junto con los bomberos llegó la policía, y ellos escucharon al guardia. Al final, Marissa y Wendy fueron arrestadas y esposadas.

Primero las llevaron a la comisaría de Cambridge, donde les leyeron sus derechos por segunda vez, las registraron, les tomaron las huellas digitales y las fotografiaron.

Después de permitirles llamar por teléfono a sus respectivos maridos, las encerraron en los calabozos de la comisaría. Hasta tuvieron que soportar la indignidad de usar unos retretes sin paredes.

Más tarde, sacaron a Marissa y Wendy de los calabozos de la comisaría y las condujeron, siempre esposadas, al juzgado municipal de Middlesex, donde volvieron a encarcelarlas en una cárcel de aspecto más serio. Allí les dieron ropas de prisión para sustituir la ropa mojada que llevaban puesta.

La jueza aguardó otros diez minutos hasta que, por fin, llegó el fiador de la fianza. Era un hombre obeso y calvo, y entró con un maletín de fibra de vidrio que soltó sobre el escritorio con un golpe seco y sonoro.

-Hola, Gertrude -dijo, dirigiéndose a la jueza.

Abrió el cierre de su maletín.

¿Has venido a pie, Harold? -preguntó la jueza.

Librodot

¿Qué dices? -preguntó el hombre -. Vivo cerca del Hospital Somerville. ¿Cómo podría venir a pie?

-Era una broma -prosiguió la magistrado con expresión de fastidio -. Olvídalo. Aquí están los papeles de las fianzas de estas dos señoras. Son de diez mil dólares cada una.

El individuo tomó los papeles. Estaba impresionado y complacido.

- ¡Caramba, diez mil! -exclamó -. ¿Qué han hecho? ¿Han asaltado el Banco Bay de Harvard Square?

-Casi -respondió la juez -. Deberán comparecer el lunes por la mañana ante el juez Burano, acusadas de violación y destrucción intencionada de propiedad privada, robo de archivos privados a través del acceso no autorizado a un ordenador y -consultó el formulario que tenía delante -agresión física y lesiones. Al parecer, golpearon a un guardia de seguridad.

- ¡Eso no es verdad! -gritó Marissa, sin poder contenerse.

Su súbito estallido volvió a provocarle lágrimas.

Aseguró que todo había ocurrido al revés: que los guardias las habían atacado a ellas.

- ¡Y Paul Abrums, un policía retirado, lo atestiguará!

-agregó.

- ¡Marissa, cállate! -exigió Robert.

Todavía le costaba creer la aventura vivida por su esposa.

La jueza fulminó a Marissa con la mirada.

-Tal vez olvida usted que el señor Abrums también está acusado en esta causa y deberá enfrentarse a los mismos cargos cuando salga del hospital.

-La señora Buchanan está muy trastornada -explicó el señor Freeborn.

-Eso es evidente -replicó la jueza.

- ¿Quién es Buchanan y quién es Anderson? -preguntó el fiador de la fianza, acercándose a los hombres.

-Yo me ocuparé de esto -alegó Freeborn -. El banquero necesario referente a las dos sospechosas. Aquí tiene el número de teléfono.

El individuo lo tomó.

-Puede llamar desde aquí -sugirió la jueza, señalando con su bolígrafo el teléfono que estaba encima de la mesa.

En cuanto el fiador efectuó la llamada, el resto del papeleo fue sencillo y rápido.

-Bueno -anunció la jueza -, eso es todo.

Marissa se puso de pie.

-Muchas gracias -dijo.

-Lamento que no hayan estado conformes con las comodidades de este tribunal -replicó la jueza.

Se mostraba todavía enfadada por lo que consideraba una atención especial hacia Marissa y Wendy, conseguida por la mediación del señor Freeborn.

El abogado acompaño a ambas parejas cuando abandonaron el desierto juzgado. Sus pisadas resonaban con fuerza en el suelo de mármol.

Vistiendo todavía con sus chaquetas blancas, Marissa y Wendy estaban heladas cuando al fin subieron a sus respectivos coches. Lo hicieron en silencio. Nadie había hablado desde que abandonaron la sala de audiencias.

-Gracias por venir, George -le dijo Robert al abogado.

-Sí, muchísimas gracias -añadió Gustave.

-Los veré el lunes por la mañana -se despidió George, y los saludó con la mano mientras subía a su Mercedes negro.

Robert y Gustave intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza.

Robert subió a su automóvil y dio un portazo. Miró de reojo a Marissa, pero ella tenía la vista clavada hacia delante. Robert puso en marcha el motor y arrancó.

-No te diré “te lo advertí” -dijo finalmente, cuando cruzaban la antigua presa del río Charles.

-Mejor. No digas nada.

Después de la espantosa experiencia, Marissa creía necesitar consuelo, no un sermón.

-Creo que me debes una explicación -subrayó Robert.

-Yo no pienso que te debo algo- dijo Marissa, mientras le brillaban los ojos- esos guardias de la clínica estaban completamente locos. Casi me disparan a quemarropa en la cara. El hombre que contrataste te lo dijo. ¡Incluso nos golpearon!

-Te confieso que suena bastante difícil de creer -replicó Robert.

- ¿Estás insinuando que todo es mentira? -preguntó Marissa con incredulidad.

-Creo que eso es lo que pensáis que sucedió -replicó Robert en tono evasivo.

Marissa clavó la mirada hacia delante. Una vez más, sus emociones rebotaban en ella como una pelota de squash.

No sabía si llorar o golpear el salpicadero. Sin poder decidirse, se limitó a apretar los puños y los dientes.

Avanzaron por Storrow Drive en medio de un silencio hostil. Al llegar al peaje, Marissa le preguntó: - ¿Por qué hiciste que me siguieran?

-Al parecer fue una suerte que lo hiciera.

-Esa no es la cuestión -insistió Marissa -. ¿Por qué hiciste que me siguieran? No me gusta.

-Lo hice para evitar que te metieras en un lío -respondió Robert -. Es evidente que no sirvió de nada.

-Alguien debe tratar de investigar estos casos de tuberculosis -explicó Marissa -. Y a veces no queda más remedio que correr riesgos.

-No hasta el punto de hacer algo tan claramente ilegal -replicó Robert -. Lo tuyo es una obsesión irracional.

Se ha convertido en una cruzada, y me está volviendo loco. No consigo creerte. Sigues tratando de justificar una conducta que no tiene justificación posible.

- ¿Y si te dijera que hemos descubierto dieciocho casos de salpingitis tuberculosa, sólo en la Clínica de la Mujer? -preguntó, Marissa -. ¿Crees que eso confirma mis sospechas?

Y esos dieciocho casos ni siquiera incluyen a Rebecca Ziegler. Su historial clínico ha sido borrado del ordenador. ¿Qué me dices de eso?

Robert, irritado, se encogió de hombros.

-Te diré lo que pienso -continuó ella -. Pienso que tienen Rebecca que no querían que nadie viera.

- ¡Vamos, Marissa! -exclamó Robert -. Ahora te pones melodramática y paranoica. No son más que conjeturas.

Mientras tanto, tendremos que pagar unas cuantiosas costas judiciales para intentar mantenerte apartada de la cárcel.

-De modo que todo se reduce a dinero -le reprochó Marissa -. Esa es tu única preocupación, ¿verdad?

Marissa cerró los ojos. A veces se preguntaba qué demonios la había llevado a casarse con aquel hombre. Y ahora, encima, pendía sobre ella la amenaza de

una sentencia de prisión en su futuro inmediato. Las cosas parecían ir de mal en peor, como el desarrollo de una tragedia griega.

Marissa abrió los ojos y contempló el camino. Sus pensamientos saltaron de un miedo a otro. Se preguntó qué efecto tendrían los golpes del guardia sobre su implantación de embriones. El lunes sería un día decisivo, para ella, en más de un sentido. No sólo debía responder a unas acusaciones penales, sino que tenía cita para su prueba de embarazo.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Tal como estaban saliendo las cosas, no resultaba difícil predecir cuál sería el resultado de ese análisis. De pronto no le sorprendió que Rebecca Ziegler hubiera saltado en busca de la muerte.

Tal vez estaba sometida a una presión similar. Pero, por otro lado, tal vez no saltó. Quizá alguien la empujó...

2 DE ABRIL DE 1990 9.35 a.m.

Aunque ella y Wendy habían hablado por teléfono a primera hora del domingo, Marissa no vio de nuevo a su amiga hasta el lunes por la mañana en el juzgado. Cuando ella y Robert entraron en la sala, vieron a Wendy, Gustave y al abogado sentados en los bancos de la izquierda. Robert trató de llevar a Marissa a una hilera vacía en la derecha, pero ella se resistió y se quedó al lado de su amiga.

Wendy tenía un aspecto desastroso. Miraba fijamente hacia delante como si estuviera en trance. Tenía los ojos irritados, bordeados por una aureola rojiza alrededor y hundidos.

Era obvio que había estado llorando, probablemente mucho.

Marissa le rozó el hombro y susurró su nombre. Al ver a Marissa, nuevas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Marissa.

Wendy parecía más turbada de lo que cabía esperar. Trató de hablar pero no pudo. Lo único que logró hacer fue sacudir la cabeza. Marissa la sujetó por un brazo y la obligó a levantar se de su asiento. Juntas caminaron por entre el gentío y salieron de la sala.

Al ver un lavabo para damas, Marissa llevó hasta allí a su amiga.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Marissa -. ¿Es algún problema entre Gustave y tú?

Wendy volvió a sacudir la cabeza y gimoteó. Marissa la sacudió con fuerza.

Wendy meneó la cabeza.

-Es por el análisis de sangre -respondió al fin -. Me lo hicieron el sábado. No estoy embarazada.

-Pero no fue más que la primera prueba -replicó Marissa -.

Tendrán que hacerte otro para comprobar cómo aumentan las hormonas.

Trataba de mostrarse optimista, pero sabía que si Wendy creía no estar embarazada, entonces lo más probable era que no lo estuviera. La novedad fue como un jarro de agua fría para Marissa. Justo aquella mañana, antes de ir al juzgado, Marissa se había detenido en el Memorial para que le extrajeran sangre para esa misma prueba.

-El nivel de hormonas estaba tan bajo -sollozó Wendy que no puedo estar embarazada. Lo sé.

-Lo siento mucho -replicó Marissa.

Librodot

- ¿Crees que lo ocurrido el viernes por la noche en la clínica puede haber afectado al implante? -preguntó Wendy.

- ¡Oh, no! -respondió Marissa, aunque en su mente flotaba el mismo espantoso pensamiento.

-Perdón -dijo una mujer de minifalda ajustada que mascaba chiclé -. ¿Alguna de ustedes es la doctora Blumenthal?

-Soy yo -repuso Marissa con sorpresa.

La mujer movió un pulgar sobre su hombro.

-Su marido espera fuera. Quiere que vaya en seguida.

-Deben de estar a punto de empezar la vista -arguyó Marissa -. Tenemos que volver allí.

-Ya lo sé -repuso Wendy sin dejar de llorar.

Cogió un pañuelo de papel que le dio Marissa y se secó los ojos.

-Estoy hecha un adefesio -alegó -. Tengo miedo de mirarme al espejo.

-Estás muy bien -mintió Marissa.

Las dos mujeres salieron juntas del lavabo. Robert estaba afuera en jarras.

- ¿Y ahora qué pasa? -preguntó con exasperación después de mirar a Wendy -. Supongo que entiendes que debes estar en la sala del juzgado cuando anuncien vuestra causa.

Marissa le contesto en voz baja y en tono exageradamente cortés: -Mira, sé que te costará entenderlo, pero Wendy esta muy apenada porque su último implante de embriones no ha tenido éxito. Para nosotras, eso es tan malo y real como un aborto espontáneo.

Robert puso los ojos en blanco.

-Vamos -añadió -. Que se lo diga a su psicólogo. No permitiré que lo arriesguéis todo por no estar presentes cuando se inicie el proceso.

Pese a la preocupación de Robert, Marissa y Wendy no fueron convocadas en los siguientes treinta minutos.

Mientras aguardaban muy nerviosas, el señor Freeborn les explicó que las causas se veían en el orden en que la autoridad que había practicado el arresto terminaba con el papeleo. Así que tuvieron que esperar un poco mientras un desfile de personajes eran acusados de una variedad de cargos: homicidio, robo, intento de violación, tráfico de drogas, conducción de un vehículo bajo la influencia del alcohol, traficar con mercancías robadas, asalto y agresión.

Finalmente, a las diez y veinte el secretario anunció: -Causas 9045CR-987 y 988, el Estado contra Blumenthal Buchanan y Wilson Anderson.

-Esos somos nosotros -explicó el señor Freeborn, poniéndose en pie e indicando a Marissa que lo imitara.

Marissa vio que al otro lado del pasillo, Wendy y su abogado se ponían también de pie. Era un hombre alto y flaco, y las mangas de su chaqueta eran demasiado cortas, lo cual hacía que sus brazos y sus manos huesudas parecieran insólitamente largos.

Los cuatro avanzaron hasta un lugar junto al estrado.

El juez Burano parecía distraído. Siguió examinando el montón de papeles desplegados frente a él. Era un hombre corpulento de unos sesenta o setenta años, con una cara llena de arrugas que lo hacían parecerse a un bulldog. En la punta de su ancha nariz tenía puestas unas gafas para leer.

El secretario carraspeó, y después leyó en voz alta y clara para que todos lo oyeran: Estado de Massachusetts la acusa de robo y violación de propiedad privada. ¿Cómo se declara usted?

-La señora Marissa Blumenthal Buchanan se declara inocente -replicó Freeborn con voz autoritaria.

Librodot

-Marissa Blumenthal Buchanan, por medio de este acto el Estado de Massachusetts la acusa de entrar ilegalmente en una propiedad privada -siguió diciendo el secretario con voz monótona.

Y así, continuó recitando la lista completa de acusaciones, y en cada ocasión Freeborn volvió a repetir que la acusada se declaraba inocente.

Cuando terminaron de leer los cargos contra Marissa y fueron registrados con sus declaraciones, el secretario repitió un proceso idéntico con Wendy.

En aquel momento, una mujer que Marissa supuso que sería la secretaria adjunta del fiscal del distrito, se puso en pie. Con varios folios en la mano, se dirigió al tribunal.

-Señoría, el Estado solicita la confirmación de la fianza fijada previamente por la pieza de instrucción en estos dos casos. Se trata de acusaciones muy graves, y en nuestra opinión se produjeron daños significativos a la propiedad en la clínica en cuestión.

-Señoría, con su permiso -replicó Freeborn -. Mi clienta, la doctora Blumenthal Buchanan, es una conocida doctora de nuestro Estado que ha recibido reconocimiento nacional por su trabajo. Estoy convencido de que debería ser puesta en libertad en virtud de sus antecedentes. Quisiera presentar la solicitud de que se suprima la fianza solicitada por la magistrado.

-Señoría -añadió el abogado de Wendy -, quisiera hacerme eco de la moción de mi estimado colega. Mi clienta, la doctora Wendy Wilson -Anderson, pertenece a la plantilla del renombrado Hospital de Oftalmología y Otorrinolaringología de Massachusetts, en calidad de oftalmóloga. Y es también propietaria de bienes inmuebles en este Estado.

Por primera vez desde que Marissa y Wendy se habían acercado al estrado, el juez las miró. Contempló con frialdad al grupo que se hallaba ante él.

-Se fija la fianza en 5.000 dólares por cada una de las acusadas -dijo.

En aquel momento, un hombre bien vestido se acercó a la mesa de la fiscalía. Tocó a la fiscal adjunta en el hombro y habló con ella un buen rato. Cuando la conversación terminó, la mujer se puso a conferenciar con sus dos colegas.

-Fijamos la fecha de una audiencia previa al juicio para el 8 de mayo de I990 -manifestó el secretario.

-Con la venia -añadió la fiscal adjunta, acercándose una vez más al estrado -. Se ha producido una novedad en esta causa. El señor Brian Pearson quisiera dirigirse a este tribunal.

- ¿Y quién es el señor Brian Pearson? -preguntó el juez Burano.

-Soy asesor de la Clínica de la Mujer, señoría -explicó el señor Pearson -. Estaba en la clínica en el momento en que las acusadas realizaron los supuestos delitos. El doctor Wingate, director de la clínica en cuestión, me ha instruido para que presente una solicitud al tribunal respecto a este asunto. Aun que no justifica de ninguna manera la conducta de las acusadas, la clínica no desea continuar con las acusaciones, siempre y cuando las acusadas reconozcan su responsabilidad en los hechos y den su palabra de que, en el futuro, respetarán la propiedad de la clínica y pagarán una compensación suficiente para reparar los daños causados por sus actos.

-Esto es completamente inusual -alegó el juez Burano.

Carraspeó. Dirigiéndose a la fiscal adjunta, preguntó -: ¿Cuál es la posición del Estado con respecto a esta petición?

-Nada que objetar, señoría -repuso la fiscal adjunta -. Si la clínica no quiere proseguir con el proceso, el Estado no insistirá en ello.

Librodot

-Bueno, esto sí que es curioso -manifestó el juez, volviendo a centrar su atención en Marissa y Wendy -.Nolle prosequi!

Ciertamente, es la primera vez que sucede en mi juzgado. Pero si nadie quiere entablar juicio, entonces me toca a mí dar por terminada la causa. Pero, antes de hacerlo, quisiera expresar mi opinión.

El juez Burano se echó hacia delante y observó con atención a las mujeres.

-No hay dudas de que ustedes dos han actuado con notoria irresponsabilidad, sobre todo si se tiene en cuenta que ambas son facultativas. Desde luego que no apruebo semejante falta de respeto hacia la ley y la propiedad privada. Se levanta la sesión, pero ustedes dos deberían sentirse en deuda con la Clínica de la Mujer por su generosidad.

Marissa sintió un tirón en el brazo. Miró al señor Freeborn, que le hacía señas de que se fuera. El secretario del juzgado ya anunciaba la presentación de otra causa judicial.

Confundida pero feliz al ser conducida fuera de la sala del juzgado, Marissa aguardó para hablar a que hubieran llegado al pasillo lleno del humo de los cigarrillos de los allí presentes. Robert estaba justo detrás de ella, seguido por Wendy y Gustave.

- ¿Qué ha ocurrido? -preguntó Marissa.

-Muy sencillo -explicó Freeborn -. Tal como dijo el juez, los de la clínica decidieron mostrarse generosos y no presentar cargos. La fiscal adjunta lo aceptó. Por supuesto, tendremos que negociar la “razonable compensación”.

-Pero, aparte de eso, ¿todo ha terminado? -preguntó Marissa.

Era la primera buena noticia que recibía en meses.

-Así es -respondió Freeborn.

Wendy rodeó a Marissa con los brazos y le dio un gran abrazo. Marissa le palmeó la espalda.

-Te llamaré -le susurró Marissa al oído.

Aunque las acusaciones habían sido retiradas, Marissa sabía que Wendy seguiría deprimida.

Wendy asintió, y después se marchó con Gustave y su abogado.

Robert conversó algunos minutos más con el señor Freeborn. Después, los dos se estrecharon las manos y Robert escoltó a Marissa hasta el coche.

-Habéis tenido mucha suerte -le dijo Robert a Marissa cuando se mezclaban con el tráfico de la autopista Monsignor O'Brien -. George jamás había oído algo así. Tengo que reconocer que los de la clínica se han mostrado muy generosos.

-Solo se trata de un truco para cubrirse- espetó Marissa.

Robert la miró como si no la hubiera oído.

- ¿Qué?

-Ya me has oído -subrayó Marissa -. Ha sido una treta muy hábil para evitar que el público se entere de los animales que emplean como guardias de seguridad. También ha sido un truco inteligente para obligarnos a abandonar nuestra investigación de este caso de tuberculosis, quizá también relacionado con la muerte de Rebecca Ziegler.

- ¡Marissa! -gimió Robert.

-El juez no conoce ninguno de los otros detalles -alegó Marissa -. No tiene idea de las dimensiones de este caso.

Robert golpeó el volante con el puño.

- ¡No creo que pueda seguir aguantándolo!

- ¡Frena el coche! -exclamó Marissa.

- ¿Qué?

-Quiero que te detengas a un lado.

Librodot

- ¿Te encuentras mal? -preguntó Robert.

-Hazlo.

Robert miró por encima del hombro y frenó en la salida que conducía frente al Museo de la Ciencia.

Marissa abrió la portezuela, salió y cerró de un portazo.

Echó a andar. Confundido, Robert bajó el cristal de su ventanilla y la llamó.

- ¿Qué demonios pasa? -preguntó.

-Estoy caminando -respondió Marissa -. Necesito estar sola. Me estás volviendo loca.

- ¿Yo te estoy volviendo loca? -preguntó Robert con incredulidad.

Por un momento se mostró indeciso. Después, farfulló: - ¡Dios mío!

Subió de nuevo la ventanilla y partió sin mirar hacia atrás.

Con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, Marissa caminó por la explanada que bordeaba el río Charles.

Era otro día nublado. El color del río era gris acero, y una serie de charcos punteaba el paseo.

Marissa caminó hasta el auditorio Arthur Fiedler y después cruzó hacia la calle Arlington. En la esquina de Arlington y Tington para acudir a su clínica pediátrica.

Marissa entró en el edificio por una puerta trasera porque no tenía ganas de hablar con nadie. Con esfuerzo, subió por la escalera de incendio, y después se escabulló por varios gabinetes de examen hasta llegar a su consultorio. Cerró la puerta y no se molestó en encender la luz. Confiaba en que nadie supiera que estaba allí y, como se sentía muy deprimida, quería dejar las cosas de ese modo.

Tampoco se molestó en recoger los mensajes que había para ella por miedo de que ya la hubieran llamado para darle los resultados de la última prueba de embarazo. En cambio, se quedó sentada y pensativa frente a su escritorio. Jamás se había sentido tan aislada y sola. A excepción de Wendy, no tenía nadie con quien hablar.

Al cabo de una hora, comenzó a barajar la idea de atender a algunos pacientes para dejar de pensar en sus problemas, pero en seguida comprendió que estaba demasiado trastornada para concentrarse.

No podía pensar en otra cosa que en la Clínica de la Mujer.

Cuando sonó el teléfono, levantó el auricular antes de que dejara de sonar la primera llamada.

-Dígame -dijo.

- ¿La doctora Blumenthal? -preguntó una voz de mujer.

-Sí -replicó Marissa.

-Le hablo desde el laboratorio del Memorial -prosiguió la mujer -. Tenemos su nivel beta humano de gonadotrofina coriónica. Es de sólo dos mg/ml. Si usted lo desea, podemos efectuarle otro análisis dentro de veinticuatro o treinta y seis horas, pero las perspectivas no son buenas.

-Gracias -repuso Marissa con voz monótona. Escribió los valores y después colgó.

Era exactamente como se temía: un resultado idéntico al de Wendy. ¡No estaba embarazada!

Por un momento, Marissa se quedó mirando la cifra que había escrito en el bloc de notas. Después su visión se nubló con lágrimas de congoja. Estaba tan cansada de todo…

Se puso a pensar en Rebecca Ziegler y en las causas que habían llevado a esa mujer al suicidio…, si es que se había tratado de un suicidio.

De pronto, el teléfono volvió a sonar. Marissa tomó en seguida el auricular con la absurda esperanza de que la llamada fuera del laboratorio del Memorial para decirle que habían cometido un error. ¿Podría ser que, después de todo, estuviera embarazada?

-Dígame -dijo Marissa.

-La operadora me ha dicho que estaba aquí -explicó la recepcionista -. Tiene una visita en la recepción principal.

¿Debo...?

-No puedo ver a nadie -la interrumpió Marissa, y colgó.

Casi en seguida volvió a sonar el teléfono. Esta vez no le prestó atención. Después de llamar nueve veces, enmudeció.

Algunos minutos después se oyó un golpe en la puerta.

Marissa no se movió. Llamaron de nuevo, pero ella no con testó, esperando que quienquiera que fuese se marchase.

En cambio, vio que el pomo de la puerta comenzaba a girar.

Marissa miró la puerta que se abría, lista para increpar al que se atrevía a molestarla. Pero al ver la majestuosa figura del doctor Frederick Houser en el umbral de la puerta, se dulcificó.

- ¿Le pasa algo, Marissa? -preguntó el doctor Houser.

En la mano llevaba sus gafas de montura metálica.

-Un par de problemas personales -contestó Marissa -.

Estaré bien en un momento... Gracias por preocuparse.

Sin dejarse amilanar, el doctor Houser entró en la habitación. Marissa vio que lo acompañaba alguien. Con cierta sorpresa, reconoció en seguida a Cyrill Dubchek.

-Espero no molestar -dijo Cyrill.

Turbada, Marissa se puso de pie y se pasó la mano por el pelo.

-El doctor Dubchek me ha dicho que trabajaron juntos en el CCE, el Centro para el Control de Enfermedades -explicó el doctor Houser -. Cuando la recepcionista me llamó para informarme de que usted no recibía visitas, pensé que había llegado el momento de intervenir. Espero haber hecho lo correcto.

- ¡Oh claro! No tenia idea que era el doctor Dubchek -dijo Marissa- Cyrill, lo lamento mucho. Ven, siéntate.

Marissa señaló una silla vacía. Hacía varios años que no veía a Cyrill, y él no había cambiado nada. Como de costumbre, vestía impecablemente, más apuesto que nunca.

Al pensar en su propio aspecto, Marissa se sintió muy cohibida. Sabía que debía de tener una cara tan terrible como sus sentimientos, sobre todo después de sus recientes accesos de llanto.

-Bien. Regresaré a mi despacho -concluyó el doctor Houser con gran tacto.

Acto seguido, se fue y cerró la puerta.

-Houser me ha explicado que lo has pasado bastante mal con el tratamiento para la infertilidad -empezó Cyrill.

-Ha sido mucha tensión -reconoció Marissa y se desplomó en su sillón frente al escritorio -. Hace un momento me he enterado de que la última implantación de embriones no ha tenido éxito. Así que me temo que he estado llorando... de nuevo. En los últimos meses creo haber superado con creces mi cuota de lágrimas.

-No sabes cuánto lo lamento -repuso Cyrill -. Ojalá existiera alguna manera de ayudarte. Pero estás muy guapa.

- ¡Por favor! -exclamó Marissa -. No me mires. No quiero ni imaginar la facha que tengo.

Librodot

-Es bastante difícil mantener una conversación contigo sin mirarte -siguió Cyrill con una sonrisa de comprensión -. Aunque es cierto que se te nota que has estado llorando, para mí estás tan bonita como siempre.

-Será mejor que cambiemos de tema -repuso Marissa.

-Entonces te diré por qué pasé por aquí -explicó Cyrill -.

Tenía que viajar en avión por otros asuntos; pero esta mañana, a primera hora, una de las personas que trabajan en bacteriología se presentó en mi consultorio con la novedad de que se ha descubierto otra zona concentrada de casos de salpingitis tuberculosa como los que te interesan.

- ¿Ah, sí?

-La localización me sorprendió -continuó Cyrill -. ¿Te animas a adivinarlo?

I69

-No creo tener la fuerza mental suficiente -manifestó Marissa.

-En Brisbane -precisó Cyrill.

- ¿Australia?

-Sí. Brisbane, Australia. Es parte de lo que allá denominan la Costa de Oro.

-Ni siquiera estoy segura de en qué parte de Australia está Brisbane -confesó Marissa.

-Está en Queensland, en la costa este -explicó Cyrill -. Estuve allí en una ocasión. Una ciudad encantadora. Un clima espléndido, muchos nuevos rascacielos a lo largo de la playa, al sur de la ciudad. Es una zona de gran atractivo.

- ¿A alguien se le ha ocurrido por qué existe allí una concentración de esa clase? -preguntó Marissa.

En lo que a ella se refería, podría haberse tratado de Tombuctú.

-No -reconoció Cyrill -. Se ha producido un incremento de tuberculosis en general, sobre todo en los países que permiten una inmigración significativa del sudeste asiático. No tengo la menor idea de si la zona de Brisbane ha recibido una cuota excesiva de inmigrantes de esa región. También ha aumentado la tuberculosis aquí, en Estados Unidos, por encima y más allá de lo que cabía esperarse con la inmigración procedente de zonas endémicas; pero creo que eso es consecuencia más de las drogas y del SIDA que de cualquier cambio en la patogénesis de las bacterias. Sea como fuere, aquí tienes un trabajo sobre los casos de Australia.

Cyrill le entregó a Marissa la separata de un artículo aparecido en la Revista Australiana de Enfermedades Infecciosas.

-Al parecer el autor es un patólogo que descubrió veintitrés casos similares a los que tú describiste. Es un trabajo muy interesante.

Marissa hojeó el artículo. Pero le resultaba difícil entusiasmarse: Australia quedaba demasiado lejos.

-El individuo de bacteriología me dijo algo más -prosiguió Cyrill -. Manifestó que había un caso de tuberculosis disemina da en el Memorial. Te lo menciono porque la paciente es una mujer de veintinueve años y pertenece a una familia acomodada, lo que le llamó la atención fue la característica demográfica. Pensé que también podría interesarte a ti. Así que ahí lo tienes.

-Gracias, Cyrill -repuso Marissa y trató de sonreír.

Tuvo miedo de echarse a llorar de nuevo. El hecho de volver a ver a un viejo amigo reanimaba la fragilidad de sus emociones.

Cyrill se quedó otros quince minutos y después insistió en que debía marcharse. Debía estar de regreso en Atlanta aquella misma noche.

Después de la partida de Cyrill, Marissa volvió a deprimirse.

Librodot

Se quedó sentada mucho tiempo detrás de su escritorio sin hacer nada. Al menos no lloró. Pero no hizo otra cosa que mirar por la ventana. En determinado momento, comenzó a pensar en la información que Cyrill le había dado. Miró el artículo de la revista médica. Lo leería más tarde.

Mientras tanto, había cosas que debía hacer. Reunió coraje, se puso de pie, se puso el abrigo y se obligó a ir al Memorial.

La paciente, Evelyn Welles, se encontraba aislada en terapia intensiva, con una historia clínica que reflejaba lo difícil de su caso: pesaba muy poco. A Marissa no le costó mucho encontrar a la paciente. Tampoco tuvo problemas para encontrar al residente a cargo del caso. Era un neoyorquino menudo, de mirada intensa y tics nerviosos. Su nombre era Ben Goldman.

-Está muy mal -reconoció Ben en respuesta a la pregunta de Marissa -. Realmente mal. Moribunda. No creo que resista mucho más de un día. Le estamos administrando de todo, pero nada parece hacerle efecto.

- ¿Decididamente es tuberculosis? -preguntó Marissa mientras espiaba a través del vidrio del cubículo de terapia intensiva donde se encontraba aislada la mujer. Estaba entubada y con un respirador. Junto a ella, una enfermera con bata especial y mascarilla se encargaba de atenderla. Múltiples guías de perfusión descendían de un grupo de botellas de suero colocadas sobre la cabeza de la paciente.

-Sin ninguna duda -respondió Ben -. Hemos encontrado el bacillo en el estómago, en la sangre, incluso en una biopsia bronquial. Ya lo creo que es tuberculosis.

- ¿Alguna idea respecto a la epidemiología del caso?-preguntó Marissa.

-Sí -contestó Ben -. Han aparecido algunos hechos interesantes. Al parecer, la paciente visitó Tailandia hace alrededor de un año y se quedó allí varias semanas. Ese podría ser un factor. Pero, más importante todavía, hemos descubierto un problema de inmunodeficiencia hasta ahora no reconocido.

Los de hemoterapia están trabajando sobre eso. Hasta el momento, se cree que es secundario a una enfermedad indefinida del colágeno. Una combinación del viaje y de su respuesta inmunológica deprimida podría ser la explicación.

- ¿Han hablado algo con ella? -preguntó Marissa.

-No -repuso Ben -. Estaba en estado de coma cuando la trajeron. Es probable que tenga algunos abscesos en el cerebro.

No nos pareció que valiera la pena moverla para hacerle una resonancia magnética o una tomografía.

Marissa hojeó distraídamente la gruesa carpeta con la historia clínica. Pese a las explicaciones razonables acerca de la enfermedad de la paciente, tenía el presentimiento de que la tuberculosis de Evelyn Welles podría estar relacionada con los casos de salpingitis tuberculosa. Como sugiriera Dubchek, tal vez se debía a su edad y posición social.

- ¿Han obtenido un historial ginecológico de la paciente?-preguntó Marissa.

-No conseguimos muchos datos en ese sentido -reconoció Ben -. En vista de su abrumadora infección, algunas partes del historial son superficiales. Casi todo lo que tenemos lo conseguimos a través del marido.

- ¿No saben si alguna vez acudió a la Clínica de la Mujer en Cambridge? -preguntó Marissa.

-No -contestó Ben -. Pero no tengo inconveniente en preguntárselo al marido cuando vuelva. Viene todas las noches alrededor de las diez.

Librodot

-Si fue atendida en esa clínica, sería fantástico que le pidieran al marido que consiguiera una copia de su historial muestra de sus secreciones vaginales para averiguar si también allí hay bacilos de tuberculosis.

-Por supuesto -aceptó Ben, encogiendo sus delgados hombros.

Marissa le pagó al conductor del taxi desde el asiento trasero, entregándole el dinero a través del panel divisorio de plexiglás. Estaba oscuro y la lluvia era más intensa, así que cuando bajó del vehículo echó a correr para evitar mojarse demasiado.

Una vez en el interior de su casa, se sacó el abrigo húmedo y lo colgó. Evitó pasar por la cocina y fue directamente a su estudio. Aunque no había comido en todo el día, no tenía apetito. Y, pese a estar exhausta, no pensaba irse a dormir. La visita al hospital y el estado de Evelyn Welles había avivado su terror y despertado de nuevo su curiosidad.

-Son casi las nueve -subrayó Robert, sorprendiendo a Marissa con su presencia.

No lo había oído entrar. Estaba de pie junto a la puerta, con ropa de estar por casa y cruzado de brazos. Su tono y la expresión de su semblante reflejaban una irritación que en los últimos tiempos era casi permanente.

-Sé perfectamente qué hora es -contestó Marissa mientras se sentaba y encendía su lámpara de lectura.

-Podrías haberme llamado por teléfono -siguió Robert -. No he tenido noticias tuyas desde que saltaste del coche frente al Museo de la Ciencia. Estaba a punto de llamar a la policía.

-Me conmueve tu preocupación -repuso Marissa.

Sabía que estaba mostrándose agresiva, pero no pudo evitarlo.

-Por si te interesa, no estoy embarazada.

-Supongo que no esperaba que lo estuvieras -replicó Robert encogiéndose de hombros, y su voz sonó menos dura -. Bueno, nadie nos puede acusar de no intentarlo.

Lamentable mente, son otros diez mil dólares tirados a la basura.

- ¿Tienes apetito? -preguntó Robert -. Yo estoy muerto de hambre. ¿Qué tal si salimos a comer? Quizá nos haga bien.

Después de todo, deberíamos celebrar tu victoria legal.

Sé que eso no te compensa por no estar embarazada, pero al menos es algo.

- ¿Por qué no te vas solo? -sugirió Marissa.

No estaba con ánimo de celebrar nada. Además, su “victoria legal”, como él lo describía, no era más que una astuta artimaña de la clínica para cubrirse las espaldas. También quería replicar contra la referencia a los diez mil dólares.

Pero no tenía fuerzas, ni siquiera para pelear.

-Como quieras -manifestó Robert, y desapareció.

Marissa se puso en pie y cerró la puerta de su estudio.

Algunos minutos después oyó ruidos que le indicaban que Robert estaba en la cocina preparándose algo para comer.

Una parte de Marissa deseó seguirlo. Quizá debería tratar de comunicarse con él. Pero sacudió la cabeza. Nunca lograría hacerle comprender, y mucho menos compartir, su preocupación por la salpingitis tuberculosa. Con un suspiro, Marissa se instaló en un sillón y comenzó a leer el artículo que Cyrill le había dado. Tenía razón; era un artículo excelente.

Los treinta y tres casos de salpingitis tuberculosa habían sido descubiertos en una clínica de Brisbane que parecía similar a la Clínica de la Mujer. El nombre de la institución era Asistencia a la Mujer de Australia (FCA, Female Care Australia).

Igual que los cinco casos que Marissa conocía en Boston, todas las pacientes de la serie australiana tenían una edad que oscilaba entre los veinte y los treinta y cinco años. Eran de clase media y estaban casadas. Todas, excepto una, eran blancas. La excepción era una mujer china de treinta y un años, que recientemente había emigrado de Hong Kong.

El sonido de la campanilla del teléfono le sobresaltó, pero siguió leyendo tras haber decidido que, de todos modos, seguramente era para Robert.

Al proseguir con la lectura, Marissa notó que el diagnóstico se había realizado sólo con la histología de la biopsia de las trompas de Falopio, puesto que no se habían visto ni hecho análisis de sangre descartaban la presencia de hongos y sarcoides.

En el trabajo, su autor presentaba la hipótesis de que el problema surgía a causa del influjo de inmigrantes procedentes del sudeste asiático, pero no analizaba ninguna posible conexión.

- ¡Marissa! -gritó Robert -. ¡Te llaman por teléfono! ¡Es Cyrill Dubchek!

Marissa cogió el teléfono.

-Lamento molestarte a esta hora -empezó Cyrill -, pero cuando regresé al CCE obtuve información adicional que tal vez encuentres interesante.

- ¿Ah, sí? -repuso Marissa.

-Esos casos de salpingitis tuberculosa no están restringidos a Estados Unidos o Australia -explicó Cyrill -. Han aparecido también en Europa occidental, con la misma pauta de distribución. No hubo agrupamientos como en Brisbane. Al parecer, todavía no se ha informado de la existencia de casos en Sudamérica o en Africa. No sé qué pensar al respecto, pero ya lo sabes: si llego a enterarme de algo más, te llamaré.

Has conseguido interesarme. Avísame si desarrollas alguna teoría.

Marissa volvió a agradecerle la llamada y se despidieron.

Esa nueva información era muy interesante. Significaba que la incidencia de salpingitis tuberculosa ya no podía descartarse como accidente estadístico. Ocurría a escala internacional. Y ahora, hasta Cyrill sentía curiosidad. Por un instante, Marissa olvidó su tristeza, su furia y su cansancio.

Analizó las posibilidades. ¿Podría la tuberculosis haber sufrido una mutación y terminado por convertirse en una enfermedad venérea? ¿Se habría transformado en una infección asintomática en el varón, como en algunos casos de clamidia o de micoplasma? ¿Debía insistir en que le hicieran una revisión a Robert? ¿Podría él haberla contraído en alguno de sus muchos viajes de negocios? A Marissa no le gustaba esa línea de pensamiento, pero debía adoptar una actitud cien tífica.

-Lo siento, pero no recibe llamadas telefónicas -contestó Gustave.

-Comprendo -replicó Marissa -. Por favor dile que he llamado y pídele que me llame en cuanto se sienta en condiciones de hacerlo.

-Estoy preocupado por ella -le confió Gustave -. Nunca la he visto tan deprimida. No sé qué hacer.

- ¿Crees que querría verme? -preguntó Marissa.

-Quizá -admitió Gustave.

Su tono resultó alentador.

-Voy para allá -añadió Marissa.

-Gracias. De veras que lo aprecio. Y sé que a Wendy le pasará lo mismo.

Marissa cogió su abrigo y fue a buscar su coche al garaje.

Cuando estaba a punto de subir a él, apareció Robert.

- ¿Adónde crees que vas a estas horas? -preguntó.

-A casa de Wendy -explicó Marissa, mientras oprimía el interruptor de la puerta automática del garaje.

- ¿Qué se supone que significa eso? -preguntó Robert.

-Si tú no lo sabes -repuso Marissa y subió al coche -, dudo que alguien te lo pueda explicar.

Marissa hizo retroceder el vehículo para sacarlo del garaje y cerró la puerta. Después, sacudió la cabeza con desaliento al pensar en lo mucho que se había deteriorado su relación con Robert.

Tardó apenas quince minutos en llegar a la casa victoriana de Wendy. Gustave la esperaba. Abrió la puerta antes de que ella tuviera tiempo de tocar el timbre.

-Te agradezco que hayas venido a estas horas -dijo Gustave y le cogió el abrigo.

-No te preocupes -repuso Marissa -. ¿Dónde está Wendy?

-Arriba, en su dormitorio. Cuando llegues a la parte superior de la escalera, segunda puerta a la derecha. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café, té?

Marissa negó con la cabeza y subió por la escalera.

Al llegar a la puerta del dormitorio, se detuvo un momento interior. Golpeó con suavidad. Cuando no hubo respuesta, pronunció el nombre de Wendy.

La puerta se abrió casi al instante.

- ¡Marissa! -exclamó Wendy con auténtica sorpresa -. ¿Qué haces aquí?

Llevaba puesta una bata de paño y zapatillas. Sus ojos seguían hundidos e irritados, pero, por lo demás, su aspecto era mucho mejor que aquella mañana en la sala del juzgado.

-Gustave me dijo que no recibías llamadas telefónicas.

Y, también, que estaba muy preocupado por ti. Realmente preocupado. Me invitó a que viniera.

- ¡Oh, por el amor de Dios! -exclamó Wendy -. No estoy tan grave. Por supuesto que estoy deprimida; pero, además estoy furiosa con él. Quiere que me sienta agradecida por lo que él llama la magnanimidad de la Clínica de la Mujer.

-Robert piensa lo mismo -replicó Marissa.

-Yo creo que fue una maniobra encubridora -alegó Wendy.

- ¡Yo también!

- ¿Y tu prueba de embarazo? -preguntó Wendy.

-No me lo preguntes -repuso Marissa y sacudió la cabeza.

- ¿Quieres tomar algo? -ofreció Wendy -. ¿Café o té? Demonios, ya que no estamos embarazadas, ¿qué te parecería una copa de vino?

-Maravilloso -reconoció Marissa.

Las dos mujeres bajaron a la cocina. Gustave entró en ella pero Wendy lo echó.

-Estaba muy preocupado -subrayó Marissa.

-Que sufra un poco más -replicó -. Esta tarde estuve tan furiosa como para tener ganas de atacarlo con una de esas agujas de treinta centímetros de largo para la recolección de óvulos. Le vendría bien tener una idea de lo que he debido soportar estos últimos meses.

Wendy abrió una botella de Chardonnay y condujo a Marissa a la salita.

Librodot

-Aunque no sabía si estarías en condiciones -explicó Marissa cuando estuvieron sentadas - te traje un articulo para que lo leyeras.

-Justo lo que necesitaba -replicó Wendy con ironía.

Colocó la copa de vino sobre la mesita auxiliar y cogió las hojas que Marissa le daba. Leyó el resumen.

Mientras Wendy pasaba la vista por el artículo, Marissa le contó todo lo que Dubchek le había explicado.

-Esto es increíble -reconoció Wendy, levantando la vista del papel -. ¡En Brisbane, Australia! ¿Sabes cuál es una de las cosas que hacen que Brisbane sea tan interesante?

Marissa meneó la cabeza.

-Que es la puerta de entrada naturales del mundo.

- ¿Cuál?

- ¡La Gran Barrera de Arrecifes! El paraíso de los buceadores.

- ¿En serio? -preguntó Marissa -. Confieso que no sé mucho acerca de eso.

-Bueno, es el lugar del mundo que siempre deseé conocer -prosiguió Wendy -. El buceo es una de mis pasiones. Mi bautismo submarino tuvo lugar en California durante mi época de residente. Solía pasar todas mis vacaciones en Hawai para bucear. De hecho, fue así como conocí a Gustave. ¿Alguna vez has buceado, Marissa?

-Un poco. En el instituto hice un curso de buceo con escafandra autónoma y he ido algunas veces al Caribe.

-A mí me fascina -siguió Wendy -. Por desgracia, hace mucho que no lo hago.

- ¿Qué te parece el estudio? -preguntó Marissa, volviendo al tema principal de la conversación.

Wendy lo miró.

-Es un buen artículo. Pero no dice nada acerca de la transmisión de la enfermedad. El autor menciona la posibilidad de un incremento de la tuberculosis debido a la inmigración; pero ¿cómo se contagia, sobre todo en una población tan definida?

-Esa fue también mi pregunta -replicó Marissa -. ¿Y cómo llega a las trompas de Falopio? Ciertamente, no parece ser una propagación de la tuberculosis en el cuerpo. Me pregunto si no se tratará de transmisión venérea.

- ¿No podría ser a través de tampones contaminados?

-Es una idea -replicó Marissa, al recordar que los tampones resultaron ser la base del síndrome del choque toxémico Te advierto que yo sólo uso tampones.

-También yo -reconoció Wendy -. El problema es que en el artículo no se mencionan siquiera los tampones.

-Se me ocurre algo -adujo Marissa -. ¿Por qué no llamamos por teléfono a Brisbane y hablamos con el autor del trabajo?

Podemos preguntarle sobre el uso de tampones. También sería interesante saber si se ha hecho un seguimiento de los treinta y tres casos y si han aparecido nuevos casos en la clínica FCA de Brisbane. Al fin y al cabo, este trabajo fue escrito hace casi dos años.

- ¿Cual es la diferencia de horario entre EU y Australia? -preguntó Wendy.

-No tengo la menor idea.

Wendy levantó el auricular del teléfono. Llamó al operador de larga distancia y se lo preguntó. Después, colgó.

-Tienen catorce horas de adelanto con respecto a nosotros -anunció.

-Así que en este momento...

-Es alrededor de mediodía de mañana -indicó Wendy Intentémoslo.

En información de larga distancia consiguieron el número de la FCA, en Brisbane, y pidieron la llamada.

Wendy apretó la tecla para que las dos pudieran escuchar.

Las dos pudieron oír la campanilla del teléfono y, después, que alguien en el otro extremo de la línea contestaba. Una voz alegre con fuerte acento australiano respondió.

-Habla la doctora Wilson desde Boston, Estados Unidos -se presentó Wendy -. Quisiera hablar con el doctor Tristan Williams.

-No creo que tengamos aquí a nadie con ese nombre -respondió la telefonista -. Un momento, por favor.

Por el altavoz se oía música mientras las hacían aguar

-Me dicen que había un doctor Williams en la clínica pero que ya no trabaja aquí.

- ¿Podría decirme dónde lo puedo localizar? -preguntó Wendy.

-Me temo que no lo sé -repuso la telefonista.

- ¿Tienen una oficina de personal? -preguntó Wendy.

-Desde luego que sí -respondió la telefonista -. ¿Quiere que la comunique?

-Por favor -pidió Wendy.

-Personal -contestó en un momento una voz de hombre.

Wendy repitió su petición de tratar de ponerse en contacto con Tristan Williams. Una vez más la hicieron esperar, esta vez por un rato más prolongado.

-Lo siento -se disculpó el hombre cuando volvió al teléfono -. Acabo de enterarme de que desconocemos el paradero del doctor Williams. Dejó de pertenecer al cuadro médico de la clínica hace alrededor de dos años.

-Ajá -exclamó Wendy -. ¿Podría pasarme con patología?

-Por supuesto -asintió el hombre.

Pasaron por lo menos diez minutos antes de que uno de los patólogos estuviera en el otro extremo de la línea.

Wendy le dio su nombre y le dijo qué quería.

-No llegué a conocerlo -explicó el patólogo -. Se fue antes de que yo llegara.

-Escribió un trabajo mientras estaba en la clínica -explicó Wendy -. Tenía que ver con una serie de pacientes internadas ahí. Nos interesa averiguar si se ha realizado un seguimiento de alguno de los casos. También querríamos saber si se han presentado otros casos.

-No hemos tenido casos nuevos -repuso el médico -. En cuanto a seguimientos, no se han realizado.

- ¿Sería posible obtener algunos de los nombres de los casos originales? -preguntó Wendy -. Me gustaría ponerme en con tacto directamente con las pacientes para conversar sobre sus historiales clínicos. Aquí en Boston tenemos cinco casos similares.

-Eso queda descartado por completo -cortó el médico -. Y lo siguiente que se oyó fue un clic cuando en el otro extremo cortaron la comunicación.

- ¡Ha colgado! -exclamó Wendy, indignada -. ¡Qué descaro!

-El viejo obstáculo de la reserva -manifestó Marissa, desalentada, mientras sacudía la cabeza -. ¡Qué pena!

Veintitrés casos probablemente sean suficientes para extraer algunas conclusiones razonables.

- ¿Qué te parecería hablar con mayor detalle con las dos mujeres que conocimos en la reunión de Resolución? -preguntó Wendy.

-Tal vez valga la pena -comentó Marissa, sin demasiado entusiasmo ante la aparente imposibilidad de obtener información -. Lo que realmente me gustaría es

conseguir los dieciocho casos que el ordenador sugirió que existían en la Clínica de la Mujer.

-Es obvio que eso está fuera de toda cuestión -replicó Wendy -. Pero me pregunto cómo nos tratarían los de la FCA si nos presentáramos en su clínica.

- ¡Claro! -asintió Marissa -. ¿Por qué no hacemos una escapada por la mañana y se lo preguntamos?

-A mí no me parece tan descabellado -repuso Wendy, con los ojos encendidos -. Siento curiosidad por saber qué harían si visitáramos la clínica. Creo que les halagaría el hecho de que hubiéramos atravesado medio mundo para ver sus instalaciones.

- ¿Hablas en serio? -preguntó Marissa con incredulidad.

- ¿Por qué no? -respondió Wendy -. Cuanto más lo pienso, mejor me parece. Dios sabe que a las dos nos vendrían bien unas vacaciones. Y nos resultaría más fácil buscar a ese tal Tristan Williams. Alguien del departamento de patología de la clínica tiene que saber adónde se fue. Tienes que reconocer que sería mucho más sencillo que intentarlo por teléfono.

-Wendy -siguió Marissa con voz cansada -, no me siento con ganas de viajar miles de kilómetros en busca de un patólogo.

-Pero sería divertido. -Sus ojos se iluminaron -. Aunque visitar el arrecife no seria nada mal.

-Ahora empiezo a comprender tus motivaciones. Visitar la FCA es una excusa para una excursión de buceo.

-No hay ninguna ley que prohíba que uno se divierta un poco mientras trabaja -alegó Wendy con una sonrisa -. Tienes tan mal aspecto como yo - Gracias, amiga mía -bromeó Marissa con ironía.

-Hablo en serio -prosiguió Wendy -. Las dos hemos tenido síndrome premenstrual durante seis meses. Hemos llorado como criaturas. Hemos engordado. ¿Cuándo fue la última vez que saliste a correr? Recuerdo que solía hacerlo todos los días.

-Wendy, eso son golpes bajos.

-Lo cierto es que unas vacaciones nos sentarían muy bien -concluyó Wendy - . A los dos nos fascinan esos casos de salpingitis tuberculosa, pero aquí estamos atadas de pies y manos. Tal como yo lo veo, mataríamos dos pájaros de un tiro.

-Es posible que nos enteremos de algunos casos en el Memorial y en el General -comentó Marissa -. Todavía no hemos agotado nuestras posibilidades aquí.

- ¿De veras me estás diciendo que no tienes ganas de tomar te unas vacaciones? -insistió Wendy.

-Bueno, eso siempre resulta atractivo -admitió Marissa.

-Gracias por reconocerlo -dijo Wendy -. Puedes ser muy obstinada.

-Pero no sé cómo se lo tomaría Robert. Ya tenemos suficientes problemas. Me imagino cuál será su respuesta si le doy a entender que quiero irme a Australia sola.

-Estoy segura de que a Gustave le parecería bien la idea -contraatacó Wendy -. A él también le vendría bien un des canso.

- ¿Quieres decir que también podrían ir nuestros maridos? -preguntó Marissa, desconcertada.

- ¡Diablos, no! -exclamó Wendy -. Lo que Gustave necesita es descansar de mí. Veamos si tengo razón.

Wendy escandalizó a Marissa llamando a Gustave a gritos.

Su voz reverberó por aquella casa de techos altos.

Tomó otro sorbo de vino. Gustave apareció a la carrera.

Librodot

- ¿Pasa algo? -preguntó, muy nervioso.

-No, todo marcha muy bien, querido -contestó Wendy -. Marissa y yo estábamos pensando que tal vez sería una buena idea que nos tomáramos algunos días de vacaciones. ¿Qué opinas?

-Creo que es una idea muy buena -repuso Gustave.

Resultaba obvio que se sentía aliviado por el cambio de humor de Wendy.

-Marissa teme que Robert no lo apruebe -explicó Wendy -. ¿Qué crees tú?

-Bueno, no lo conozco bien -replicó Gustave -. Pero sí sé que está harto de la fecundación in vitro. Creo que se alegrará de tener un descanso. ¿Dónde pensáis ir?

-A Australia -respondió Wendy.

Gustave tragó saliva.

¿Por qué no al Caribe? -preguntó.

Más tarde, cuando Marissa conducía el coche de regreso a casa, su mente estaba hecha un torbellino. Había sido un día extraño, con emociones encontradas y hechos inesperados.

Minutos después de separarse de una excitada Wendy, Marissa comenzó a poner en tela de juicio la sensatez de irse a Australia en aquel momento. Aunque alejarse le resultaba muy tentador, la idea de planear un viaje así era un final lógico para un día de locura. Además, no estaba segura de poder manejar a Robert con tanta habilidad como Wendy había mostrado con Gustave.

Metió el coche en el garaje, sin saber todavía cómo proceder. Se quedó sentada un momento detrás del volante y trató de pensar. Por último, sin ningún plan específico, se bajó del coche y entró en la casa. Se quitó el abrigo y lo colgó en el vestíbulo.

La casa estaba en silencio. Robert se encontraba arriba en su estudio; alcanzaba a oír apenas el tecleo del ordenador.

Se detuvo una vez más en la oscuridad del comedor. Le había costado tanto tomar una decisión.

Ya decidida, aunque con fuerza de ánimo bastante precaria, subió por la escalera y entró en el estudio de Robert.

-Robert, quisiera hablar contigo acerca de algo.

Robert se volvió para mirarla.

-Wendy y yo hemos estados pensando... -prosiguió.

- ¿En qué?

-Tal vez suene un poco disparatado...

-En estos días, no espero oír otra cosa.

-Pensamos que tal vez nos haría bien alejarnos de aquí por un tiempo -siguió Marissa -. Nos tomamos unas pequeñas vacaciones.

-Yo no puedo dejar mi trabajo en este momento -repuso Robert.

-No, no tú y yo -dijo Marissa -. Wendy y yo. Sólo nosotras dos.

Robert reflexionó un momento. La idea no era mala. Les daría a él y a Marissa tiempo para tranquilizarse.

-Eso no me parece tan disparatado. ¿Adónde os gustaría ir?

-A Australia -respondió Marissa.

Se sobresaltó cuando esas palabras salieron de su boca.

- ¡A Australia! -exclamó Robert.

Se quitó las gafas de leer y las arrojó encima de su correspondencia.

- ¡A Australia! -repitió, como si no hubiera oído bien.

-Hay una explicación -siguió Marissa -. No fue un lugar elegido al azar. Hoy me enteré de que la única concentración de casos de tuberculosis de las trompas

de Falopio, como el de Wendy y el mío, está en Brisbane, Australia. Así que podríamos hacer una pequeña investigación además de pasarlo bien.

Fue idea de Wendy. Es una fanática del buceo y la Gran Barrera de Arrecifes...

- ¡Tenías razón! -replicó Robert, interrumpiéndola -. Me parece totalmente descabellado. Es lo más ridículo que he oído. Tu trabajo como médica está hundiéndose y quieres atravesar la mitad del mundo para continuar con una cruzada que casi te lleva a la cárcel. Pensaba que te referías a unas breves vacaciones, como, por ejemplo, un fin de semana en las Bermudas. Algo razonable.

-No tienes por qué saltar de esa manera -repuso Marissa Creí que podíamos hablarlo como dos personas adultas.

- ¿Cómo quieres que reaccione? -preguntó Robert.

-No es tan descabellado -siguió Marissa -. También me enteré hoy de que esta forma extraña de tuberculosis ha estado apareciendo a escala internacional. No sólo en Australia, sino también en Europa. Alguien debería investigarlo.

- ¿Y tú eres ese alguien? -preguntó Robert -. En el estado en que estás, ¿crees ser la persona apropiada?

-Me considero idónea para eso.

-Y yo creo que te equivocas -replicó Robert -. No podrías ser objetiva. Tú misma eres uno de los casos por investigar. Y si realmente te importa mi opinión, creo que ir ahora a Australia es un soberano disparate. Esto es todo lo que tengo que decir.

Robert cogió sus gafas de lectura, se las puso y volvió a concentrar su atención en la pantalla de su ordenador.

Al ver que él no tenía intención de seguir hablando del tema, Marissa se dio media vuelta y salió por la puerta.

El problema de ir a Australia era que Marissa pensaba que, básicamente, Robert tenía razón. Le parecía una idea extravagante, tanto en tiempo como en dinero, pese a que el aspecto financiero no le importaba demasiado. De todas formas, no podía sacarse de encima la sensación de que era un disparate, así, de buenas a primeras, tomar un avión y atravesar la mitad del planeta.

Decidió llamar a Wendy por teléfono. Ella atendió al primer timbrazo, como si estuviera esperando junto al aparato.

- ¿Y bien? -preguntó Wendy.

-Las cosas no marchan demasiado bien -contestó Marissa -Robert se opone a la idea, por lo menos a que me vaya a Australia. Pero le parece bien que me tome unas vacaciones.

- ¡Maldición! -exclamó Wendy -. Estoy decepcionada. Ya casi estaba haciendo el equipaje y me parecía sentir ese abrasador sol estival de Australia.

-Otra vez será -repuso Marissa.

-No te preocupes más y vete a dormir. Tal vez mañana tú y Robert pensaréis de modo distinto. Estoy convencida de que nos habríamos divertido muchísimo.

Marissa colgó el teléfono. De pronto, irse a dormir le pareció una buena idea. Subió por la escalera deseando que, para variar, Robert la despertara diciéndole que había cambiado de idea.

Marissa abrió los ojos y en seguida supo que había dormido de más y que era tardísimo. La luz de su dormitorio era más intensa de lo acostumbrado. Rodó a un costado y miró el reloj.

Tenía razón, eran casi las ocho y media de la mañana, una hora más tarde de lo usual. No se sorprendió. Después de haberse despertado a las cuatro de la

Librodot

madrugada y no haber podido volver a conciliar el sueño, se tomó uno de los tranquilizantes de Robert.

Se puso la bata, fue al cuarto de invitados y espió. La cama estaba vacía y no había sido ocupada. Se acercó a la escalera y llamó a Robert en voz alta. Si estaba abajo, no respondió.

Marissa descendió por la escalera y, pasando por la cocina, fue a mirar en el garaje. El coche de Robert no estaba.

Regresó al interior de la casa y miró en la mesita del lado del teléfono en busca de un mensaje. No había ninguno. Robert había salido hacia el trabajo sin dejarle siquiera una nota.

Cada vez que pensaba que la relación de ambos había alcanzado su nadir, se hundía aún más.

-Gracias por nada -dijo Marissa en voz alta mientras trataba de contener las lágrimas. Se recuperó -. Dios, hace sólo diez minutos que estoy despierta y ya estoy llorando.

Se preparó una taza de café instantáneo y se la llevó al piso superior para tomarlo mientras se vestía.

-Una nota no habría sido mucho pedir -se dijo al meterse bajo la ducha.

Mientras se vestía y se maquillaba, Marissa decidió que debía esforzarse para que su vida volviera a ser más normal.

Su carrera de medicina estaba hundiéndose. Quizá debería empezar a trabajar con más regularidad. Tal vez entonces su relación con Robert mejorase. Con esa idea en mente, Marissa decidió dirigirse en seguida a su clínica.

- ¡Doctora Blumenthal! -exclamó Mindy.

-No te sorprendas tanto -repuso Marissa -. Trae el cuaderno de citas. Tenemos que planear muchas cosas.

-Hace un momento le han llamado de una unidad de terapia intensiva del Memorial -explicó Mindy, entregándole a Marissa un papel con el mensaje telefónico -. El doctor Ben Goldman rogó que lo llamara.

Marissa se sobresaltó. Lo primero que pensó fue que Evelyn Welles había muerto.

-Espera un poco con lo del libro de citas -indicó Marissa.

Abrió la puerta que daba a su consultorio y entró.

Después de colgar su chaqueta, Marissa llamó al doctor Goldman. La atendió una de las enfermeras de terapia intensiva, haciéndole esperar un momento mientras buscaba al médico. Marissa empezó a juguetear con un clip mientras aguardaba.

Un momento después, el doctor Goldman contestó al otro lado de la línea.

-La llamé por Evelyn Welles -explicó, sin perder tiempo.

- ¿Cómo está? -preguntó Marissa, temerosa de la respuesta que escucharía.

-Clínicamente, no se han producido demasiados cambios -explicó el doctor Goldman -. Pero hicimos un análisis de sus secreciones vaginales con el método Gram, tal como usted sugirió, y estaban repletas de bacilos acidorresistentes. Quiero decir que estaban repletas de bacilos de tuberculosis.

Mi jefe quedó impresionado, pero yo no me llevé la fama, aunque le confieso que estuve tentado de hacerlo. ¿Cómo adivinó que estarían allí?

-Me llevaría una hora explicárselo -repuso Marissa -.

¿Y qué me dice de la Clínica de Mujer? ¿Se acordó de preguntárselo al marido?

Librodot

-Si, lo hice-dijo Goldman- y la respuesta es si, ella estuvo en tratamiento varios años.

- ¿Que hay sobre el historial?- preguntó Marissa

-De eso no se nada- admitió Goldman- pero le pedí al marido que me consiguiera una copia, como la tenga a la mano le avisaré.

-El registro podría ser importante- dijo Marissa- Estoy muy interesada en echarle una mirada. Por favor vuélvame a llamar si lo consigue."

-Seguramente- dijo Goldman- y gracias por la pista sobre la tuberculosis en la vagina.

Marissa no fue sorprendida a ver sus sospechas confirmadas. Poco a poco estaban acomodándose las piezas del rompecabezas. Si Goldman no lograra hacerse con el historial, ella lo resolvería llamando directamente al esposo de Evelyn Welles.

Con un golpecito en la puerta apareció su secretaria con el libro de citas en la mano

- ¿Quiere revisar el libro ahora?- preguntó.

-No, ahora no- dijo Marissa- he tenido un ligero cambio de planes. Tengo que salir, cuando regrese lo revisaré.

Marissa cogió su chaqueta. Había tomado una decisión instantánea. El problema era demasiado importante para ella como para ignorarlo. Tenía que seguir buscando. Robert tenía que entender. Decidió ir a su oficina. Después del descanso de la noche quizá tendría otra actitud para abordar una charla franca y clara.

Entró en su automóvil, y arrancó del garaje de la clínica, Marissa, sentía que estaba haciendo algo que debió haber hecho hace tiempo. Tenía que explicar a Robert eso que ella sentía y entender cuales eran sus sentimientos. Tenían que detener el peligroso descenso que habían emprendido

Estacionar en el centro de Boston y ganar el primer premio de la lotería era exactamente la misma cosa. Marissa dejó su automóvil con el portero del Omni Parker House Hotel sobornándolo con cinco-dólares, cuando su expresión no cambió, ella le dio otro cinco, no estaba en una posición negociar.

Cruzó la School Street y entró en el vestibulo de la vieja y elegante City Hall, allí estaba la oficina de Robert. Tomó el ascensor hasta el cuarto piso y se paró frente a la puerta, una leteras dorada decian: CORPORACION para los RECURSOS de la SALUD.

Respiró hondo y entró, el área de recepción era muy elegante con grandes paneles de caoba en las paredes, alfombras orientales y sillas finamente recubiertas en cuero.

La recepcionista la reconoció y sonrió. Estaba hablando por teléfono. Marissa sorteó el escritorio de la recepcionista y con un gesto familiar siguió hacia la oficina de la esquina, la de Robert. Su secretaria, Donna, no estaba en su escritorio pero la taza humeante de café indicaba que no podría estar lejos.

Marissa fue a la puerta de Robert. Miró de reojo el teléfono de Donna para ver si cualquiera de las líneas de la extensión fuese encendida. No quería interrumpir a Robert si estaba en el medio de una llamada. Viendo que ninguna luz estaba encendida, Marissa golpeó suavemente y entró.

Inmediatamente se dio cuenta de algo extraño, Donna se enderezó rápidamente alisando con las manos su minifalda y acomodándose nerviosamente el collar de perla que llevaba al cuello, el cabello que normalmente llevaba recogido en un moño, estaba suelto y le tapaba parcialmente la cara.

Librodot

Robert se incorporó al sillón detrás del escritorio tratando de acomodarse la corbata.

Incrédula, Marissa miró fijamente a su marido. Sobre la alfombra, debajo del escritorio, descansaban dos zapatos de tacones altos.

La escena era tan pintoresca y típica que Marissa no supo si reír o llorar.

-Tal vez será mejor que espere fuera algunos minutos -indicó por fin -. Así tendréis tiempo de terminar con el dictado.

Y con esas palabras, inició el retroceso.

- ¡Marissa! -exclamó Robert -. ¡Espera! No es lo que tú piensas. Lo único que hacía Donna era masajearme los hombros. ¡Díselo, Donna!

- ¡Sí! -afirmó Donna -. Sólo le estaba masajeando los hombros. Estaba muy tenso.

-De cualquier modo -siguió Marissa con una sonrisa fingida -, me voy. En realidad, acabo de reconsiderar la idea que te mencioné anoche. Creo que, después de todo, me iré a Australia por unos días.

- ¡No! -gritó Robert -. ¡Te prohíbo que vayas a Australia!

- ¿De veras? -preguntó Marissa. Marissa giró sobre sus talones y salió de la oficina de Robert.

Oyó que él la llamaba insistiendo en que volviera inmediatamente, pero no le prestó atención. La recepcionista la miró muy intrigada, porque había oído los gritos de su jefe, pero Marissa se limitó a sonreírle y a proseguir su camino.

Se dirigió directamente a los ascensores y oprimió el botón de bajada, sin mirar siquiera de nuevo la puerta de la oficina de Robert.

Dentro del ascensor, se alegró de estar sola. Pese a su rabia, sintió que algunas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

- ¡Hijo de puta! -farfulló.

Cruzó la calle School, entró en el Omni Parker House y utilizó un teléfono público para llamar a la compañía aérea.

Entonces, después de tomar las llaves del coche que le entregó el portero, dio la vuelta por el centro de Boston y enfiló hacia la calle Cambridge. Estacionó en el aparcamiento del Hospital de Oftalmología y Otorrinolaringología de Massachusetts y se dirigió a la zona de urgencias.

Después de buscar en las dos salas de oftalmología, encontró en uno de los pequeños quirófanos auxiliares.

Cuando Wendy terminó, Marissa le hizo acompañarla hasta el escritorio de la sala de urgencias.

- ¿Todavía eres partidaria de ir a Australia? -preguntó Marissa.

- ¡Por supuesto! -contestó Wendy ¿Todo bien?

Marissa no prestó atención a la pregunta- ¿Cuándo estarías preparada para partir?

-Creo que en cualquier momento -respondió Wendy ¿Cuándo quieres que nos vayamos?

- ¿Qué te parecería hoy mismo? -sugirió Marissa -. Hay un vuelo de United que sale a las cinco y cuarto y nos puede llevar a Sidney, donde transbordaríamos rumbo a Brisbane.

Creo que, además, necesitamos un visado. Llamaré al Consulado de Australia para averiguarlo.

- ¡Vaya! -repuso Wendy -. Veré lo que puedo hacer. ¿Por qué tanta prisa?

-Para que no me dé tiempo a cambiar de idea -bromeó Marissa -. Te lo explicaré en cuanto estemos de camino.

5 DE ABRIL DE 1990 8.23 a.m.

- ¡Dios santo! -exclamó Wendy mientras ella y Marissa aguar daban el equipaje en el aeropuerto de Brisbane -. Jamás imaginé que el Pacífico sería tan inmenso.

-Yo tengo la sensación de que hace una semana que estamos viajando - convino Marissa.

Habían volado de Boston a Los Angeles. De allí hicieron un vuelo sin escalas a Sidney. Era el vuelo más largo que habían realizado en su vida. Después, no bien pasaron por todas las formalidades en Sidney, abordaron un avión de Australian Airlines para la etapa final a Brisbane.

-Sabía que Australia quedaba lejos -prosiguió Wendy pero no creí que fuera tanto.

Cuando el equipaje de ambas apareció aplaudieron sonrientes, pues después de tantos vuelos, temían no volver a ver sus maletas. Las colocaron en un carrito del aeropuerto y enfilaron hacia la parada de taxis.

-Es un aeropuerto muy moderno -comentó Wendy.

Conseguir un taxi fue muy sencillo. El taxista las ayudó con las maletas y hasta les abrió y cerró las puertas del vehículo.

Una vez que estuvieron instaladas, volvió la cabeza hacia ellas y les preguntó: - ¿Hacia dónde, preciosas?

-Al Mayfair Crest International Hotel, por favor -le contestó Marissa.

Había conseguido el nombre del hotel a través de una empresa de viaje, el hombre había sido terriblemente eficiente, porque había logrado lo imposible: documentos y reservas para viajar aquella misma tarde.

-Ajústense los cinturones de seguridad, señoras -advirtió el taxista al mirarlas por el espejo retrovisor -. La multa será de cuarenta dólares si la policía las sorprende sin ellos.

Marissa y Wendy obedecieron. Se sentían demasiado cansadas para discutir.

- ¿El Mayfair es un buen hotel? -preguntó Marissa.

-Es un poco caro -respondió el taxista -, pero bueno.

Marissa le sonrió a Wendy.

-Me gusta el acento australiano -murmuró -. Se parece al inglés, pero es mucho más cálido.

- ¿Las señoras son yanquis? -preguntó el chofer.

Marissa asintió.

-Somos de Boston, Massachusetts.

- ¡Bienvenidas a la Tierra Afortunada! -exclamó el taxista -. ¿Han estado aquí antes?

-No, es la primera vez -reconoció Marissa.

Al oír eso, el chofer se lanzó a contarles una historia pintoresca de Brisbane, que incluía la mención de sus orígenes como colonia penal para los presidiarios más peligrosos de Sidney.

A Marissa y Wendy les sorprendió la feracidad de aquellas tierras. Una vegetación tropical exuberante flanqueaba los caminos y rodeaba los edificios en un estallido de color. Los jacarandaes color púrpura se mezclaban con las adelfas rosadas y las buganvillas rojo sangre.

Cuando en el horizonte aparecieron los altos edificios con fachadas de cristal de la zona del centro de la ciudad, Marissa y Wendy no se sorprendieron tanto.

-Parece una ciudad como cualquier otra -comentó Wendy -. Podrían haberse inspirado en la belleza natural local y hacer algo más original.

-Uno se pregunta por qué, con toda esta extensión de tierra, construyen edificios tan altos -subrayó Marissa.

Al entrar en la ciudad propiamente dicha, sus impresiones mejoraron, aunque eran las primeras horas de la mañana había gente por todas partes. Todos ellos parecían bronceados y saludables.

Casi todos los hombres vestían pantalones cortos.

-Creo que Australia me va a gustar -comentó Wendy en son de broma.

Mientras aguardaban junto a un semáforo, Marissa observó el desfile de rostros bronceados. Muchos de los hombres tenían pelo rubio y rostros angulosos.

-Me recuerdan a Robert -alegó Marissa.

-¡Olvídate de Robert! -conminó Wendy -. Al menos por el momento.

Durante el vuelo, Marissa le había contado a Wendy su experiencia en la oficina de Robert. Wendy se había horrorizado y, desde luego, había tomado partido por ella.

-Con razón estabas tan impaciente por irte -había comentado Wendy.

-No sé qué haré cuando vuelva -repuso Marissa -. Si Robert y Donna tienen de veras una aventura, entonces nuestro matrimonio se ha terminado.

El taxi entró en una gran plaza flanqueada por palmeras.

-Ese de ahí es su hotel -indicó el taxista, señalando con su mano libre. Después, moviendo el pulgar sobre su hombro, añadió -: y al otro lado, ese edificio con la torre y el reloj es el Ayuntamiento de Brisbane. Fue construido en los años veinte.

Tiene una majestuosa escalinata de mármol. Desde la parte superior hay una buena vista sobre toda la ciudad.

Registrarse en el hotel no fue problema. Pronto las dos mujeres se encontraron en una habitación sencilla con aire acondicionado y una vista de la ciudad que incluía un sector del río Brisbane.

Después de colgar algo de ropa en el armario, se recostaron en sus respectivas camas.

- ¿Estás tan cansada como yo? -preguntó Wendy.

-Ya lo creo -asintió Marissa -. Pero es un cansancio bueno: algo así como una catarsis. Estoy contenta de haber venido y ardo en deseos de conocer la ciudad.

-Lo único que necesito es una ducha y una siesta -explicó Wendy -. ¿Quién es la organizadora de esta excursión?

- ¡Yo! ¿Quien crees?- bromeó Marissa- No creo que debamos dormir mucho tiempo. De lo contrario no nos adaptaremos a la diferencia horaria. Creo que deberíamos llamar a recepción y pedir que nos despierten dentro de un par de horas. Y entonces podemos recorrer la ciudad.

Dejaremos la clínica para mañana, cuando estemos más frescas.

-Yo quiero averiguar cómo llegar a la Gran Barrera de Arrecifes -alegó Wendy -. No veo la hora de estar allí.

Me han dicho que es el mejor lugar del mundo para bucear.

- ¿Por qué no te duchas primero? -sugirió Marissa -. Yo quiero buscar la dirección de la FCA en la guía y localizarla en el mapa de la ciudad.

Wendy no se opuso. Se levantó y desapareció en el cuarto de baño mientras Marissa hojeaba la guía telefónica encima de la mesa de noche que había entre las dos camas. La clínica se alzaba en un barrio cercano llamado Herston. Al estudiar el mapa proporcionado por el hotel, advirtió que Herston estaba justo al

Librodot

norte de Brisbane. Tomó un taco de papel con membrete del hotel para anotar la dirección.

Marissa estaba a punto de poner la guía en su sitio cuando pensó en Tristan Williams. Abrió la guía por la W y deslizó el dedo por la columna de apellidos.

En ese momento se abrió la puerta del baño y una nube de vapor entró en la habitación.

-Es tu turno -indicó Wendy.

Tenía una toalla en la cabeza y otra rodeándole el cuerpo.

-No sabes el bien que me ha hecho, sobre todo lavarme la cabeza.

-Nuestro amigo el patólogo no figura en la guía telefónica -explicó Marissa.

Wendy sonrió.

-Habría sido demasiado fácil.

Marissa guardó la guía y se metió en el cuarto de baño para ducharse.

Cuando sonó el teléfono, a Marissa le costó despertarse.

Tanteando, logró alzar el auricular. Una voz alegre en el otro extremo de la línea le chilló que era mediodía. Casi no pudo entender el significado de esas palabras. Sólo cuando vio a Wendy profundamente dormida en la cama de al lado recordó dónde estaba. Volvió a recostarse y estuvo a punto de quedarse dormida de nuevo. Pero, recordando su propio consejo, se obligó a levantarse. Por el momento se sentía tan exhausta que casi le daba náuseas, pero sabía que tenía que adaptarse a la diferencia horaria.

Wendy no se movió. Marissa se puso de pie y sacudió despacio el hombro de su amiga.

-Wendy -la llamó con suavidad Marissa. Y, después, un poco más fuerte -¡Wendy, es hora de despertarse!

- ¿Tan pronto? -preguntó Wendy medio dormida.

Se incorporó en la cama hasta quedar sentada.

- ¡Dios! ¡Me encuentro fatal! -se quejó.

Marissa asintió.

-Ya sé que cuesta. Yo sigo agotada. Es sólo mediodía pero la sensación es de medianoche. Más vale que nos acostumbremos.

Wendy se tumbó de nuevo encima de la cama.

- ¡Dile a la organizadora del viaje que me he muerto!- ex clamó.

Una hora después, Marissa y Wendy descendían en el ascensor al vestíbulo, sintiéndose mucho mejor. Una segunda ducha y un servicio de habitaciones lograron reanimarlas más de lo que habían supuesto.

Una vez en el vestíbulo, Wendy se acercó a una agencia de viajes para hacer averiguaciones sobre la Gran Barrera de Arrecifes, mientras Marissa aguardaba en una cola para hablar con el conserje respecto a una excursión por la ciudad.

Las dos se encontraron media hora más tarde.

-Lo tengo todo calculado -informó Wendy -. Échale un vistazo a esto -indicó extendiendo un mapa de toda la costa de Queensland que incluía las islas cercanas a la costa.

-Fantástico -exclamó Marissa -. ¿Qué longitud tiene esa barrera de arrecifes de coral? ¿Continúa hasta Nueva Guinea?

-Prácticamente -repuso Wendy -. Tiene más de mil seis cientos kilómetros de longitud y, en cuanto a superficie, es igual a la isla Hamilton.

Wendy clavó el dedo en la parte superior de la península.

-Es parte del grupo de las islas Whitsunday -señaló.

- ¿Estás segura de que a mí me gustará? -preguntó Marissa.

En realidad, no tenía tanta práctica de buceo como su amiga.

Librodot

- ¡Te encantará! -aseguró Wendy -. La isla Hamilton es una buena elección porque tiene aeropuerto con pista para reactores de línea. Podemos volar directamente desde Brisbane con Ansett Airlines. Por lo general es difícil conseguir pasaje por la cantidad de reservas, pero da la casualidad de que abril no es un mes de temporada alta.

-Tampoco eso me hace mucha gracia -replicó Marissa -. Si está fuera de temporada, por algo será, y entonces no es buen momento para ir.

-Me han dicho que es posible que tengamos una o dos tormentas eléctricas, pero ésa es la única parte negativa -explicó Wendy.

- ¿El buceo en ese arrecife es peligroso? -preguntó Marissa.

- ¡No te preocupes! Nos acompañará un experto en buceo -aseguró Wendy -. Contrataremos un barco y nos dirigiremos al arrecife exterior. Allí es donde están casi todos los peces y el agua es más transparente.

- ¿No hay tiburones? -preguntó Marissa.

-No me dijeron nada acerca de eso -repuso Wendy -. Pero los tiburones permanecen en aguas profundas. Nosotros bucearemos en el arrecife mismo. Te juro que te fascinará.

Confía en mí.

-Bueno, la información que yo tengo es menos espectacular -siguió Marissa -. El conserje me recomendó que hiciéramos un paseo turístico organizado para recorrer la ciudad en autobús. Al principio dijo que lo mejor era que saliéramos a caminar, pero cuando le expliqué que acabábamos de llegar en avión me habló de los autobuses. Insistió en que no dejáramos de visitar el Refugio Koala Lone Pine.

- ¡Estupendo! -exclamó Wendy regocijada -. ¡Adoro los koalas!

La excursión en autobús fue excelente. Les trasladaron en un vehículo con aire acondicionado y cómodas butacas y pudieron admirar el edificio del Parlamento, de estilo renacentista francés, y el del Ministerio de Hacienda, de estilo renacentista italiano. En casi todas las veredas había cafés con mesas y sillas, y a Marissa le impresionó el aspecto distendido e informal de todos los habitantes.

La fatiga volvió a apoderarse de ellas. Durante la segunda hora, tanto Marissa como Wendy empezaron a cabecear cuando el autobús aminoró la marcha para que los pasajeros contemplaran el nuevo Centro Cultural de Queensland.

Después, se levantaron un momento para la visita al Refugio Koala Lone Pine. No sólo había más koalas de lo que habían imaginado, sino también dingos, mastines cazadores, canguros y hasta un ornitorrinco. Caminaron entre los canguros y les dieron de comer con la mano. La fuerza de las patas delanteras de esos animales las sorprendió.

Los más animados y atractivos del lugar eran los koalas.

Wendy casi se derritió cuando se enteró de que podía tener uno en brazos, pero cuando su deseo se hizo realidad, ya no se mostró tan entusiasta. Desprendían un olor especial que a ella le resultó desagradable.

-Es por la dieta de eucalipto -explicó uno de los guardianes.

Después de presenciar un espectáculo con los koalas y de enterarse de toda clase de trivialidades acerca de esos animalitos, decidieron que ya tenían bastante. Subieron a un autobús local y regresaron al hotel.

- ¡No lo harás! -exclamó Marissa cuando le impidió Wendy desplomarse en la cama.

Librodot

- ¡Por favor! -suplicó Wendy -. Dile al organizador del viaje que tengo peste bubónica.

Después de la tercera ducha del día, siguieron el consejo del conserje y caminaron por el Victoria Bridge hasta el Centro Cultural de Queensland. En un restaurante bastante moderno, llamado Fountain Room, se relajaron y tomaron su primera cena en Australia. La vista de la ciudad del otro lado del río fangoso era soberbia.

Terminaron pidiendo barramundi, un tipo de perca australiana. Para complementar la comida, seleccionaron un Chablis australiano bien helado. Cuando les trajeron la botella y se la abrieron, las dos mujeres brindaron por su aventura australiana.

Después de probar el vino, Marissa sonrió con satisfacción: su aroma y sabor eran una delicia para el paladar. Por el momento, confiaba en que el viaje sería una combinación exacta de descanso e investigación.

- ¡Ahhhh! -exclamó Wendy, mientras miraba el interior de su copa de pie de alto -. Justo lo que me recetó el médico.

-Amén -repuso Marissa.

A la mañana siguiente, después de un copioso desayuno inglés, Marissa y Wendy cogieron un taxi.

- ¿Conoce esta dirección? -preguntó Marissa.

Le había entregado al chofer un trozo de papel con la dirección de la clínica FCA.

- ¡Por supuesto, encanto! -respondió él -. Es la clínica de mujeres. Sujétense el cinturón de seguridad y las llevaré enseguida.

El viaje a Herston fue agradable. Cuando entraron en los suburbios llenos de colinas y de vegetación, notaron una serie de casas extrañas con techo de latón y edificadas sobre pilotes.

-A ésas se las conoce como “Queenslanders” -explicó el chofer -. Están edificadas en el aire para mantenerlas alejadas del agua. Las galerías son para procurarles frescor.

Durante el verano hace mucho calor aquí.

Minutos después, el taxi se detuvo junto a un edificio de cuatro plantas sorprendentemente moderno, cuya fachada es taba cubierta de cristales color bronce. Los jardines se hallaban adornados con magníficos árboles y arbustos en flor.

Al apearse del taxi, a Marissa y a Wendy les maravilló el ruido de las aves. Parecían estar en todas partes.

Mientras se acercaban a la entrada de la clínica tropezaron con un grupo de aves mynah que se peleaban por un pedazo de pan.

En cuanto las puertas de entrada se cerraron detrás de ellas, las dos mujeres se detuvieron, estupefactas ante el interior del edificio. La FCA no se parecía a ninguna de las clínicas que conocían. Los suelos eran de ónice resplandeciente. Las paredes, de una madera tropical oscura lustrada hasta obtener un brillo intenso.

-Este lugar parece un gabinete jurídico -comentó Wendy, un poco intranquila -. ¿Seguro que es esta dirección?

En el centro del edificio había un sector ajardinado con la misma mezcla de plantas en flor que en el exterior.

Incluso se veía un pequeño estanque con un salto de agua construido en bloques de granito rojo.

En un extremo del espacioso vestíbulo se encontraba un sector de información que parecía el mostrador de recepción de un hotel de lujo.

Librodot

- ¿En qué puedo servirlas? -preguntó una de las dos entusiastas recepcionistas.

En lugar del blanco que era clásico en las clínicas norteamericanas, aquellas mujeres iban vestidas con estampados floreados de vivos colores.

-Somos doctoras de Estados Unidos -explicó Marissa Nos interesa conocer su clínica. Nos preguntábamos si...

- ¡De Norteamérica! -exclamó con fruición la mujer -. Acabo de regresar de California. Qué agradable resulta que vengan a visitarnos. Avisaré al señor Carstans. Un momento, por favor.

La recepcionista marcó un número en el teléfono que tenía delante y habló brevemente. Al colgar, anunció: -El señor Carstans vendrá en seguida. Tal vez quieran aguardarle en nuestro sector de espera, al otro lado de esos maceteros - sugirió, señalando con el lápiz.

- ¿Quién es el señor Carstans? -preguntó Wendy.

-Nuestro encargado de relaciones públicas -explicó la recepcionista.

Marissa y Wendy se dirigieron a la sala de espera.

¿Cuántas clínicas conoces que tengan encargados de relaciones públicas?

-Exactamente lo que estaba pensando -replicó Marissa -.

Esta clínica debe de trabajar muy bien para poder justificar esa clase de gastos.

Al cabo de unos minutos de espera, un hombre se les acercó.

-Buenos días, señoras -saludó.

Carstans era un hombre alto y corpulento y de cara rubicunda. Usaba pantalones cortos, camisa y corbata.

-Bienvenidas a la FCA. Mi nombre es Bruce Carstans. ¿En qué podemos ayudarlas?

-Soy la doctora Blumenthal y ésta es la doctora Wilson -se presentó Marissa.

- ¿Ginecólogas? -preguntó el señor Carstans.

-Yo soy pediatra -respondió Marissa.

-Y yo, oftalmóloga -repuso Wendy.

-Nuestra fama debe de estar propagándose por todo el mundo -bromeó el señor Carstans con una sonrisa -. Por lo general nos visitan ginecólogos del extranjero. ¿Les gustaría recorrer nuestro establecimiento?

Las mujeres intercambiaron una mirada y después se encogieron de hombros.

- ¿Por qué no? -asintió Wendy.

-Sería interesante -añadió Marissa.

Durante la hora siguiente, Marissa y Wendy tuvieron oportunidad de observar el establecimiento hospitalario más moderno que habían visto en su vida. La clínica ofrecía una serie muy completa de servicios médicos para la mujer. Había salas de radiología, un tomógrafo computadorizado, gabinetes de examen, salas de espera, quirófanos para intervenciones menores y salas de parto. También un sector de hospitalización.

Pero la parte más impresionante de la clínica era el sector de problemas de infertilidad, que se preciaba de tener su propia ala quirúrgica capaz de realizar operaciones de cirugía general.

Había asimismo seis salas de ultrasonidos totalmente informatizadas. Con los equipos más avanzados, su aspecto recordaba la guerra de las galaxias. El laboratorio principal era un recinto enorme con grandes incubadoras centrífugas y modernas unidades criogénicas.

Marissa y Wendy creían haberlo visto todo cuando el señor Carstans abrió una pesada puerta y se hizo a un lado para permitirles pasar. Las dos mujeres se

Librodot

encontraron en un recinto cerrado con cristaleras que servía de entrada libre de polvo al mundo mágico de instrumentos de alta tecnología. Al otro lado del cristal trabajaban algunos técnicos con capuchas.

El laboratorio parecía una estación espacial del siglo XXI -Este es el corazón de la FCA -explicó el señor Carstans -.

Es la sección básica de investigación. Aquí han tenido su origen muchos de los hallazgos relativos a las técnicas de fecundación in vitro. En este momento nos concentramos en técnicas de criopreservación, tanto para embriones como para gametos. Pero también estamos trabajando en la investigación del tejido fetal, sobre todo para la enfermedad de Parkinson, la diabetes e incluso los problemas de inmunodeficiencia.

- ¡Jamás había visto un laboratorio de investigación así!-exclamó Wendy.

-Es un tributo al capitalismo -explicó el señor Carstans con una sonrisa -. La iniciativa privada y la inversión privada.

Es la única forma de hacer las cosas en el mundo moderno. El público se beneficia de la posibilidad de acceder a nuevas técnicas y a una atención médica superior.

- ¿Cuál es el porcentaje de éxitos de la FCA en lo relativo a la fecundación in vitro?

-Nos estamos aproximando a un índice de embarazo del ochenta por ciento -explicó el señor Carstans con evidente orgullo -. Ningún otro programa puede igualar esas cifras.

El señor Carstans condujo a las mujeres de regreso a la entrada principal. Advirtió lo impresionadas que estaban.

-Nos complace que hayan venido a visitarnos -alegó, deteniéndose cerca de la sala de espera desde donde habían iniciado el recorrido -. Creo que han visto prácticamente todo. Espero que hayan disfrutado. ¿Hay alguna pregunta que quieran hacerme?

-Yo sí tengo una pregunta -repuso Marissa.

Abrió su bolso y extrajo el artículo sobre la tuberculosis. Se lo entregó al señor Carstans.

-Supongo que conoce este trabajo. Es acerca de una serie de casos que tuvieron aquí, en la FCA.

El señor Carstans vaciló, y después tomó el papel. Le echó un vistazo superficial y se lo devolvió a Marissa.

-No, jamás lo había visto -aseguró.

- ¿Cuánto hace que está en la FCA? -preguntó Wendy.

-Casi cinco años -respondió el señor Carstans.

-Este trabajo sólo tiene dos años -subrayó Wendy -. ¿Cómo es posible que el departamento de relaciones públicas no tenga noticias de él? Suponía que un trabajo de esta naturaleza habría tenido gran importancia para ustedes. Es sobre mujeres relativamente jóvenes con tuberculosis en las trompas de Falopio.

-Por lo general, no leo publicaciones técnicas -explicó el señor Carstans -. ¿En qué revista fue publicado?

-En la Revista Australiana de Enfermedades Infecciosas -respondió Marissa -. ¿Y qué puede decirnos de su autor, el doctor Tristan Williams? Al parecer pertenecía a la plantilla médica de la clínica, en la sección de patología. ¿Lo conocía?

-Me temo que no -contestó el señor Carstans -. Pero, por otro lado, no conozco a todos los integrantes de la plantilla.

Para preguntas como ésa, debo enviarlas a Charles Lester, el director de la clínica.

Librodot

- ¿Cree que querrá recibirnos? -preguntó Marissa.

-En estas circunstancias -respondió el señor Carstans -, creo que tendrá mucho gusto en hablar con ustedes. Si aguardan un momento, subiré en seguida para averiguar si está libre en este momento.

Marissa y Wendy observaron al señor Carstans desaparecer por la puerta de la caja de la escalera.

Se miraron.

- ¿Qué opinas? -preguntó Wendy.

-Ni idea -respondió Marissa -. No he podido darme cuenta de si decía o no la verdad.

-Empiezo a tener una sensación extraña -reconoció Wendy -. Este lugar es demasiado bueno para ser cierto.

¿Alguna vez has visto semejante opulencia en una clínica?

-Estoy asombrada que sea tan fácil hablar con el director -replicó Marissa -. Jamás pensé que eso sería posible sin una presentación formal.

En aquel momento reapareció el señor Carstans.

-Tienen suerte -explicó -. El director dice que tendrá mucho gusto en saludar a las estimadas colegas de Boston, siempre que ustedes tengan tiempo disponible.

-Desde luego que sí -aceptó Marissa.

Siguieron al señor Carstans y ascendieron un tramo de escalera. El mobiliario de la serie de oficinas del director resultaba todavía más lujoso de lo que habían visto hasta ese momento. Era como si estuvieran visitando la oficina del director general de la compañía Fortune 500.

- ¡Pasen, por favor! -invitó el director, poniéndose de pie al otro lado del escritorio para saludar a Marissa y a Wendy.

Estrechó las manos de ambas y después les señaló unos sillones instándolas a que se pusieran cómodas. Despidió entonces al señor Carstans, quien partió discretamente cerrando la puerta tras de sí.

Dirigiéndose de nuevo a las mujeres, el director preguntó: - ¿Les apetece un poco de café? Sé que ustedes los yanquis beben mucho café.

Charles Lester era un hombre corpulento, pero no tan rollizo como Carstans. Tenía el aspecto de un atleta de cierta edad pero todavía en condiciones de hacer un buen papel en un partido de tenis. Tenía la cara bronceada, como casi todos los habitantes de la ciudad, y ojos hundidos. Exhibía unos gruesos bigotes.

-Le aceptaría un café -dijo Wendy, y Marissa asintió para indicarle que también ella bebería lo mismo.

Lester llamó a su secretaria con un timbre y le pidió que trajera café para tres. Mientras aguardaban, se puso a conversar con las mujeres sobre temas generales. Les preguntó a qué hospital pertenecían, y dónde habían realizado las prácticas para su especialidad. Lester reconoció que había hecho algunos trabajos cuando estuvo becado en Boston.

- ¿Usted es médico? -preguntó Wendy.

-Desde luego que sí -respondió Lester -. Algunos de nosotros preferimos que se utilice el “Señor”, como los ingleses.

Como cirujano ginecólogo, durante mis prácticas en Londres me acostumbré al “Señor”. Pero como médico no he llevado a cabo tareas de tipo clínico en los últimos tiempos. Por desgracia, he estado prisionero en este despacho, ocupado en más trabajos administrativos de lo que desearía.

Un camarero trajo el café y lo sirvió. Lester le añadió un poco de crema al suyo y se echó hacia atrás en su sillón.

Observó a las mujeres por el borde de la taza.

Librodot

-El señor Carstans me ha comentado que ustedes han preguntado por un antiguo trabajo publicado en una revista -alegó Lester -. ¿Puedo saber sobre qué versaba ese trabajo?

Marissa sacó la separata de su bolso y se la entregó al doctor Lester. Al igual que hiciera el señor Carstans, lo miró por encima y se lo devolvió.

- ¿Qué interés tienen ustedes en esto? -preguntó.

-Es una historia muy larga -repuso Marissa.

-Tengo tiempo -fue la lacónica respuesta de Lester.

-Está bien -respondió Marissa -. Tanto la doctora Wilson como yo tenemos el mismo problema de infertilidad descrito en el artículo: obstrucción de las trompas de Falopio debida a tuberculosis.

Pasó entonces a explicarle sus antecedentes en el CCE y su especialización en epidemiología.

-Cuando descubrimos que la incidencia del problema era a nivel internacional -continuó -, decidimos investigar.

Me enviaron el artículo los del CCE. Llamamos aquí a la clínica, pero no pudimos localizar al autor.

- ¿Qué le habrían preguntado si hubieran logrado ponerse en contacto con él? -inquirió Lester.

-Dos cosas en particular -explicó Marissa -. Queríamos saber si había realizado un seguimiento epidemiológico de los casos detectados. También, si había visto nuevos casos.

En Boston, tenemos noticia de otros tres casos, aparte de nosotras mismas.

-Supongo que sí saben que la infertilidad está aumentando -indicó Lester -. La infertilidad por cualquier causa, no sólo por obstrucción de las trompas.

-Sí, somos conscientes de ello -replicó Marissa -. Pero incluso el incremento en trompas obstruidas, por lo general, es un proceso inflamatorio o endometriosis; no se trata de ninguna infección específica, sobre todo no algo tan relativamente poco frecuente como la tuberculosis. Estos casos suscitan muchos interrogantes epidemiológicos que deberían ser contestados. Hasta es posible que representen una entidad clínica nueva y muy seria.

-Lamento que hayan hecho un viaje tan largo para enterar se de más datos sobre el artículo. Me temo que el autor inventó los datos que presentó. Los fabricó. Si me hubieran llamado por teléfono se lo habría explicado.

- ¡Oh, no! -exclamó Marissa.

La idea de que el artículo podía ser un fraude jamás se le había pasado por la cabeza.

- ¿Dónde está su autor en este momento? -preguntó Wendy.

-No sabría decirles -contestó Lester -. Como es natural, lo eliminamos en seguida de la plantilla de la clínica.

Desde entonces, tengo entendido que se le ha procesado por algo relacionado con las drogas. Ignoro qué pasó después.

Tampoco sé dónde se encuentra en este momento, pero sí sé una cosa: que no está ejerciendo de patólogo.

- ¿Cómo cree que podríamos localizarlo? -preguntó Marissa -. De todos modos me gustaría hablar con él, principalmente porque tengo la enfermedad que describió. De los datos que pudo haber fabricado, ¿por qué eligió algo tan poco usual?

¿Qué ganaría con eso? No tiene sentido.

-La gente hace cosas extrañas por motivos extraños -explicó Lester. Se puso en pie -. Espero que ese trabajo no haya sido el único motivo para su viaje a Australia.

Librodot

-También pensábamos ir a la Gran Barrera de Arrecifes -alegó Wendy -. Un poco de trabajo y otro poco de diversión.

-Espero que la diversión sea más gratificante que el trabajo -bromeó Lester -. Y ahora, si me perdonan, tengo que volver al trabajo.

Unos minutos después Marissa y Wendy se encontraban de vuelta. La recepcionista muy amablemente pidió un taxi por teléfono.

-El final ha sido un poco abrupto -comentó Wendy Después de decirnos que tenía todo el tiempo del mundo, al minuto siguiente nos estaba echando de su oficina.

-No sé qué pensar de todo esto -replicó Marissa -. Pero hay algo que sí sé. Me gustaría encontrar a ese tal Tristan Williams, aunque sólo fuera para retorcerle el pescuezo.

¡Hay que ser un caradura para inventarse pacientes nada más que para publicar un artículo!

-Es la vieja mentalidad de publicar o morir -matizó Wendy.

-El taxi llegará en seguida -anunció la recepcionista al colgar -. Les sugiero que esperen afuera.

Las dos abandonaron la clínica FCA, y fuera se encontraron con una mañana gloriosa y llena de sol.

- ¿Qué sugiere el organizador del viaje que hagamos ahora?-preguntó Wendy.

-No estoy segura -contestó Marissa -. Podríamos ir a la Universidad de Queensland y curiosear un poco en la biblioteca médica.

- ¡Dios santo! -exclamó Wendy con evidente sarcasmo ¡Qué programa tan fascinante!

Charles Lester no reanudó sus tareas. La visita de Marissa Blumenthal y Wendy Wilson lo había perturbado. Hacía alrededor de un año que nadie había vuelto a preguntar por ese irritante trabajo de Williams. Y, en aquel momento, quiso creer que sería la última vez.

- ¡Maldición! -exclamó en voz alta, golpeando el puño contra el escritorio.

Tuvo la incómoda premonición de que tendría problemas.

El hecho de que esas entrometidas se hubieran molestado en viajar desde Boston ya resultaba inquietante. Pero lo más alarmante de todo era la posibilidad de que su búsqueda de Williams persistiera. Eso sí que sería un desastre.

Decidió que había llegado el momento de conferenciar con uno de sus asociados. Después de calcular la hora de Estados Unidos cogió el auricular y llamó al domicilio particular de Norman Wingate.

- ¡Charles! -exclamó el doctor Wingate con alborozo -. Cuánto me alegra oírte. ¿Cómo anda todo?

-Mejor -respondió Lester -. Tengo que hablarte de algo importante.

-Muy bien -replicó el doctor Wingate -. Espera, cogeré otro teléfono.

Lester oyó que Wingate le decía algo a su esposa.

Algunos minutos después, escuchó que levantaban el auricular del otro aparato.

-Ya está, querida -advirtió el doctor Wingate.

Lester oyó que colgaban en la otra extensión.

-Bien Lester ¿cuál es el problema? -preguntó el doctor Wingate.

- ¿El nombre de la doctora Marissa Blumenthal significa algo para ti?

- ¡Santo cielo, sí! -respondió Wingate -. ¿Por qué me lo preguntas?

-Ella y una amiga suya llamada Wendy Wilson acaban de irse de mi despacho -explicó Lester -. Vinieron aquí con ese artículo sobre la salpingitis tuberculosa.

- ¡Dios santo! -exclamó Wingate -. No puedo creer que estén en Australia. Y nosotros que fuimos tan magnánimos con ellas.

Pasó a relatarle entonces el intento de las dos de acceder a los archivos del sistema informático de la Clínica de la Mujer.

- ¿Consiguieron sacar algo del ordenador? -preguntó Lester.

-Creemos que no -replicó Wingate -. Pero esas mujeres no hacen más que traer problemas por todas partes. Habrá que hacer algo con ellas.

-Yo estoy llegando a la misma conclusión -convino Lester -. Gracias.

Lester colgó el teléfono y oprimió una tecla del intercomunicador.

-Penny- ordenó Lester- Ubícame a Ned Kelly de seguridad y avísale que venga aquí en seguida.

Ned Kelly no era en realidad su verdadero nombre; se llamaba Edmund Stewart. Pero cuando era un adolescente, Edmund se volvió tan fanático de las historietas del famoso salteador de caminos Ned Kelly, que sus amigos empezaron a llamarlo Ned.

Aunque a la mayoría de los hombres australianos les gustaba imaginarse parecidos en algún sentido al famoso bandido, Ned tomó por costumbre imitarlo, incluso hasta el punto de enviar un par de testículos de buey a la esposa de un hombre con quien estaba enemistado. Toda una vida de desprecio de la autoridad y de delitos menores hicieron que la gente lo llamase Ned Kelly, y el nombre persistió.

Lester se apartó del escritorio y se acercó a la ventana.

Pensó que ahora que las cosas comenzaban a ir sobre ruedas, algo surgía para estropearlo todo.

Lester había recorrido un largo camino desde sus orígenes humildes en las llanuras áridas del interior de Nueva Gales del Sur. A los nueve años llegó a Australia con su familia, procedente de Inglaterra. Su padre, un operario especializado en láminas metálicas, había aprovechado la política liberal de inmigración del período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. El gobierno australiano le pagó incluso el pasaje a toda su familia.

Al principio, Lester se inclinó hacia la docencia, por considerarla su válvula de escape de lo monótono y plano del vasto interior de Australia. A diferencia de sus hermanos, tenía sed de conocimientos y eso lo llevó a seguir cursos por correspondencia como complemento de la escasa enseñanza que se impartía en su pueblo. Sus estudios desembocaron en la Facultad de Medicina. A partir de ese momento, jamás miró hacia atrás ni toleró ningún obstáculo. Cuando alguien se cruzaba en su camino, lo pisoteaba.

- ¿Qué hay? -preguntó Ned al trasponer la puerta.

Detrás de él estaba Willy Tong, un chino menudo pero musculoso. Ned cerró la puerta de una patada y se sentó en el brazo de un sillón. No era un hombre corpulento, pero traslucía un físico musculoso y fuerte debajo de su camisa y corbata. En la manga tenía cosido el logotipo del departamento de seguridad de la clínica. El bronceado de su cara era tan intenso que le había conferido una textura correosa. Daba la sensación de haber pasado sus treinta y ocho años de vida bajo el sol del desierto. Sobre el ojo izquierdo tenía la cicatriz de una pelea con navajas en una taberna. La discusión la suscitó una jarra de cerveza.

A Lester lo mortificaba tener que recurrir a hombres así.

Era una lata verse obligado a tratar con tipos como Ned Kelly.

Librodot

Sin embargo, de vez en cuando resultaba necesario, como ocurría ahora. Lester había conocido a Ned de forma pura mente accidental cuando cursaba el último año en la Facultad de Medicina. Ned se presentó en el hospital de la universidad con una de sus muchas heridas de bala. Durante el curso de su recuperación, se hicieron amigos. A lo largo de los años, Lester empleó a Ned para distintos proyectos, que culminaron en emplearlo como jefe del departamento de seguridad de la clínica.

-Hay un par de mujeres interesadas en ese artículo de Williams -indicó Lester -. El mismo artículo que atrajo aquí a aquel ginecólogo de Los Angeles. ¿Te acuerdas? Fue hace alrededor de un año.

- ¡Cómo olvidarlo! -contestó Ned con una sonrisa siniestra -. Era ese pobre tipo que tuvo aquel espantoso accidente de coche. ¿Lo recuerdas, Willy?

Los ojos de Willy se empequeñecieron cuando en su rostro se dibujó una ancha sonrisa.

-Esas mujeres comentaron que pensaban buscar a Williams -siguió Lester -. No quiero que eso ocurra.

-Deberías haber dejado que me ocupara de Williams en aquel momento -alegó Ned -. Nos habría ahorrado muchos problemas.

-En aquel momento estaba demasiado en el candelero -explicó Lester -. Pero no nos preocupemos de eso ahora.

Ahora debemos ocuparnos de esas mujeres. Quiero que se haga algo, y quiero que se haga antes de que obtengan más información sobre la salpingitis tuberculosa.

-Sería lo mejor -respondió Lester -. De lo contrario habría una investigación, que yo preferiría evitar. Pero ¿puedes arreglar que parezca un accidente cuando las personas involucradas son dos?

-Es más difícil -reconoció Ned -, pero no imposible. Será sencillo si alquilan un coche. Las yanquis son un desastre cuando tienen que conducir un vehículo por la izquierda.

-Se echó a reír -. Me recuerda a aquel ginecólogo. Casi se mató sin necesidad de que lo ayudáramos.

-Las mujeres se llaman Marissa Blumenthal y Wendy Wilson -indicó Lester.

Escribió los nombres en un papel que le entregó a Ned.

- ¿Dónde se alojan? -preguntó Ned.

-No lo sé -contestó Lester -. Lo único que sí sé es que planean ir a la barrera de coral.

- ¡No me digas! -exclamó Ned, muy interesado -. Esa información nos puede venir muy bien. ¿No sabes cuándo piensan ir?

-No -explicó Lester -. Pero no esperes demasiado. Quiero que hagas algo pronto. ¿Has entendido?

-Empezaremos a llamar a los hoteles en cuanto lleguemos abajo -repuso Ned -. Será divertido. Como ir al chaparral y disparar contra los canguros.

-Perdón -se excusó en voz baja Marissa -. Soy la doctora Blumenthal y ésta es la doctora Wilson. -Wendy saludó con la cabeza.

Estaban paradas junto al mostrador principal de la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Queensland. Habían ido en taxi a Santa Lucía, donde se alzaba la universidad, y cuando le preguntaron al taxista si sabía dónde se encontraba la biblioteca de la Facultad de Medicina, su respuesta fue dar la

vuelta y encaminarse de nuevo hacia Herston. Resultó que la Facultad de Medicina estaba a corta distancia de la FCA.

-Somos estadounidenses -le aclaró Marissa al hombre que detrás del escritorio de la biblioteca. Nos preguntábamos si podríamos usar estas instalaciones.

-No veo por qué no -respondió el hombre -. Pero sería mejor que lo consultaran en la oficina que está al fondo del pasillo. Pregunten por la señora Pierce, la bibliotecaria.

Marissa y Wendy echaron a andar por el corredor y entraron en la oficina de administración.

-Por supuesto que sí -fue la respuesta de la señora Pierce a la petición de las dos -. Tendremos mucho gusto en que utilicen el material que tenemos en la biblioteca. Eso sí, no les estará permitido sacarlo.

-Por supuesto -aceptó Marissa.

- ¿Puedo ayudarlas en algo? -se ofreció la señora Pierce -. No recibimos visitas de Boston todos los días.

-Tal vez sí -repuso Marissa -. Esta mañana tuvimos la suerte de que nos mostraran las instalaciones de la clínica FCA. Y confieso que quedamos muy impresionadas.

-En Brisbane nos sentimos muy orgullosos de esa clínica -explicó la señora Pierce.

-Y con razón -convino Marissa -. Lo que quisiéramos es leer algunos de los trabajos actuales. Supongo que en ese lugar publican bastante material.

-Ya lo creo que sí -respondió la señora Pierce -. Han sido nuestros líderes aquí, en Australia, en lo referente a tecnologías de reproducción asistida. Además, contribuyen con mucha generosidad a la Facultad de Medicina; tenemos mucho material de ellos.

-También nos interesa ponernos en contacto con cierto patólogo australiano -alegó Wendy -. Su nombre es Tristan Williams. Tenemos la separata de uno de sus trabajos que apareció en una revista médica australiana. Quisiéramos averiguar si ha escrito después otros trabajos.

-Y, por encima de todo, nos gustaría localizarlo -añadió expectante Marissa -. A lo mejor a usted se le ocurre cómo podríamos lograrlo.

- ¿En el artículo no figura dónde ejercía en ese momento?-preguntó la señora Pierce.

-Sí, en la clínica FCA -respondió Wendy -; pero eso fue dos años, ya dejó la institución. Preguntamos en la clínica, pero nadie tenía su dirección.

-Tenemos una publicación anual de la Sociedad de Patología -explicó la señora Pierce -. Contiene el nombre de todos los patólogos afiliados a la universidad y a los hospitales. Creo que lo mejor sería empezar por ahí. ¿Por qué no me acompañan? Les mostraré dónde están nuestras salas de ficheros bibliográficos y de publicaciones.

Marissa y Wendy siguieron a la señora Pierce. La mujer era muy llamativa: tenía el pelo de un color rojo llameante y era bastante alta, sobre todo en comparación con Marissa y Wendy. Las tres mujeres bajaron por una escalinata de caracol que conducía a la planta baja. La señora Pierce caminaba a paso vivo. Marissa y Wendy tuvieron que darse prisa para no quedar rezagadas.

La señora Pierce se agachó frente a un grupo de pantallas de ordenador.

-Aquí están las terminales para buscar bibliografía.

Creo que será la forma más sencilla de encontrar los últimos artículos del doctor Williams.

Librodot

La señora Pierce abandonó el sector de informática y se acercó a una serie de estantes bajos con libros. Sacó un volumen encuadernado con tapas oscuras de un estante y se lo entregó a Wendy.

-Esta es la publicación de la Sociedad de Patología. Es la mejor manera de localizar a un patólogo, por lo menos en relación con sus asociaciones profesionales.

La señora Pierce se alejó rápidamente de los estantes y echó a andar con paso firme por la estancia. Marissa y Wendy se apresuraron a seguirla.

-Seguro que los fines de semana se dedica a intervenir en triatlones -farfulló Wendy, casi sin aliento.

La señora Pierce las condujo a otro rincón de la sala de publicaciones.

-Esta sección -explicó mientras abarcaba el lugar con un amplio movimiento del brazo -está dedicada a los artículos relativos a la FCA, así que supongo que esto las mantendrá ocupadas un buen rato. Si necesitan algo mas, por favor acudan a verme a mi oficina.

Marissa y Wendy se lo agradecieron, y la señora Pierce dejó que se arreglaran por sí solas.

-Muy bien, ¿por dónde empezamos? -preguntó Wendy.

-Busca a Williams en el libro que tienes en la mano -sugirió Marissa -. Si por casualidad dice que se ha ido a Perth, te juro que gritaré. ¿Sabías que eso queda a más de tres mil kilómetros de aquí?

Wendy apoyó el libro sobre uno de los estantes con publicaciones y buscó en la W. No figuraba ningún Tristan Williams.

-Por lo menos no está en Perth -alegó Wendy.

-Parece que el doctor Charles Lester nos dijo la verdad -comentó Marissa.

- ¿Lo dudabas? -inquirió Wendy.

-En realidad, no -fue la respuesta de Marissa -. Habría sido demasiado sencillo para nosotras verificarlo.

-Paseó la mirada por los estantes -. Echemos un vistazo a este material de la FCA.

Durante la siguiente hora, Marissa y Wendy se enfrascaron en artículos que abarcaban una amplia gama de temas relacionados con técnicas de reproducción asistida. El alcance y la amplitud de la investigación de la FCA les resultó tan impresionante como la clínica misma. Muy pronto se hizo evidente que esa institución había desempeñado un papel pionero en la investigación sobre la fertilidad y la vida fetal, sobre todo en lo referente al empleo de tejido fetal para el tratamiento de enfermedades degenerativas y metabólicas.

Se limitaron a hojear o a mirar por encima la mayor parte de los artículos. Seleccionaron los que tenían que ver con fecundación in vitro. Cuando terminaron de pasar revista a todo el material, se concentraron en los artículos que habían seleccionado previamente.

-Estoy maravillada pero al mismo tiempo confundida -comentó Wendy al cabo de media hora -. Debo estar pasando algo por alto.

-A mí me pasa lo mismo -explicó Marissa -. Cuando uno lee estos artículos uno tras otro, muestran que el porcentaje de fertilidad viene actualizada en ciclo de un año. Como, por ejemplo, que la tasa de éxito en cinco ciclos subió del veinte por ciento en 1983 a casi el sesenta por ciento en 1987.

-Exactamente -convino Wendy -. Pero ¿qué pasó en I988?

Quizá sea un error de imprenta.

-No puede ser un error de imprenta -repuso Marissa, arrojando un papel sobre el regazo de Wendy -. Mira los datos del año 1989.

Wendy estudió las cifras.

Librodot

-Resulta extremadamente curioso que ni siquiera hayan calculado el índice de embarazos por ciclo, después de haberse tomado el trabajo de hacerlo durante todos los años anteriores -comentó.

-Es un cálculo sencillo -replicó Marissa -. Hazlo tú misma por cinco ciclos.

Wendy sacó un pedazo de papel de la cartera y realizó la división.

-Tienes razón -replicó cuando hubo terminado -. Es la misma que en I988 y, mucho peor si se la compara con I987.

Menos del diez por ciento. Algo anduvo mal.

-Sin embargo, mira el índice de embarazos por paciente -siguió Marissa -. Cambiaron el sistema de archivo. Ya no hablaron de embarazos por ciclo, sino por paciente. Y eso se incrementó tanto en I988 como en I989.

-Espera un momento -repuso Wendy -. No creo que eso sea posible. Quiero hacer un gráfico con todo esto. Voy a ver si encuentro papel.

Se acercó al escritorio de fichas bibliográficas.

Mientras tanto, Marissa se concentró de nuevo en las cifras.

Tal como acababa de sugerir Wendy, no parecía posible que los porcentajes por ciclo disminuyeran al tiempo que los porcentajes por paciente se incrementaban. Y no sólo eso; el porcentaje de embarazos por paciente, en I988~ se acercaba al ochenta por ciento.

Wendy regresó con aire triunfal, con varias hojas de papel milimetrado. Se puso a trabajar y en seguida dibujó dos gráficos.

Después de estudiar brevemente su trabajo, empujó el papel sobre la mesa hacia Marissa.

-Hay algo que se nos pasó por alto -indicó -. No acabo de ver claro todo esto

Marissa examinó los gráficos trazados por Wendy, y tampoco ella le encontró sentido. Ver cómo esas curvas supuestamente relacionadas iban en direcciones contrarias parecía una .contradicción.

Lo más absurdo es que no pueden falsear las estadísticas -explicó Wendy -. Si las estuvieran manipulando, es obvio que no habrían permitido que el índice de éxitos por ciclo descendiera. No serían tan estúpidos como para hacer eso.

-No lo entiendo -insistió Marissa.

Le devolvió los gráficos a Wendy, que dobló los papeles y se los metió en la cartera.

-Dejémoslo para mañana y no pensemos más en el asunto -sugirió Wendy.

-Quizá tendríamos que regresar a la FCA y preguntarle al doctor Lester -propuso Marissa -. Pero primero veamos si nuestro Tristan Williams ha escrito más trabajos.

Después de devolver a su lugar todos los artículos de la FCA publicados en revistas, Marissa y Wendy se encaminaron a las terminales de ordenador que la señora Pierce les había mostrado. Wendy se instaló frente a una mientras Marissa se inclinaba por encima de su hombro. Sin mucha dificultad, Wendy consiguió que el ordenador realizara una búsqueda de todos los artículos escritos por Tristan Williams. Una vez que oprimió la tecla de ejecución, el ordenador tardó sólo unos segundos en mostrar en pantalla el resultado de la búsqueda.

Tristan Williams sólo tenía un artículo publicado, justamente el que ellas conocían.

-Eso es lo que yo llamo un tipo investigador -comentó.

-Me parece que te quedas corta -replicó Marissa -. Empiezo a sentirme .desalentada. ¿Alguna sugerencia?

-Desde luego que sí -respondió Wendy -. Vayamos a almorzar.

Librodot

Después de pedir consejo en el mostrador de información, fueron a la cafetería y compraron emparedados. Se los llevaron afuera y se instalaron en un banco debajo de un precioso árbol en flor de una especie que ninguna reconocía.

- ¿Crees que de veras vale la pena tratar de encontrar a ese tal Williams? -preguntó Wendy entre bocado y bocado -.

Después de todo, es posible que no valore nuestra búsqueda.

Parece que los hechos reflejados en su único trabajo fueron obra suya.

-Supongo que, a estas alturas, lo que me mueve es pura curiosidad -reconoció Marissa -. Tal vez deberíamos hacer un intento más. Llamemos a la Sociedad de Patología y preguntemos por él. Si no saben nada o si nos dicen que está en algún lugar remoto como Perth, nos daremos por vencidas. Esto empieza a parecerse a una persecución absurda.

- ¡Y entonces sí que empezaremos a divertirnos! -exclamó Wendy.

-De acuerdo -asintió Marissa.

Cuando terminaron de comer regresaron a la biblioteca y consultaron la publicación de la Sociedad de Patología en busca de la dirección y el número de teléfono público que había en la biblioteca. Contestó una telefonista jovial.

Cuando Marissa le informó del motivo de su llamada, pasó la comunicación a Marissa con una administradora llamada Shirley MeGovern.

-Lo siento muchísimo -repuso la señora MeGovern cuando Marissa repitió su pregunta -. Es norma de esta institución no proporcionar información sobre sus miembros.

-Entiendo -repuso Marissa -. Pero quizá puede decirme si es miembro de la sociedad.

La línea enmudeció por un instante.

-He venido desde Norteamérica -agregó Marissa -. Somos viejos amigos...

-Bueno... -replicó la señora MeGovern -, supongo que no hay problema en que le informe de que ya no es miembro de nuestra sociedad. Pero aparte de eso, no puedo decirle más.

Marissa colgó el auricular y le contó a Wendy lo poco que había averiguado.

-Aunque reconoció que había sido miembro de esa sociedad -añadió Marissa.

-Supongo que eso corrobora la historia del doctor Lester -repuso Wendy -. Terminemos ya con la búsqueda de ese sinvergüenza. Cuanto más pienso que publicó un trabajo ficticio, menos ganas tengo de hablar con él. Vayamos a bucear.

-Te propongo un trato -dijo Marissa -. Mientras estamos en el campus de la Facultad de Medicina, busquemos el departamento de antiguos alumnos y averigüemos si estudió aquí; si se parece a las nuestras, seguro que tendrán su última dirección para poder pedirle dinero. Si no lo conocen, nos daremos por vencidas.

-Trato hecho -aceptó Wendy.

El departamento de antiguos alumnos se encontraba en el primer piso del edificio principal de administración.

Era un lugar pequeño, en el que sólo trabajaban tres personas.

El director, un tal Alex Hammersmith, se mostró cordial y deseoso de ayudarlas.

-El nombre no me resulta conocido -explicó, en respuesta a la pregunta de ellas -, pero miraré en nuestra lista principal.

Encima del escritorio tenía una terminal de ordenador, en la que tecleó el nombre de Tristan Williams.

- ¿Cómo es que lo conocen? -preguntó, mientras introducía la orden de búsqueda en el ordenador.

Librodot

-Es un viejo amigo -repuso evasiva Marissa- Venimos a Australia casi sin planearlo de antemano, y después decidimos tratar de localizarlo para saludarlo.

-Ciertamente -convino el señor Hammersmith mientras observaba el monitor -. Aquí lo tenemos.

Sí, el señor Tristan Williams salió de aquí en 1979.

- ¿Por casualidad tiene su dirección actual? -preguntó Marissa.

Era la pista más alentadora que habían conseguido en el día.

-Sólo su dirección de trabajo -respondió el señor Hammersmith -. ¿Quieren que se la dé?

-Si fuese tan amable- dijo Marissa mientras le pedía a Wendy que le diera un trozo de papel.

Wendy le entregó otra hoja de papel milimetrado que sacó de la cartera.

-El doctor Williams está bastante cerca -siguió el señor Hammersmith -. A apenas algunas manzanas de distancia, en la clínica FCA. Se puede ir a pie.

Marissa suspiró. Le devolvió el papel a Wendy, junto con el lápiz.

-Ya hemos estado ahí -indicó -. Nos dijeron que se había marchado hacía dos años.

- ¡Caramba! -exclamó el señor Hammersmith -. Lo lamento muchísimo. Tratamos de tener al día nuestros archivos, pero no siempre lo conseguimos.

-Gracias por su ayuda -le dijo Marissa y se puso de pie -. Supongo que Tristan y yo estamos destinados a no encontrar nos nunca.

-Verdaderamente terrible -replicó el señor Hammersmith -. Pero aguarden un momento. Déjenme intentar otra cosa.

Volvió a sentarse frente al monitor y comenzó algo en el teclado.

- ¡Aquí lo tenemos! -exclamó con una sonrisa -. He revisado el registro de la facultad correspondiente al año de graduación, I979. Entre el personal tenemos tres personas licenciadas ese año. Mi consejo es que les pregunten a ellos sobre Tristan Williams. Estoy seguro de que alguno sabrá dónde esta.

Escribió los nombres de la facultad y sus respectivos departamentos y entregó la hoja a Marissa.

-Yo empezaría por el primero de la lista -sugirió el señor Hammersmith -. Durante un tiempo fue secretario del periódico de los antiguos alumnos. Trabaja en el departamento de anatomía, que está en el edificio justo frente a éste.

Si después de hablar con él y con los otros no han podido dar con Williams, vuelvan aquí. Tengo un par de ideas más que valdría la pena probar. Podría, por ejemplo, ponerme en con tacto con la Comisión de Seguros de Salud de Canberra, seguro que ellos tienen su dirección. Y, por supuesto, está también la Asociación Médica Australiana. Creo que tienen un banco de datos de todos los médicos, sean o no miembros de la asociación. Además de eso, está la Junta de Licencias del Estado. En realidad hay muchas formas de seguirle la pista.

-Ha sido usted muy amable -le felicitó Marissa.

-Buena suerte -dijo el señor Hammersmith -. A los australianos nos encanta que vengan a visitamos. Sería una pena que no se encontraran después de realizar un viaje tan largo.

Cuando estuvieron fuera del departamento de antiguos alumnos, Marissa detuvo a Wendy en la escalera.

- ¿No te importa que sigamos esta pista? -preguntó -. Sé que supera un poco el trato que hicimos.

-Ya que estamos aquí -contestó Wendy -, hagamos la prueba.

Marissa y Wendy no tuvieron problemas en encontrar el departamento de anatomía, donde preguntaron por el doctor Lawrence Spenser.

-Segundo piso -indicó una secretaria -. Anatomía general.

Librodot

Suele estar en el laboratorio por las tardes.

Mientras subían por la escalera, Wendy señaló: -El olor de este lugar comienza a despertar en mí malos recuerdos de mi época en la facultad. ¿Te gustó anatomía general en primer año?

-Más o menos -respondió Marissa.

-Yo detestaba esa asignatura -explicó Wendy -. El olor...Durante tres meses no pude sacármelo del pelo.

La puerta que conducía a la sala de anatomía general estaba entreabierta. Las mujeres escudriñaron por la abertura.

Había unas veinte mesas sobre las que descansaban voluminosas fundas de plástico. Hacia el fondo se veía a un único individuo, con delantal y guantes de goma. En aquel momento les daba la espalda.

- ¡Perdón! -gritó Marissa -. Estamos buscando a Lawrence Spenser.

Comparado con la gente que Marissa y Wendy habían estado viendo, parecía pálido.

-Lo han encontrado -afirmó el hombre con una sonrisa ¿Qué puedo hacer por ustedes?

-Nos gustaría formularle algunas preguntas -contestó Marissa en voz muy alta para que la oyera.

-Bueno, es un poco difícil conversar a esta distancia -dijo Spenser -. Entren.

Marissa y Wendy entraron y se abrieron paso entre las mesas cubiertas. Las dos mujeres sabían perfectamente que aquellas fundas de plástico ocultaban cadáveres. Wendy trató de respirar por la boca para no sentir tanto el olor a formol.

-Bienvenidas a anatomía general -saludó Spenser -. Me temo que no suelo recibir muchas visitas.

Wendy retrocedió al ver sobre qué estaba trabajando Spenser. Era el torso de un cadáver, seccionado a nivel del ombligo.

Tenía los ojos entreabiertos, la boca también abierta apenas en una mueca siniestra que mostraba los extremos de unos dientes amarillentos. La piel de la mejilla izquierda había sido disecada y revelaba el recorrido del músculo facial.

Al seguir la mirada de Wendy, Spenser indicó: -Lamento la presencia de Archibald. Últimamente no se ha encontrado muy bien.

-Venimos de la oficina de antiguos alumnos -explicó Marissa.

-Lo siento -dijo Wendy, interrumpiéndola -. Creo que esperaré afuera.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia el vestíbulo.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó Marissa.

-Estaré muy bien -repuso Wendy y movió la mano -. Tómate tu tiempo; te esperaré fuera.

Marissa se dirigió a Spenser y alegó: -La anatomía nunca fue su asignatura predilecta.

-Lo lamento -se excusó Spenser -. Cuando uno hace esto todos los días, olvida el efecto que puede causar a los demás.

-Volviendo a lo que le decía -prosiguió Marissa -. Estuvimos hablando con el señor Hammersmith y nos dio su nombre. Somos doctoras en Estados Unidos. Estamos buscando a Tristan Williams. El señor Hammersmith explicó que quizá lo conociese usted porque se licenciaron juntos.

-Por supuesto que conozco a Tris -repuso Spenser -. De hecho, hablé con él hace alrededor de seis meses. ¿Por qué lo buscan?

-Somos viejos amigos -contestó Marissa -. Y como estábamos en Brisbane queríamos saludarlo. Pero nos dijeron que ya no trabaja en la FCA.

Librodot

-Y no se fue precisamente en las circunstancias más favorables -siguió Spenser -. El pobre Tris ha pasado por momentos difíciles, pero ahora las cosas le van mejor. Creo que, en realidad, se siente bastante feliz donde está.

- ¿Sigue en la zona de Brisbane? -preguntó Marissa.

- ¡Diablos, no! -respondió Spenser -. Está en Nunca Jamás.

- ¿Nunca Jamás? -preguntó Marissa -. ¿Es una ciudad?

Spenser se rió con ganas.

-En absoluto -replicó -. Es una expresión australiana que se refiere a las llanuras áridas del interior de Australia. Tris trabaja como médico general en el Servicio Médico Aéreo, en las afueras de Charleville.

- ¿Queda lejos de aquí? -preguntó Marissa.

-En Australia todo queda lejos -contestó Spenser -. Es un país grande y la mayor parte de su territorio parece un desierto. Charleville queda a más de seiscientos kilómetros de Brisbane. Desde allí, Tris vuela a Betoota Hotel, Windorah, Cunnamulla, y lugares así, olvidados de la mano de Dios, para visitar establecimientos ganaderos aislados. Tengo entendido que permanece fuera varias semanas cada vez. Hace falta un hombre especial para esa clase de trabajo. Confieso que lo admiro. Yo no podría hacerlo, sobre todo después de vivir en la ciudad.

- ¿Es difícil llegar allá? -preguntó Marissa.

-No es difícil llegar a Charleville -respondió Spenser -.

Hay un camino asfaltado que llega allí. Y también es posible ir en avión. Pero más allá de Charleville el camino se deteriorado.

-Gracias por brindarme su tiempo -replicó Marissa Aprecio muchísimo su ayuda.

En realidad, se sentía deprimida por la información recibida. Todo parecía indicar que cuanto más cerca estaba de averiguar algo sobre Tristan Williams, más se alejaba él.

-Me complace haberle servido de algo -se alegró Spenser -. Si yo fuera usted, me olvidaría de esa zona y de Tris.

En cambio, me iría hacia la Costa del Oro y disfrutaría de sus playas, como hacen los australianos. No se sabe lo que significa la desolación hasta que se ha visto algo de la llanura desértica australiana.

Después de intercambiar unas despedidas, Marissa salió de la sala. Encontró a Wendy sentada en la escalinata delantera del edificio.

- ¿Estás bien? -preguntó Marissa, sentándose junto a su amiga.

-Ahora sí -contestó Wendy -. Siento haberte abandonado.

Quién diría que a estas alturas no podría soportarlo.

-Me alegra que hayas tenido sentido común para irte -re conoció Marissa -. Y lamento haberte obligado a eso. Pero hemos encontrado a Tristan Williams.

- ¡Eureka! -exclamó Wendy -. ¿Está cerca?

-Todo es relativo -respondió Marissa -. No está en Perth, sino en alguna parte de la zona desértica del interior del país.

Al parecer ha abandonado la patología, o la patología lo ha abandonado a él. Trabaja como clínico y va en avión a estable cimientos ganaderos aislados.

-Suena romántico para alguien que falsificó datos para un artículo publicado en una revista médica.

Marissa asintió.

-Su lugar de residencia es una ciudad llamada Charleville, que queda a más de seiscientos kilómetros de aquí. Pero a veces se ausenta semanas enteras. Creo que sería muy difícil seguirle la pista. ¿Qué opinas tú?

-Me parece demasiado esfuerzo para un resultado dudoso.

Librodot

Pero pensémoslo mejor. Mientras tanto, nos merecemos un nos sentiremos más entusiastas.

-Muy bien -asintió Marissa poniéndose en pie -. Has sido muy paciente conmigo. Vamos a ver cuán imponente es la Barrera de Arrecifes.

Cogieron un taxi frente al edificio de la administración y regresaron al hotel. Allí recogieron sus cheques de viaje y acudieron a la agencia que Wendy había visitado el día anterior.

No hubo problema en conseguir transporte en avión para el día siguiente, aunque fuera fin de semana. Pudieron reservar una habitación en el Hamilton Island Resort. El agente incluso llamó por teléfono al hotel para asegurarse de que les darían una habitación con vistas al mar.

- ¿Cuál es la mejor manera de organizar un día de buceo?-preguntó Wendy cuando el agente terminó de hablar por teléfono.

-Pueden dejar que el hotel les arregle la excursión -explicó el agente -. Eso es lo más sencillo. Pero si quieren que les diga la verdad, yo esperaría hasta llegar allá y encontrar el barco que les guste. Es una dársena bastante grande, y hay muchos barcos para buceo y pesca. Es temporada baja, así que podrán regatear. Opino que conseguirán mejor trato.

Wendy cogió los pasajes y los folletos.

-Suena fantástico -exclamó -. Gracias por su ayuda.

-Encantado de poder ayudarlas -replicó el agente -. Pero hay algo que debo advertirles.

El corazón de Marissa pareció detenerse un instante. Ya le preocupaba bastante el hecho de bucear en profundidades desconocidas.

- ¿De qué se trata? -preguntó Wendy.

-El sol -explicó el agente de viajes -. Asegúrense de untar se con muchos bronceadores.

Marissa se echó a reír.

-Gracias por la advertencia -repuso Wendy.

Cogió a Marissa del brazo y se encaminó hacia la puerta.

- ¿Qué puedo hacer por usted? -preguntó el agente, dirigiéndose al siguiente cliente.

Era un individuo australiano de tez correosa. Había estado hojeando los folletos para excursiones a Europa de un exhibidor colocado a la derecha del escritorio del agente, mientras las mujeres norteamericanas hacían sus planes.

Cuando ellas entraron en la agencia, pensó que los tres iban juntos.

-Necesito dos pasajes de ida y vuelta a la isla Hamilton. A nombre de Edmund Stewart y Willy Tong.

- ¿Quiere que les haga reservas en algún hotel? -preguntó el agente.

-No, gracias -respondió Ned -. Nosotros nos ocuparemos de eso cuando lleguemos allá.

7 DE ABRIL DE 1990 1.40 p.m.

Apretando la nariz contra la ventanilla del avión de la compañía Ansett, Marissa observaba la enorme extensión de mar algunos miles de metros más abajo. Desde el momento del despegue, a la una menos veinte, estuvieron sobre el agua. Al principio, el océano era de un azul oscuro, del color de los zafiros. Pero, a medida que el viaje proseguía, el color cambiaba, convirtiéndose en un turquesa

Librodot

vivo. Ya alcanzaban a ver los variados tonos del coral debajo del agua. El vuelo las transportaba sobre un tapiz de bajíos, atolones, islotes de coral y auténticas islas continentales.

Wendy estaba excitadísima. Se había comprado una guía de turismo en el aeropuerto y le leía fragmentos a Marissa, que no se decidía a decirle que en aquel momento no podía concentrarse y escucharla. Porque no dejaba de preguntarse qué demonios hacía volando sobre las costas de Australia.

Como no habían adelantado nada en su búsqueda de una información que pudiera explicar los orígenes de la infertilidad de ambas, Marissa empezó a poner seriamente en tela de juicio lo sensato de aquel viaje. Tal vez debería haberse quedado en su casa e intentado poner en orden su vida. Se preguntó qué estaría haciendo Robert, y qué efecto habría tenido su partida en relación con su conducta. Si estaba teniendo una aventura con Donna, entonces abandonarlo así, repentinamente, era como darle carta blanca para seguir adelante. Si, en cambio, se trataba de algo más profundo, Marissa se preguntó si su abrupta partida no hubiese empujado a Robert en los brazos de Donna.

-La Gran Barrera de Arrecifes de Australia ha tardado veinticinco millones de años en formarse -leyó Wendy -, y existen allí por lo menos trescientas cincuenta especies diferentes de coral, así como mil quinientas especies de peces tropicales.

-Wendy -intervino por fin Marissa -, tal vez sería mejor que lo leyeras para ti. Esa clase de estadísticas no se me quedan en la cabeza a menos que las lea con mis propios ojos.

- ¡Espera un momento! -siguió Wendy, sin prestar atención a la indirecta -. Aquí hay algo que seguro te interesará.

La visibilidad del agua puede llegar a sesenta metros.

-Miró a Marissa -. Resulta increíble. ¿No te parece asombroso?

¿No estás impaciente por encontrarte allí abajo?

Marissa se limitó a asentir con la cabeza.

Impertérrita, Wendy siguió leyendo en voz alta. Marissa volvió la cabeza hacia la ventanilla y se puso a contemplar el infinito océano Pacífico. Una vez más pensó en Robert, a medio mundo de distancia.

Por fortuna, los pensamientos de Marissa y la lectura de Wendy fueron interrumpidos por un anuncio. El capitán informaba de que se aproximaban a la isla Hamilton y estaban a punto de aterrizar. Pocos minutos después, el avión tocaba tierra.

La isla era un paraíso tropical. Aunque Marissa y Wendy se sorprendieron al ver edificios muy altos, el resto de la isla era acorde con sus expectativas. La vegetación lucía un color verde vivo, con muchas flores deslumbrantes. La arena de las playas era de un blanco refulgente, y el agua constituía una permanente invitación a meterse en ella.

Registrarse en el hotel no presentó ningún problema; la habitación con vistas al mar ya estaba preparada para ellas. La piscina del hotel en forma de laguna tentó a Marissa, pero Wendy insistió en ir directamente al puerto a alquilar un barco y hacer los arreglos necesarios para la excursión de buceo del día siguiente. Se ofreció a ir sola, pero Marissa se sintió obligada a acompañarla.

El muelle era muy amplio. Allí se encontraban amarrados varios cientos de barcos de todos los tamaños y características, y todavía había lugar para más. Abundaban los carteles ofreciendo excursiones de pesca y de buceo. El enorme tablero de anuncios de la tienda de artículos navales estaba lleno. Pero a Wendy no la satisfizo la información que contenía. En cambio, insistió en que caminaran por el muelle para examinar ellas mismas las embarcaciones.

Librodot

Marissa la siguió, disfrutando más de los alrededores que de los barcos. Era un día magnífico. Un sol intenso y tropical brillaba con intensidad en medio de un cielo muy azul. Grandes nubes altas punteaban el horizonte. Hacia el norte, a lo lejos, un grupo de nubarrones oscuros se apelotonaban, sugiriendo la amenaza de una tormenta con aparato eléctrico.

-Aquí hay uno bueno -indicó Wendy.

Se detuvo frente al amarradero de uno de los barcos más grandes.

El nombre pintado en el yugo de popa era Oz. Era un yate de motor con camarotes, pintado de blanco, con una parte baja de popa espaciosa, donde se encontraban montados varios asientos giratorios para pesca de altura. Contra el mamparo de proa se veía una larga fila de bombonas de buceo.

- ¿Por qué éste te parece mejor que los demás? -preguntó Marissa.

-Porque tiene una buena plataforma de buceo, justo al borde del agua -respondió Wendy, señalando una estructura de madera que colgaba del yugo de popa -. Además, parece tener un compresor a bordo. Eso quiere decir que pueden cargar sus propias bombonas de buceo. Y tiene unos quince metros de eslora, así que debe de navegar de forma serena y estable.

-Ajá -exclamó Marissa.

Le impresionaba que Wendy supiera tanto de esas cosas.

Estaba en buenas manos.

- ¿A las señoras les interesa bucear o pescar? -preguntó un hombre barbudo.

-Depende- contestó Wendy- ¿Cual es precio para una excursión de buceo de todo un día?

-Suban a bordo y lo discutiremos -propuso el hombre -. Mi nombre es Rafe Murray. Soy el capitán de ese barco.

Con paso seguro, Wendy avanzó por las dos planchadas de sesenta centímetros de ancho que separaban las amarras de la embarcación y saltó hacia la borda del Oz Y en seguida bajó a la cubierta del barco.

Marissa trató de aparentar la misma seguridad, pero dudó, con un pie en el muelle y el otro en el barco. El capitán le dio la mano para sostenerla y entonces ella pudo bajar a cubierta.

Un hombre más joven, apuesto y musculoso, salió de la cabina. Sonrió e inclinó su gorra australiana hacia las dos mujeres.

-Este es mi primer oficial y profesor de buceo, Gin Jones -explicó el capitán -. Conoce los arrecifes como la palma de la mano, se lo puedo asegurar.

Wendy le preguntó si podían recorrer el barco. Una vez satisfecha, se sentó en la cabina con el capitán y se puso a regatearle el precio de la excursión de buceo de todo el día.

Marissa no conocía esa faceta de su amiga.

Finalmente llegaron a un acuerdo y Wendy y Rafe se estrecharon las manos. Entonces el capitán les preguntó si no deseaban beber un poco de cerveza.

Después de la cerveza, Marissa y Wendy subieron a la borda y saltaron al muelle. Wynn le dio la mano a Marissa para asegurarse de que lo lograba con toda facilidad.

-Malditas yanquis -farfulló el capitán cuando Wynn se reunió con él en la cabina -. Esa mujer me hizo rebajar tanto el precio que apenas cubrirá el costo del combustible.

-Hace cuatro días que no salimos -le recordó Wynn -. Iremos al arrecife más cercano y les mostraremos coral muerto.

Se lo tienen merecido.

- ¡Hola! -llamó una voz.

- ¿Y ahora, qué? -dijo Rafe y entornó los ojos para mirar por la puerta de la cabina -. Me parece que las cosas están mejorando para nosotros. Creo que tenemos un japonés o chino.

Rafe y Wynn salieron al sol de la tarde.

- ¿Qué puedo hacer por usted, señor? -le gritó Rafe al hombre que estaba en el muelle.

¿Está disponible mañana? -preguntó el hombre.

¿Qué tiene pensado? -preguntó Rafe.

Siempre podía olvidar lo convenido con las mujeres.

-Quiero salir a pescar a la pared exterior del arrecife -explicó el hombre.

-Estamos a su disposición -repuso Rafe -. Pero eso queda a cuarenta millas náuticas. Le costará un poco más.

-Puedo pagar lo que sea -replicó el hombre -. Pero no me gustan las multitudes. ¿Tiene muchos pasajeros para mañana?

Rafe levantó las cejas en dirección a Wynn, tratando de decidir la respuesta. No quería perderse el dinero de aquel chino, pero tampoco el de las yanquis.

Wynn se encogió de hombros.

-Acabamos de hacer un trato con un par de señoras que quieren bucear un poco -explicó Rafe -. Pero siempre puedo cancelar el compromiso.

-Dos señoras no me molestarán para pescar -siguió el hombre -. Pero deje las cosas así. No coja más pasajeros.

-No tengo inconveniente -repuso Rafe, tratando de disimular su excitación -. Venga a bordo y haremos todos los arreglos que sean necesarios. Para un viaje de un día al arrecife exterior necesitaremos algún adelanto de dinero.

El chino saltó a cubierta.

-Me llamo Harry Wong -se presentó -. En este momento no tengo mucho tiempo. ¿Le parece bien doscientos dólares como reserva del barco?

Abrió la billetera y sacó el dinero.

Rafe cogió los billetes.

-Muy bien -replicó -. ¿A qué hora quiere partir?

-A las ocho -respondió el hombre -. Pero es posible que quiera dormir un rato hasta que lleguemos al arrecife exterior. ¿Tiene un camarote?

-Si, el principal.

El chino sonrió.

-Lo veré a las ocho -dijo, y saltó al muelle.

Después se alejó a buen paso.

Willy Tong estaba complacido. Sabía que también lo estaría Ned Kelly. El único punto débil del plan había sido conseguir que las mujeres fueran al arrecife exterior. Ahora eso parecía solucionado. Entró en El Cangrejo, una taberna junto al muelle, y pidió una cerveza. Antes de que hubiera terminado de beberla apareció Ned.

- ¿Cómo fue todo, compañero? -preguntó Ned al instalarse en un taburete frente al mostrador del bar.

-Mejor, imposible -contestó Willy, y pasó a contarle a Ned los detalles de lo ocurrido.

- ¡Fantástico! -exclamó Ned -. Yo tampoco tuve problemas. Alquilé uno de esos barcos deportivos con un motor tan poderoso como para remolcar un petrolero de gran capacidad.

Vamos, termina tu cerveza. Tenemos que ir a comprar la carnada. Mucha carnada.

El Hamilton Island Resort tenía tantos restaurantes étnicos para elegir que a Marissa y Wendy les costó decidirse por uno.

Librodot

Terminaron escogiendo el polinesio, pensando que sería lo más parecido a la comida local. Para ambientarse se habían comprado unos sarongs con estampado floreado en la tienda del hotel.

Después de concluir con los arreglos para la excursión de buceo del día siguiente, Marissa y Wendy habían pasado el resto de la tarde junto a la piscina, disfrutando de ese cálido sol tropical. Aunque el lugar no estaba repleto, sí había suficientes adoradores del sol como para hacer que resultara interesante observar a los turistas. Incluso entablaron conversación con varios hombres solos a quienes maravilló descubrir que ellas procedían de Boston.

A Marissa le sorprendió que tantos australianos hubieran visitado Estados Unidos. Muchos habían viajado al mismo de vacaciones que tenían todos los años sin duda representaban un verdadero regalo para los más inquietos y temerarios.

-Pidamos champaña para celebrar que estamos aquí -sugirió Wendy -. Estoy tan excitada por lo de mañana, que no me aguanto.

La comida fue "interesante", como la definiera Wendy, pero el cerdo no era la comida preferida de Marissa. Y que les sirvieran la comida en enormes hojas tropicales no contribuyó a aumentar su apetito.

Mientras aguardaban el postre, Marissa miró a Wendy.

- ¿Has estado pensando mucho en Gustave? -le preguntó.

-Por supuesto -contestó Wendy -. Me resultaría muy difícil no hacerlo, aunque te aseguro que lo intento. ¿Y tú?

¿Piensas mucho en Robert?

Marissa se vio obligada a admitirlo.

-Empecé a pensar en él en el avión -reconoció -. ¿Crees que debería llamarlo por teléfono? Quizá exageré las cosas con respecto a Donna.

-Ve y llámalo -aconsejó Wendy -. Si tienes ganas, debes hacerlo. Tal vez yo debería llamar a Gustave.

Y les trajeron el postre. Se llamaba "Extravagancia de Coco". Las dos lo probaron. Wendy opinó que estaba "así, así". Dejó la cuchara en el plato y dijo: - No creo que merezca la pena el exceso de calorías.

Marissa se echó hacia delante.

-Wendy -señaló en voz baja -. Detrás de ti hay un individuo asiático que nos ha estado observando.

La reacción de Wendy fue volverse en su asiento.

- ¿Dónde? -preguntó.

Marissa la cogió del brazo.

-No mires -advirtió.

Wendy se colocó de nuevo frente a ella.

- ¿Por qué no debo mirar? ¿Cómo quieres que vea persona que dices si no miro?

- ¡Disimula un poco! -susurró Marissa -. Está a unas tres mesas detrás de ti, y lo acompaña un hombre de pelo oscuro cuya cara no alcanzo a ver. ¡Oh! El tipo del pelo oscuro esta mirando ahora hacia aquí -explicó Marissa.

Wendy no se contuvo más. Volvió a girarse. Después, miró a Marissa y alegó: - ¿Qué pasa? Les gustan nuestros nuevos sarongs.

-Hay algo en ese asiático que me intranquiliza -manifestó Marissa -. Es una reacción casi visceral.

- ¿Lo conoces? -preguntó Wendy.

-No -reconoció Marissa.

-Tal vez te recuerda a esos tipos de la Clínica de la Mujer.

-Puede ser -replicó Marissa.

Librodot

-Puede que sea de la República Popular China -apuntó Wendy -. Toda la gente que conozco que ha ido a China dicen que tienen la costumbre de mirar fijamente.

-Me está volviendo loca -adujo Marissa, y se obligó a mirar en otra dirección -. Si has terminado, vayámonos de aquí.

-He terminado -convino Wendy, y arrojó la servilleta sobre su "Extravagancia de Coco".

Al salir al exterior, Marissa levantó la vista, maravillada.

Jamás había visto estrellas semejantes a las que tapizaban el cielo púrpura y aterciopelado de la noche australiana.

Se preguntó por qué habría reaccionado así frente al individuo asiático. Al fin y al cabo, se encontraba a bastante distancia de ellas.

De vuelta en la habitación del hotel, Marissa se sentó en el borde de la cama y calculó qué hora sería en Estados Unidos.

-En Boston son las siete y cuarto de la mañana -indicó -. Hagamos las llamadas.

-Tú primero -dijo Wendy, y se recostó en su cama.

Con dedos temblorosos, Marissa marcó el número de su casa. Mientras oía la señal, trató de pensar qué diría.

A la cuarta llamada, supo que Robert no estaba en casa. Para asegurarse por completo dejó que el teléfono sonara diez veces más antes de colgar.

-El hijo de perra no está en casa -dijo Marissa -. Y nunca sale para la oficina antes de las ocho.

- ¡Demasiada casualidad! -exclamó Marissa -. Seguro que está con Donna.

-No saques conclusiones apresuradas -advirtió Wendy -. Lo más probable es que existan una serie de explicaciones válidas. Veamos cómo me va a mí.

Se sentó y marcó su número.

Marissa observó a Wendy mientras ésta aguardaba que contestaran. Por último, colgó el auricular.

-Gustave tampoco está en casa -concluyó -. Puede que estén desayunando juntos.

Intentó sonreír.

-Gustave es cirujano -señaló Marissa -. ¿A qué hora acostumbra salir hacia el hospital?

-A eso de las siete y media -respondió Wendy -. A menos que tenga una operación. Es cierto que en los últimos tiempos ha llevado a cabo muchas intervenciones quirúrgicas.

-Bueno, ahí lo tienes.

-Supongo que sí -aceptó Wendy, pero no pareció muy convencida.

-Salgamos a caminar un rato -propuso Marissa.

Se puso de pie y extendió la mano para ayudar a su amiga a levantarse. Juntas se encaminaron a la playa. Durante un rato, ninguna de las dos habló.

-Tengo un mal presentimiento con respecto a mi matrimonio -declaró por fin Marissa -. Últimamente Robert y yo parecemos verlo todo con una óptica diferente. No es sólo lo de Donna.

Wendy asintió.

-Y yo debo confesar que esto de la infertilidad nos ha provocado mucha tensión a Gustave y a mí.

Marissa suspiró.

- ¡Y pensar en todas las promesas con que comenzó nuestra relación...!

Las dos mujeres se detuvieron. Los ojos de ambas se habían adaptado a la oscuridad. Delante de ellas vieron la silueta de una pareja abrazada.

Librodot

-Me hace sentir nostálgica -alegó Wendy -. Y triste.

Pasearon un rato de camino hacia el hotel. Allí, se cruzaron con una pareja que empujaba un cochecito con un niño que lloraba. Tanto el hombre como la mujer estaban concentrados en mirar los escaparates y no prestaban atención a su hijo.

- ¡Qué barbaridad! ¡Traer a una criatura a una isla como ésta! -exclamó Wendy -. Seguro que el pobrecito ha cogido una insolación.

-Me parece espantoso que tengan levantado a un niño hasta esta hora de la noche -añadió Marissa con idéntica vehemencia -. Es evidente que la criatura está muerta de cansancio.

Marissa intercambió una mirada con Wendy. Las dos sonrieron y después sacudieron la cabeza.

-La envidia es algo terrible -comentó Wendy.

-Por lo menos admitimos que es envidia -se mostró de acuerdo.

Wendy despertó a Marissa al amanecer y las dos tomaron un imponente desayuno inglés consistente en café, huevos, tocino y tostadas. Mientras comían, un inmenso sol tropical se elevó en un cielo sin nubes. Llegaron al barco un poco antes de las ocho y el capitán ya tenía los motores en marcha.

Después de arrojar a cubierta sus bolsas con los trajes de baño y otros adminículos, Wendy y Marissa subieron a bordo.

-Buenos días -les saludó Rafe - ¿Listas para la aventura?

-Ya lo creo -replicó Wendy.

- ¿Les importaría echarme una mano? -preguntó Rafe.

-En absoluto -contestó Wendy.

-Entonces suelten las amarras de popa cuando les dé un grito -explicó Rafe, y se encaminó a la cabina.

Wynn estaba ya en la proa en plenos preparativos. El sol brillaba en su espalda desnuda.

Marissa sintió que el barco se estremecía cuando aceleraron los motores. Wynn empezó a soltar las amarras de proa.

- ¡Muy bien, señoras mías! -gritó Rafe -. ¡Suelten los cabos!

Con un estremecimiento, la embarcación se alejó del fondeadero.

Hasta salir del puerto, Marissa y Wendy permanecieron en popa, observando la actividad en aquel alborotado muelle.

Cuando el barco llegó a mar abierto y el capitán incrementó la velocidad, pasaron a la cabina.

Wynn seguía en proa, apoyado contra uno de los dos botes neumáticos, fumando un cigarrillo. Marissa notó que usaba un gorro diferente, tan desafortunado como el del día anterior, pero con un adorno tipo red en la cinta como toque decorativo.

Marissa observó que en cubierta había algo que no estaba el día anterior: una jaula con gruesos barrotes de acero.

En la parte superior aparecía unida a los pescantes de proa por medio de un cable.

- ¿Para qué es eso? -preguntó Marissa a gritos por encima del rugido del motor, señalando a través del parabrisas.

-Es una jaula para tiburones -contestó Rafe, pendiente de una boya que se aproximaba.

- ¿Para qué demonios sirve? -preguntó Marissa.

Miró a Wendy, que se encogió de hombros.

-No vamos a ningún lugar con tiburones, ¿verdad? -le preguntó Wendy a Rafe.

- ¡Esto es el océano! -gritó Rafe -. Y los tiburones viven en el océano. Siempre existe la posibilidad de que se presente alguno. Pero no se preocupen. La jaula no es más que una precaución, sobre todo en el arrecife exterior, lugar al que llevo a dos damas muy afortunadas. Allí es donde están todos los peces y también los mejores corales. Hasta la visibilidad es mejor allí fuera.

-Yo no quiero ver ningún tiburón -gritó Marissa.

- ¡Lo más probable es que no los vea! -voceó Rafe en respuesta -. El que quiere que llevemos la jaula es Wynn.

Sólo por razones de seguridad. Es como un cinturón de seguridad.

Marissa acompañó a Wendy al salón y cerró la puerta detrás de ellas. De pronto disminuyó el golpeteo del motor.

- ¡Jaula para tiburones!- exclamó Marissa- ¿En qué nos estamos metiendo?

-¡Marissa, cálmate un poco! -repuso Wendy -. Lo que dijo el capitán es cierto. Hasta en Hawai he visto tiburones alguna vez. Pero no molestan a los buceadores. Creo que deberíamos alegrarnos de que estos tipos tengan una jaula para tiburones.

Significa que son muy precavidos.

-No te noto preocupada -observó Marissa.

-Es verdad, no estoy en absoluto preocupada -reconoció Wendy -. Vamos, no te pongas nerviosa. Te encantará, créeme.

Marissa estudió el rostro de su amiga. Era obvio que creía lo que estaba diciendo.

-Muy bien; si de veras me dices que no habrá peligro, trataré de calmarme. Ocurre simplemente que no me gusta nada la idea de los tiburones. Siempre he tenido una especie de fobia al mar que no he podido evitar, pero que, ciertamente, me hace estar alerta cuando estoy en él. Y, como te dije antes, no me gustan los animales resbaladizos y viscosos.

-Te garantizo que no tendrás que tocar ningún animal resbaladizo y viscoso -aseguró Wendy.

Marissa y Wendy sintieron que el barco daba un salto cuando aceleraron a fondo.

-Ven -sugirió Wendy -, subamos a cubierta y pasémoslo bien.

Contagiada por el entusiasmo de su amiga, Marissa la siguió a cubierta.

El barco enfilaba casi directamente hacia el este, en dirección al sol naciente. Al principio navegaban en unas aguas transparentes color turquesa, pero muy pronto comenzaron a pasar por encima del arrecife. Y entonces el agua se volvió de un azul más intenso.

Wendy pidió a Wynn que sacara el equipo de buceo para comprobarlo. Repasó con Marissa todos los aspectos técnicos para refrescar la memoria.

Concluida la tarea, Marissa y Wendy se instalaron en las sillas para la pesca de altura y disfrutaron de aquel espectáculo maravilloso.

-Muy pocas personas para un barco tan grande -comentó Wendy a Wynn cuando él se les unió.

-No estamos en temporada -explicó Wynn -. Si volvieran en septiembre u octubre, estaríamos repletos hasta la borda.

- ¿Esa época es mejor? -preguntó Wendy.

-El clima es más estable y regular -respondió Wynn -. A lo cual se suma que nunca hay olas. El mar siempre está en calma.

Justo en el momento en que Wynn mencionaba las olas, Marissa sintió que el barco cabeceaba contra una gran ola en formación.

-No creo que el tiempo pueda ser mejor que éste -aventuró Wendy.

Librodot

-Últimamente hemos tenido suerte -admitió Wynn -. Pero habrá oleaje en el arrecife exterior. Aunque no creo que sea muy fuerte.

- ¿Tenemos que avanzar mucho más? -preguntó Marissa.

Las islas Whitsunday no eran ya más que dos puntitos en el horizonte occidental. Marissa tuvo la impresión de que se dirigían al centro del mar del Coral. El hecho de encontrarse tan lejos de tierra reavivó su temor.

-Otra media hora -explicó Wynn en respuesta a su pregunta -. El arrecife exterior queda a unas cincuenta millas náuticas de la isla Hamilton, o sea, a alrededor de ochenta kilómetros.

Marissa asintió. Comenzaba a pensar que le entusiasmaba tanto la navegación como a Wendy las lecciones de anatomía general. Habría preferido mil veces bucear con tubo y así poder quedarse cerca de la costa.

Poco después de las diez, el capitán redujo la velocidad de las máquinas y envió a Wynn a proa. Les dijo a las mujeres que buscaba un canal especial para echar el ancla.

-Allí se practica el mejor buceo del mundo -les explicó.

Al cabo de media hora de búsqueda, Rafe le gritó a Wynn que soltara el ancla. Marissa observó que estaban entre dos enormes promontorios de coral, sobre los que se encrespaban las olas, que ahora eran de alrededor de un metro.

-El ancla está en el fondo -gritó Wynn.

Habían anclado el barco de manera que quedara mirando al noroeste, de cara al viento. Desde la popa, Marissa vio que estaban anclados a unos diez metros de la pared exterior del arrecife. El color del agua había cambiado bruscamente del verde esmeralda por encima del arrecife a un zafiro intenso más allá, en el océano.

Ahora que la embarcación ya no avanzaba, estaba más a merced del oleaje. Comenzó a cabecear por las olas que entraban en el canal, y al mismo tiempo rolaba por el golpe de las olas que se encrespaban sobre los promontorios coralinos.

Marissa empezó a marearse con ese movimiento fuerte e irregular. Sosteniéndose con una mano, se dio media vuelta y regresó junto a Wendy, sin soltar la barandilla.

- ¿Vamos a bucear aquí? -le preguntó Wendy a Rafe.

-Así es -contestó Rafe -. Que lo pasen bien. Pero no se aparten de Wynn, ¿entendido? Yo tengo trabajo en la sala de máquinas, así que sólo serán ustedes tres. No se les ocurra salir a nadar solas.

-Baja la jaula antes de ir Wynn.

-Sí, claro. Casi lo olvido.

-Ven, pongámonos el traje de baño -sugirió Wendy a Marissa.

Le alcanzó su bolso y las dos bajaron.

A Marissa le impresionó lo cómoda que se sentía Wendy en el mar. Avanzó por cubierta con tanta naturalidad como si estuvieran en tierra.

Después de pasar por el salón, Wendy entró en uno de los camarotes. Marissa probó la puerta del que estaba enfrente, pero al ver que estaba cerrado, probó otro. Estaba abierto y entró.

En ese espacio estrecho, a Marissa le costó bastante quitarse la ropa y ponerse el traje de baño. Cuando salió, sentía incluso más náuseas que antes de bajar al camarote. Sin duda el leve olor a combustible había contribuido a ello. Al volver a cubierta se sintió un poco mejor, aunque no demasiado.

Espero que una vez que estuviera en el agua esa sensación se le pasara.

Cuando Marissa se reunió con ella. Wynn la ayudaba.

Librodot

Un terrible crujido metálico fue el resultado del intento de Rafe de desplazar la jaula para tiburones. Marissa observó cómo se levantaba sobre cubierta y después se balanceaba a estribor. Cayó al agua con un zumbido agudísimo.

Cuando Wynn terminó de ayudar a Wendy, se acercó a Marissa para sujetarle la bombona de oxígeno. Después, la guió hasta la popa del barco.

Wendy ya se encontraba en la plataforma de buceo, lista para lanzarse al agua. Tenía el visor puesto, y también un par de gruesos guantes de trabajo. Cuando el oleaje golpeaba el barco, quedaba o sumergida hasta las rodillas o completamente fuera del agua. Después de colocarse el visor y los guantes, Marissa se colocó junto a Wendy. El agua era increíblemente transparente. Al mirar hacia abajo, alcanzaba a ver el fondo arenoso, a unos diez metros de profundidad. Y cuando miró más allá, comprobó que la arena trazaba un pronunciado declive hacia incalculables profundidades oceánicas.

Wendy tocó el hombro de Marissa.

- ¿Recuerdas el lenguaje por señas de los buzos? -le preguntó.

Su voz sonaba nasal por el visor que le cubría la nariz.

-Más o menos -replicó Marissa.

Wendy repasó con ella todas las señales clave y le hizo una demostración con la mano libre. Con la otra, tenía que sostenerse con fuerza para no verse arrojada de la plataforma.

Durante todo el repaso, Marissa se sujetó con ambas manos.

- ¿Lo has comprendido? -preguntó Wendy.

Marissa asintió.

- ¡Estupendo! -exclamó Wendy, dándole una palmada en el hombro.

- ¿Las señoras están preparadas? -preguntó Wynn.

Se había unido a ellas en la popa de la embarcación y estaba sentado sobre la borda.

Wendy le contestó que estaba lista. Marissa se limitó a asentir con la cabeza.

- ¡Síganme! -urgió Wynn.

Dio un salto mortal hacia atrás. Wendy lo siguió casi en seguida.

Marissa se colocó la boquilla y aspiró la primera bocanada fría del aire comprimido. Volvió la cabeza y miró el barco con añoranza. Vio que Rafe desaparecía La corriente parecía rápida, y arrastraba hacia el océano.

Sin más excusas para seguir demorándose, Marissa se apretó bien el visor, se soltó del barco y se zambulló en el mar.

En cuanto desaparecieron las burbujas, Marissa se quedó maravillada. Fue como si hubiera saltado a otro mundo.

La claridad del agua superaba todo lo imaginado. En seguida la rodearon budiones y peces ángel. Diez metros más allá, Wendy y Wynn la esperaban en la boca del canal. Los veía con la misma claridad que si estuvieran suspendidos en el aire.

Debajo de ella la arena brillaba, dándole la impresión de poder observar cada uno de sus granos. Al mirar a derecha e izquierda, vio paredes de coral de diseños y colores fantásticos. Hacia atrás, alcanzaba a ver la quilla del barco y la jaula para tiburones suspendida del cable.

Sin ningún esfuerzo, comprobó que la corriente la conducía hacia donde estaban los otros dos.

Una vez que todos intercambiaran señales de que todo iba bien, comenzaron a nadar hacia el exterior del canal, girando hacia la izquierda. Marissa se detuvo un momento en el borde del canal y miró con cierta desazón aquellas profundidades abismales y pavorosas. El sonido de su respiración reverberaba en sus oídos. Mientras luchaba contra un terror primitivo, se estremeció al pensar

Librodot

en los monstruos marinos que podían estar acechándola en aquella inmensidad helada y negra.

Vio que Wendy y Wynn la habían dejado atrás. Nadó deprisa para reunirse con ellos, aterrada ante la posibilidad de que la dejaran sola.

Muy pronto sus temores se vieron superados por la belleza increíble del mundo que la rodeaba. Todas sus fobias se desvanecieron cuando quedó envuelta por una nube plateada de peces cardenal.

Mientras seguía a los otros a una garganta de coral, quedó fascinada por las plantas de todos tamaños y formas, y de colores más brillantes que los que se podía ver en tierra. El coral era igualmente espectacular, con colores que rivalizaban con los de los peces y formas que iban desde masas que se asemejaban al cerebro a otras que recordaban la cornamenta de un ciervo. Algunos, diáfanos y con forma de abanico, ondulaban sinuosos en la corriente.

Distraída por tanta belleza, Marissa comprobó que los otros habían desaparecido. Se apresuró a avanzar y rodeó un gran saliente de coral. Wynn se encontraba detenido un poco más allá. Lo vio meter la mano en una red que tenía sujeta a la cintura. Cuando sacó la mano, tenía carnada para peces.

Inmediatamente lo rodearon pastinacas y peces papagayos. Por lo visto esas especies no le interesaban, porque los espantó. En cambio, se acercó a la abertura de una gran cueva subterránea y se puso a mover la carnada.

A Marissa se le puso el corazón en un puño y estuvo a punto de escupir la boquilla. De las sombras de la cueva brotó un inmenso pez de cerca de dos metros de largo y unos trescientos kilos de peso. Marissa estuvo a punto de dejarse dominar por el pánico, pero vio que Wynn no sólo permanecía imperturbable sino que alentaba al pez a salir del todo de su morada.

Entonces, para enorme sorpresa de Marissa, aquel inmenso animal cogió la carnada directamente de la mano de Wynn.

Wendy apareció detrás de Wynn y le hizo señas de que también ella quería tratar de dar de comer a aquel monstruo.

Wynn le pasó varios pescados de carnada y le mostró cómo ofrecérselos.

El pez no tuvo inconveniente en aceptar el bocado: abrió su enorme bocaza y engulló la carnada como una monumental aspiradora submarina.

Wynn le hizo señas a Marissa de que se le acercara, pero ella no quiso moverse de su lugar y así se lo indicó por medio de señales con las manos. Observó cómo Wendy daba de comer al pez, pero no era fácil mantener la posición. La corriente de reflujo por acción de las olas en el arrecife la movía de un lado para otro, obligándola a protegerse del coral con sus manos

Cuando el monstruo marino acabó con toda la carnada que Wynn quiso ofrecerle, se metió de nuevo perezosamente en su guarida. Wendy se acercó al borde de la cueva y espió hacia dentro. Después, nadó hasta donde estaba Marissa y le hizo señas de que la siguiera.

De mala gana, Marissa nadó detrás de Wendy. Rebasaron la boca de la cueva y avanzaron pegadas al fondo arenoso.

Wendy señaló una grieta y a continuación se apartó para que Marissa pudiera mirar.

Marissa se aferró al coral para que la corriente no la arrastrara, mientras aguardaba a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Se alegró de tener las manos protegidas por guantes gruesos. Finalmente vio lo que Wendy había señalado: una inmensa morena verde, con la boca abierta, mostrando sus dientes finos como agujas.

Marissa se espantó; ésas eran precisamente las criaturas marinas que esperaba no ver.

Librodot

Wynn se unió a las dos mujeres. Extrajo otro trozo de carnada y logró hacer que la morena saliera de su cueva, cosa que aterrorizó a Marissa. El animal avanzó por el agua contorsionándose, desgarró la carnada con sus mandíbulas horripilantes y regresó a su escondite.

Cuando Wendy cogió otro pescado de carnada que le entregaba Wynn e intentaba conseguir que la morena volviera a salir, Marissa empezó a comprender que, por debajo de la fachada de espectacular belleza del arrecife, acechaba un mundo dominado totalmente por la depredación. En todas partes existía un peligro potencial. Era un mundo violento, donde las opciones eran comer o ser comido. Incluso el maravilloso coral era al tacto cortante como una navaja.

Mientras Wendy y Wynn se entretenían con la morena, Marissa oyó una vibración grave que le hizo levantar la vista hacia la superficie del agua. El sonido se hizo cada vez más fuerte, pero justo cuando Marissa comenzaba a alarmarse, cesó.

Contuvo la respiración y prestó atención. Lo único que oyó fue el siseo de las olas. Al ver que ni a Wendy ni a Wynn les molestó decidió que no era nada de que preocuparse.

Cuando Wendy se cansó de jugar con la morena, ella y Wynn continuaron avanzando a lo largo del arrecife. Sólo a unos seis metros, entraron en otra garganta de coral.

Una vez más, Wendy se detuvo y le señaló el lugar a Marissa.

Marissa se reunió con Wendy sin mucho entusiasmo, esperando que no se tratara de otra morena o algo semejante.

Para su gran alivio, lo que Wendy había visto era un cardume de coloridos peces payaso, instalados en los tentáculos venenosos de un lecho de anémonas de mar. Los peces eran de un color naranja fluorescente, con rayas blancas de borde negro.

Durante varios minutos, tanto Wendy como Marissa se entretuvieron con sus bufonadas.

Al cabo de casi una hora de buceo, Marissa comenzó a cansarse. Todavía se sentía algo mareada y con náuseas y estaba fatigada por la tensión de luchar contra la corriente. Era una lucha constante para evitar ser arrojada contra el coral. Al final, Marissa decidió que ya tenía bastante.

Les hizo señales a Wendy y a Wynn para indicarles que quería regresar al barco. Wendy asintió y empezó a nadar hacia ella, pero Marissa le indicó que se quedara. No quería obligar a su amiga a salir del agua hasta que ella estuviera cansada y satisfecha.

Wynn le hizo a Marissa la señal de conformidad. El y Wendy agitaron la mano para despedirse. Marissa contestó a su saludo, giró en redondo y empezó a nadar hacia el barco.

Cuando llegó a la boca del canal donde el barco estaba anclado, miró hacia atrás y vio que Wendy y Wynn examinaban con atención algo que estaba por encima de la superficie del coral, unos veinte metros más allá. Marissa entró en el canal.

Más adelante divisó la quilla del Oz, la jaula para tiburones, y lo que parecía ser un barco más pequeño hacia la izquierda.

Llegó a la plataforma de buceo y se izó hacia ella. Como se sentía agotada, se quedó allí sentada un minuto con las piernas en el agua y la espalda apoyada contra la popa del barco.

Cuando el oleaje obligaba a la embarcación a alzarse y caer, la plataforma quedaba, alternativamente, sumergida o en el aire.

Librodot

Después de frotarse los ojos, se incorporó y se cogió de la barandilla que corría por toda la popa. Pero todavía no se puso de pie, sino que siguió sentada en la plataforma de buceo.

El movimiento del barco era peor que el oleaje.

"Bueno, es evidente que soy de tierra firme", se dijo.

Le dio un poco de vergüenza que un mar relativamente en calma como aquel tuviera semejante efecto sobre ella, pero siempre había sido susceptible a todo lo que fuera movimiento.

De niña, siempre se mareaba al viajar en coche.

Mientras esperaba un momento hasta sentirse mejor, notó un creciente movimiento alrededor de las piernas. Al inclinarse hacia delante divisó una profusión de pequeños peces que se desplazaban a gran velocidad. Al mirar con mayor atención, observó trozos de pescado arrastrados por la corriente, y después un manchón más grande que parecía ser sangre y vísceras.

El cardume estaba muy atareado comiendo.

Marissa se desconcertó y preocupó al ver el frenesí con que comían aquellos coloridos peces tropicales. Pero las cosas empeoraron. De pronto, una especie de barracuda con rayas azules y cerca de un metro y medio de longitud surgió por entre los despojos antes de desaparecer con la misma velocidad con que había aparecido. Los peces más pequeños, que se habían dispersado con la llegada del depredador de mayor tamaño, pronto regresaron en número aún mayor.

Marissa estaba impresionada. Instintivamente recogió las piernas y las apoyó en la plataforma. Justo en ese momento, un grupo de desechos que parecían trozos de intestino pasaron por allí en un remolino de color oscuro que ella supuso era sangre.

Por encima del ruido de las olas contra la popa del barco, Marissa oyó otro chapoteo. Se incorporó y espió hacia el interior del barco. Al inclinarse hacia babor para ver mejor en la dirección de donde provenía el ruido, Marissa alcanzó a divisar dos hombres. Uno estaba en el barco más pequeño que viera desde debajo del agua; el otro se encontraba al bordo del Oz.

Los dos se hallaban muy atareados arrojando al agua cubos de pescado en descomposición.

Rafe no aparecía por ninguna parte. Al volver la cabeza para observar el agua por babor, Marissa vio una mancha de sangre encima de la superficie. Una serie de peces comenzaba a saltar del agua en su desesperación por alcanzar la comida.

- ¡Eh! -gritó Marissa a los hombres -. ¡Hay buceadores en el agua!

Los individuos levantaron la cabeza y miraron a Marissa, quien advirtió que uno de ellos era asiático. Después, reanudaron su tarea y arrojaron con furia el resto del cebo.

- ¡Rafe! -gritó Marissa.

El asiático saltó del Oz a la cubierta del barco más pequeño que, con un rugido de motores y una nube gris del escape, partió hacia el oeste.

- ¡Rafe! -gritó de nuevo Marissa con todas sus fuerzas.

Rafe salió de la cabina, protegiéndose los ojos del sol abrasador. En las mejillas tenía manchas de grasa y, en la mano, una gran llave.

- ¡Dos hombres han estado tirando carnada al agua! -gritó Marissa -. Ahora se alejan en una lancha rápida.

Señaló hacia la embarcación que se volvía cada vez más pequeña. Rafe se asomó por la borda y miró la lancha.

- ¡Dios mío, es cierto! ¡Escapan hacia el oeste! -exclamó -.

Se suponía que querían pescar más allá del arrecife.

Librodot

- ¡Pescar! -exclamó Marissa -. ¡Mire lo que han arrojado al agua!

Rafe miró hacia abajo.

- ¡Demonios! -gritó.

Corrió hacia popa y observó la mancha roja cada vez mayor.

La cantidad de peces que saltaban del agua resultaba impresionante.

- ¡Demonios! -repitió.

- ¿Esto podría atraer a los tiburones? -le preguntó Marissa.

- ¡Santo cielo, sí! -respondió Rafe.

- ¡Dios santo!

Pese al terror que sentía, Marissa se colocó el visor y la boquilla y saltó al agua.

Las carnadas y la sangre desprendida habían reducido notablemente la visibilidad. Marissa mordió fuerte la boquilla y comenzó a nadar, tratando de no pensar en nada que no fuera traer a Wendy de regreso al barco lo antes posible.

Cuando alcanzó la boca del canal, divisó el primer tiburón: pequeño y con el hocico blanco, nadaba con lentitud en círculos alrededor del cebo. Aquel animal aterró a Marissa más que ninguna otra cosa que hubiera visto en su vida. Sin perder de vista el tiburón, nadó a la izquierda, muy próxima a la pared de coral. De improviso, el tiburón saltó veloz hacia la carnada y arrancó una tira de tripa. Entonces apareció de la nada otro tiburón e intentó darle caza.

Temblando de modo incontrolado, Marissa dio la vuelta por el borde de la boca del canal, intentando localizar a Wendy y Wynn. Aparecieron más tiburones, cada vez mayores que los dos primeros, entre ellos lo que Marissa identificó como un pez martillo. Parecía un ser prehistórico, un monstruo que había sobrevivido a la época de los dinosaurios.

Más adelante, Marissa divisó por fin a Wynn. Wendy estaba directamente debajo de él, explorando una grieta; sólo se le veían las piernas y las aletas. Marissa nadó hacia ellos, pero incluso antes de llegar, Wynn volvió la cabeza y miró hacia ella.

Frenéticamente, Marissa señaló por encima del hombro la multitud de peces comiendo la carnada. Wynn respondió sumergiéndose y dándole un tirón a Wendy. A continuación empezó a nadar hacia Marissa con fuertes brazadas.

Marissa nadó de regreso hacia el barco. A su izquierda comprobó que un tiburón embestía con violencia a otro.

En el costado del atacado apareció una gran herida. Instantes después, el tiburón herido era devorado por varios otros.

Wynn rebasó a Marissa y giró al entrar en el canal.

Marissa miró hacia atrás, esperando ver a Wendy detrás de él.

Pero sólo alcanzó a ver sus aletas: Wendy seguía cabeza abajo en la misma grieta. Por un segundo, Marissa se debatió entre volver al barco o ir a buscar a Wendy. En aquel momento, Wendy levantó la cabeza y buscó a Wynn con la mirada. En seguida por segundos.

Wendy empezó a nadar hacia Marissa, aterrorizada por completo. Pero se vio obligada a detenerse cuando varios tiburones se interpusieron entre ambas. Marissa empezó a nadar hacia atrás, en dirección a la abertura del canal, sin perder de vista a Wendy. Su terror había aumentado hasta el punto de que comenzaba a faltarle el aire.

De pronto, los tiburones se dispersaron con fuertes movimientos de cola. Marissa tuvo la sensación de que era la respuesta a una plegaria, hasta que vio qué los había hecho huir. Desde las tenebrosas profundidades acechaba un inmenso tiburón blanco. Era por lo menos cuatro veces mayor que cualquiera de los que había visto antes.

Librodot

Cuando Wendy vio aquel leviatán, la dominó el pánico.

Braceando y pataleando con todas sus fuerzas, trató de nadar hacia delante. Marissa hizo lo mismo. En el borde del canal, Marissa consiguió fuerzas para mirar hacia atrás. Vio que Wendy la seguía lo más deprisa posible, pero también divisó el colosal tiburón. La bestia pareció interesarse de pronto en Wendy.

El tiburón se había detenido un instante. Pero, después, giró y avanzó directamente hacia Wendy. Con la cabeza inclinada hacia un lado, el inmenso pez golpeó a Wendy en el pecho y la sacudió con fuerza. Wendy perdió la boquilla y una serie de burbujas ascendieron a la superficie. En aquel momento, una nube de sangre se agolpó en el agua y oscureció la escena.

Sumida en un pánico total, Marissa se dio media vuelta y nadó hasta entrar en el canal. Era tanto su miedo que le impedía pensar. Vio la quilla del barco y la jaula para tiburones. Wynn ya se encontraba dentro de ella. Marissa nadó en línea recta hacia él.

En cuanto llegó a la jaula, sujetó la puerta y trató de empujarla, pero ésta no se abrió. Wynn la sostenía desde el interior y presionaba hacia afuera. Marissa no podía entender qué intentaba hacer. Trató de mirarlo a los ojos, pero el visor reflejaba el resplandor.

Al mirar hacia atrás, Marissa contempló que el monstruoso tiburón seguía avanzando liberando desde la boca un rastro de sangre.

Rápidamente, Marissa se colocó del otro lado de la jaula, se agarró con desesperación a los barrotes de acero y se acurrucó.

La bestia blanca arremetió contra la jaula y la aferró con sus poderosas mandíbulas.

Marissa logró sostenerse mientras el tiburón intentaba morder por entre los barrotes de acero. Por encima del hombro de Wynn, Marissa veía la boca del animal, con unas hileras de dientes de quince centímetros. El ojo de aquel titán era un inmenso óvalo de negrura impenetrable.

Varios de los barrotes de la jaula se doblaron bajo la fuerza de las mandíbulas del tiburón, que sacudió la jaula con tal fuerza que Marissa perdió el visor y la boquilla. Pero consiguió no desprenderse.

El tiburón soltó la jaula, a la vez que perdía varios de sus dientes. Marissa buscó la boquilla con una mano, sosteniéndose de la jaula con la otra. Como no tenía visor, su visión resultaba borrosa. Pero alcanzó a ver a Wynn que se colocaba su propia boquilla y empezaba a tirar frenéticamente de una cuerda que subía a la superficie. Notó que en el brazo tenía una gran herida que sangraba profusamente.

Abandonando al parecer su propósito de atravesar los fuertes barrotes de la jaula, el tiburón empezó a rodearla.

Marissa se puso a nadar en la misma dirección, tratando de mantener siempre la jaula entre aquel monstruo blanco y ella. De pronto, la jaula empezó a ascender. Sabiendo que estaría perdida sin su protección, pataleó con furia en un esfuerzo por mantenérsele a la par, cogiéndose al mismo tiempo con alma y vida a los barrotes. Justo cuando la jaula irrumpió en la superficie del agua, pudo trepar encima.

Gateando, Marissa llegó al cable. En cuanto lo agarró, el tiburón embistió la jaula y una vez más la sacudió con fuerza.

Eso hizo que Marissa cayera y que sus piernas quedasen colgadas en el agua. Muerta de pánico, las levantó y se prendió del cable, desesperada por salvar su vida.

Librodot

8 DE ABRIL DE 1990 11:47 a.m.

Marissa permaneció agarrada nerviosamente al cable hasta que sintió que la jaula se apoyaba en la cubierta del barco.

Sólo entonces abrió los ojos.

Rafe abrió la puerta de la jaula, desplazándola hacia fuera.

Wynn se esforzó por salir a través de aquella pequeña abertura.

Con una mano se cubría la herida del brazo. Pese a dicha presión, sangraba abundantemente.

Marissa soltó el cable y, todavía con las aletas puestas, se las ingenió para bajar por la parte superior de la jaula.

Tardó algunos momentos en asimilar la horrible realidad: Wendy no estaba en el barco con ellos.

- ¡Wendy todavía está en el agua! -gritó.

Pero Rafe se hallaba ocupado atendiendo la herida de Wynn. Los dos hombres habían corrido al lugar donde guardaban el botiquín de primeros auxilios.

Marissa trató de correr tras ellos, pero tropezó con sus aletas.

Logró quitarse la bombona de oxígeno y la dejó caer sobre cubierta; se agachó y se quitó las aletas.

Cuando se reunió con los hombres, Rafe intentaba detener la hemorragia de sangre arterial con un vendaje muy apretado.

- ¿Y Wendy? -gritó Marissa.

Rafe ni siquiera levantó la mirada.

-Wynn dice que allá abajo había un enorme tiburón blanco muy feroz.

- ¿Y Wendy?- gritó Marissa- no pueden dejarla allí. ¡Por favor!

-Esto es lo mejor que puedo hacer por ti ahora, compañero -le dijo Rafe a Wynn.

Wynn asintió y apretó la mano contra el vendaje.

Sin poder controlarse, Marissa se echó a llorar.

- ¡Por favor! -gritó.

Rafe no le prestó atención y acudió a su equipo de radio para solicitar la ayuda de los guardacostas.

Marissa estaba fuera de sí. Cuando el capitán terminó de hablar por radio, le suplicó entre sollozos que se metiera en el agua para tratar de encontrar a Wendy.

- ¿Cree que estoy loco? -gritó Rafe -. Uno no se mete en el agua cuando hay allí un inmenso tiburón blanco. Lo siento por su amiga, pero no hay nada que hacer, salvo esperar y ver si sube a la superficie. Es posible que se haya ocultado entre los promontorios de coral.

- ¡Yo vi que el tiburón la atacaba! -gimió Marissa -. ¡Tiene que hacer algo!

-Si se le ocurre otra cosa que no sea meterme en el agua, avíseme -replicó Rafe, y volvió junto a Wynn.

Sin saber qué hacer, Marissa cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

Muy pronto percibió un zumbido cada vez más fuerte.

Cuando se sentó contra la borda, vio que un helicóptero descendía hacia ellos. Cuando estuvo directamente sobre el Oz, empezó a oscilar suspendido sobre el barco. Marissa vio un hombre junto a una puerta abierta, que sostenía un cable sujeto a un lado del helicóptero.

Librodot

Rafe volvió a la radio y mantuvo otra conversación con la patrulla costera; después, se puso en contacto con el piloto del helicóptero que sobrevolaba el barco. Rafe le dijo que habían podido detener la hemorragia. Entre los dos, decidieron que no convenía arriesgarse a subir a Wynn al helicóptero ahora que la herida no le sangraba tanto.

-Todavía me falta una buceadora -indicó Rafe por radio.

-Enviaremos una patrullera -repuso el piloto del helicóptero. Rafe soltó el micrófono de la radio.

-Supongo que será mejor que esperemos que llegue la patrullera -comentó.

- ¡No lo puedo creer! -gritó Marissa -. No piensan hacer nada por Wendy, ¿verdad?

Rafe no le prestó atención y revisó el vendaje de Wynn.

Estaba seco.

-Y usted -señaló Marissa con rencor, señalando a Wynn -, no me dejó entrar en esa maldita jaula.

-Trataba de ayudarla -explicó Wynn -. La puerta se abre hacia fuera, no hacia dentro. Quise demostrárselo, pero usted no me dejó.

Marissa miró la jaula. La puerta se encontraba entreabierta y, en efecto, se abría hacia fuera.

Marissa se dirigió a Rafe.

- ¿Quiénes eran aquellos dos hombres que arrojaron la carnada al agua? -preguntó.

-Dos tipos que querían ir a pescar -respondió Rafe -.

El que contrató el Oz fue el asiático. Se quedó en el camarote hasta que llegó el otro barco más pequeño. No sé por qué lo hicieron. Supongo que, al final, decidieron no pescar y arrojaron la carnada. De haberlo sabido, yo no se lo habría permitido.

-La carnada fue lo que atrajo a los tiburones -adujo Marissa.

-Sin duda -confirmó Rafe.

Marissa no sabía qué pensar. Todavía temblaba. Pasó una hora y la patrullera no aparecía. El agua alrededor del barco se veía clara y transparente. Hasta el oleaje se había calmado.

Mirando desde popa, Marissa no alcanzó a ver ningún pez.

-El brazo vuelve a sangrar -anunció Wynn con preocupación.

Rafe examinó el vendaje.

-Un poco -convino -. Pero no es grave. Será mejor que volvamos. ¡Al demonio con la patrullera!

-De aquí no nos movemos hasta que encontremos a Wendy -ordenó Marissa.

-Es inútil- dijo Rafe- a esta hora ya debería haber aparecido.

-Si ustedes no quieren buscarla -replicó Marissa -, iré yo misma.

Fue hacia donde se encontraban las bombonas de oxígeno y cogió una. Después, fue a buscar sus aletas, que todavía estaban en la cubierta de proa.

Cuando Marissa volvió, Rafe la cogió del brazo.

-Está loca si piensa echarse al agua.

Indignada, Marissa se soltó.

-Por lo menos, yo no soy cobarde -replicó.

-Iré yo -intervino Wynn, y se puso de pie con cierta vacilación.

- ¡No irás a ninguna parte! -vociferó Rafe -. ¡Está bien!

Iré a echar un vistazo.

Furioso, Rafe bajó a los camarotes y regresó con un traje de buceo. Se colocó el chaleco salvavidas y una bombona, y a continuación cogió un par de aletas, un visor y una vara de acero de un metro de largo.

Librodot

-Quiero que me bajes en la jaula -indicó a Wynn.

Los tres se acercaron a la jaula, y durante un momento se quedaron mirando los torcidos barrotes.

-No puedo creer que un ser viviente haya podido hacer eso -comentó Rafe.

Se metió adentro y se colocó las aletas y el visor.

- ¡Bájame! -gritó Rafe.

Wynn fue hasta el chigre e izó a Rafe y la jaula unos treinta centímetros sobre cubierta. Usando su brazo sano, maniobró para que la jaula quedara encima del agua. Marissa ayudó a nivelarla. Después fue bajando la jaula hasta sentir un tirón en la cuerda que tenía en la mano.

Espiando por la borda, Marissa y Wynn vieron cómo Rafe salía nadando de la jaula. Desapareció debajo del barco.

Un minuto después emergió sobre la plataforma de buceo.

-Aquí todo está muy tranquilo -explicó -. ¿Dónde estaba Wendy la última vez que la vio?

-Iré con usted -repuso Marissa.

A pesar de sus miedos, Marissa sintió que se lo debía a Wendy. Un minuto después estaba en la plataforma junto a Rafe.

-Me sorprende usted -añadió Rafe -. Se lo aseguro. ¿No le da miedo volver al agua después de lo sucedido?

-Estoy aterrada -respondió Marissa -. Vayámonos antes de que cambie de idea.

En lugar de saltar lejos del barco, Marissa se dejó caer sigilosamente al agua y observó concienzudamente en todas direcciones. Pero Rafe estaba en lo cierto: había tanta tranquilidad como cuando se zambulleron por primera vez aquella mañana. Unos pocos peces mariposa y ángel nadaron cerca de ella. Volvió a mirar la jaula para tiburones, decidida a refugiar se en ella en cuanto fuera necesario.

Marissa miró a Rafe y le hizo señas de que la siguiera a la boca del canal. Había menos corriente que antes. Cuando el canal se abrió al océano, ambos vacilaron un instante.

Ni siquiera a lo lejos podían divisar algo de mayor tamaño que algunos peces papagayo escondidos junto a la pared del arrecife. El monstruo que la había aterrorizado menos de una hora antes no se veía por ninguna parte.

El corazón de Marissa pareció detenerse un instante cuando sintió que algo le rozaba el brazo. Se dio media vuelta y vio que era Rafe. El le preguntó por señas en qué dirección debían avanzar. Marissa se la señaló y los dos partieron juntos.

Después de nadar unos diez metros, Marissa detuvo a Rafe con la mano. Le mostró que estaban en el lugar en que vio a Wendy por última vez. Empezaron a revisar el fondo arenoso, pero no encontraron nada, ni siquiera un trozo del equipo de buceo.

Al cabo de unos momentos, Rafe hizo señas de que debían regresar al barco.

Mientras trepaba a la plataforma, Marissa se sintió desolada.

Wendy había desaparecido. No había ni rastro de ella.

Era demasiado increíble para ser cierto. Y en esos momentos, a Marissa no le quedaban fuerzas para llorar por ella.

-Lo siento, querida -dijo Rafe, y se quitó el equipo de buceo -. Wynn y yo estamos muy afligidos por lo que ha pasado, lo juro. Ha sido un accidente terrible.

Rafe le pidió a Wynn que izara la jaula mientras él hablaba por radio. Le explicó a la guardia costera que la patrullera aún no había aparecido. Volvió a

Librodot

darles la posición del barco y les informó de que, aunque seguía sin aparecer una buceadora, se dirigían a tierra para obtener atención médica para su primer oficial herido.

Cuando las máquinas estuvieron en marcha, Rafe y Wynn levaron el ancla. E iniciaron el regreso a la isla Hamilton.

¿Dice usted que vio cómo el tiburón atacaba a esa pobre mujer en el pecho? -preguntó Griffiths, el inspector de policía.

Marissa y Rafe se encontraban de pie frente al elevado mostrador de la comisaría de policía de la isla Hamilton, adonde fueron directamente después de dejar a Wynn en el hospital.

-Sí -respondió Marissa.

Todavía veía mentalmente la sangrienta tragedia.

- ¿Y vio sangre? -preguntó el inspector.

- ¡Sí, sí! -gritó Marissa, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Sintió que Rafe le rodeaba el hombro con el brazo.

- ¿Y se metió de nuevo en el agua para revisar la zona?-preguntó Griffiths.

-Sí, eso hicimos -respondió Rafe -. Pero le advierto que había pasado una hora. Tanto yo como la señora Blumenthal bajamos y buscamos. No encontramos nada. Ni rastro. Pero mi primer oficial me dijo que era el tiburón más grande que había visto en su vida, de unos ocho o nueve metros de longitud.

- ¿Y éste es el pasaporte de la mujer? -preguntó Griffiths.

Marissa asintió. Había sacado el pasaporte del bolso de Wendy.

-Un asunto muy feo -comentó el inspector.

Después, miró a Marissa por encima de sus gafas de leer.

-Me imagino que querrá avisar a la familia- agregó Griffiths -pienso que sería mejor que la noticia les llegue a través de una persona amiga.

Marissa asintió y se secó las lágrimas.

-Fijaremos el día de la declaración indagatoria siguió Griffiths -. ¿Alguien desea agregar algo más?

-Sí -contestó Marissa, y respiró hondo -. Los tiburones fueron atraídos por el cebo arrojado deliberadamente al agua.

El inspector Griffiths se sacó las gafas.

- ¿Qué quiere usted dar a entender, señora?

-Que no estoy segura de que la muerte de Wendy haya sido un accidente -concluyó Marissa.

-Esa es una acusación muy seria -afirmó Griffiths.

-En el barco había un individuo asiático -arguyó Marissa -. No apareció en cubierta hasta que llegamos al arrecife y nosotros estábamos debajo del agua. Por casualidad, yo volví sola al barco y vi cómo él y otro hombre arrojaban camada al agua.

El inspector miró a Rafe, que levantó las cejas.

-Tuvimos a bordo un pasajero chino -reconoció -. Dijo llamarse Harry Wong y alquiló el barco para ir a pescar al arrecife exterior. Un amigo vino a reunirse con él en un barco deportivo muy grande. Llevaban mucha carnada. La última vez que conversé con ellos dijeron que se iban en el otro barco para tratar de pescar un pez vela. Por lo visto cambiaron de idea con respecto a pescar y, por ignorancia, arrojaron el cebo al agua.

-Ajá -exclamó el inspector Griffiths.

-No creo que fuera por ignorancia -terció Marissa.

-Bueno, para eso tenemos las declaraciones indagatorias -explicó Griffiths -. Es la oportunidad de poner en tela de juicio todos los detalles.

Librodot

Marissa sintió que las mejillas se le encendían y trató de dominarse; pero, al mismo tiempo, no quería dejar de expresar sus sospechas. Le dijo al inspector que creía que el asiático era el mismo que las había estado vigilando la noche anterior en el comedor del Hamilton Island Resort.

-Ajá -repuso Griffiths, y comenzó a juguetear con su lápiz- Si le sirve de consuelo, le aseguro que realizaremos una investigación a fondo de esta tragedia.

Marissa iba a proseguir, pero se lo pensó mejor. Ni siquiera estaba segura de lo que decía. Hasta el momento en que expresó su opinión de que el asiático era el mismo del comedor del hotel, ni había pensado en ello. Además, resultaba evidente que aquel inspector cortés se mostraba muy condescendiente con ella. Tenía la clara impresión de que quería complacerla y seguirle la corriente.

-Si no hay nada más por el momento -indicó el inspector Griffiths -ustedes dos pueden irse. Pero les pedimos que permanezcan en la isla. Mañana nos pondremos en contacto con ustedes. También puedo asegurarles que rastrearemos a fondo la zona para tratar de encontrar los restos de la señora Wilson -Anderson.

Marissa y Rafe abandonaron juntos la comisaría. Rafe la acompañó al hotel. En el vestíbulo, se detuvo un momento antes de dejarla, y le comentó: -Lamento muchísimo lo ocurrido. Si le sirve de alguna ayuda mientras está en la isla, por favor véngase al Oz Marissa se lo agradeció y subió a su habitación. Cuando cerró la puerta y vio las pertenencias de Wendy, se echó a llorar de nuevo.

- ¡No puedo creer que esto haya ocurrido! -suspiró con voz ahogada media hora más tarde, cuando el llanto hubo disminuido su intensidad.

Se levantó de la cama, cogió la maleta de Wendy y recogió sus cosas. Mientras lo hacía, pensó en todo lo sucedido en los últimos meses. Tuvo la sensación de que las consecuencias de su infertilidad comenzaban a describir una espiral de proporciones espantosamente trágicas.

Por último, cogió el teléfono y marcó el número de su casa en Weston. Sonó apenas dos veces antes de que la voz soñolienta de Robert contestara. Marissa cayó en la cuenta de que en Boston eran más de las dos de la madrugada.

- ¡Robert! -exclamó Marissa -. ¡Ha sucedido algo terrible!

Después, antes de que pudiera decirle nada, empezó a llorar y le relató brevemente lo sucedido.

- ¡Dios mío! -exclamó Robert.

Marissa le confió sus sospechas: que la muerte de Wendy podría haber sido provocada, no accidental.

Al principio, Robert no contestó. Después, igual que el inspector de policía, le recordó que había pasado por un choque emocional tremendo.

-Después de una experiencia así, tu imaginación puede hacerte jugarretas -subrayó -. Tal vez estés tratando de descargar una culpa inexistente. Sea como fuere, procura relajarte y no pensar demasiado.

- ¿Podrías venir aquí? -preguntó de pronto Marissa.

- ¿A Australia? -fue la reacción de Robert -. Creo que será mejor que tú regreses a casa.

-Pero los de la policía me dijeron que debía permanecer en la isla.

-Las formalidades no pueden llevar más de uno o dos días -comentó Robert -. En cambio, yo tardaría casi dos días en llegar allí. Además, me sería difícil partir en este momento.

Falta nada más que una semana para el quince de abril, y tú sabes lo que eso significa: impuestos. Lo mejor será que tú regreses a casa lo antes posible.

-Sí, claro -asintió Marissa con desaliento -. Lo comprendo.

- ¿Quieres que llame a Gustave? -quiso saber Robert.

Librodot

-Sí, por favor -respondió Marissa. Pero en seguida cambió de idea -. Pensándolo mejor -agregó -, creo que yo debería hacerlo. Es posible que Gustave quiera hablar conmigo.

-Está bien -aceptó Robert -. Llámame en cuanto sepas cuándo llegas.

Marissa colgó el auricular. Llamar a Gustave sería una de las cosas más difíciles de su vida. Trató de pensar qué decir, pero no encontró manera de suavizar la noticia. Así que tomó el teléfono y marcó el número.

Gustave contestó a la primera llamada. Como cirujano, sin duda estaba acostumbrado a que lo despertaran por la noche.

Ni siquiera tenía voz de dormido, aunque Marissa estaba segura de que dormía.

Relató otra vez, brevemente lo que había sucedido. Y, por suerte, pudo dominar sus lágrimas hasta haber concluido de narrarle los acontecimientos del día.

-Gustave..., ¿te encuentras bien? -preguntó Marissa, muy preocupada.

Al cabo de una pausa, Gustave respondió: -Bueno, sí..., supongo que estaré bien. Es... es algo muy difícil de creer. Pero Wendy siempre fue un poco temeraria cuando buceaba. ¿Dónde están sus cosas?

-Las tengo conmigo -respondió Marissa.

-Marissa, aprecio que me hayas llamado. Si pudieras mandarme sus pertenencias te lo agradecería mucho. Yo me pondré en contacto con las autoridades australianas. Será mejor que me vaya. Adiós.

Se oyó un clic y Marissa colgó el auricular. Sentía idénticos dolor y tristeza que sabía experimentaba Gustave en aquel momento.

Marissa se echó de nuevo en la cama, se cubrió la cara con las manos y lloró hasta que no pudo más. Entonces, sin apartar las manos del rostro, su tristeza comenzó a trocarse en irritación y después en furia.

En lugar de sentirse complacida por lo controlado que se había mostrado Gustave, eso mismo empezó a molestarla.

Cuando rememoró la conversación, le dio mucha rabia que la voz de Gustave hubiera sonado tan fría y distante, como si le hubieran dado un informe sobre uno de sus pacientes y no sobre su esposa. Hizo que, de pronto, se preguntara si los problemas generados por los tratamientos de infertilidad eran tales como para que Gustave se sintiera aliviado en cierta medida por la muerte prematura e inesperada de Wendy.

El hecho de volver a pensar en la conversación con Gustave llevó a Marissa a hacer lo mismo con la de Robert, y con; idéntico resultado. La idea de que Robert no hubiera querido ir en seguida a Australia sabiendo el trauma que ella había experimentado le pareció imperdonable. ¡Impuestos! Qué excusa tan absurda. Después de todo lo ocurrido, lo lógico habría sido que el matrimonio fuera su primordial preocupación.

Marissa se paró de la cama y caminó hacia la ventana. El océano brillaba bajo el sol de última hora de la tarde.

No era fácil creer que Wendy hubiera encontrado aquel destino brutal en un medio tan sereno. Se preguntó cuál habría sido su suerte si la fatiga no la hubiera obligado a regresar al barco.

Quizá también estaría muerta. Tal vez ésa había sido la idea: matarlas a las dos.

Se le secó la garganta. Tragó saliva. De pronto la cabeza se le llenó de pensamientos peligrosos, quizá descabellados. Se le cruzó por la mente la imagen de los guardias chinos de seguridad de la Clínica de la Mujer. ¿Podrían estar relaciona dos con el siniestro chino a bordo del Oz? Se preguntó si existiría

Librodot

alguna conexión entre la Clínica de la Mujer de Estados Unidos y la FCA de Australia.

Salió al balcón y se sentó en la tumbona. Era terrible pensar que Wendy hubiera muerto por nada. ¿Cómo podía ella dejar las cosas así y regresar a Boston? Sus pensamientos se centraron en el escurridizo Tristan Williams. ¿Por qué tendría un experimentado patólogo que inventar datos ridículos cuya falsedad sería fácil demostrar, nada más que por el beneficio dudoso de que le publicaran un trabajo?

No encajaba.

Marissa tamborileó con los dedos contra el brazo de su silla.

Pensó una vez más en aquellos hombres que arrojaban carnada por el costado del barco deportivo. Si eran tan inocentes, ¿por qué huyeron en el instante mismo en que ella les gritó?

Podía pensar que Tristan Williams se había hecho un haraquiri profesional por mero capricho. Podía llegar a convencerse de que aquellos dos individuos no se dieron cuenta de lo que hacían. Pero el carácter siniestro de todo aquello comenzaba a recordarle los días en que aparecieron los brotes de Ebola cuando trabajaba con el CE. En aquella época, Marissa empezó a sospechar que existía una fuerza siniestra detrás de la epidemia, mucho antes de que lo pensaran siquiera sus colegas. Pese a los problemas, se aferró a su creencia, hasta demostrar finalmente la existencia de una conspiración incluso más diabólica de lo que había podido imaginarse nunca. Ahora, como entonces, comenzaba a pensar que no debía pararse frente a nada.

Aunque sólo intuía que en lo ocurrido había más de lo que podía observarse a simple vista, debía investigar más a fondo.

Obedeciendo a un impulso, llamó de nuevo a Robert y lo despertó por segunda vez.

-Te necesito aquí, Robert -le explicó Marissa -. Cuando más pienso en la muerte de Wendy, más creo que fue intencionada.

-Por favor, Marissa. La tuya es una reacción exagerada.

Has pasado por una experiencia terrible. ¿No crees que deberías coger un avión y volver en seguida a casa?

-Yo creo, en cambio, que debería quedarme aquí.

-Yo no puedo ir a Australia -insistió Robert -. Ya te dije que los negocios…

Aunque comprendió que se estaba comportando de forma muy poco razonable, Marissa colgó antes de que él pudiera terminar la frase. Pero se percató de que había algo que él podía hacer. Así que marcó por tercera vez el número de su casa.

-Me alegra que volvieras a llamar -alegó Robert -.

Esperaba que recobraras la sensatez.

-Quiero que averigües algo -le explicó Marissa, sin prestar atención a lo que le decía Robert -. Quiero saber si existe una relación comercial entre la Clínica de la Mujer de Estados Unidos y la FCA de Australia.

-Puedo comprobarlo por la mañana -repuso Robert.

-Quiero que lo hagas ahora mismo -urgió Marissa.

Sabía que el ordenador de Robert estaba conectado con varios bancos de datos.

-Si lo hago -adujo Robert -, ¿volverás pedirme que yo vaya a Australia?

-Dejaré de pedirte que vengas a Australia -acotó Marissa.

-Dame tu número de teléfono. Yo te llamaré.

Cinco minutos después, sonó el teléfono. Robert había actuado con mayor rapidez de lo que ella había esperado.

Librodot

-Tenías razón al creer que existía una asociación entre ambas instituciones -explicó Robert -. Tanto la Clínica de la Mujer como la FCA están controladas por un holding australiano que lleva por nombre Fertilidad, SRL. Lo averigüé en la última página de un folleto sobre la Clínica de la Mujer.

- ¿Y qué haces tú con un folleto de la Clínica de la Mujer?-preguntó Marissa -. Creí que era una compañía privada.

-Hace algunos años presentaron en bolsa un número considerable de acciones para financiar su expansión en toda la nación -explicó Robert -. Es un buen papel, y estoy muy satisfecho al respecto.

- ¿Tienes acciones de la Clínica de la Mujer? -inquirió Marissa.

-Sí -respondió Robert -. Tengo una cantidad considerable, tanto de la Clínica de la Mujer como de la FCA.

- ¿También tienes acciones de la FCA?

-Por supuesto -explicó Robert -. Las compré en el mercado de valores de Sidney.

- ¡Véndelas! -gritó Marissa.

Robert se echó a reír.

-No confundamos los sentimientos con los negocios -explicó -. Les veo muy buen futuro a esas acciones.

-Y yo creo que hay algo dañino en esas compañías -siguió Marissa con vehemencia -. No sé en qué están metidas, pero me parece que puede estar relacionado con los casos de salpingitis tuberculosa.

-No me digas que estás de nuevo en esa cruzada -gimió Robert.

-Tú ocúpate de vender esas acciones -insistió Marissa.

-Lo pensaré -repuso evasivo Robert.

Marissa colgó el auricular con fuerza, impidiéndole a Robert decir nada más.

La furia superaba ahora en grado sumo a la tristeza por todo lo sucedido. Aunque pensó que su estado hiperemocional inducido por las hormonas podía estar relacionado con su cambio de estado de ánimo, no le importó. En lugar de ceder a la depresión, optó por la acción. Tomó el teléfono y llamó al Servicio Médico Aéreo de Charleville.

-Sí -respondió una voz de mujer en el otro extremo de la línea-. El doctor Tristan Williams en este momento se encuentra en un establecimiento ganadero aislado. No regresará hasta dentro de varios días.

- ¿Tiene algún plan de atención específico? -preguntó Marissa.

-Desde luego que sí -respondió la mujer -. A menos que se presente una emergencia. Nuestros médicos cubren una ruta regular cada vez que salen a hacer un recorrido por la zona desértica del interior del país.

- ¿Me podría decir dónde estará dentro de dos días? -preguntó Marissa, pensando que eso le daría suficiente tiempo para llegar a donde fuere, por lejos que estuviera.

-Aguarde un momento, por favor -se excusó la mujer, y la línea enmudeció durante varios minutos. Cuando regresó, dijo -: Estará cerca de una ciudad llamada Windorah.

Tiene que hacer una visita a la Hacienda Wilmington.

- ¿Windorah tiene aeropuerto comercial? -preguntó Marissa.

La mujer se echó a reír.

-No, en absoluto -repuso -. De hecho, ni siquiera tiene un camino asfaltado.

Marissa llamó al aeropuerto para averiguar acerca de conexiones con Charleville. Una vez hechas las reservas, hizo las maletas y bajó al vestíbulo. Después de hacer los arreglos necesarios para que el equipaje de Wendy fuera llevado al depósito del hotel, partió.

Librodot

Durante el breve trayecto al aeropuerto, comenzó a preguntarse acerca de las consecuencias que podía acarrearle el hecho de desobedecer la petición del inspector de policía de que permaneciese en la isla Hamilton. Se preguntó si los agentes de seguridad del aeropuerto no tratarían de impedirle la salida.

Pero no hubo ningún problema y subió al avión con destino a Brisbane sin más complicaciones.

Una vez en Brisbane, hizo una corta espera hasta abordar un avión pequeño con sólo doce asientos. Un poco después de las nueve de la noche, el aparato despegó de la pista y enfiló hacia el oeste en dirección a Charleville, una ciudad situada en el límite con la vasta zona desértica de Australia.

Mientras Marissa estaba volando encima del Gran Dividing Range, una serie de montañas que separan el litoral estrecho, lujuriante del resto de la zona costera del resto de Australia, Ned Kelly y Willy Tong subían la escalinata de la clínica FCA y se dirigían al desierto sector de administración. La puerta que conducía a la oficina de Charles Lester estaba entreabierta. Los dos hombres pasaron sin anunciarse.

Charles levantó la vista de un charco de luz procedente de su lámpara de escritorio de bronce. Las sombras hacían que las cuencas profundas de sus ojos parecieran vacías, como las de un hombre sin ojos. Su boca, debajo de su profuso bigote, estaba cerrada con fuerza, con las comisuras de los labios hacia abajo. Charles no parecía estar en absoluto contento.

- ¡Sentaos! -ordenó.

Ned se dejó caer en una de las sillas que se hallaban enfrente del escritorio, mientras que Willy se recostó contra la biblioteca.

-Acabo de escuchar por la radio lo que ocurrió -alegó Lester -. Lo que habéis hecho es empeorar las cosas. En primer lugar, sólo os librasteis de una de las mujeres.

La que dejaron que escapara afirma que la muerte de su amiga fue intencionada, porque os vio a los dos. Al parecer, la policía está investigando.

- ¿Cómo íbamos a imaginar que una de ellas saldría del agua cuando tirábamos el cebo? -replicó Ned -. Fue un golpe de mala suerte. De lo contrario, todo habría salido bien.

Arrojamos suficiente carnada como para atraer a todos los tiburones del arrecife.

-Pero eliminar sólo a una y levantar sospechas no es lo que se suponía que teníais que hacer -siguió Lester -. Ahora es absolutamente necesario que la segunda mujer sea eliminada.

Por la radio dijeron que se trata de la doctora Marissa Blumenthal Buchanan.

-Ya sé quién es -alegó Ned -. La del pelo castaño.

- ¿Quiere que volvamos a la isla Hamilton y la liquidemos?-preguntó Willy.

-Quiero que hagáis lo que sea necesario -ordenó Lester.

- ¿Y si ya no está en la isla? -preguntó Ned.

-Dudo mucho que se haya marchado si se está realizando una investigación- dijo Lester-. ¿Dijisteis que se alojaba en el Hamilton Island Resort?

-Sí, en ése -respondió Ned.

Lester cogió el auricular y, después de obtener el número llamó al hotel. Para su consternación, le dijeron que la señora Buchanan ya se había marchado.

Lester se puso de pie y se inclinó sobre el escritorio.

Librodot

-Quiero que terminéis con este asunto. Ned, tú empieza a buscar a esa mujer en los hoteles habituales, aquí y en Sidney.

Emplea tus contactos con funcionarios del gobierno para averiguar si se ha marchado del país. Willy, quiero que vayas a ver a Tristan Williams y no te alejes de él. En un principio, esa tal señora Buchanan habló de intentar encontrarlo. Si llegara a hablar con él, esta situación tan difícil empeoraría aún más.

- ¿Y si se ha marchado de Australia? -preguntó Ned.

-Quiero que la quitéis de en medio -urgió Lester -. No me importa dónde está, sea en Estados Unidos o incluso en Europa. ¿Queda claro?

Ned se puso de pie.

-Muy claro -repuso -. Será un reto. Pero, bueno, me en cantan los retos.

9 DE ABRIL DE 1990 7.11 a.m.

Marissa despertó sintiéndose agotada. No había dormido bien.

Se había alojado en un destartalado motel de Charleville que ofrecía habitación y desayuno y, aunque la cama era cómoda, sólo había logrado dormitar. Cada vez que cerraba los ojos veía aquel inmenso tiburón blanco. Las pocas veces que logró quedarse dormida, se despertó ante la visión de pesadilla de Wendy en las fauces del tiburón. Por fin, ya de madrugada, se durmió profundamente durante unas tres horas.

Aunque no tenía apetito, se obligó a desayunar antes de partir para la agencia de alquiler de coches.

Mientras caminaba por las calles de Charleville, Marissa tuvo la sensación de haber viajado en el túnel del tiempo y estar en un pueblo del medio oeste de Estados Unidos cincuenta años atrás. El pintoresco carácter victoriano que había esperado ver en Brisbane se evidenciaba en algunas de las casas y edificios de oficinas. La atmósfera era clara y luminosa, y las calles estaban impecablemente limpias. El sol de las primeras horas de la mañana era suficientemente cálido como para indicar la intensidad que tendría a mediodía.

En las oficinas de Herz, Marissa alquiló un Ford Falcon.

Pidió un mapa de la zona, pero en la agencia no tenían ninguno.

- ¿Adónde piensa ir? -le preguntó el encargado con su típico acento de Queensland.

-A Windorah -respondió Marissa.

- ¿Para qué demonios va allí? -preguntó -. ¿Sabe a qué distancia queda Windorah?

-No exactamente -reconoció Marissa.

-A más de trescientos kilómetros -indicó el hombre -. Trescientos kilómetros de canguros y lagartos.

Lo más probable es que le lleve de ocho a diez horas. Será mejor que llene el depósito de combustible de reserva que tiene en el maletero. También hay uno para agua. Llénelo también para estar segura.

- ¿Qué tal es el camino? -preguntó Marissa.

-Llamarlo camino es ser bastante generoso -explicó el encargado -. Es de tierra y se levanta mucho polvo. En esta época no llueve mucho. ¿Por qué no me llama por teléfono mañana desde Windorah? Si no tengo noticias suyas avisaré a la policía. No hay mucho tráfico por esa zona.

-Gracias -repuso Marissa -. Eso haré.

Marissa llevó el coche al motel. Le resultó incómodo conducir por la izquierda. Una vez allí, le pidió al propietario que llamara al Servicio Médico Aéreo y preguntara si no se habían presentado emergencias que interrumpieran el plan de atención de Tristan Williams.

Después de llenar sus depósitos de reserva de combustible y de agua, Marissa atravesó Charleville y tomó el camino a Windorah. Tal como indicara el encargado de la agencia, poco después de rebasar los suburbios de la ciudad el camino asfaltado desaparecía.

Al principio, Marissa se divirtió bastante. El sol estaba detrás de ella y no le daba en los ojos, aunque sabía que más tarde eso se modificaría. La soledad de aquellas tierras era un buen bálsamo para sus sentimientos en carne viva.

El camino era de color arena anaranjado y se abría paso por entre una vasta extensión de terreno desértico y árido cortado por extraños y angostos valles o arroyos que se llevaban la poca agua que caía en la estación de las lluvias. Había pájaros que levantaban el vuelo en cuanto ella se les acercaba con el coche. Comenzó a avistar la fauna que el encargado de la agencia le mencionara. De vez en cuando pasaba juntos a algún canguro, Pese a lo espectacular del paisaje, muy pronto resultó algo monótono. A medida que iba recorriendo kilómetros, Marissa empezó a sentirse bastante aliviada de que el hombre de la agencia le hubiera pedido que llamara por teléfono desde Windorah. Marissa no había viajado jamás por una región tan desolada, y la idea de que el coche tuviera algún desperfecto la aterraba. La conducción tampoco resultaba sencilla. El camino irregular significaba que debía luchar con el volante.

El polvo que dejaba atrás comenzó a retroceder hasta el automóvil y a cubrirlo todo.

Al mediodía estuvo segura de que la temperatura se había elevado a cerca de cuarenta grados. El calor creaba la ilusión de ondulaciones que se desplazaban por el camino.

También hubo otras distracciones naturales: más al atardecer, tuvo que pisar a fondo los frenos hasta detenerse por completo y dejar que un grupo de jabalíes cruzara el camino.

Poco después de las ocho de la noche, al cabo de once horas de conducción, Marissa empezó a observar ciertas señales de civilización. Veinte minutos después llegó a Windorah.

Se alegraba de estar allí, aunque el pueblo era poco más que un oasis pintoresco.

En el centro de la ciudad había un hotel de una sola planta, con taberna y un porche de madera. Un letrero proclamaba que era el Western Star Hotel. Frente al Western Star había una tienda donde se vendía de todo. Un poco más allá, aparecía un surtidor de combustible tipo años treinta.

Marissa entró en la taberna y soportó la mirada de sus cinco clientes varones. La miraban como si fuera una aparición. El dueño del establecimiento se le acercó y le preguntó en qué podía servirla.

-Quiero una habitación para dos noches -contestó Marissa.

- ¿Tiene reserva? -preguntó el hombre.

Marissa escrutó la amplia cara del individuo. Pensó que debía tratarse de una broma, pero en el rostro de él no apareció ninguna sonrisa. Marissa reconoció que no tenía una habitación reservada.

-Hoy hay varios combates de boxeo -explicó el hombre -.

Se acercó a la caja registradora y consultó en una libreta.

Librodot

Marissa paseó la vista por el recinto. Todos los hombres seguían mirándola fijamente. Ninguno se movía ni decía una palabra. Tampoco tocaban las botellas de cerveza que tenían ante ellos.

El hombre regresó.

-Le daré la número cuatro -indicó -. Estaba reservada pero debían haberse presentado a las seis.

Marissa pagó el alojamiento de una noche, cogió la llave y preguntó dónde podía comer algo.

-Le prepararemos algo aquí mismo, en la taberna -explicó el hombre -. Vuelva en cuanto refresque un poco.

-Otra pregunta -añadió Marissa -. ¿La Hacienda Wilmington queda cerca del pueblo?

-Sí -contestó el hombre -. Bastante cerca. A menos de tres horas en coche, hacia el oeste.

Marissa se preguntó cuántas horas se tardaría en llegar a un establecimiento ganadero distante, si llevaba tres alcanzar uno próximo. Antes de subir a su habitación, usó un teléfono público para llamar al encargado de la agencia de alquiler de coches y confirmarle que había llegado sana y salva.

Le complació descubrir que su habitación estaba razonablemente limpia. Le sorprendió ver un mosquitero plegado sobre la cama. Sólo más tarde descubriría lo importante que era.

El resto de la tarde pasó muy rápido. No tenía mucho apetito y casi no probó la comida. Pero sí disfrutó de la cerveza helada. Y, poco después, entabló una conversación cordial con los hombres que estaban en el bar.

Hasta la persuadieron de que los acompañara a los combates de boxeo, que resultaron ser la oportunidad de que los locales boxearan con profesionales. Los rancheros ganarían veinte dólares si eran capaces de resistir tres asaltos de un minuto, pero ninguno lo consiguió. Marissa se fue antes de que terminaran, impresionada por la violencia exhibida por aquellos hombres borrachos.

La noche fue espantosa. Marissa tuvo de nuevo horribles pesadillas con tiburones que devoraban a Wendy. A lo que se sumó También tuvo que luchar con toda clase de insectos que se las ingeniaron para traspasar el mosquitero que rodeaba su cama.

Al llegar la mañana, Marissa estaba incluso más cansada que el día anterior. Pero después de una ducha y un poco de café cargado, estuvo en condiciones de enfrentarse con la nueva jornada. Pertrechada con las indicaciones del dueño del hotel, salió de Windorah y enfiló hacia la Hacienda Wilmington.

El establecimiento ganadero era tal como lo había imaginado, con una serie de cobertizos bajos de madera, casas blancas de chilla con tejados metálicos y muchas cercas. También había muchos perros, caballos y vaqueros. En todo el paisaje reinaba el desagradable pero no intolerable olor mohoso y fuerte del estiércol de vaca.

En contraste con la reacción de total incredulidad que encontró al entrar en la taberna de Windorah, en la hacienda la hospitalidad fue abrumadora. Los vaqueros prácticamente se peleaban por atenderla, conseguirle una cerveza y ofrecerse a llevarla a la pista de aterrizaje para la llegada del médico a mediodía. Uno de los vaqueros le explicó el motivo de la conducta de todos, al contarle que una mujer atractiva y sola solía presentarse en una hacienda más o menos cada cien años.

A las once y media Marissa ya estaba en la pista de aterrizaje, sentada en su Ford, debajo de un solitario árbol gomífero. Al sol, más cerca de la pista, estaba el Land Rover de la hacienda.

Librodot

Justo antes de las doce, se bajó del coche y abandonó la sombra del árbol. Protegiéndose los ojos del sol, escrutó el cielo en busca del avión. Hacía tanto calor como el día anterior y tampoco había nubes. No vio ningún avión. Escuchó con atención, pero no oyó más que el sonido de las rozagantes acacias.

Al cabo de diez minutos, estaba a punto de volver al coche cuando oyó el zumbido monótono del motor de un aeroplano.

Volvió a levantar la vista hacia el cielo y buscó el origen de ese zumbido. No lo localizó hasta que prácticamente estuvo encima de ella.

El avión viró rodeando la pista. El piloto parecía estar decidiendo si aterrizar o no. Por último, después de una segunda pasada, posó el aparato en tierra. El piloto detuvo el motor y se preparó para bajarse del avión.

Marissa caminó deprisa hacia el avión mientras el piloto abría la puerta de la cabina. El hombre que estaba sentado en el Land Rover se bajó del vehículo y arrojó su cigarrillo.

- ¿Doctor Williams? -gritó Marissa.

El piloto se detuvo exactamente al lado del avión. Miró hacia donde estaba Marissa. Llevaba un antiguo maletín de médico, con protecciones de bronce.

- ¡Doctor Williams! -repitió Marissa.

- ¿Sí? -repuso Tristan con voz cansada.

Observó a Marissa de la cabeza a los pies.

-Soy la doctora Marissa Blumenthal -se presentó Marissa, extendiendo la mano.

Tristan se la estrechó con cierta vacilación.

-Encantado de conocerla -replicó.

Pero no parecía tan seguro de estarlo.

Marissa quedó bastante sorprendida por el aspecto del hombre. No parecía un patólogo; por lo menos no se parecía en nada a los patólogos que conocía. Tenía el semblante muy bronceado y una barba de tres días. Usaba un clásico sombrero australiano de ala ancha, bastante ajado.

En lugar de un médico, Tristan Williams parecía más un hombre de campo, un vaquero. Era bien parecido, con facciones más bien toscas, y su pelo color arena era un poco más claro que el de Robert. Tenía mandíbulas angulosas como las de Robert, pero allí terminaba el parecido. Los ojos de Tristan eran más hundidos, pero Marissa no pudo ver de qué color eran porque los tenía entornados por el resol. Y sus labios no eran finos como los de Robert. Eran más bien generosos y expresivos.

- ¿Podría hablar con usted? -preguntó Marissa -. He estado esperando que llegara. He venido desde Charleville.

- ¡Dios! -exclamó Tristan -. No es muy frecuente que me espere una mujer bonita como usted. Estoy seguro de que los muchachos de la hacienda esperarán unos minutos. Deje que avise al conductor.

Marissa notó que era un poco más alto que Robert; medía bastante más de un metro ochenta de estatura.

Cuando volvió, Marissa le sugirió que conversaran a la sombra, dentro del coche. Tristan estuvo de acuerdo.

-He venido desde Boston para hablar con usted -explicó cuando estuvieron instalados en el vehículo -. No ha resultado fácil encontrarlo.

-De pronto no estoy seguro de que esto me guste -repuso Tristan, mirando a Marissa -. Ser encontrado no es algo que me interese.

-Quiero hablarle sobre un trabajo suyo -alegó Marissa -, sobre la salpingitis tuberculosa.

Librodot

-Ahora sé que no me gustará -replicó Tristan -. Si me perdona, tengo que ver a algunos pacientes.

Colocó la mano en la manilla de la puerta.

Marissa le cogió por el brazo.

-Por favor -insistió -. Tengo que hablar con usted.

-Sabía que usted era demasiado buena para ser cierta -siguió él, soltándose y saliendo del coche.

Sin mirar hacia atrás, se encaminó al Land Rover, subió y se alejó.

Marissa no podía creerlo. No sabía si sentirse ofendida o furiosa. Después de todo lo que había debido pasar para encontrarlo le resultaba inconcebible que no le brindara más tiempo que ése. Por un momento Marissa permaneció sentada en el coche, recibiendo todo el polvo levantado por el Land Rover. Después, se apresuró a encender el motor, poner primera e ir tras él.

Cuando Marissa llegó a la Hacienda Wilmington, estaba cubierta de polvo. Durante el trayecto había recibido el que levantaba el Land Rover, y hasta se le había metido en la boca.

Tristan ya se había bajado del Land Rover y se encaminaba hacia la casa pequeña, con el maletín médico en la mano.

Marissa tuvo que correr para ponérsele a la par. Una vez al lado de él, trató de que la mirara. Tenía que dar cinco pasos por cada tres de él.

- ¡Tiene que hablar conmigo! -exigió Marissa.

Tristan se detuvo en seco.

-No me interesa hablar con usted -repuso -. Además, estoy ocupado. Tengo que ver a varios pacientes, entre los cuales está una chiquilla muy enferma, y detesto la pediatría.

Marissa se apartó el pelo polvoriento de la frente y miró a Tristan. Aunque tenía los ojos bastante hundidos, comprobó que eran azules.

-Soy pediatra -explicó -. Tal vez pueda ayudarlo.

Tristan la observó.

-Pediatra, ¿eh? -replicó -. Me viene muy bien.

Su mirada se dirigió a la puerta de la casa.

Cuando volvió a mirar a Marissa, le dijo: -Ese es un ofrecimiento que no puedo rechazar. No sé casi nada de pediatría.

La paciente resultó ser una niñita de ocho meses que estaba muy enferma. Tenía fiebre alta, tos y le goteaba la nariz. La criatura lloraba cuando Marissa y Tristan entraron en su habitación.

Marissa examinó al bebé mientras Tristan y la preocupada madre observaban. Al cabo de algunos minutos, Marissa se enderezó y dijo: -Es sarampión, sin ninguna duda.

- ¿Cómo lo sabe? -preguntó Tristan.

Marissa le mostró los pequeños puntos blancos dentro de la boca del bebé, los ojos irritados y el leve sarpullido que comenzaba a aparecer en su frente.

- ¿Qué se debe hacer? -preguntó él.

-Bajarle la fiebre -respondió Marissa -. Pero si llegaran a aparecer complicaciones, habría que internar a la criatura en un hospital. Si eso es posible.

-Por supuesto -repuso Tristan -. Podríamos llevarla en avión a Charleville, o incluso a Brisbane si fuera necesario.

Durante los siguientes minutos Marissa le explicó la situación a la madre, describiéndole las señales que podrían indicar complicaciones. Después trataron de descubrir dónde podía haber atrapado el virus la criatura. Dos semanas antes,

Librodot

la familia había ido a visitar a unos parientes en Longreach, donde había un chico enfermo

Después de discutir la profiláctica que se debía aplicar a los demás chicos de la hacienda, para evitar una epidemia, Marissa y Tristan se despidieron de la madre y se dirigieron a la siguiente casa en la lista de Tristan.

-Gracias por su ayuda -le dijo Tristan cuando ascendían al porche de la siguiente vivienda.

-Creo que se las habría arreglado igual sin mí -replicó Marissa.

Estuvo tentada de decir algo más pero, su intuición femenina la hizo callar.

Marissa se quedó junto a Tristan y lo ayudó a visitar a los demás pacientes.

Todos fueron exámenes de rutina, salvo una mujer de noventa y tres años que se estaba muriendo de cáncer, pero se negaba a que la internaran en un hospital. Tristan respetó sus deseos y se limitó a recetarle medicamentos para aliviarle el dolor.

Cuando abandonaron la última casa, fue Tristan el que retomó el tema del trabajo publicado en la revista médica.

-Supongo que la curiosidad puede más que yo -confesó -. ¿Qué razón puede haber tenido usted para venir a este lugar remoto para hablarme de un artículo que quedó por completo desacreditado?

-Porque yo padezco el síndrome que describió en ese trabajo -respondió Marissa mientras trataba de seguirle el ritmo de la caminata. Se dirigían al comedor comunitario -. Y porque el síndrome ha estado apareciendo en Estados Unidos, y también en Europa.

Deseaba preguntarle por qué había falsificado los datos e inventado casos, pero temió que una pregunta así diera por terminada la conversación.

Tristan se detuvo y observó a Marissa.

- ¿Usted también ha tenido salpingitis tuberculosa? -le preguntó.

-Confirmado por una biopsia -contestó Marissa -. Jamás me había enterado. Si no fuera porque intentaba quedar embarazada, probablemente jamás lo habría sabido.

Tristan pareció sumirse en la reflexión.

-He estado tratando de averiguar más sobre esa enfermedad. Pero todo se convirtió en un desastre. He perdido a una amiga. Hasta me pregunto si no la han matado.

Tristan se quedó mirándola.

- ¿De qué me habla?

-Vine a Australia con una amiga -explicó Marissa -. Una mujer que también había tenido salpingitis tuberculosa como yo. Vinimos porque habíamos leído su artículo, y preguntamos por usted en la clínica FCA, en Brisbane. Pero la actitud de ellos no fue precisamente de cooperación.

Marissa le describió lo ocurrido en el arrecife, y comentó que la muerte de Wendy podía no haber sido accidental.

-Y empiezo a pensar que tal vez mi propia vida esté en peligro -añadió -. Pero no puedo decir que tenga pruebas de ello.

Tristan suspiro.

-Esto me trae malos recuerdos -alegó, sacudiendo la cabeza. Echó hacia atrás el sombrero y se rascó la frente -.

Pero creo que será mejor que le cuente mi historia para que tenga alguna idea de a qué se enfrenta. Tal vez entonces regrese a su país y viva su vida. Pero el relato tomará algún tiempo.

Y se lo digo en estricta reserva. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -replicó Marissa.

Librodot

-Muy bien -prosiguió Tristan -. Entremos y tomemos un par de cervezas.

Tristan penetró en la cantina y se fue directamente a la cocina. El personal estaba ocupado limpiando después de la comida del mediodía. Del frigorífico sacó dos cervezas heladas y las llevó al comedor vacío. Señaló una mesa, destapó las botellas y le dio una a Marissa, que tomó asiento frente a él.

-Al terminar mi especialización en patología entré a trabajar directamente en la FCA -comentó después de beber un trago de cerveza -. Quedé impresionado con la organización de la clínica, que se encontraba en plena expansión. Poco después de que me contrataran, el jefe del departamento contrajo hepatitis y tuvo que pedir un permiso prolongado.

»Y, como éramos nada más que dos, yo quedé como jefe de patología -dijo Tristan, riéndose por lo bajo.

»Casi en seguida -prosiguió -, empecé a ver casos de salpingitis fuera de lo común, y confieso que me atrajo mucho la posibilidad de realizar un hallazgo académico. También confieso que me gustaba la idea de que alguna de las revistas médicas me publicara un trabajo. Así que, por mi cuenta, decidí escribir algo sobre esos casos.

»Mi primera sospecha fue tuberculosis, pese a que es poco frecuente aquí, en Australia. Pero como en los últimos tiempos hubo un incremento en la inmigración procedente del sudeste asiático, donde la tuberculosis continúa siendo endémica, pensé que resultaba posible.

»Aun así, tenía que estar seguro de que se trataba de tuberculosis. Descarté los hongos merced a unas tinciones muy elaboradas. Decididamente, no eran hongos. Realicé una búsqueda intensiva de microorganismos, pero no pude encontrar ninguno. Yo seguía estando seguro de que era tuberculosis.

- ¿Y sarcoide? -preguntó Marissa.

Tristan sacudió la cabeza.

-No, no era sarcoide -repuso -. Todas las radiografías de tórax eran normales, y ninguna de las pacientes tenía los ganglios inflamados o problemas oculares.

»Así que seguí convencido de que era tuberculosis, aunque no tenía ni idea de la forma en que se había propagado.

Pero entonces lo asocié con algo que ocurría en la clínica.

Alrededor de un año antes de empezar a ver esos casos, la clínica había iniciado una rotación de técnicos y agentes de seguridad chinos a través de una especie de programa de becas.

Pensé que la clínica formaba a los técnicos en fecundación in vitro para que después volvieran a Hong Kong, de donde procedían.

Pero no estaba seguro. Siempre venían por parejas, y no se quedaban mucho. Sólo algunos meses. La mayoría ni siquiera hablaba inglés. Pero el hecho de que procedieran de Hong Kong, donde se había producido una afluencia significativa de gente del sudeste asiático, me hizo pensar que podía tener algo que ver con el brote de salpingitis tuberculosa.

- ¿Dónde iban una vez concluida la beca? -preguntó Marissa, recordando a los chinos de la Clínica de la Mujer.

-No tengo ni idea -reconoció Tristan -. Supuse que regresaban a Hong Kong hasta que empecé a investigar los casos de tuberculosis.

Entonces sentí curiosidad. Así que concerté un encuentro con Charles Lester, el director de la clínica, y le pregunté acerca de los chinos. Lo único que me dijo era que estaba en relación con el gobierno.

Tristan se encogió de hombros.

- ¿Qué podía hacer yo? -prosiguió -. Se lo pregunté a varias personas más, pero nadie parecía querer hablar del tema. Entonces dos chinos tuvieron un accidente automovilístico serio. Lo suficientemente serio como para que uno muriera y hubiera que internar al otro. Lo internaron en la FCA. Era el único paciente varón que habían tenido.

»No dejé de visitar a aquel individuo todos los días. Era un tipo lacónico, pero hablaba inglés. No mucho, pero lo suficiente. Su nombre era Chan Ho. Le hice pruebas sin que nadie lo supiera para comprobar si tenía tuberculosis; pero me decepcionó que los resultados fueran negativos, porque generaba interrogantes en mi teoría. Como seguí visitándolo a diario llegué a conocerlo bastante. Me enteré de que era una especie de monje budista que había aprendido artes marciales chinas como parte de sus estudios. Eso me llamó la atención; las artes marciales han sido mi deporte preferido desde que era joven.

Cuando el tipo salió del hospital, lo invité a ir a mi gimnanasio. Y allí descubrí que era increíblemente hábil en kung fu.

Marissa recordó cómo el chino del traje gris había desarmado a Paul Abrums de una feroz patada.

-Entonces me enteré de otra cosa: a Chan le encantaba la cerveza. No la conocía hasta llegar a Australia, o por lo menos eso dijo. Lo descubrí después de que un par de buenas cervezas australianas lograran desinhibirlo un poco. En ese momento me sorprendió de veras. Averigüé que en realidad no era de Hong Kong sino de un pueblo cerca de Cuangzhou, en la República Popular China.

- ¿Era de la China comunista? -preguntó Marissa.

-Eso fue lo que me dijo -respondió Tristan -. Fue una sorpresa para mí. Al parecer, sólo había pasado por Hong Kong... ilegalmente. Cierta noche logré emborracharlo bastante, había sido miembro de una sociedad secreta, una organización de artes marciales llamada Loto Blanco. Dijo que, debido a su habilidad con las artes marciales, había sido sacado de China por una de las tríadas de Hong Kong, llamada Wing Sin.

Al parecer, la FCA pagó la cuenta. Me dio a entender que pagaron grandes sumas de dinero para que él y su amigo fueran introducidos ilegalmente en Australia.

-Pero ¿por qué? -preguntó Marissa.

El relato de Tristan tomaba direcciones que ella jamás hubiera imaginado. Parecía apartarse mucho del tema de la tuberculosis.

-Ni idea -reconoció Tristan -. Pero me intrigaba. Me parecía un programa muy extraño, sobre todo si tenía que ver con el gobierno. Comencé a pensar toda clase de cosas, como que, por ejemplo, estaba relacionado con el hecho de que Hong Kong fuera devuelto a la República Popular China en 1997.

-Lo último que necesitaba la China comunista es fecundación in vitro - bromeó Marissa.

- ¡Vaya si lo sé! -repuso Tristan -. Nada tenía sentido.

Así que intenté seguir averiguando en la clínica de nuevo, pero no conseguí que nadie me dijera nada más acerca de aquellos visitantes, sobre todo en la sección administrativa.

Volví a hablar con el director, pero me advirtió que me olvidara del asunto. Debería haber seguido su consejo.

Tristan echó la cabeza hacia atrás y terminó su cerveza.

Se puso de pie y le preguntó a Marissa si le apetecía otra.

Ella negó con la cabeza. Todavía no había terminado la que tenía.

Librodot

Mientras Tristan regresaba a la cocina, ella repasó mentalmente lo que él le había contado. Era algo sin duda curioso, pero en absoluto lo que ella quería escuchar después de recorrer miles de kilómetros.

Tristan volvió con otra cerveza y se sentó.

-Sé que todo esto suena extraño -admitió -. Pero estaba convencido de que si podía descubrir el porqué de la presencia de esos chinos en la clínica, lograría explicar los casos de salpingitis. Puede parecer descabellado, pero los dos hechos ocurrían de forma simultánea, y estaba persuadido de que no era una mera coincidencia, pensé que esos técnicos chinos estaban siendo entrenados en técnicas in vitro. Cuando estaban en la clínica, siempre se les podía encontrar en los laboratorios del FIV.

- ¿No le parece que podría haber sido al revés? -preguntó Marissa -. Tal vez los chinos proporcionaban información en lugar de recibirla.

-Lo dudo -contestó Tristan -. La técnica médica moderna no es uno de los puntos fuertes de China.

-Sin embargo, alrededor de la época que usted menciona -siguió Marissa -, la FCA empezó a experimentar un repentino incremento en la eficacia de sus procedimientos in vitro.

Lo leí en la biblioteca de la Facultad de Medicina.

-Después de muchas horas de conversar con Chan Ho, le aseguro que de ningún modo podrían ellos haber incrementa do nuestros conocimientos técnicos.

- ¿Y su compañero? -preguntó Marissa -. El que murió en el accidente.

-Chan no quiso hablar de él -explicó Tristan -. Se lo pregunté en muchas ocasiones. Lo único que sé es que no era un experto en artes marciales como Chan.

-Quizá fuera acupunturista -sugirió Marissa -. O bien homeópata.

-Es posible -asintió Tristan -. Aunque le aseguro que la FCA no empezó a hacer acupuntura como parte del procedimiento in vitro. Pero Chan me dio a entender que se había sentido responsable de su compañero, porque tenía miedo de que lo enviaran de regreso a la República Popular China después de que el otro muriera.

-Da la impresión de que su compañero era el más importante de los dos -comentó Marissa -. Tal vez haya proporcionado algún conocimiento o habilidad.

-Me cuesta creerlo -adujo Tristan -. Eran tipos bastante primitivos. Pero empecé a pensar en drogas.

- ¿De qué manera? -preguntó Marissa.

-Contrabando de heroína -repuso Tristan -. Sé que Hong Kong se ha convertido en la capital de la heroína por mover esa droga desde el Triángulo Dorado al resto del mundo. Me puse a investigar el contrabando de la heroína, especialmente porque la tuberculosis es endémica en el Triángulo Dorado.

- ¿Entonces esos dos chinos eran correos? -asintió Marissa.

-Eso fue lo que pensé -repuso Tristan -. Quizá el que no sabía artes marciales. Pero no estaba seguro. Sin embargo, era lo único que parecía justificar el dinero que parecía haber por medio.

-Significa que la FCA toma parte en el tráfico de drogas -señaló Marissa.

De pronto recordó la opulencia de la clínica. Eso le confería cierta verosimilitud a lo que decía Tristan. Pero, si era así, ¿dónde empezaba a figurar lo de la salpingitis tuberculosa?

-Planeaba investigarlo -siguió Tristan -. Me proponía usar mis próximas vacaciones para ir a Hong Kong y seguir la pista, si fuera necesario hasta Cuangzhou.

- ¿Qué le hizo cambiar de idea? -preguntó Marissa.

Librodot

-Ocurrieron dos cosas -prosiguió Tristan -. Primero, el jefe de patología regresó. Y, segundo, mi trabajo se publicó en la Revista .Australiana de Enfermedades Infecciosas. Creí que estaba a punto de acceder a la fama profesional por describir un síndrome clínico nuevo. Pero, en cambio, se convirtió en un arma de doble filo. Como ya le dije, nunca le comenté a la administración de la clínica que estaba escribiendo ese trabajo.

Bueno, se volvieron locos. Querían que yo me retractara de lo publicado en el artículo, pero yo me negué.

- ¿Los casos que aparecen en su trabajo eran pacientes reales? -preguntó Marissa -. ¿No se los inventó?

- ¡Por supuesto que no me los inventé! -exclamó Tristan, indignado -. Eso fue lo que insinuaron. Pero era mentira.

-Charles Lester nos dijo que usted había inventado los casos.

- ¡Mentiroso de mierda! -exclamó Tristan -. Los veintitrés casos de ese trabajo eran pacientes reales. Se lo garantizo. Pero no me sorprende que le haya dicho lo contrario. Trataron de obligarme a que yo dijera lo mismo. Pero me negué. Hubo también amenazas. Por desgracia, no les presté atención, aun que entre los amenazados estuvieran mi esposa y mi hijo de dos años.

»Entonces Chan Ho desapareció y las cosas se pusieron feas. Publicaron un artículo afirmando que yo había falsificado los datos, de modo que el trabajo quedó oficialmente desautorizado. Entonces, alguien colocó heroína en mi automóvil y la policía la encontró siguiendo una denuncia anónima. Mi vida se convirtió en un infierno.

Se me procesó por tenencia de drogas. Intimidaron y atormentaron a mi familia. Pero, como un idiota, yo lo soporté todo, y no se me ocurrió nada mejor que desafiar a la clínica a negar la existencia de las pacientes cuyos nombres yo había guardado.

Embriagado de idealismo, no estaba dispuesto a darme por vencido. Al menos, hasta que mi esposa murió.

Marissa quedó anonadada.

- ¿Qué ocurrió? -preguntó, temerosa de oír el resto de la historia.

Tristan se quedó un momento mirando su cerveza y tomó un trago. Cuando volvió a mirar a Marissa, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Supuestamente fue un asalto -explicó, con voz quebrada -. Algo que no sucede con demasiada frecuencia aquí, en Australia. La golpearon hasta derribarla y le robaron la cartera.

Y, mientras ocurría, se rompió el cuello.

- ¡Oh, no! -exclamó Marissa.

-La versión oficial fue que se rompió el cuello al golpearse contra la vereda -explicó Tristan -. Pero según mi impresión la fractura fue el resultado de una patada de kung fu, aunque no había forma de probarlo. Eso me hizo temer por la seguridad de mi hijo. Como yo debía enfrentarme a un juicio, me quedé aquí, pero mandé a Chauncey a vivir con la familia de mi mujer en California. Sabía que yo no podía protegerlo.

- ¿Su esposa era norteamericana? -preguntó Marissa.

Tristan asintió.

-Nos conocimos cuando yo estudiaba en San Francisco con una beca.

- ¿Qué pasó en el juicio? -inquirió Marissa.

-Fui absuelto de la mayor parte de los cargos criminales -explicó Tristan -. Pero no de todos. Estuve un breve tiempo en la cárcel y tuve que realizar algunos servicios comunitarios de especialización, pero conseguí retener mi licencia médica. Entonces me vine aquí, al interior del país.

Librodot

- ¿Su hijo todavía está en Estados Unidos? -preguntó Marissa.

Tristan asintió.

-No quise traerlo de regreso hasta estar seguro de que las cosas se hubieran tranquilizado.

-Qué experiencia tan terrible.

-Espero que no lo tome a la ligera -le previno Tristan -.

Creo que es probable que tenga razón respecto a que la muerte de su amiga no fuera accidental. Y también, respecto a que su vida está en peligro. Creo que lo mejor será que se vaya de Australia.

-No creo poder hacerlo llegados a este punto -repuso Marissa.

-Por favor, no sea tan tonta como yo -siguió Tristan -. Ya ha perdido a una amiga. No insista. Olvide su idealismo.

Todo esto representa algo muy grande y muy siniestro. Lo más probable es que estén involucrados el crimen organizado chino y la heroína, una combinación letal. La gente siempre piensa en la Mafia cuando se trata de crimen organizado, pero la Mafia es un juego de niños comparada con las organizaciones chinas. Sea lo que fuere lo que hay en el fondo de este asunto, comprendí que no podía investigarlo por mi cuenta. Y tampoco debería usted intentarlo.

- ¿De qué manera puede estar relacionado el crimen organizado chino con la salpingitis tuberculosa? -preguntó Marissa.

-No tengo la menor idea -replicó Tristan -. Dudo que exista un vínculo causal directo. Debe de ser algún efecto colateral inesperado.

- ¿Sabía usted que la FCA está en manos de un holding que también controla todas las Clínicas de la Mujer de Estados Unidos?

-Sí -contestó Tristan -. Esa fue una de las razones por las que empecé a trabajar en la FCA. Sabía que planeaban expansionarse por todo el mundo, sobre todo por su tecnología en fecundación in vitro.

-Gracias por hablar conmigo -dijo -. Gracias por su franqueza y su confianza.

-Espero que tenga el efecto de convencerla de que debe volver a su casa en seguida -replicó Tristan -. Debe abandonar la cruzada que ha emprendido.

-No creo poder hacerlo -repuso Marissa -. No después de la muerte de Wendy, y no después de todo el sufrimiento que la salpingitis tuberculosa me ha causado a mí y a tantas otras mujeres. He llegado hasta aquí y me he arriesgado. Tengo que descubrir qué está pasando.

-Lo único que puedo decirle es que una compulsión similar arruinó mi vida y mató a mi mujer -explicó Tristan.

Parecía casi enojado. Habría querido convencer a esa mujer de que no fuera tonta, pero al ver el brillo de determinación en sus ojos supo que todo sería en vano. Suspiró.

-Empiezo a pensar que es usted un caso perdido. Si quiere seguir adelante, entonces le sugiero que se ponga en contacto con la tríada Wing Sin en Hong Kong. Tal vez ellos estén dispuestos a ayudarla... por un precio, desde luego. Eso era lo que yo planeaba hacer. Pero debo advertirle que será peligroso, porque las tríadas de Hong Kong son famosas por su violencia, especialmente cuando la heroína está por medio; las sumas de dinero que se barajan son astronómicas. Sólo la heroína procedente del Triángulo Dorado vale más de cien mil millones de dólares al año.

- ¿Por qué no viene conmigo? -propuso Marissa -. Su hijo está a salvo en Estados Unidos. ¿Por qué no sigue adelante con lo que había planeado hace algunos años? Podemos hacerlo juntos.

Tristan se echó a reír.

Librodot

-Decididamente no -repuso -. No trate siquiera de tentar me. El idealismo se me terminó hace dos años.

- ¿Por qué habrían de estar involucradas en el tráfico de drogas la FCA y la Clínica de la Mujer? -preguntó Marissa -.

¿Sólo por dinero? ¿No sería demasiado arriesgado?

-Esta pregunta me la he puesto yo también. Supongo que podrían formar parte de un plan para el lavado de narcodólares. La clínica necesita mucho capital para su permanente expansión por el mundo.

-Así que los chinos procedentes de la República Popular son correos para el dinero y las drogas, o ambas cosas -concluyó Marissa.

-Esa es mi teoría -asintió Tristan.

-Pero eso me hace volver a la tuberculosis -siguió Marissa -. ¿Cómo encaja en este asunto?

Tristan se encogió de hombros.

-Como le he dicho, no tengo todas las respuestas.

Supongo que tiene que ser algún efecto no previsto. No tengo ninguna pista con respecto a la forma en que las mujeres la contraen.

Por lo general, la tuberculosis es una infección que se transmite por el aire. Cómo llega a las trompas de Falopio es algo que no puedo entender.

-No es así como se hace un diagnóstico en medicina -explicó Marissa -. Todos los síntomas y signos tienen que estar directamente relacionados con el diagnóstico principal.

Casi siempre es una sola enfermedad. Creo que la tuberculosis debe ser considerada como algo circunstancial al problema.

-Entonces, está usted sola -alegó Tristan -. No se me ocurre ninguna manera de explicar lo ocurrido sobre esa base.

-Venga conmigo -le rogó Marissa -. A usted le importa tanto como a mí descubrir la verdad.

- ¡No! -exclamó Tristan -. No pienso involucrarme. No otra vez. Últimamente he estado pensando que ya ha pasado suficiente tiempo y he ahorrado algo de dinero, lo bastante para recuperar a mi hijo y trasladarme a algún lugar lejano, tal vez Estados Unidos.

-Muy bien, lo entiendo -replicó Marissa, aunque su tono indicaba que no lo entendía en absoluto -. Gracias de nuevo por hablar conmigo.

Los dos se pusieron de pie. Marissa le tendió la mano y Tristan se la estrechó.

-Buena suerte -dijo Tristan.

Marissa retornó al automóvil y al mirar hacia dentro vio que estaba cubierto de polvo. No le entusiasmaba nada la idea de realizar otra vez el trayecto a Windorah, ni la odisea de regresar al día siguiente a Charleville.

Se introdujo en el coche con mucho cuidado para no levantar una nube de polvo. Después de poner en marcha el motor, abandonó la Hacienda Wilmington y se despidió con la mano de algunos de los vaqueros que estaban reparando una cerca rota. Se mantuvo a la izquierda del camino y enfiló hacia Windorah.

Mientras conducía, repasó mentalmente todo lo que Tristan le había explicado. Aunque no había averiguado nada nuevo sobre la salpingitis tuberculosa, sí se había enterado de muchas cosas inesperadas que resultaban inquietantes. Tal vez la más inquietante de todas fue la sugerencia de un juego sucio en la muerte de su esposa. Si Tristan estaba en lo cierto, le confería

Librodot

también mayor verosimilitud a la idea de que los tiburones habían sido atraídos intencionadamente por los dos hombres que arrojaban la carnada. Y, si era así, su propia vida corría peligro.

Marissa conducía el automóvil mecánicamente mientras se preguntaba qué podía hacer para protegerse. Por desgracia, no se le ocurrió ninguna idea genial. Si personas que ella no conocía se proponían matarla, ¿cómo haría para reconocerlas?

Era difícil protegerse de lo inesperado. La amenaza podía provenir de cualquier parte y llegar en cualquier momento.

Justo en ese instante, como para confirmar sus temores, notó una vibración extraña. Al principio pensó que le habían hecho algo al coche. Observó el instrumental del tablero: todo estaba normal. Sin embargo, muy pronto la vibración se convirtió en un rugido.

Muerta de pánico, Marissa se aferró al volante. Sabía que tenía que hacer algo, y pronto. En su desesperación, clavó el pie en el freno y giró el volante todo lo que pudo. El auto patinó hacia un costado. Por un instante, Marissa tuvo la sensación de que volcaría.

En el momento mismo en que el auto de Marissa se detenía, un avión pasó rugiendo a no mas de 6 metros del techo del vehículo.

Marissa supo entonces que las personas que habían matado a Wendy la habían encontrado. Ahora prepararían un accidente para liquidarla.

El motor del coche se había ahogado. Marissa intentó con desesperación volver a ponerlo en marcha. Por el parabrisas vio que el avión había tomado altura al tiempo que viraba y ahora regresaba hacia ella. A lo lejos no parecía más grande que un insecto, pero su rugido ya hacía temblar el coche.

Cuando finalmente logró poner en marcha el motor, puso primera. El avión estaba casi encima de ella. Más adelante se erguía una solitaria acacia. Por algún absurdo motivo, Marissa pensó que si lograba llegar al árbol éste le proporcionaría cierta protección. Giró el volante hacia la derecha para enderezar el auto y aceleró a fondo. El coche salió disparado hacia delante.

El avión enfilaba hacia ella. Había descendido hasta menos de tres metros del suelo. Rugía a lo largo del camino, en línea recta directamente hacia ella. Detrás de la máquina, el polvo se elevaba cientos de metros por el aire.

Al comprender que no conseguiría llegar al árbol, Marissa volvió a frenar en seco y levantó los brazos para protegerse los ojos. Con un rugido de trueno el avión bajó hacia ella y en el último segundo se elevó. El coche se estremeció al pasar el avión por encima de él.

Al abrir los ojos, Marissa volvió a pisar el acelerador a fondo. Segundos después, estaba fuera del camino y debajo del árbol. Oyó que detrás de ella el avión regresaba.

Giró en su asiento y miró hacia atrás, esperando que la máquina se estrellara contra ella. Pero, en cambio, seguía el trazado del camino. Después de pasar junto al coche, las ruedas del avión tocaron tierra. El zumbido agudo se convirtió en un rugido más grave. En ese momento, Marissa reconoció el avión. Su piloto era Tristan Williams.

El alivio de Marissa en seguida se cambió en irritación cuando vio que el avión casi se detenía por completo con el morro hacia el camino. El motor se apagó y Tristan saltó de la cabina.

Se acercó a Marissa con su sombrero echado hacia atrás.

- ¡Marissa Blumenthal! -bromeó -. ¡Qué sorpresa encontrarla aquí!

- ¡Casi me muero del susto que me ha dado! -exclamó Marissa, furiosa.

Librodot

- ¡Se lo tenía merecido! -aulló Tristan con idéntica vehemencia. Después, sonrió -. Tal vez yo también estoy un poco chiflado. Pero tenía que avisarle de que he cambiado de idea.

Quizá se lo debo a la memoria de mi esposa. Quizá me lo debo a mí mismo. Sea lo que fuere, tengo unos días de vacaciones y bastante dinero ahorrado, así que iré con usted a Hong Kong y veremos si podemos descubrir qué está pasando.

- ¿En serio? -preguntó Marissa -. ¿Está seguro?

-No haga que me lo piense dos veces -le advirtió Tristan -. No podía dejar que fuera sola a Hong Kong, dadas las circunstancias. Me sentiría culpable durante el resto de mi vida.

-Me alegro mucho -repuso Marissa -. No tiene idea de cuánto.

-No se alegre tan deprisa -manifestó Tristan -. Porque no serán exactamente unas vacaciones, se lo aseguro. No será fácil, y sí decididamente peligroso. ? ¿De veras quiere hacerlo?

-Por supuesto -replicó Marissa -. Sobre todo ahora.

- ¿Hacia dónde se dirige en este momento? -preguntó Tristan.

-Me alojo en el Western Star Hotel -respondió Marissa -. Planeaba conducir hasta Charleville por la mañana.

-Le propongo algo -dijo él -. Regrese al Western Star y espéreme allí. Yo iré a buscarla. Tengo que visitar otra hacienda. Puedo hacer que alguien lleve este coche a la agencia Hertz en Charleville, si usted se anima a volar conmigo en mi King Air.

-Haría cualquier cosa para librarme de conducir de Windorah a Charleville - suspiró Marissa.

Tristan se tocó el sombrero.

-Nos veremos en el Western Star -replicó.

- ¡Tris! -gritó Marissa.

El se volvió.

Marissa se ruborizó.

- ¿Puedo llamarte Tris?

-Puedes llamarme lo que quieras -convino Tristan -. Aquí en la tierra de Oz, hasta Hijo de Perra es un apelativo cariñoso.

-Sólo quería agradecerte que hayas decidido acompañarme a Hong Kong - adujo Marissa.

-Como te he dicho, será mejor que te reserves tu agradecimiento hasta que veas en qué nos estamos metiendo -subrayó Tristan -. ¿Has estado alguna vez en Hong Kong?

-No -respondió Marissa.

-Entonces, agárrate bien fuerte. Esta zona de Australia y Hong Kong son el día y la noche. Es una ciudad fuera de control, sobre todo ahora que está previsto entregársela a la República Popular China en 1997. Allí lo que reina es la desesperación, y todo se mueve por dinero, sólo por dinero.

En Hong Kong todo está en venta, incluso la vida misma.

Y, en Hong Kong, la vida es barata. Lo digo en serio. No es una frase hecha.

-Estoy segura de que no podría habérmelas arreglado sola -admitió Marissa.

Tristan la miró.

-De eso no estoy muy seguro -replicó -. Me da la impresión de que eres una persona muy valerosa y decidida.

Y, con una última sonrisa, Tristan se encaminó a su avión.

Pronto la máquina rugía de nuevo y la hélice enviaba al aire un torrente de polvo. Con un último saludo con el brazo, Tristan soltó el freno y el King Air dio un salto hacia delante, remontándose hacia el sol.

10 DE ABRIL DE 1990 7.15 a.m.

- ¡Hora de levantarse! -tronó una voz, sacando a Marissa de un sueño muy profundo -. El Tour Oriental Williams está a punto de iniciarse, y comienza con un generoso desayuno.

Marissa parpadeó. Tristan estaba junto a la ventana, apartando las cortinas. Los débiles rayos de la luz de la mañana inundaron la habitación.

- ¡Vamos! ¡Arriba! -exclamó Tristan.

Se acercó a la cama y dio un tirón a las sábanas.

Marissa las sujetó, espantada. Tristan se echó a reír y después giró sobre sus talones.

-Te espero dentro de media hora en el comedor -indicó, antes de cerrar la puerta detrás de él.

Marissa observó la habitación. Era el cuarto de huéspedes de la pequeña casa de Tristan en las afueras de Charleville. Se trataba de una especie de buhardilla, cuya única decoración consistía en el papel floreado de las paredes. La cama era de hierro forjado, y tenía una colcha de nido de abeja.

No habían perdido un minuto desde el momento en que Tristan le anunció a Marissa que la acompañaría a Hong Kong. Regresaron a Charleville antes del anochecer, después de un vuelo sin contratiempos. Desde el aire, Marissa empezó a darse cuenta de lo vasto y árido del país en que se encontraba. En una ocasión había leído que Australia era el continente más antiguo de la Tierra. Desde allá arriba lo parecía.

Terminó pasando la noche en casa de Tristan después de pero Tristan insistió.

-Si ahora no puedes confiar en mí lo suficiente como para dormir en mi cuarto de huéspedes, ¿cómo lo harás luego en Hong Kong?

Y, al final, Marissa cedió.

La noche había pasado deprisa. Tristan estuvo casi todo el tiempo haciendo arreglos para irse de vacaciones. Llamó a su colega Bob Marlowe para que atendiera sus obligaciones profesionales.

Marissa había dormido mejor que las dos noches anteriores.

De mala gana, sacó las piernas de debajo de las sábanas y se levantó.

Después de un abundante desayuno de cereales con leche, huevos y salchichas, Tristan dispuso algunos arreglos finales, entre ellos una visita a su banco. Después, se dirigieron juntos al aeropuerto de Charleville y tomaron un vuelo de Flight West con destino a Brisbane.

Una vez en Brisbane, cambiaron de aeropuerto para tomar el vuelo de de Qantas con destino a Hong Kong.

Antes de pasar por el control de pasaportes, Marissa llevó a Tristan a un lado para decirle que el inspector de policía de la isla Hamilton le había pedido que no se moviera de la isla.

- ¿Y si me detienen? -preguntó -. ¿Qué pasará si me arrestan?

- ¡Oh, vamos! -respondió Tristan con una carcajada -. No creerás que la policía australiana es así de eficiente, ¿verdad?

Librodot

El individuo de uniforme del mostrador de control de pasaporte casi ni la miró.

El vuelo transcurrió con tranquilidad y sin contratiempos.

Una vez más, Marissa quedó impresionada por la enormidad del océano Pacífico. Hasta ese viaje, no tenía idea de lo grande que era. En silencioso reconocimiento de lo mejor que se sentía ahora que tenía a alguien en quien confiar, Marissa se quedó muy pronto dormida.

Justo a su hora, las ruedas del reactor de Qantas tocaron tierra en el aeropuerto Kai Tac a las I7.43, proporcionándole a Marissa su primera visión de Hong Kong.

Desde el aire, la colonia le había parecido un pacífico conjunto de islas rocosas y arboledas engastadas en un mar verde esmeralda. Pero desde la pista del aeropuerto la cosa era muy distinta. Al otro lado del muelle, increíblemente congestionado de barcos flotantes, su aspecto era sorprendentemente urbano: una moderna ciudad futurista atestada de rascacielos de cemento, acero y cristal. Incluso a través de la ventanilla del avión percibió la naturaleza exótica y misteriosa de la más rica y bulliciosa de las ciudades chinas.

Las formalidades del aeropuerto fueron rápidas. Mientras aguardaban que la cinta transportadora les entregara las maletas, se les acercó un representante del Península Hotel donde Tristan había reservado habitaciones contiguas. Para sorpresa de Marissa, fueron escoltados al exterior de la terminal a un Rolls Royce que los aguardaba.

- ¿No crees que esto es un poco extravagante? -preguntó Marissa cuando se alejaban del aeropuerto -. Sin duda es un hotel muy lujoso y caro.

- ¿Por qué no? -repuso Tristan -. Estoy de vacaciones y hacía años que no me las tomaba. Me propongo tratar de pasarlo bien, aunque estemos aquí por un asunto serio.

Marissa se preguntó qué diría Robert cuando viera la cuenta de los gastos.

El automóvil del hotel se mezcló con el tráfico infernal de la hora punta, y Marissa pensó que jamás había visto nada parecido. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando el chofer comentó que el tráfico estaba mejor que de costumbre.

Incluso en el interior silencioso de la limusina Rolls Royce, Marissa quedó abrumada por el estruendo y el griterío que se generaba en la ciudad. Como Tristan había dado a entender, era tan diferente del interior de Australia como para hacerle pensar que había viajado a otro planeta.

Quedaron atrapados en un embotellamiento de autobuses de dos pisos, tranvías, autos, bicicletas, motocicletas y gente, muchísima gente. Al llegar al hotel, Marissa estaba agotada, como si hubiera tenido que caminar desde el aeropuerto.

Al entrar en el hotel el mundo volvió a cambiar. El inmenso vestíbulo estaba decorado en un estilo sobrio pero al mismo tiempo lujoso, con apenas una pizca de sabor oriental. Los sonidos más perturbadores eran los causados por los zapatos de tacón alto contra el brillante piso de mármol. El sonido melodioso de un piano de cola se sumaba a la elegancia reinante.

El trámite de registro en el mostrador de recepción se llevó a cabo con un mínimo de molestias. Entregaron sus pasaportes a la recepcionista. Un encargado los acompañó a sus habitaciones contiguas en el sexto piso. Tristan insistió en abrir la puerta de comunicación. No quería dejar nada al azar: deseaba un acceso rápido a la otra habitación si se presentaba algún problema.

Marissa se reunió con Tristan junto a la ventana. Frente a ellos se extendía una vista espectacular del puerto de Hong Kong, que estaba repleto de embarcaciones de toda clase y tamaño. Tristan señaló los transbordadores verdes

Librodot

y blancos que se adelantaban en su trayecto hacia y desde la isla de Hong Kong, justo enfrente. Había juncos y champanes con elegantes velas mariposa. Las barcazas estaban amarradas contra los cargueros anclados en medio del canal. Lanchas y chalupas barnizadas avanzaban a toda velocidad por aquella agua agitada. Hasta un enorme trasatlántico se dirigía con lentitud hacia su amarradero en la terminal marítima.

Muy pronto les trajeron el equipaje. Tristan le dio una propina al botones, quien silenciosamente hizo una reverencia y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

- ¡Bueno! -dijo Tristan, frotándose las manos -. Estamos en Hong Kong. ¿Qué te parece hasta ahora?

-Entiendo lo que quisiste decir cuando me la describiste -repuso Marissa -. Confieso que resulta un tanto abrumadora.

- ¿Qué tal si tomamos algo fresco antes de ir a comer?-sugirió Tristan.

Sin aguardar una respuesta, levantó el teléfono y pidió que lo comunicaran con el servicio de habitaciones. Pidió cerveza.

En Australia ya había bebido suficiente cerveza como para pasarse sin ella un tiempo.

-Cámbielo por champaña -indicó Tristan por teléfono -. Y dos copas.

Marissa estaba a punto de oponerse, pero Tristan ya había colgado.

-Mi estado de ánimo no es muy jovial -explicó ella.

-Vamos, Marissa -repuso Tristan, tendiéndose perezosa mente sobre la cama y arrojando el sombrero en un sillón -. Tienes que animarte. Deberías disfrutar también un poco.

No tiene nada de malo.

Con la horrenda muerte de Wendy todavía en la cabeza, Marissa sintió que nadie podía esperar, de ningún modo, que ella se divirtiera.

-Quiero ir directamente al grano -explicó -. ¿Cómo haremos para ponernos en contacto con la tríada Wing Sin?

¿Cuál es nuestro primer paso?

Se oyó una suave llamada a las puertas antes de que Tristan tuviera tiempo de contestar. Saltó de la cama y abrió la puerta de par en par. Un camarero de guantes blancos hizo una reverencia y entró en el cuarto. Llevaba una bandeja con una botella de champaña en un cubo de hielo y dos copas altas.

-Este sí que es un servicio excelente -comentó Tristan con admiración -. Jamás he visto semejante rapidez. -Señaló el escritorio -. Allí, por favor.

El camarero depositó silenciosamente la bandeja y salió de la habitación después de hacer otra reverencia.

Tristan abrió la botella en un santiamén y pareció divertirse cuando el corcho golpeó en el techo. Llenó las copas, las llevó a donde estaba Marissa y le entregó una.

Sin mucho entusiasmo, Marissa la cogió.

Tristan levantó la suya.

-Por nuestra investigación en Hong Kong -brindó.

Marissa entrechocó su copa con la de Tristan. Ambos bebieron.

-Esto es lo que yo llamo una bebida burbujeante -bromeó, - No ha dicho nada de la vista. ¿Qué te parece?

-Es de una hermosura deslumbrante -repuso Marissa mientras observaba las montañas de la isla de Hong Kong.

Blancas villas punteaban el follaje verde oscuro.

Debajo, a nivel del agua y comenzando a ascender por las laderas, estaban los modernos edificios altos, opulento testimonio del poder de Hong Kong como centro económico importante.

-Es más hermoso de lo que creía -alegó Tristan.

Marissa asintió. No había imaginado que fuera una ciudad tan moderna. Pero de pronto terminó de captar el comentario de Tristan. Volviéndose hacia él le preguntó: - ¿No dijiste que habías estado aquí antes?

-Es la primera vez -se lamentó Tristan, sin dejar de disfrutar del panorama.

-Por la forma en que hablabas de este lugar -siguió Marissa -, estaba segura de que habías estado antes.

-Muchos amigos míos sí estuvieron -explicó Tristan -. Pero yo no. He oído muchas cosas acerca de esta ciudad y siempre quise conocerla. Pero nunca había tenido la oportunidad de hacerlo.

Mientras miraba de nuevo hacia la isla de Hong Kong, Marissa se sintió un poco decepcionada. Había confiado en el conocimiento que Tristan tenía de Hong Kong para acelerar la investigación.

-Sea como sea -añadió Marissa -, te repito mi pregunta.

¿Cuál será nuestro primer paso para ponernos en contacto con la tríada Wing Sin?

-No lo sé -respondió Tristan -. Intentemos pensar qué nos conviene más hacer.

-Espera un momento -le interrumpió Marissa, apoyando su copa en la mesa -. ¿Me estás diciendo que no tienes ningún plan para realizar ese contacto?

-Todavía no -reconoció Tristan -. Pero es una organización muy grande. No creo que tengamos problemas para dar con ella.

- ¡Por favor! -exclamó Marissa -. Qué buen momento para comunicarme que no habías estado antes y que no tienes ni la menor idea de cómo moverte aquí. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Salir a la calle y preguntárselo a los que acierten a pasar por aquí?

-Haremos lo que tengamos que hacer -repuso Tristan.

Marissa se quedó mirándolo con incredulidad. Comenzaba a preguntarse qué clase de aliado era aquel hombre.

-Primero vayamos a cenar -apuntó Tristan -. Llamaré a conserjería y pediré que me recomienden un auténtico restaurante chino.

- ¡Haz lo que te dé la gana! -exclamó Marissa.

Marissa se duchó y se cambió de ropa. Cuando estuvo lista, había recobrado bastante la serenidad pero seguía irritada con Tristan. Se sentía estafada. Al mismo tiempo, se alegraba de que él la hubiera acompañado.

El conserje les aconsejó un restaurante chino “típico”.

Era un edificio de cuatro plantas, con una fachada colorista pinta da en carmesí y oro. Había infinidad de comedores, cada uno de los cuales estaba iluminado con extravagantes arañas de cristal. Como la misma Hong Kong, el lugar se encontraba atestado de gente.

Tanto Marissa como Tristan quedaron un poco desconcertados por la aparente confusión reinante. Había gente en todas partes. Largas mesas de ruidosos comensales dominaban cada habitación. Todos parecían estar gritando. La escena le recordó a Marissa más un estadio con ocasión de un importante acontecimiento deportivo que un restaurante. Y, por encima del batiburrillo, flotaba la estridente música china proveniente de altavoces ocultos.

Momentos después, Marissa y Tristan encontraron una mesa libre. Les entregaron unas inmensas minutas encuadernadas en oro y carmesí. Por desgracia, estaban escritas en caracteres chinos y sin traducción. Trataron de

Librodot

llamar a un camarero, pero nadie les prestó atención. Finalmente alguien se les acercó. Al principio simuló no saber hablar inglés.

Después, pareció cambiar de idea. Les habló en inglés, pero estaba distraído y no se molestó en traducirles los platos de la lista. A pesar de esos obstáculos, Marissa y Tristan encargaron la cena por encima del estrépito.

-No tengo la menor idea -respondió Tristan.

El ruido del restaurante impedía toda conversación normal, de modo que Marissa y Tristan se dedicaron a observar.

Poco después, llegó la cena. Incluía un bol lleno de vegetales imposibles de identificar. También una canasta con bolas de masa hervida, algo sin duda procedente del mar, con una salsa oscura y salada, y varios boles con arroz y patas de ave grasientas. También, una tetera con té verde.

Tal vez lo más sorprendente fue que la comida les pareció deliciosa. Aunque al final no estuvieran muy seguros de lo que acababan de consumir, lo degustaron con deleite.

Abandonaron el ruidoso restaurante y salieron a la calle, cuyo flujo de tráfico casi no había disminuido desde la hora punta. Se encontraban en la parte de Kaulún de Hong Kong, más exactamente en el sector Tsim Sha Tsui. En lugar de coger un taxi, decidieron regresar caminando al hotel.

La ciudad refulgía de colores y de luces. Enormes carteles de neón abarcaban dos pisos de altura. Todas las tiendas estaban abiertas, y sus vitrinas exhibían radios Panasonic, walkmans Sony, cámaras, vídeos y televisores. De cada tres puertas, una era la entrada a un bar o club nocturno.

La música sonaba con estridencia por todas partes. Mujeres chinas atractivas, ataviadas con trajes típicos, trataban de atraer a los transeúntes con sonrisas seductoras. Además del fragor y de esa panoplia visual, Marissa se sintió bombardeada por una variedad de olores: una potente combinación de comida, aceite de cocina, incienso y el humo del tubo de escape de los autos

Pese a caminar entre una multitud apretujada, Marissa y Tristan podían conversar, siempre y cuando se mantuvieran cerca el uno del otro.

-Se me ocurre una idea para ponernos en contacto con la tríada Wing Sin -explicó Tristan mientras aguardaban frente a un semáforo.

-Fantástico -bromeó Marissa -. ¿Cuál?

- ¡El conserje! -respondió Tristan -. Se supone que esos tipos están metido en cosas raras, tu sabe, prostitución, drogas... tiene que conocer las tríadas.

Tristan sonrió satisfecho.

Marissa puso los ojos en blanco. No le parecía en absoluto una idea genial.

-Yo también tengo una idea, pero no tiene nada que ver con las tríadas -replicó Marissa -. Tal vez resulte útil que visitemos uno de los grandes hospitales de la ciudad.

Podemos averiguar si aquí la tuberculosis es en la actualidad un problema. Hasta podemos preguntar si han tenido casos de salpingitis tuberculosa.

-Me parece bien -repuso Tristan.

Cuando llegaron al hotel, Tristan insistió en acudir directa mente al mostrador de conserjería. Mientras aguardaban para hablar con el conserje, Marissa empezó a pensar que tal vez no fuera buena idea preguntarle sobre las tríadas. Sería como ir a Nueva York y preguntar cómo se entra en contacto con la Mafia. Se disculpó, pidió sus pasaportes y fue a esperar en un sillón del vestíbulo.

- ¿Puedo hacer algo por usted? -le preguntó el conserje a Tristan en un inglés impecable.

-Ya lo creo -respondió Tristan.

Librodot

Miró por encima del hombro para estar seguro de que nadie lo estaba escuchando y se echó hacia delante.

-Necesito una información confidencial.

El chino se apartó de Tristan y lo miró con cierto nerviosismo.

-Quiero hablar con alguien de la tríada Wing Sin -explicó Tristan.

-Nunca he oído hablar de eso, señor -replicó el conserje.

-Oh, vamos -siguió Tristan. Sacó veinte dólares del bolsillo y los colocó sobre el mostrador -. He recorrido un largo camino hasta llegar aquí.

-Las tríadas son ilegales en Hong Kong -alegó el conserje, y empujó el dinero hacia Tristan.

-No me interesa su situación legal -replicó Tristan -. Sólo quiero hablar con alguien de Wing Sin. Necesito cierta información. Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

El conserje denegó con la cabeza. Parecía nervioso, incluso inquieto.

Tristan observó durante un momento el semblante del conserje y después asintió con la cabeza.

-De acuerdo, pero de todos modos le dejaré los veinte dólares por si llega a recordar algo. Nos quedaremos aquí algunos días.

El conserje miró con aversión el billete de veinte dólares.

No justificaba para nada el riesgo que suponía algo semejante.

En lo relativo a propinas y exigencias, los australianos eran los peores.

El conserje levantó la vista y observó al hombre, que cruzó el vestíbulo y se encontró con una mujer caucásica de pelo oscuro. Después, ambos se dirigieron al bar. No bien desaparecieron de su vista, cogió el auricular de uno de los muchos teléfonos que había encima del mostrador. Desde que trabajaba en el Península había recibido muchas peticiones extrañas, pero ésta era la más extraña de todas.

Marissa hizo girar los cubitos de hielo en su vaso con agua mineral y escuchó los recuerdos llenos de añoranza de Tristan acerca de su infancia en un suburbio de Melbourne. Todos los días tenía que viajar a la escuela pública de la ciudad en un tranvía verde y un tren rojo. Coleccionaba sellos e iba a la iglesia los domingos. Su padre era maestro de escuela.

-Fue una infancia vigilada -reconoció -, pero muy agradable. Incluso hoy siento nostalgia de aquella simplicidad.

»Por desgracia, mi padre murió. Jamás fue la imagen de la salud. De pronto se marchitó y murió. Ni siquiera estuvo enfermo mucho tiempo. Después de eso, nos mudamos de Melbourne a Brisbane, donde mi madre empezó a trabajar en algo relacionado con los restaurantes de la Costa Dorada. Fue así como entré en la Universidad de Queensland.

Marissa estaba agotada, sin duda por efecto del viaje.

Disfrutaba de la conversación de Tristan pero estaba deseando acostarse. También pensaba llamar por teléfono a Robert.

-Creo que es hora de que nos retiremos a descansar- dijo cuando se produjo un silencio en la conversación -. Llamaré por teléfono a mi marido para avisarle de que estoy aquí.

Marissa le había hablado a Tristan de su infancia en Virginia y de que su padre era cirujano; eso la había llevado a estudiar medicina. También le contó cosas de Robert, pero sin mencionar los problemas conyugales entre ambos.

-Sí, por supuesto, llámalo -convino Tristan y se puso de pie -. ¿Por qué no vas subiendo? Yo iré en seguida. Se me ocurrió que podía preguntarle a alguno de los taxistas si no saben nada de la Wing Sin.

Marissa subió en el ascensor a la sexta planta. Tenía la llave de la habitación en la mano, pero en cuanto salió del ascensor apareció de pronto el encargado y él le abrió la puerta.

Ella trató de agradecérselo, pero el hombre hizo una reverencia y ni siquiera la miró.

Llamó a Robert en cuanto entró en el cuarto. Decidió pedir una comunicación con pago revertido, porque no estaba muy segura de si el dinero que llevaba le alcanzaría.

-Me has pillado justo cuando estaba a punto de salir para la oficina -dijo Robert después de aceptar pagar la llamada.

- ¿Has vendido las acciones? -preguntó Marissa, porque había estado pensando en ello mientras conseguía la comunicación.

-No, no he vendido las acciones -reconoció Robert -. ¿Cuándo vuelves a casa? Y ¿dónde estás? Te llamé al hotel pero me dijeron que te habías marchado.

-Ya no estoy en Australia -explicó Marissa -. Te llamo para avisarte que estoy en Hong Kong.

-¡En Hong Kong! - gritó Robert -. ¿Qué demonios estás haciendo en Hong Kong?

-Una pequeña investigación.

- ¡Marissa, esto es demasiado! -chilló Robert, furioso -. ¡Quiero que vuelvas aquí! ¿Me has entendido?

-Reflexionaré sobre lo que me aconsejas -siguió Marissa, repitiendo textualmente las palabras que pronunciara Robert cuando ella le pidió que vendiera las acciones de la Clínica de la Mujer. Ni siquiera le había preguntado cómo se encontraba.

Marissa se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

Incluso en la oscuridad de la noche, Hong Kong bullía de actividad.

Podría haber sido mediodía perfectamente. Las luces de la infinidad de embarcaciones se movían como luciérnagas sobre la superficie del agua. Al otro lado del puerto, en Central sobre la isla de Hong Kong, las ventanas de los rascacielos de oficinas tenían las luces encendidas, como si los hombres de negocios no se animaran a tomarse una hora libre. En Hong Kong, la seducción del capitalismo se veía incrementada por el poder del esfuerzo humano sobre la base de veinticuatro horas de trabajo al día.

En aquel momento, Marissa oyó que una puerta se cerraba.

Dio por sentado que era Tristan. Segundos después oyó un golpe en la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Marissa le dijo que entrara.

-Buenas noticias, querida -dijo Tristan, muy excitado -. Uno de los porteros blancos me ha facilitado un dato.

Dijo que no lejos de aquí hay un lugar donde el reinado de las tríadas es supremo.

- ¿Dónde? -preguntó Marissa.

-En una zona llamada la Ciudad Amurallada -respondió Tristan -. En realidad no está amurallada, pero lo estaba hace mucho tiempo. Fue construida como un fuerte por la dinastía Sung, en el siglo XII. Durante la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas de ocupación japonesas derribaron las murallas para ampliar la pista del aeropuerto Kai Tac. Pero lo más notable es que ni los británicos ni los chinos pudieron decidir jamás a quién correspondía la jurisdicción sobre esa zona. Así que esa pequeña zona ha seguido existiendo a lo largo de los años como una especie de limbo político. Y, sin embargo, está aquí al lado, en las afueras de Kaulún.

Librodot

-Hablas como un guía turístico -comentó Marissa.

-Al parecer, es un lugar con bastante mala fama -siguió Tristan -. El portero me dijo que si queríamos establecer contacto con las tríadas, la Ciudad Amurallada sería el mejor

- ¿Ahora? -preguntó Marissa.

-Tú eres la que está más impaciente por comenzar la investigación -comentó Tristan.

Marissa asintió; era cierto. También era cierto que la conversación nada satisfactoria que había mantenido con Robert la había dejado nerviosa y llena de energía.

- ¡Muy bien! -exclamó -. Intentémoslo.

- ¡Estupendo! -replicó en eco Tristan y buscó su sombrero.

Juntos se encaminaron a la puerta.

El taxista chino no se mostró nada entusiasta cuando le indicaron el lugar de destino.

-No creo que deban ir a la Ciudad Amurallada -explicó.

Marissa y Tristan ya estaban instalados en el asiento trasero del Toyota.

-No es un lugar para turistas -señaló.

-Pero nosotros no vamos como turistas -terció Marissa.

-La Ciudad Amurallada es un nido de criminales -les advirtió el taxista -. La policía jamás entra allí.

-Nosotros no buscamos a la policía -explicó Tristan Buscamos a la Wing Sin.

De mala gana, el chofer puso primera.

-Son ustedes los que se juegan la cabeza -concluyó.

Se alejaron del hotel y doblaron por Nathan Road hacia el resplandor de la vida nocturna de Tsim Sha Tsui. Igual que en la zona del puerto, la ciudad estaba tan atareada como durante el día. El taxi se abrió paso por entre una multitud de peatones, coches y autobuses. Más arriba, luces de neón clareaban el cielo nocturno. Cruzando el camino colgaban pasacalles con enormes caracteres chinos.

Abrumada por lo que veía, Marissa le dio la espalda a la ventanilla del taxi y le preguntó a Tristan qué eran exactamente las tríadas.

-Son sociedades secretas -explicó Tristan -, con los habituales juramentos y rituales. El término “tríada” tiene su origen en la relación entre el cielo, la tierra y el hombre.

Nacieron hace cientos de años como organizaciones políticas subversivas, pero muy pronto descubrieron que la actividad vinieron a Hong Kong o fueron creadas aquí. Se supone que sólo en Hong Kong hay unas cincuenta tríadas, con miles y miles de miembros.

- ¡Muy alentador! -replicó Marissa, echándose a reír.

-Los chinos ostentan el dudoso mérito de ser los inventores del crimen organizado -prosiguió Tristan -. Esa es una de las razones por las que se destacan tanto en dicha actividad.

Poseen siglos de experiencia. En la actualidad, las tríadas más grandes tienen sucursales en Europa, Estados Unidos, Canadá e incluso Australia. Allí donde existe una comunidad china, es bastante probable que haya miembros de una tríada.

-Y quizá también salpingitis tuberculosa -acotó Marissa.

Tristan se encogió de hombros.

-Es posible. Pero la actividad delictiva china no es nada nuevo.

-Tengo que reconocer -alegó Marissa -, que hasta que te conocí jamás había oído hablar de tríadas.

-No me sorprende -siguió Tristan -. Eso le pasa a la mayoría de la gente. La Mafia obtiene casi toda la atención, y las tríadas prefieren que sea así. Pero te aseguro que son mucho peores que la Mafia. Por lo menos, la Mafia tiene una moralidad orientada a la familia, por desviada que sea.

No ocurre lo mismo con las tríadas. Su única preocupación es el dinero. Y la única ética que conocen es el afán de lucro.

-No me gusta nada cómo suena esto -señaló Marissa, algo intranquila.

-Te lo advertí -añadió Tristan.

El taxista detuvo su vehículo en Tung Tan Tsen Road.

- ¿Dónde está la Ciudad Amurallada? -preguntó Tristan, apoyándose sobre el respaldo del asiento delantero para ver mejor hacia delante.

-Yo llego hasta aquí -explicó el chofer, y señaló hacia delante -. ¿Ve esas aberturas con forma de túnel al fondo de la calle? Por allí se entra. La Ciudad Amurallada es el caos ese a la izquierda. Si quiere, le daré un consejo: no entren.

Es peligroso. En lugar de eso, déjenme que los lleve a un lindo club nocturno, realmente sexy.

Tristan bajó manteniendo abierta la puerta para Marissa.

-Gracias por su consejo, compañero -saludó -. Lamentablemente, tenemos negocios con los Wing Sin.

En cuanto cerraron la puerta, el taxi dio media vuelta.

El taxista pisó el acelerador a fondo y partió.

- ¿Estás seguro de lo que vamos a hacer? -preguntó Marissa.

La advertencia del taxista y el informe detallado de Tristan sobre las tríadas la habían atemorizado un poco.

-Es imponente, ¿verdad? -preguntó Tristan.

Estaban de pie frente a un enjambre de casas de alquiler, de entre diez y once pisos de altura. Los edificios estaban apiñados entre sí y en un estado de deterioro calamitoso. Las construcciones más nuevas realizadas parecían haber sido distribuidas al azar. De un edificio a otro colgaban cuerdas con ropa. Ningún camino conducía al interior de ese rincón de la ciudad. Sólo los túneles oscuros que el taxista había señalado.

-Hagamos la prueba -adujo Tristan, encogiéndose de hombros -. Siempre podemos irnos.

No muy convencida, Marissa siguió a Tristan por Tung Tan Tsen Road hacia uno de los túneles. A un lado, se erguía amenazadora la masa oscura de cemento de los edificios.

Al otro lado, en fuerte contraste, se veían las ventanas profundamente iluminadas de una serie de consultorios odontológicos, en cuyo interior había frascos con dientes cariados, partes de mandíbulas y juegos de sonrientes dentaduras postizas.

Encima de los consultorios dentales se veían viviendas más normales con balcones, macetas con plantas y antenas de televisión.

A mano derecha se agrupaba bastante gente, con el estrépito usual de radios y televisores a todo volumen y conversaciones animadas. Pero al otro lado del camino reinaban un silencio y una oscuridad ominosos, con sólo alguna luz aquí y allá.

Marissa y Tristan dejaron atrás la zona de actividad y vida normales y se acercaron a uno de los túneles que conducían a la Ciudad Amurallada.

Juntos espiaron el interior del solitario corredor. La vista no resultaba precisamente seductora. El pasaje angosto y oscuro giraba en ángulo hacia un costado. El suelo era de tierra, con trozos sueltos de cemento. Las paredes estaban cubiertas de pintadas.

Librodot

El techo era una maraña de cables eléctricos. En varios lugares se filtraba agua que formaba charcos barrosos en el suelo.

De pronto, se oyó algo así como un horrible alarido que hizo que Marissa se cogiera a Tristan. Del miedo, los dos dieron un salto mientras un reactor 747 rugía por encima de sus cabezas para aterrizar en Kai Tac, casi rozando la parte superior de los edificios.

-Me parece que estamos muy tensos -comentó Tristan con una risita nerviosa.

-Tal vez deberíamos olvidarnos de esta Ciudad Amurallada -sugirió Marissa.

-No lo sé -repuso Tristan -. Si queremos entrar en contacto con Wing Sin, este lugar parece prometedor.

-Pues a mí me parece siniestro -replicó Marissa.

-Vamos -le animó Tristan -. Como dije antes, nos iremos si las cosas no salen bien.

-Tú primero -alegó con nerviosa ironía Marissa.

Tristan entró por la abertura. Marissa lo seguía de cerca.

Caminaron por el estrecho pasadizo que muy pronto empezó a oler como una cloaca. Después de la primera revuelta, Marissa tuvo que bajar la cabeza para no tocar el enjambre de cables eléctricos que corrían por el techo. Cuanto más avanzaban, más enmudecían los sonidos de la ciudad.

Después de varias vueltas, el pasadizo conducía a una confluencia de túneles que partían en distintas direcciones. También había escaleras que llevaban hacia arriba y hacia abajo del nivel del suelo. Por todas partes había basura y desechos.

Eligieron un túnel al azar y echaron a andar por él.

Después de doblar una esquina, vieron los primeros signos de vida. En una serie de cuartuchos mal iluminados, hombres y mujeres se afanaban frente a máquinas de coser antiguas. Parecían estar confeccionando camisas de hombre. Marissa y Tristan los saludaron con la cabeza, pero aquellas personas se limitaron a mirarlo como si fuese fantasma.

- ¿Alguien habla inglés? - preguntó Tristan en voz alta.

Nadie le contestó.

-Gracias de todos modos -añadió, y le hizo señas a Marissa de que siguiera avanzando.

Se internaron todavía más en el laberinto. Marissa empezó a preguntarse si podrían encontrar después el camino de salida.

Su estado de ánimo oscilaba entre la repulsión y el miedo.

Jamás había estado en un lugar tan nauseabundo. Nunca imaginó que la gente pudiera vivir así.

Después de doblar por otro recodo en el que se percibía un olor particularmente fétido, Marissa vio un montón de basura en el que comían varias ratas.

- ¡Oh, Dios! -exclamó.

Detestaba las ratas.

El pasadizo volvía a abrirse junto a otra serie de cuartuchos estrechos. En algunos, ardían fogatas encendidas en pozos abiertos, lo cual les daba el aspecto de un infierno medieval.

Pasaron por una panadería donde las hogazas de pan se apilaban sobre el sucio suelo. En la casa contigua había un vendedor de serpientes, con parte de su mercadería colgada de un alambre y parte en canastos de mimbre.

- ¿Buscan heroína? -preguntó alguien.

Librodot

Marissa y Tristan se volvieron. Un muchachito chino de unos doce años estaba parado en las sombras detrás de ellos.

- ¡Ah! -exclamó Tristan -. ¡Justo lo que necesitamos! Alguien que hable inglés. No, no nos interesan las drogas, compañero. Queremos encontrar a alguien de la tríada Wing Sin. ¿Puedes ayudarnos?

El chiquillo negó con la cabeza.

-Esto es territorio de la 14K -afirmó con orgullo.

- ¿Ah, sí? -replicó Tristan -. ¿Qué camino podemos tomar para llegar al territorio de la Wing Sin?

El muchachito señaló un corredor a su izquierda, mientras una serie de adolescentes de aspecto feroz emergían de varios portales.

-Gracias, compañero -saludó Tristan, tocándose el ala del sombrero.

-Esto no me gusta nada -explicó Marissa al avanzar a tientas por un pasadizo particularmente oscuro y bajo.

Metió el pie en un charco de agua y se preguntó cuánta inmundicia habría en ella.

-Al menos estamos acercándonos -comentó Tristan -. Ese chico es la primera persona que ha reconocido estar enterado de la existencia de Wing Sin.

El corredor volvió a abrirse a un patio pequeño y lleno de desperdicios. Una jovencita estaba sentada en una escalinata.

- ¿No le interesaría un poco de miel? -preguntó con timidez -. Son sólo dos dólares.

- ¡Miel! -repitió Tristan -. Es un término muy antiguo.

- ¿Qué significa? -preguntó Marissa, sin dejar de mirar a la muchacha.

Llevaba un vestido andrajoso estilo chino, de cuello alto y con el tradicional corte a un costado.

-Nosotros los australianos preferimos usar otra palabra, la que empieza por... bueno, ya sabes-repuso Tristan.

- ¡Pero si sólo tiene alrededor de diez años! -exclamó Marissa, espantada.

Tristan se encogió de hombros.

-A los chinos les gusta que sus rameras sean muy jóvenes.

Marissa no pudo dejar de mirar a la chiquilla, que le devolvía la mirada sin expresión alguna. Marissa se estremeció.

Jamás había comprendido lo protegida que había sido su infancia en Virginia.

- ¡Caramba! -exclamó Tristan -. Parece que hay un comité de bienvenida.

Marissa siguió su mirada. Se les acercaba un grupo de pendencieros jóvenes, con ropa de cuero decorada con cadenas de acero inoxidable. Sus edades oscilaban entre quince y veinte años.

Un integrante del grupo, particularmente musculoso, levantó la mano y los demás se detuvieron.

- ¿Qué hacéis aquí? -preguntó en un fluido inglés -. ¿No sabéis que a los gweilos no les está permitido entrar en la Ciudad Amurallada?

Tristan le dijo que estaban intentando contactar con la Tríada Wing Sin.

- ¿Para qué? -preguntó el muchacho -. ¿Buscáis drogas sexo?

-Ninguna de las dos cosas -explicó Tristan -. Lo que buscamos es información. Y estamos dispuestos a pagar por ella.

- ¡Enseña el dinero! -pidió el muchacho.

Tristan no sabía qué hacer. Le habría gustado reconducir la situación, pero no sabía cómo. Observó las caras que lo miraban fijamente. Nadie se movió, pero Tristan sabía que estaban preparados para hacerlo. Lentamente, metió la mano en el bolsillo y sacó su billetera. Extrajo algunos billetes y los levantó.

Librodot

- ¡Uno de ellos tiene un cuchillo! -susurró Marissa al vislumbrar el destello del acero.

- ¡corre! -le ordenó Tristan, arrojó los billetes al aire y le dio a Marissa un empujón hacia atrás, en la dirección de donde procedían.

Marissa que no necesitaba más estímulo que ése, se dio media vuelta y huyó por el pasadizo oscuro. Tropezó con escombros y se golpeó contra una pared. Oyó que Tristan la seguía. Pronto llegó a la confluencia de pasadizos por la que habían pasado momentos antes. No pudo recordar por cuál habían avanzado. Tristan chocó con ella y la tomó de la mano. Juntos echaron a correr por el túnel más ancho.

Detrás reverberaban los gritos ininteligibles de los muchachos que los habían acorralado. Después de coger el dinero, ahora los perseguían.

Marissa y Tristan comprendieron que estaban perdidos.

Llegaron a un patio que no habían visto antes, en medio del cual se veía una casa pequeña con los postigos cerrados.

Arriba, el primer pedazo de cielo que divisaban desde que entraron en la Ciudad Amurallada.

Pasaron frente a la casa y se metieron en otro túnel.

Por los gritos y silbidos se dieron cuenta de que los maleantes ganaban terreno. Los muchachos chinos tenían una ventaja desleal: conocían el lugar.

Doblaron por una esquina y llegaron a otro lugar de cuartuchos. Uno era un restaurante con un gran caldero de sopa de rodeaban el caldero. Algunos hombres de edad jugaban al Mah-Jong en una de ellas.

Tristan se paró en seco y arrastró a Marissa al diminuto restaurante. Varias de las mesas fueron derribadas. Y las fichas del juego quedaron diseminadas por el tosco suelo de madera.

Sus perseguidores estuvieron encima de ellos en un santiamén, tan jadeantes como Marissa y Tristan. Varios empuñaban cuchillos. En sus rostros brillaba la determinación.

Tristan empujó a Marissa a un rincón, detrás de él, y adoptó una posición de kung fu, esperando que uno de los muchachos chinos se arrojara sobre él.

En cambio, todos los presentes quedaron como paralizados, entre ellos los parroquianos de más edad, que se habían refugiado contra una pared lejana, tan apartados de la lucha como resultase posible. Los jóvenes chinos parecían respetar, o incluso quizá temer, la postura amenazadora de Tristan. El tipo musculoso dio un paso adelante.

Tristan lo miró con cautela.

-No sois muy cordiales que digamos -explicó, tratando de quitarle seriedad a la situación -. Si nos decís cómo, con todo gusto nos iremos.

-Por un apretón os enseñaremos la salida -repuso el muchacho.

- ¿Un apretón? -preguntó Tristan.

-Dinero -siguió el chico -. El resto del dinero que lleváis.

Y también los relojes.

- ¿Entonces nos dejaréis tranquilos? -preguntó Tristan -. ¿Y nos diréis cómo salir de aquí?

-Sí -contestó el joven chino -. Entenderemos que la deuda está pagada.

Los jóvenes con los cuchillos bajaron un poco sus armas, como para demostrar su sinceridad.

Tristan volvió a sacar la billetera. Extrajo de ella el dinero que le quedaba y lo colocó sobre la mesa más próxima.

Después se sacó el reloj y lo puso encima de los billetes.

-También el de ella -señaló el muchacho musculoso.

Librodot

-Una actitud poco caballerosa -comentó Tristan.

-Encima de la mesa -ordenó.

-Lo siento, querida -se excusó Tristan, y extendió la mano.

Marissa se sacó el reloj que Robert le había regalado y se lo entregó a Tristan, quien lo agregó al pequeño montón de encima de la mesa.

-Aquí tienes, amigo -dijo Tristan -. Ahora venga tu parte del trato.

El muchacho se acercó y cogió los billetes y los relojes. Enseguida repartió el dinero entre los demás y se metió los relojes en el bolsillo.

-Ahora que estamos en buenas relaciones -siguió Tristan -, ¿qué me decís de Wing Sin? ¿Formáis parte de esa ilustre organización?

-No -gruñó el cabecilla -. Somos de la Wo Sing Wo. Los Wing Sin son unos cerdos.

Escupió en el suelo.

- ¿Tienes idea de dónde puedo localizar a esos cerdos?-preguntó Tristan.

El tipo se volvió para conferenciar con uno de sus compañeros. Al final dijo: -Tse Mau os enseñará cómo salir de la Ciudad Amurallada.

No volváis por aquí.

Uno de los maleantes dio un paso adelante y miró a Tristan con expresión amenazadora.

-Después de esta clase de bienvenida -repuso Tristan -, ten por seguro que no volveremos.

Los jóvenes chinos se apartaron para dejar pasar a Tristan y Marissa. Tristan extendió el brazo hacia atrás, cogió de la mano a Marissa y le indicó que lo siguiera.

- ¡Ay! -gritó Marissa cuando uno de los muchachos le apretó uno de los pechos.

Tristan se dio media vuelta, pero Marissa lo empujó hacia delante.

Caminaron deprisa por el laberinto, con el joven chino cinco o seis pasos más adelante. No hablaron. Después de doblar una media docena de veces, Marissa empezó a temer de estar más adentro de la ciudad. Pero después de otro giro, el pasadizo de pronto se abrió al aire frío de la noche.

Al otro lado de la calle, los consultorios de dentista bien iluminados fueron como una baliza o un faro. Hasta la estridente música china procedente de los aparatos de radio le sonó mejor a Marissa ahora que habían logrado salir de aquel infierno.

El chico se dio media vuelta y regresó al túnel, pero Tristan lo llamó por su nombre.

El tipo se volvió.

- ¿Hablas inglés? -le preguntó Tristan.

-Sí -respondió el otro con altivez.

Marissa calculó que tendría veinte años; parecía ser uno de los miembros de más edad del grupo.

-Eso facilita las cosas -explicó Tristan -. Quería pedirte un favor. Verás, en este momento nos hemos quedado sin blanca.

Sé que en esa ratonera te han dado algunos billetes.

¿Nos podrías prestar algunos para regresar al hotel?

Tse respondió blandiendo su cuchillo. Tenía unos veinte centímetros de largo y se curvaba en la punta, como una cimitarra en miniatura.

Marissa se sobresaltó. No podía creer que Tristan hubiera provocado la furia del muchacho con semejante petición.

Pero Tristan lo tenía todo calculado. Había esperado que el maleante sacara su arma en circunstancias diferentes a las anteriores. No bien apareció el

cuchillo, Tristan lo golpeó con la velocidad de un rayo. En un instante, el cuchillo cayó al suelo. Con un grito, Tristan le propinó a Tse una serie de golpes, seguidos por una patada que lo arrojó al suelo.

Tse retrocedió a una pared mientras Tristan daba patadas al cuchillo hasta hacerlo caer en una alcantarilla.

Entonces se acercó al chino y lo levantó cogiéndolo por la parte delantera de su chaleco de cuero.

-Bueno, y ahora, con respecto al dinero que tan generosamente me ofreciste...

Tse se apresuró a sacar los billetes que tenía en el bolsillo y se los dio a Tristan, quien le palpó la muñeca.

-Una pena -dijo -. No llevas reloj.

-Eso es todo -le dijo Tristan a Tse y después Siguió a Marissa.

- ¿Tenías que hacer eso? -preguntó Marissa muy enojada cuando Tristan la alcanzó -. ¿Ha sido para demostrarme lo macho que eres? Acabamos de salir de un lío espantoso y casi nos metes en otro.

-Yo no lo veo así -replicó Tristan -. Además, necesitábamos dinero para tomar un taxi. ¡Un momento! -exclamó Tristan y se detuvo en seco.

- ¿Y ahora, qué? -preguntó Marissa.

- ¡Tenemos que volver! -exclamó Tristan -. ¡He perdido mi sombrero favorito!

Marissa se soltó de Tristan y siguió caminando. Sus bufonadas no le resultaban nada divertidas. Comenzaba a temblar. El enfrentamiento en la Ciudad Amurallada la había acobardado, y el impacto inicial comenzaba a desvanecerse. Había sido un error meterse allí. Estaba enojada con Tristan, en primer lugar por haberlos expuesto a los dos; y estaba incluso más enojada con él por el riesgo implícito en ese enfrentamiento final con Tse.

Tristan alcanzó a Marissa y caminó junto a ella sin decir una sola palabra. A sólo una manzana de distancia de la sombría entrada a la Ciudad Amurallada, comenzó a sentirse la confusión normal y turbulenta de Kaulún. No tuvieron problema en conseguir un taxi, que los llevó de regreso al Península Hotel.

Durante el trayecto, Marissa reflexionó sobre lo sucedido.

Comprendió que tendría que ocurrírsele alguna idea acerca de cómo establecer contacto con la tríada Wing Sin, si eso era lo que querían hacer. Si la aventura de entrar en la Ciudad Amurallada era lo mejor que se le ocurría a Tristan, entonces sería mejor no confiar en él.

Algunos años antes había leído una novela en la que el protagonista necesitaba información en una ciudad desconocida. La obtuvo alquilando una limusina. La idea era que un buen conductor de limusinas conocía su ciudad al dedillo, tanto su faceta legítima como la ilegítima.

-Tengo una idea.

-Maravilloso -replicó Tristan -. Oigámosla.

Robert caminaba por su estudio como un león enjaulado, y lanzaba de vez en cuando su sarta de maldiciones deteniéndose para dar un puñetazo en el escritorio. Marissa lo había localizado cuando estaba a punto de ir a trabajar. Pero la llamada le había irritado y perturbado tanto, que había dejado su maletín y había decidido desahogar su furia hasta recuperar la compostura.

- ¿Qué demonios hace en Hong Kong? -se preguntó en voz alta -. Está llevando esta tontería a extremos ridículos, de caza por el mundo entero por un capricho.

Librodot

Se instaló frente al ordenador. Se preguntó si no debería llamar al médico de la familia. ¿Y si Marissa estaba pasando por una crisis nerviosa? ¿No debería hacer algo al respecto?

Se enderezó de un salto y empezó a caminar de nuevo por la habitación. No podía quedarse quieto. ¿Qué debía hacer?

Hasta aquel momento, creía que lo mejor era dejar que Marissa se cansara de esa empresa quimérica. Australia, vaya y pase. ¡Pero Hong Kong!

- ¿Por qué me habré casado? -continuó Robert en voz alta, volviendo a un diálogo verbal consigo mismo -. ¡Qué época la de mis días de soltero, cuando uno de los problemas más serios era ir a buscar mis camisas a la lavandería! -Se detuvo en seco -. ¡Demonios! Todavía tengo que ir a buscar mis camisas a la lavandería.

Trató de pensar en las ventajas que el matrimonio le había reportado, pero no pudo encontrar ninguna.

- ¿Qué voy a hacer? -se preguntó -. ¿Qué debería hacer?

¿Qué puedo hacer? -concluyó.

En el fondo, más que ninguna otra cosa, lo que Robert quería era que su esposa regresara. Si no lo hacía por su cuenta, tal vez había llegado el momento de ir a buscarla.

Robert interrumpió su caminata y miró por la ventana.

Se le ocurrió otra cosa. ¿Y si ella no estaba en Hong Kong?

Se acordó que la llamada de Marissa había sido con pago revertido. Se sentó en el sillón del escritorio y marcó el número de la compañía telefónica. Al cabo de un momento de discusión, consiguió que le dieran el número desde el que se había efectuado la llamada. Pertenecía a Hong Kong.

Lo marcó, con la esperanza de averiguar el nombre del hotel o el lugar donde ella se alojaba. Cuando contestaron, se despejó la incógnita: era el Península Hotel, el mismo en que se había alojado él en las dos ocasiones en que tuvo que viajar a Hong Kong por cuestiones de negocios.

Cortó la comunicación pero mantuvo el receptor en la mano. Una cosa quedaba clara: no podía quedarse sentado para siempre de brazos cruzados y permitir que Marissa prosiguiera a su antojo con su caza por el mundo. Era necesario que él hiciera sentir su autoridad y frenara la locura de su mujer, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que aquella quijotada estaba sin duda costando.

Movido por un impulso, Robert llamó a una compañía aérea para averiguar qué vuelos directos había entre Boston y Hong Kong.

Cuando concluyó los arreglos con la compañía, llamó a su oficina y pidió que le comunicaran con Donna.

-Donna, es posible que no vaya hoy a la oficina -explicó.

-Está bien -replicó Donna -. ¿Hay algo en especial que quieres que haga?

-Asegúrate de que salgan las cartas que te dicté anoche -le aleccionó Robert -. Y, otra cosa. No creo que pueda ir a cenar esta noche contigo.

-Eso sí que es una pena. ¿Por qué no?

Willy Tung llamó a la puerta de la casa de dos pisos en la esquina de las calles Eucalipto y Jacarandá en Charleville. Un perro ladró dentro de la casa pero Willy no se preocupó; debía tratarse de uno de esos perrillos, un yorkshire. Desde dentro alguien encendió la luz del porche. Era un aplique de tipo opaco. Finalmente se escuchó un clic y la puerta se abrió hacia dentro.

Tocó con los dedos su revolver debajo de la asilla izquierda por si las cosas salían mal Pero el hombre que tenía enfrente a el no representaba ninguna amenaza. Era flaco como un palo de escoba y usaba gruesas gafas.

- ¿Es usted el doctor Marlowe? -preguntó Willy.

-Así es.

-El Servicio Médico Aéreo me dio su nombre -explicó Willy -. Llamé para hablar con el doctor Williams, pero me explicaron que estaba de vacaciones y que usted se ocupaba de sus pacientes.

-Le han informado bien -asintió el doctor Marlowe -. ¿Tiene algún problema?

-Es mi esposa -siguió Willy -. ¿Cuándo regresará el doctor Williams?

-Dentro de una semana. Se fue esta mañana. Su partida fue inesperada, así que me temo que no pudo avisar a sus pacientes. ¿Qué problema tiene su esposa?

-Hace años que está enferma -se explayó Willy -. Me tomó mucho tiempo convencerla de que se dejara atender por el doctor Williams. Sé que no querrá ver a ningún otro médico.

La medicina occidental no le inspira mucha confianza.

-Lo comprendo perfectamente -asintió el doctor Marlowe -. Si no se trata de una emergencia, puede esperar el regreso del doctor Williams.

-Quizá bastaría con hablar con él por teléfono -siguió Willy -, para que le dosifique la medicación. ¿Sería eso posible?

-Si no le importa llamar a Hong Kong -repuso el doctor Marlowe -. Me dejó dicho que se le podía localizar en el Península Hotel. Si aguarda un momento, le daré el número de teléfono -concluyó Marlowe, y volvió a meterse en su casa.

Willy espió por la puerta -ventana. Un perro pequeño, con pelo largo color beige y castaño oscuro, le mostró los dientes.

Trató de pensar en una manera de preguntar sobre la mujer, pero no se le ocurría nada.

-Aquí tiene -dijo el doctor Marlowe cuando regresó a la puerta. Le entregó un trozo de papel -. Buena suerte.

Si llegara a necesitarme, sólo tiene que llamarme por teléfono.

Se esforzó para preguntarle de la mujer sin que se le ocurriera algo. De modo que le dio las gracias al médico y regresó a su coche de alquiler.

Una vez en el vehículo, Willy se dirigió a toda velocidad al aeropuerto de Charleville. Mientras aguardaba a que le cargaran combustible al vuelo chárter, se comunicó con Charles Lester.

-He averiguado algo interesante -empezó Willy en cuanto Lester contestó -. Tristan Williams partió de repente esta mañana para Hong Kong.

-Pues a mí eso no me suena nada bien -gruñó Lester ¿Blumenthal lo acompañaba?

-No lo sé -respondió Willy -. Si pudiera quedarme aquí tal vez podría averiguarlo.

-Quiero que vayas inmediatamente a Hong Kong -ordenó Lester -. De momento daremos por sentado que ella está con él. Toma un vuelo en Sidney; allí hay más conexiones.

Ned está haciendo comprobaciones en inmigración respecto a la mujer. Mañana lo sabrá con seguridad. ¿Tienes idea de dónde se aloja en Hong Kong?

-En el Península Hotel -contestó Willy.

-Buen trabajo -replicó Lester -. Si ella está allí, mátala. Y, ya puestos, mata también a Williams. Ahora que está fuera de Australia, su muerte no despertará tantas sospechas.

- ¿Quiere que parezca un accidente? -preguntó Willy.

Librodot

Un encargo así resultaría difícil.

-Como quieras -respondió Lester -. Sólo ocúpate de hacer el trabajo. La Wing Sin te proveerá de un arma. Y si la mujer no anda por ahí, mata a Williams de todos modos. Ha sido un verdadero estorbo para nosotros desde que escribió aquel maldito trabajo.

Willy cortó, complacido con la tarea que le habían encomendado. Conociendo Hong Kong como él lo conocía, sería un trabajo muy sencillo.

Willy se acercó al mostrador de su vuelo chárter y le dijo al empleado: -Se ha producido un cambio. Viajo a Sidney, no a Brisbane.

14 DE ABRIL DE 1990 8.00 a.m.

Una suave llamada a la puerta despertó a Marissa.

Decidió no prestarle atención. Se volvió hasta quedarse de costado y se tapó la cabeza con la almohada. Pese a ésta, oyó un segundo golpe.

Se incorporó apoyándose en un codo y preguntó quién era.

Oyó una voz apagada. Apartó la ropa de cama, se puso la bata del hotel y se acercó a la puerta. Repitió la pregunta.

-Servicio de habitaciones -indicó una voz.

-Yo no he pedido ningún servicio de habitaciones -contestó Marissa.

-Habitación 604 -prosiguió la voz -. Desayuno a las ocho de la mañana.

Marissa giró la llave de la puerta y la abrió. Pero no había acabado de abrirla del todo cuando una persona entró en el cuarto como una tromba.

- ¡Sorpresa! -exclamó Tristan. Se adelantó al carro del servicio de habitación y le entregó a Marissa un ramo de flores.

-No has pedido un desayuno, pero yo sí. Desayuno para dos.

Tristan le indicó al camarero que preparara la mesa junto a la ventana que daba al puerto.

Marissa sacudió la cabeza. Jamás sabía si alegrarse o irritarse con las payasadas de Tristan.

-Estoy levantado desde el amanecer -explicó Tristan -. Es un día glorioso.

Marissa seguía parada junto a la puerta. Tristan volvió junto a la mesa y metió las flores en un jarrón que tenía preparado.

- ¿Qué haces ahí parada? -preguntó, al ver que Marissa no se había movido -. Nos espera un día muy alterado.

¡Vamos!

¡Muévete!

Marissa se encaminó al cuarto de baño. Al cerrar la puerta detrás de ella alcanzó a ver al camarero junto a la puerta del vestíbulo.

Marissa se miró en el espejo que estaba delante del lavabo.

Lo que contempló la asustó: estaba pálida, tenía ojeras, su pelo se veía lacio y opaco. Después se miró en el espejo de cuerpo entero que se hallaba detrás de la puerta. Eso la hizo sentirse un poco mejor; por lo menos estaba perdiendo algunos de los kilos que había aumentado a causa del tratamiento con hormonas.

-Esperaré ansiosamente en mi habitación -gritó Tristan del otro lado de la puerta -. Llámame cuando estés lista para el banquete.

Marissa sonrió a pesar de sí misma. La conducta juguetona de Tristan, su buen humor, constituían un bálsamo para su alma atribulada. De un momento a otro le resultaba imposible anticipar qué pensamientos sombríos se abatirían

Librodot

sobre ella: la muerte violenta de Wendy, el deterioro de su relación con Robert, su vida convertida en un desastre, o su incapacidad para concebir un hijo. La sonrisa de Marissa se desvaneció cuando empezó a pensar en su vida. No creía que quedara nada por estropearse. Por añadidura, todavía no se sentía física ni mentalmente normal, pese a que no tomaba hormonas desde hacía una semana. Se preguntó cuándo recuperaría su antiguo equilibrio mental.

Una ducha, maquillaje y ropa limpia contribuyeron a mejorar su estado de ánimo. Cuando estuvo preparada, golpeó la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Tristan apareció en seguida. Desayunaron frente a la ventana desde la que se veía la isla de Hong Kong, a lo lejos. Mientras comían, lentamente emergían las verdes montañas de la bruma matinal que las envolvía.

Tristan volvió cuando se disponía a disfrutar del café.

Le dije al conserje que queríamos un chofer con experiencia. Y él me contestó que todos sus chóferes son expertos en su trabajo.

- ¿Qué planes tenemos hoy? -preguntó Marissa.

-Primero, ir al banco al que giré el dinero -respondió Tristan -. Después de la experiencia de anoche, tengo la sensación de que necesitaremos bastante. Después, he pensado que deberíamos seguir tu otra sugerencia y visitar uno de los hospitales. Podemos preguntar por Wing Sin allí, además de por la tuberculosis. Si todavía no tenemos ninguna pista para localizar la tríada, le preguntaremos al chofer. ¿Qué te parece?

-Me parece bien -contestó Marissa.

Cuando bajaron y salieron del hotel, descubrieron que la limusina los esperaba. Era un Mercedes negro. El chofer se presentó como Freddie Lam.

-Al Banco Nacional de Hong Kong, Freddie -indicó Tristan, y se instaló cómodamente en el asiento trasero del Mercedes.

Tardaron alrededor de media hora en cubrir los cuatrocientos metros repletos de tráfico congestionado que los separaban del banco.

-Habríamos llegado mucho más rápido a pie -comentó Marissa.

El banco era un imponente edificio de mármol, y las operaciones se llevaban a cabo con gran eficiencia. La expresión del impecablemente vestido cajero no se alteró cuando Tristan retiró el dinero.

-Me parece mucho dinero -señaló Marissa cuando estuvieron de vuelta en la limusina.

Tristan indicó a Freddie que los llevara al centro comercial New World.

- ¿No crees que deberíamos ir primero al hospital?-preguntó Marissa.

No podía creer que a Tristan le interesara hacer compras.

-Ten paciencia, encanto -le pidió Tristan.

Llegados al centro entraron en un vasto salón con cascadas de agua, escaleras mecánicas las joyerías. Una vez allí, insistió en que eligiera un reloj para sustituir el que había perdido la noche anterior.

- ¡Vamos, Marissa! -replicó Tristan cuando ella trató de poner objeciones -. ¡Hoy me siento generoso!

Se palmeó el bolsillo lateral de los pantalones, donde tenía el dinero extraído del banco.

-Además, me siento responsable por lo de anoche.

Los dos terminaron comprándose relojes. Tristan pagó en efectivo después de regatear y conseguir una rebaja considerable en el precio. Muy satisfechos, ambos salieron de la joyería con sus relojes nuevos.

Una vez dentro del coche, Tristan indicó al chofer: -Volvamos al hotel, Freddie.

Freddie sonrió y se tocó la visera brillante de su gorra.

Librodot

-Eso me recuerda -alegó Tristan cuando se echó hacia atrás en el asiento - que todavía no he sustituido mi sombrero australiano. Una pena, justo cuando empezaba a amoldarlo a mi gusto.

-Ese sombrero daba la impresión de haber sido pisado varias veces por tu avión -repuso Marissa.

-Así fue -replicó Tristan -. Eso es lo que hay que hacerle.

En el hotel, esperaron en fila en el mostrador de recepción.

Cuando les llegó el turno, Tristan cumplimentó un formulario para que le dieran una caja fuerte. Ambos lo firmaron.

Entonces Tristan depositó gran parte del dinero que había retirado del banco.

Hecho eso, volvieron a salir y se subieron a la limusina.

-Freddie -preguntó Tristan -, ¿cuál es el hospital más grande aquí, en Kaulún?

-El Queen Elizabeth Hospital -contestó Freddie.

-Allí es donde queremos ir -repuso Tristan.

Cuando el vehículo partió a toda velocidad, el conserje salió del hotel acompañado por tres jóvenes chinos de traje azul oscuro. El conserje señaló el sedán que se alejaba, justo cuando el coche doblaba a la izquierda en Salisbury Road.

Los tres chinos asintieron.

-Has hecho un buen trabajo, Pui Ying -alegó uno de los hombres -. Wing Sin recuerda a sus amigos.

Los tres hombres subieron a su propio Mercedes negro que les aguardaba y ordenaron al chofer que siguiera al sedán.

El hombre al volante del Mercedes era un chofer agresivo, acostumbrado al tráfico de Hong Kong. Los peatones se apartaban en seguida al ver la matrícula. Llevaba el número 426.

Sin mucha dificultad, el coche consiguió ponerse detrás de Marissa y Tristan cuando éstos se dirigían al norte por Nathan Road.

- ¿Cómo deberíamos hacerlo? -preguntó uno de los hombres.

-No lo sabremos hasta ver adónde van -repuso el otro -. No creo que sea difícil.

El individuo que viajaba en el asiento delantero junto al conductor extrajo un revólver calibre 38 de la pistolera que llevaba sujeta al hombro. Lo apoyó sobre las rodillas y empujó hacia fuera el tambor para verificar su carga.

Satisfecho, volvió a meterlo en la funda.

Siguieron en silencio cuando el coche dobló a la derecha en Jordan Road y entró en Gascoigne. Se sorprendieron cuando el siguiente giro los llevó a Princess, y aún más cuando el vehículo que seguían entró en los terrenos del Queen Elizabeth Hospital.

-Tal vez uno de los dos esté enfermo -sugirió uno de los hombres.

-Será mejor tener cuidado ahí dentro -explicó otro -. Suele haber policías.

El conductor redujo la velocidad del coche cuando también lo hizo el coche en que viajaban Marissa y Tristan.

Cuando ese vehículo dobló hacia la derecha y estacionó directamente enfrente de la entrada principal del hospital, el chofer hizo otro tanto exactamente detrás.

Los hombres vieron cómo Marissa y Tristan se apeaban y entraban en el hospital. Miraron en todas direcciones y descendieron del coche. Refugiándose en la sombra volvieron a otear hacia todos lados en busca de policías, pero no los había.

Librodot

-Podríamos usar su coche -sugirió uno de los hombres.

Los otros asintieron.

Los tres encendieron cigarrillos y echaron a andar.

Freddie había bajado la ventanilla y leía un ejemplar del South China Morning Post. Le encantaban las columnas de cotilleos. Mientras leía sintió de pronto un metal frío contra la nuca, exactamente detrás de su oreja derecha.

Temeroso de moverse, volvió sólo los ojos hacia la derecha.

Tenía una vaga idea de lo que estaba apoyado contra su cabeza.

Comprobó que estaba en lo cierto: era un arma.

Al levantar la vista, Freddie se encontró ante el rostro de un joven chino con un cigarrillo entre los dientes. Detrás de él había otros dos.

-Por favor, baje del coche -ordenó el hombre del revólver -. Despacio y calladito. Así nadie se hará daño.

A Freddie se le hizo un nudo en la garganta. Comprendió que aquellos hombres eran soldados de infantería de una tríada. Como sabía con qué facilidad mataban, Freddie estaba aterrorizado. Al principio no podía moverse, pero una señal del cañón del arma lo convenció de que debía hacerlo.

Lentamente, bajó del auto.

-Por favor, diríjase al otro automóvil -ordenó de nuevo el hombre con el arma.

Freddie lo obedeció. Cuando llegó al segundo coche, el hombre le indicó que entrara. Freddie lo hizo. El hombre con el arma subió al vehículo junto a él. Más adelante, los otros dos se metieron en la limusina.

Llegar al aeropuerto de Kai Tac siempre colmaba de felicidad a Willy. Aunque se sentía australiano hasta la médula por haber nacido en Sidney, su padre y su madre provenían de Hong Kong, y Willy siempre había sentido un gran afecto por la colonia. Además, todavía tenía familiares en ella.

Aunque aparcar en Hong Kong constituía una pesadilla, aquello no le preocupaba. El automóvil le serviría de base de operaciones y podría dejarlo abandonado en cualquier momento. Para alquilarlo usó documentación falsa, una de las varias de que disponía.

Su primer destino fue un restaurante en la sección de Mong Kok de Kaulún, una de las zonas más densamente pobladas del mundo. El restaurante se alzaba en la calle Cantón, que era muy estrecha y estaba extremadamente congestionada. Pero con una buena cantidad de dinero para el policía de guardia, dejó el coche entre dos tiendas con toldos, repletas de cacerolas, sartenes y platos.

El restaurante estaba casi vacío a aquella hora de la mañana.

Willy se fue directamente a la cocina, donde unos sudorosos cocineros preparaban la comida para el almuerzo. El suelo se hallaba cubierto de una gruesa capa de desperdicios y grasa.

Más allá de la cocina había una serie de habitaciones que hacían las veces de oficinas. En la primera, una mujer, con un vestido de seda y cuello alto estaba sentada frente a un escritorio. Delante de ella tenía un ábaco. Las bolitas de madera se golpeaban con ruido mientras ella realizaba algunas operaciones aritméticas.

Willy inclinó respetuosamente la cabeza y le dijo a la mujer quién era. Ella no habló. Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un paquete de papel marrón atado con un cordón. Se lo entregó a Willy, que volvió a inclinarse.

Librodot

De regreso en su coche, Willy quitó la cuerda y abrió el paquete. El arma era una Heckler y Koch de 9 milímetros, nueva y flamante. La sopesó. Le encajaba a la perfección en la mano.

Sacó el cargador y se aseguró de que estaba lleno.

También observó que en el paquete había un puñado de balas adicionales que se metió en el bolsillo del pantalón, aunque supiera que no las iba a necesitar. De hecho, estaba seguro de que con dos proyectiles sería suficiente. Y el cargador tenía ocho.

Tras meterse el arma en el bolsillo de la chaqueta, Willy se echó una ojeada en el espejo retrovisor. El arma le hacía un bulto. Se abotonó la chaqueta. Llevaba puesto su mejor traje nuevo en el espejo. Con la chaqueta abotonada la cosa quedaba mucho mejor.

Después de poner en marcha el coche, Willy condujo hasta Nathan Road y se encaminó hacia el sur. Al aproximarse al Península Hotel empezó a sentir un cosquilleo de excitación.

De las diversas tareas que ejecutaba para la FCA, ésta era la que más le gustaba. En un principio lo habían contratado sólo porque hablaba cantones con fluidez. Pero, poco a poco, le asignaron otras responsabilidades, y demostró encontrarse a la altura de todas ellas. En el departamento de "seguridad" sólo obedecía las órdenes de Ned Kelly.

Tras detenerse directamente enfrente del hotel, Willy estacionó en un lugar vacío pese al letrero que indicaba que estaba prohibido hacerlo. Se bajó del coche y se acercó al portero del establecimiento. Sacó el equivalente de 200 dólares en la moneda corriente de Hong Kong y pasó los billetes al hombre.

- ¿Puedo estar seguro de que el coche estará bien aquí? -preguntó en cantones.

El portero asintió y se metió el dinero en el bolsillo.

Willy entró en el hotel con un sentimiento de orgullo.

Constituía un testamento vivo de la ética de Hong Kong: el diligente esfuerzo individual siempre conducía al éxito.

De niño, durante su infancia en Sidney, sumido en la pobreza, jamás imaginó que un día llegaría a entrar en un hotel internacional de lujo como ése, y se sentiría tan cómodo al hacerlo.

En una hilera de cabinas telefónicas, Willy solicitó a la operadora que le comunicara con Marissa. Aguardó, confiando en que aún fuera huésped de aquel hotel. En seguida le comunicaron con su habitación. En un primer momento había pensado colgar al instante, pero detestaba perderse la emoción de hablar con su presa. Pero no contestó nadie.

Willy marcó de nuevo el número de la operadora, y esta vez pidió hablar con Tristan Williams. Tampoco hubo respuesta en la habitación del médico. Era una buena señal. Les necesitaba a los dos juntos. Su plan era sencillo. Se les acercaría y dispararía a cada uno un tiro en la cabeza.

Preferiblemente los mataría ahí mismo, dejaría caer el arma y se mezclaría con la multitud. Lo había hecho ya antes muchas veces. En Hong Kong era de lo más fácil. En cambio, en Australia, la cosa resultaba mucho más complicada.

Tras dejar los teléfonos se dirigió al quiosco de prensa y compró el Hong Kong Standard. Con el periódico en la mano, se acercó al sector principal del vestíbulo y se sentó en un lugar que le permitiera vigilar la puerta principal y el mostrador de recepción. Lo que planeaba era esperar a que su presa viniera directamente hacia él.

Librodot

-En Hong Kong la medicina constituye una mezcla de lo más interesante -comentó el doctor Myron Pao -. Realicé mis estudios en Londres, de modo que, como es natural, prefiero la medicina al estilo occidental. Pero no por ello paso por alto la medicina tradicional. Los homeópatas y los acupunturistas también ocupan su lugar.

Marissa y Tristan habían encontrado a un interno que pertenecía a la plantilla del hospital, y que se mostró gustoso en mostrarles el establecimiento. Acostumbrada a los hospitales privados de Boston, Marissa quedó sorprendida por las condiciones del Queen Elizabeth Hospital, e impresionada por su productividad. El número de pacientes atendidos en los consultorios externos y de los internados en las salas resultaba asombroso. El doctor Pao explicó que las familias chinas se ocupaban en gran parte del cuidado personal de los pacientes que estaban internados.

- ¿Y qué dice acerca de la tuberculosis? -preguntó Marissa -. ¿Representa un problema serio aquí, en Hong Kong?

-Todo es relativo -repuso el doctor Pao -. Tenemos un promedio de alrededor de ocho mil nuevos casos por año.

Pero hay que tener en cuenta que eso ocurre con una población de cinco millones y medio de habitantes. Considerando las condiciones de hacinamiento en que se vive, no creo que eso sea alarmante. Estoy seguro de que una de las razones por las que no vemos más casos es que vacunamos a los niños, para nosotros la vacuna BCG es bastante eficaz.

- ¿Ha habido, en los últimos años, un incremento de la incidencia de la tuberculosis? -inquirió Marissa.

-La hubo cuando llegó toda aquella gente en botes procedente de Vietnam, Camboya y Laos -respondió el doctor Pao -. Pero, en la actualidad, se ha restringido a las instalaciones de la isla de Lantau, donde viven.

- ¿Y qué me dice de la salpingitis tuberculosa? -preguntó ahora Marissa.

-No he visto nunca nada parecido a eso -repuso el doctor Pao.

- ¿Ningún caso? -insistió Marissa.

Quería asegurarse por completo.

-No, que yo sepa -insistió el doctor Pao.

- ¿Y qué me dice de la República Popular de China? -prosiguió Marissa -. ¿Sabe usted qué experiencia tienen en relación con la tuberculosis?

-Presentan una mayor proporción que aquí -repuso el doctor Pao -. Los problemas respiratorios, en general, aparecen en una mayor proporción en la China comunista. Pero ellos también emplean mucho la BCG, con idéntico éxito que nosotros.

- ¿Así que no constituye un problema importante? -inquirió Marissa -. ¿No se ha producido un incremento en los últimos tiempos, ni nada por el estilo?

-Que yo sepa, no -replicó el doctor Pao -. Y ya nos habríamos enterado. Mantenemos una comunicación bastante fluida con China en lo tocante a cuestiones médicas, sobre todo con Cuangzhou.

Marissa quedó perpleja.

- ¿Sabe -usted algo de la tríada Wing Sin? -preguntó en aquel momento Tristan.

-Eso, en Hong Kong, constituye una pregunta muy peligrosa -repuso el doctor Pao -. Sólo sé que existe, pero eso es todo.

- ¿Sabe usted cómo se puede entrar en contacto con ellos? -inquirió Tristan.

- ¡Definitivamente no!- exclamó el doctor Pao.

-Una pregunta mas -intervino ahora Marissa.

Librodot

Comenzaba a sentir que estaban abusando del tiempo del médico chino.

- ¿Se le ocurre alguna razón para que los chinos continentales vayan a Australia a aprender técnicas de fecundación in vitro o, al contrario, cree que ellos podrían contribuir de alguna manera a desarrollar esas técnicas?

El doctor Pao pensó durante un momento y luego negó con la cabeza.

-Pues no, no se me ocurre. El problema al que se enfrentan las autoridades chinas es más bien cómo prevenir la concepción, no cómo promoverla.

-Eso pienso yo también -replicó Marissa -. Gracias por habernos brindado su tiempo.

Juntos, Marissa y Tristan salieron del bullicioso hospital.

Marissa meneó desalentada la cabeza.

-Ha sido una pérdida de tiempo para todos, en especial para el doctor Pao. ¿Viste la lista de pacientes que tenía citados para hoy?

Tristan sostuvo la puerta de la entrada principal para que ella pasara.

-A veces los resultados negativos son tan importantes como los positivos -comentó, cogiéndola del brazo -. No seas tan implacable contigo misma. Venir aquí fue una buena idea.

- ¿Y qué vamos a hacer ahora? -le preguntó Marissa mientras caminaban hacia la limusina. Desde los terrenos del hospital podía oír el sordo rugido de la ciudad, en un segundo plano.

-Se lo preguntaremos a Freddie -propuso Tristan.

Se quedó mirando los ojos castaño oscuro de Marissa y le sonrió.

-Entonces sabremos si esa novela tan emocionante que leíste hace ya tanto tiempo decía la verdad -añadió.

Al llegar junto al coche, el chofer saltó de su asiento y les abrió la puerta trasera. Marissa tenía ya un pie dentro del coche cuando Tristan le dio un tirón y la obligó a salir. Se había dado cuenta de que el conductor no era Freddie.

Casi al mismo instante Marissa se dio cuenta que había otro instalado en el asiento de atrás.

- ¿Dónde está nuestro chofer? -preguntó Tristan.

El hombre que sujetaba abierta la portezuela era más joven y más delgado, y llevaba un traje azul oscuro y no el uniforme propio de un chofer.

-Por favor, el conductor ha tenido que atender otro compromiso -explicó.

-Pero esto es algo irregular -insistió Tristan.

-En absoluto -replicó el hombre -. Sucede con frecuencia en los casos en que los clientes piden chóferes particulares.

-Hay un hombre dentro del coche -terció Marissa.

Tristan se inclinó para mirar.

-Entre en el coche, por favor -instó el hombre que sujetaba la portezuela.

- ¡Tristan! -exclamó Marissa jadeando -. Tiene un arma.

Tristan se enderezó. Mirando hacia abajo, vio una pistola con silenciador en la mano de aquel sujeto. El hombre la sostuvo a un costado y apuntó al estómago de Tristan.

- ¿Qué es esto, amigo? ¿Una especie de broma? -inquirió Tristan, mientras disimuladamente cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro.

-Por favor, entre... -repitió el hombre.

Pero no pudo seguir hablando a causa de los golpes que le propinó Tristan, primero a un lado del cuello y después en la muñeca. Con el segundo golpe, el arma del individuo cayó a la acera. Una patada al pecho del chino lo arrojó contra el automóvil, cuya puerta se cerró por la presión del empujón.

Librodot

Tristan cogió a Marissa por la mano y la hizo precipitarse al lado de unos arbustos bajos que bordeaban un trozo pequeño con césped. Al otro lado del césped se encontraba la calle, con su habitual complemento de tráfico y peatones.

Arriesgándose a mirar hacia atrás, Tristan vio que otro hombre se había unido a los dos que se hallaban en la limusina, y que ahora los tres corrían hacia ellos.

Tristan había confiado que, en cuanto alcanzasen la calle de la ciudad, podrían perderse de vista entre la multitud.

Pero, por desgracia, no sucedió así. No habían conseguido alejarse lo ~28 cabía hacer era echarse a correr.

Se lanzaron a la carrera hacia la sección de Yaw Ma Tei de Kaulún, buscando desesperadamente a los policías que habían visto en sus motocicletas cuando con anterioridad pasaron por allí. Incluso se habrían contentado con un policía de tráfico, pero no encontraron ninguno. Los transeúntes se apartaban de ellos cuando pasaban corriendo. Parecían curiosos pero no dispuestos a verse involucrados en aquel asunto.

Tristan y Marissa desembocaron en una amplia avenida, completamente atestada con autobuses de dos pisos y otros vehículos. Hasta las bicicletas habían tenido que detenerse, y cruzar por allí constituía algo parecido a una hazaña.

Al alcanzar la otra acera, comprobaron que la anchura de la calle era la única barrera que los separaba de sus perseguidores.

Una vez se hallaron en el corazón del distrito de Yaw Ma Tei, la congestión los engulló.

Tristan y Marissa entraron sin pensárselo en una calle con un mercado, con cientos de puestos entoldados repletos de hierbas, ropa, pescado, vajilla de cocina, frutas, dulces y otros alimentos. Con las prisas, chocaron con los compradores e incluso con algunos de los vendedores.

Pese al miedo que sentía, Marissa empezó a trastabillar.

Las hormonas y los kilos de más le hacían muy difícil correr. Sin quererlo, comenzó a tirar hacia atrás la mano de Tristan.

- ¡Vamos! -la urgió él cuando comprendió que se estaba quedando rezagada.

- ¡No puedo! -gritó ella, casi sin aire.

Tristan sabía que la mujer no podría seguir ese ritmo mucho tiempo más. Necesitaban un lugar para ocultarse. Tristan se desvió por entre distintos puestos, buscando con desesperación un lugar. No parecía existir ningún sitio donde refugiarse. El espacio entre la línea de puestos y las casas de apartamentos estaba lleno de productos desechados que se pudrían al sol. Los gatos merodeaban en las alcantarillas en busca de todo lo que pudieran encontrar. No había portales abiertos. Por fin, Tristan divisó un pequeño callejón lateral media manzana más adelante.

- ¡Vamos! -instó -. ¡Sólo un poco más!

Al llegar al callejón, se metieron en él. Era tan angosto que sólo podía circular un coche en un sentido. Pasaron por una tienda al aire libre, con una hilera de patos pelados que colgaban del pescuezo. Al lado había una tienda que vendía insectos comestibles y, a continuación, otra que vendía serpientes.

Separada del barullo general de la calle del mercado, con su clamor de bocinas de autos, martillos neumáticos, y regateos entre vendedores y clientes, aquella calle lateral era comparativamente tranquila. Los sonidos principales provenían de radios ocultas y del clic de las fichas de Mah-Jong.

Chinos de edad avanzada estaban muy entretenidos con ese juego sobre mesas de madera. Cuando Marissa y Tristan pasaron por allí como una

Librodot

exhalación, los hombres les dedicaron una mirada superficial y volvieron a sumergirse en el juego.

- ¿Quiénes son los que nos siguen? -logró preguntar Marissa entre jadeos entrecortados -. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nos persiguen?

- ¡Ni idea! -repuso Tristan, también bastante agitado -. Pero te confieso que empiezo a sentir cierta antipatía hacia Hong Kong. Nadar en los ríos infestados de cocodrilos de los territorios del norte de Australia es mucho más sano que esto, estoy convencido. No me gustan las armas de fuego.

Nerviosamente, Tristan miró por encima del hombro. Su alivio fue grande al comprobar que nadie los seguía por aquella calle angosta.

- ¡Tengo que sentarme un momento! -alegó Marissa.

Con todos aquellos tratamientos para la infertilidad y poco o ningún ejercicio, no estaba en forma para aquella clase de esfuerzo. Justo delante de ellos había una casa de té con relucientes teteras colgando sobre el portal.

- ¿Qué te parecería un poco de té? -propuso.

Después de mirar de nuevo hacia atrás, Tristan aceptó de mala gana.

Parecía más un depósito que un lugar público. Las mesas eran viejas, de madera sin pulir. Un puñado de clientes ocupaban distintas mesas. Siguiendo la habitual tradición china, hablaban en un nivel que era apenas inferior a un grito.

Combinan do la animada conversación con la estridente música china de rigor procedente de una diminuta Panasonic, la atmósfera no era particularmente sedante. Aun así, Marissa se alegró mucho de poder sentarse. Le dolían las piernas y tenía punzadas en el costado.

El propietario los miró con recelo. Se les acercó y les habló en un chino gutural.

-Lo siento, amigo -dijo Tristan -. No hablamos chino.

¿Qué tal si nos sirve una taza de té? De cualquier clase. La que usted prefiera.

El hombre miró a Tristan sin entender lo que decía.

Tristan le indicó con gestos que querían beber té y señaló a los otros parroquianos. Entendiendo al parecer lo que quería decir, el hombre desapareció por un portal trasero del que colgaban tiras con cuentas como en la entrada que daba a la calle.

-Qué oportuno que no hubiera policías a la vista -comentó irónicamente Marissa -. Hace menos de veinticuatro horas que estamos en Hong Kong y en dos oportunidades hemos tenido que salir huyendo como locos para salvar la vida. Y ninguna de las dos veces vimos a un solo policía.

-Te advertí que este viaje no sería precisamente de vacaciones -replicó Tristan. - ¿Crees que deberíamos ir a la policía ahora? -preguntó Marissa.

-No sé qué podríamos decirles -repuso Tristan -. Además, no creo que estén dispuestos a ayudarnos a encontrar a los Wing Sin.

-Quizá hemos ido demasiado lejos -adujo Marissa.

-Eso es obvio -Tristan volvió la cabeza y buscó al propietario con la mirada -. ¿Dónde demonios está nuestro té?

Marissa no estaba preocupada. No le apetecía demasiado tomar té.

Tristan se puso de pie.

En Hong Kong los pedidos aparecen en un instante o tardan siglos.

Caminó hacia la cortina por la que había desaparecido el propietario. Apartó las cuentas y miró hacia dentro.

Después volvió a la mesa y se sentó.

-Allá adentro hay un grupo de viejos decrépitos que fuman pipas -explicó -. Creo que hemos caído en uno de esos viejos fumaderos de opio que las

autoridades toleran por el bien de un puñado de drogadictos. El opio es el legado más repulsivo y despreciable de la historia colonial británica, a pesar de haber proporcionado la base para la fundación de Hong Kong.

- ¿Tenemos que irnos? -preguntó Marissa.

Por el momento, la historia no le interesaba.

-Cuando estés lista.

- ¿Cómo salimos de aquí? -inquirió Marissa.

-Nos desviaremos por las calles laterales -apuntó Tristan -. Cuando lleguemos a esa calle ancha que atravesamos, buscaremos un taxi.

-Hagámoslo -repuso Marissa -. Cuanto antes regresemos al hotel, mejor me sentiré.

Tristan apartó la mesa para que Marissa pasase. Al ponerse de pie, estiró cada una de sus piernas doloridas, caminó con dificultad y se agachó para atravesar la cortina de cuentas.

Cuando Tristan hizo lo propio, chocó contra ella.

Marissa quedó paralizada. Exactamente delante de la casa de té se veía una limusina negra.

Los tres hombres de traje azul oscuro que los persiguieran antes se encontraban alrededor del vehículo, en distintas posiciones de reposo. Al ver a Tristan y Marissa, el hombre que estaba cerca de la delantera del coche se enderezó.

Marissa lo reconoció como el que había sustituido a Freddie. Su revólver no estaba a la vista. En cambio, exhibía una metralleta más amenazadora colgada de un costado.

Tristan cogió a Marissa por la muñeca y trató de volver a la casa de té, pero le cerraron la pesada puerta de madera en las narices. Estaba a punto de intentar abrirla por la fuerza cuando oyó que del otro lado corrían los cerrojos. Con resignación, Tristan volvió a colocarse frente a la calle.

-Por favor- dijo el hombre con el arma señalando la parte trasera de la limusina.

Tristan vio un jirón largo en el codo de la chaqueta del hombre. Supuso que había ocurrido cuando él lo derribó.

Al principio, ni Tristan ni Marissa se movieron. Pero el hombre con el arma no estaba dispuesto a tolerar demoras.

Una breve ráfaga de proyectiles de su metralleta a la acera logró persuadirlos. Las balas rebotaron por la calle, obligando a los jugadores de Mah-Jong a agazaparse para protegerse. Sin duda era un hombre acostumbrado a matar.

Después de esa exhibición, Marissa y Tristan accedieron a sus deseos. Se acercaron a la puerta posterior del coche, pero el hombre con el arma negó con la cabeza. Con la metralleta, les señaló nuevamente la parte trasera del coche. Uno de los otros hombres abrió con su llave el maletero y levantó la tapa.

- ¿Quiere que nos metamos en el maletero? -preguntó Tristan.

-Por favor -respondió el hombre armado.

-Sin duda, un lugar muy acogedor -comentó Tristan mientras se introducía en aquel espacio pequeño y se acurrucaba.

Marissa vaciló un instante pero hizo lo propio y se acurrucó contra Tristan.

A continuación, cerraron la tapa del maletero y quedaron en una completa oscuridad.

-Es la primera vez que abrazo a una mujer en el maletero de un coche -bromeó Tristan.

Su brazo derecho rodeaba el cuerpo de Marissa. - ¿No puedes hablar en serio por una vez? -replicó Marissa.

-Parecemos un par de salmones ahumados en lata -siguió Tristan.

Oyeron que el motor se ponía en marcha y el coche daba un salto hacia delante por aquel estrecho callejón.

-La expresión es “sardinas en lata” -corrigió Marissa.

-No donde yo crecí -repuso Tristan; -Tris, tengo miedo -confesó Marissa, luchando por no llorar -. ¿Y si nos asfixiamos? Siempre me han aterrado los lugares cerrados.

-Cálmate- dijo Tristan- Y trata de respirar con normalidad. El problema no es éste, sino adónde nos llevan.

Para mitigar la claustrofobia de Marissa, Tristan habló interminablemente de cualquier cosa que se le pasó por la cabeza.

Después de innumerables giros y detenciones, el coche frenó y apagaron el motor. Marissa y Tristan oyeron que las puertas del vehículo se abrían y se cerraban. Algunos segundos después, giraron la llave del maletero y abrieron la tapa.

Los mismos tres hombres los miraron.

-Salgan del coche, por favor -ordenó el hombre armado.

Una Marissa entumecida y sucia salió del maletero, seguida por Tristan.

Y se encontraron en el interior de un enorme almacén repleto de contenedores marítimos.

-Muévanse -urgió el hombre con el arma, y señaló un espacio entre dos contenedores.

Tristan rodeó a Marissa con un brazo. Con terror compartido, se encaminaron en la dirección indicada, preocupados por lo que pudiera suceder después. Al otro lado de los contenedores había una puerta cerrada. Se detuvieron, esperando instrucciones. Uno de los hombres abrió la puerta y les indicó que pasaran. Al trasponer la puerta, Marissa y Tristan se encontraron en un largo pasillo. Obedeciendo órdenes no verbales, fueron hasta el final del pasillo antes de ser detenidos frente a una puerta. Uno de los hombres llamó.

Desde el interior, alguien contestó en chino, y la puerta se abrió.

Marissa y Tristan se vieron empujados hacia dentro.

El cuarto parecía una oficina, con escritorio, archivos, equipamiento de despacho, paneles informativos y enormes calendarios con fotografías de barcos. Frente al escritorio había un chino algo mayor que los tres secuestradores. Vestía impecablemente, con un traje de seda blanca, gemelos y pasador de corbata de oro. Su pelo negro azabache estaba cepillado hacia atrás y afirmado en su sitio con fijador. Otro chino de traje gris estaba de pie a su lado.

Cuando Marissa y Tristan fueron empujados hacia el escritorio con las manos en la nuca, el chino que parecía el jefe estudió a Marissa y a Tristan de la cabeza a los pies. Después se echó hacia delante y apoyó los codos sobre un gran libro de contabilidad que tenía encima del escritorio.

El individuo habló en chino a toda velocidad. En seguida, varios de los hombres de traje azul dieron un paso adelante y cachearon a Marissa y a Tristan. Les quitaron las billeteras y los relojes y los colocaron encima del escritorio.

Después, se apartaron.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, el hombre del traje blanco encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre los dientes como si fuera un puro. Inclinando un poco la cabeza para que el humo no se le metiera en los ojos, cogió las billeteras y las registró mirando las fotografías y las tarjetas de crédito. Sacó el dinero y lo puso sobre la mesa.

Después, miró a Marissa y a Tristan.

-Tenemos curiosidad con respecto a por qué han estado preguntando por Wing Sin -empezó en un perfecto inglés, con acento de escuela pública inglesa -. En Hong Kong, las tríadas son ilegales. Es peligroso hablar de ellas.

-Somos médicos -explicó Marissa antes de que Tristan tuviera tiempo de responder -. Lo único que nos interesa es obtener información. Estamos tratando de investigar una enfermedad.

- ¿Una enfermedad? -preguntó el hombre con incredulidad. -La tuberculosis -siguió Marissa -. Intentamos seguirle la pista a cierto tipo de infección tuberculosa que ha comenzado a aparecer en Estados Unidos, Europa y Australia.

El hombre del traje blanco se echó a reír.

- ¿Qué es esto? -preguntó -. ¿Así que ahora se busca a las tríadas para información médica? ¡Qué ironía! Durante años, los políticos han sostenido que las tríadas constituyen una enfermedad.

-No buscamos a la Wing Sin para obtener conocimientos médicos -terció Tristan -. Sólo información sobre inmigrantes ilegales que la Wing Sin ha estado haciendo salir de la República China y enviado a la FCA, o Clínica de Asistencia a la Mujer de Australia.

El hombre del traje blanco miró a los dos extranjeros.

-Lo más sorprendente de esta conversación es que les creo -añadió con otra carcajada -. Lo que me dicen es tan descabellado que nadie sería capaz de inventarlo. Desde luego, sea o no verdad, eso no los absuelve de los peligros inherentes a hablar en público de Wing Sin.

-Estamos dispuestos a pagar por esa información -alegó Tristan.

- ¡Oh! -exclamó el hombre del traje blanco.

Y sonrió, al igual que sus secuaces.

-Ustedes, los australianos, tienen una manera especial de llegar al nudo de la cuestión. Y puesto que en Hong Kong todo está en venta, tal vez podamos hacer negocio. De hecho, si estuvieran dispuestos a ofrecer una suma pequeña, como diez mil dólares de Hong Kong, podría hacer algunas averiguaciones y ver qué les puedo proporcionar. Sin garantías, por su puesto.

-Le ofrezco cinco mil -replicó Tristan.

El hombre del traje blanco volvió a reír.

-Admiro su coraje -afirmó -. Pero no está en posición de regatear. Diez mil.

-Está bien -aceptó Tristan -. ¿Cuándo conseguiremos nuestra información?

-Reúnanse conmigo en la cima del Victoria Peak mañana, a las diez de la mañana -explicó el hombre del traje blanco -. Cojan el tranvía.

-De acuerdo -replicó Tristan.

Dio un paso adelante para tomar su billetera y la de Marissa y los relojes.

El hombre que estaba junto al escritorio desvió la mano de Tristan. Recogió las billeteras y se las entregó al hombre del traje blanco.

-Lamentablemente, nos quedaremos con el dinero y los relojes -explicó éste -. Lo lamento, pero es para los hombres que les han traído hasta aquí. El dinero podemos considerarlo un pago a cuenta de los diez mil dólares.

Abrió la billetera, cogió unos pocos billetes y lo entregó a Tristan.

-Para los gastos de vuelta desde el lugar donde los dejemos -añadió.

Tristan tomó el dinero.

-Gracias, amigo, muy amable por su parte. Pero dígame una cosa: ¿es usted miembro de la Wing Sin?

-Como sé que, por venir de Australia, desconoce usted el comportamiento civilizado, lo perdonaré por formular esa pregunta. También quiero advertirle que

Librodot

evite a la policía desde ahora hasta el momento de nuestro encuentro. Serán ustedes vigilados. Nos veremos mañana, con el dinero.

El hombre movió la mano y en seguida los tres hombres de traje azul avanzaron y escoltaron a Marissa y a Tristan fuera de la habitación. Mientras salían, el hombre del traje blanco volvió a concentrarse en el libro de contabilidad que tenía delante.

-Un tipo amable -comentó Tristan con evidente sarcasmo.

Caminaron por el largo pasillo y salieron al almacén.

Una vez delante del automóvil, se detuvieron.

- ¡Otra vez al maletero no, amigo! -pidió Tristan cuando vio que uno de los hombres levantaba la tapa.

En la misma posición en que habían llegado, pero con un poco menos de aprensión, Marissa y Tristan se vieron transportados desde los almacenes.

-Esta forma de transporte podría llegar a gustarme -comentó Tristan, acurrucándose más contra Marissa.

- ¡Tris! -exclamó Marissa -. Vamos. Háblame como lo hiciste antes. Me distrajo y me impidió pensar que estaba encerrada aquí.

-Bueno, en primer lugar -siguió Tristan -, resulta obvio por qué nos metieron. No quieren que sepamos dónde está ubicado ese almacén.

-Cuéntame más sobre tu infancia -apremió Marissa.

Después de carraspear, Tristan la complació.

El segundo viaje fue mucho más corto que el primero. De hecho, cuando levantaron la tapa del maletero los dos se quedaron sorprendidos, no sólo por el poco tiempo transcurrido si no también por el breve trato recorrido.

Al salir a la luz del sol, Marissa y Tristan tuvieron que entornar los ojos mientras intentaban orientarse. Estaban en una calle urbana, frente a la estación de Mongkok del metro de Hong Kong. Algunos peatones los miraban con extrañeza, pero siguieron adelante. Eso fue suficiente para que Marissa se preguntara si sería tan común en esa ciudad ver personas que salían del maletero de un automóvil.

Los hombres del traje azul no dijeron ni una palabra.

Con toda calma subieron al asiento trasero y partieron en el coche.

-Una mañana más bien interesante, ciertamente -bromeó Tristan -. ¿Qué te parece si volvemos al hotel?

- ¡Sí, por favor! -suplicó Marissa -. Estoy hecha un manojo de nervios. No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

Tócame, estoy temblando -dijo Marissa, y colocó la mano sobre el antebrazo de Tristan.

- ¡Estás tiritando! -rió Tristan -. Siento haberte metido en esto, pero por lo menos hemos establecido contacto.

Quizá las cosas mejorarán de ahora en adelante. Siempre y cuando, desde luego, tú quieras seguir en ello.

-Creo que sí -replicó Marissa, pero no sonó muy decidida -. Aunque no me creo capaz de soportar otra persecución.

Bajaron al metro. Les alegró descubrir que estaba limpio y bien iluminado. El trayecto hasta la estación Tsim Sha Tsui fue rápido, cómodo y, aún mejor, sin contratiempos.

Desde la estación del metro, el hotel quedaba bastante cerca. Al pasar por una de las numerosas joyerías por el camino, Marissa comentó en broma que de nuevo necesitaban comprarse relojes.

-Si esto sigue así -afirmó Tristan -, tener un reloj en la muñeca se transformará en la parte más costosa de todo el viaje.

Al detenerse frente a un semáforo, Tristan cogió del brazo a Marissa y se inclinó para hablarle al oído.

-Detesto tener que alarmarte una vez más, pero creo que nos siguen. Detrás de nosotros hay dos hombres vestidos igual que los que nos persiguieron. Nos siguen desde el metro.

- ¿Qué vamos a hacer?- preguntó nervosamente Marissa- No me diga de correr. No podría.

Tristan se enderezó.

- ¡Tranquilízate! -urgió -. No correremos; en realidad, no haremos nada. El hombre del traje blanco nos advirtió que nos tendrían vigilados. Lo más probable es que éstos sean sus hombres. Supongo que lo único que no deberíamos hacer es hablar con ningún policía.

Marissa paseó la mirada por aquella esquina bulliciosa.

A diferencia de lo que les había pasado antes, ahora había muchos policías a la vista. Con sus elegantes uniformes azules, patrullaban por las calles.

- ¿Dónde estaban esos tipos cuando los necesitábamos? -preguntó Marissa.

-Esta es una zona turística -arguyó Tristan.

Al llegar al hotel, se detuvieron cuando el portero los saludó graciosamente con una inclinación y les abrió la puerta.

-Quiero pasar por recepción -explicó Tristan cuando entraron -. Tengo que sacar más dinero de la caja de seguridad.

También me gustaría darle una buena patada al conserje.

Sospecho que fue él quien les pasó el dato a los de la tríada. Y pensar que me aceptó los veinte dólares de propina.

-No hagas ninguna escena -le recomendó Marissa, y le oprimió el brazo para darle más fuerza a sus palabras.

Conociendo el comportamiento de Tristan, no le habría sorprendido nada que se acercara al individuo y le propinara un puñetazo.

Juntos se acercaron al mostrador con superficie de mármol.

Mientras Tristan trataba de obtener la atención de alguien del personal del hotel, Marissa recorrió el vestíbulo con la mirada. Como de costumbre, estaba repleto de gente. Un té tardío en ese vestíbulo elegante había sido una tradición en el Península desde hacía más de medio siglo. Mujeres enjoyadas y hombres de punta en blanco se sentaban frente a mesas cubiertas con manteles. Camareros de guante blanco iban de aquí para allá desde la cocina. Carritos con tartas y pastelería se desplazaban por ese elegante escenario. Música clásica ejecutada en el piano constituía el broche de oro.

- ¡Tristan! -exclamó Marissa -. Un hombre viene hacia aquí. Un hombre que creo reconocer.

En un principio, la mirada de Marissa había pasado sobre ese hombre como un rostro más en la muchedumbre. Pero, después, su mente la obligó a volver a él y examinarlo con más atención. Había algo en su semblante y en la forma de su negro pelo que resonó en su memoria. Lo vio bajar el periódico que leía y ponerse de pie. Vio cómo metía la mano en el bolsillo de su chaqueta. En aquel momento, oprimió el brazo de Tristan.

- ¿De quién se trata, querida? -preguntó Tristan.

-Viene hacia aquí -le susurró Marissa -. Es el chino del traje gris. Lo he visto antes. ¡Creo que es el hombre que arrojó el cebo al agua cuando Wendy murió!

Tristan recorrió el vestíbulo con la mirada. Había tantas personas... Pero en seguida distinguió al chino que se abría paso entre la multitud. Su mano derecha seguía metida en el bolsillo de la chaqueta. Parecía sostener algo.

Librodot

Tristan intuyó peligro. Había algo extraño en la forma en que el individuo se les acercaba. Tristan sintió que debía hacer algo.

No había tiempo para huir con tanta gente alrededor. A su espalda, oyó que el ayudante del gerente del hotel lo llamaba por su nombre. El chino estaba sólo a tres metros. Casi se encontraba encima de ellos. Parecía sonreír. La mano metida en el bolsillo comenzó a moverse. Tristan vio un brillo metálico.

Con un alarido, Tristan se apoyó en el mostrador del hotel y se precipitó contra el hombre. En el último instante, antes de hacer contacto, vio que el arma del individuo asomaba por el bolsillo, pero Tristan golpeó contra él antes de que lograra sacarla del todo. La fuerza del impulso de Tristan arrojó a los dos hacia atrás contra una mesa redonda. La mesa cayó, enviando en todas direcciones la vajilla de porcelana y las tartas. Las ocho personas que ocupaban la mesa terminaron por los suelos.

En un instante, cundió el pánico. Lo que un momento antes era una escena de un absoluto decoro, se convirtió ahora en un caos. Las personas se dispersaron; algunas gritaban, otras simplemente corrían a refugiarse.

El y el chino rodaron después de dar contra la mesa, Tristan logró sujetar la muñeca del individuo. El arma se disparó, enviando una bala hacia el techo.

Cuando Tristan intentó hacer un movimiento de kung fu, se sorprendió al no conseguirlo y descubrir que su contrincante era tan rápido y experimentado como él. Dejando a un lado las artes marciales, Tristan le mordió el brazo. Sólo entonces el revólver cayó al suelo.

Pero el hecho de morder al hombre hizo que Tristan perdiera su posición. El desconocido sacó partido de esa ventaja y arrojó a Tristan por encima del hombro. Tristan se preparó para que la caída no fuera grave. No bien golpeó en el suelo, rodó para evitar ser pateado. Entonces se puso en pie de un salto, y adoptó una posición agachada. Pero antes de que pudiera moverse, otros hombres lo sujetaron por atrás.

Tristan vio que el chino se alejaba. Otro hombre trató de detenerlo, pero el chino ejecutó un perfecto movimiento de kung fu y envió al intruso al suelo con una potente patada al pecho. Y después corrió hacia la puerta principal, perdiéndose entre los huéspedes del hotel. Una vez en la calle, se fusionó en seguida con la multitud que ya se había congregado allí.

Tristan no luchó contra los hombres que lo sostenían.

Como había notado que llevaban transmisores de radio en los cinturones y auriculares en los oídos, confiaba en que fueran agentes de seguridad del hotel.

Marissa corrió hacia ellos y exigió que soltaran a Tristan.

Hasta empezó a tirar del brazo de uno de los detectives del hotel cuando no le prestaron atención. Pero el ayudante del gerente, que había presenciado todo el episodio, ordenó que soltaran en seguida a Tristan.

Marissa le arrojó los brazos al cuello a Tristan contra él.

- ¿Estás bien? ¿No estás herido?

-Lo único que tengo herido es mi amor propio -contestó Tristan -. Ese tipo era mejor que yo en kung fu.

- ¿No quiere que llamemos al médico del hotel? -preguntó el ayudante del gerente. Este es todo el tratamiento que necesito.

Marissa seguía apretada contra él y tenía la cabeza enterrada en su pecho.

- ¿Cómo supo que el hombre iba armado? -preguntó el subgerente.

-Es el sexto sentido de un australiano -explicó Tristan.

-El hotel está en deuda con usted por su valentía -siguió el subgerente -. Sin duda el hombre planeaba un robo o algo semejante.

Librodot

-No rechazaría una recompensa de tipo líquido -afirmó Tristan -. ¿Por casualidad no tienen cerveza Fosters?

Rodeó a Marissa con sus brazos y le oprimió la espalda.

Cuando logró salir del hotel, Willy dobló a la derecha y disminuyó la marcha hasta convertirla en un paso rápido.

No quería llamar la atención. Su destino era la abarrotada terminal del Star Ferry. Cuando llegó allí, le alivió perderse entre el gentío. Cientos de personas aguardaban el siguiente transbordador, que en aquel momento hacía su entrada en el muelle.

Una vez que desembarcaron los pasajeros, se permitió el acceso a los que aguardaban. Willy se dejó llevar por aquella corriente humana.

Permaneció en la cubierta inferior con la mayoría de las personas. Se quedó junto a una familia numerosa, como si fuera uno de sus miembros. Nadie parecía notar su presencia.

Después del trayecto de diez minutos, Willy desembarcó y se encaminó al Hotel Mandarín.

El Mandarín era de la misma categoría del Península.

Sabía que desde allí no tendría dificultad en hacer una llamada de larga distancia. El problema no era telefonear, sino más bien lo desagradable que resultaría. Era el primer fracaso importante de Willy, y no se sentía en absoluto satisfecho.

Antes de entrar en el Hotel Mandarín, aprovechó el reflejo de un escaparate para arreglarse la ropa y peinarse.

Cuando le pareció que estaba presentable, entró en el vestíbulo.

En el atrio encontró una hilera de teléfonos que brindaban cierta intimidad.

Respiró hondo y llamó a Charles Lester.

-Blumenthal está aquí -explicó Willy en cuanto Lester contestó.

-Ya lo sé -replicó Lester -. Ned lo averiguó por el servicio de emigración. Cogió un avión en Brisbane.

-Hace unos minutos intenté mantener una conversación privada con las personas interesadas -siguió Willy, utilizando el dialecto establecido por si alguien escuchaba la conversación -. Pero las cosas salieron mal. Fracasé. Ese tal Williams no quiso cooperar y canceló el encuentro antes de que yo pudiera usar mi material.

Willy apartó el receptor del oído cuando por la línea se oyó un rosario de maldiciones australianas. Cuando percibió que Lester hablaba en un tono más normal, se acercó de nuevo el auricular.

-La situación empeora por momentos -se quejó Lester.

-Ahora resultará mucho más difícil tener una conferencia con ellos -reconoció Willy -. Nos estarán esperando.

Pero, si quiere, haré lo posible para concertar otro encuentro.

- ¡No! -exclamó Lester -. Enviaré a Ned para que él arregle una cita. Tiene más experiencia. Lo único que quiero que hagas es asegurarte de que los clientes no se vayan.

Vigila el hotel. Si cambian de hotel, síguelos. Si perdiéramos el contacto con Blumenthal en Hong Kong, el problema se exacerbaría.

-También perdí el material que pensaba mostrarles -prosiguió Willy -. Se quedó en la sala de conferencias.

-Entonces tendrás que conseguir otro -le ordenó Lester -.

¿El que tenías era adecuado?
-Era perfecto -respondió Willy -. Absolutamente perfecto.

El inspector de la Policía Real de Hong Kong parecía británico, con su tono de piel grisáceo y su traje inglés abolsado, con chaleco y faltriquera. □l y Tristan se encontraban sentados en la oficina del gerente del Península Hotel.

-Repasemos esto de nuevo -siguió el inspector - Estaba con su caja de seguridad cuando se dio cuenta de que se le acercaba aquel caballero de aspecto oriental.

-Así es, amigo -repuso Tristan.

Sabía que su forma de hablar irónica era una tortura para el inspector. Pero era intencionado. El inspector de policía lo torturaba desde hacía casi dos horas.

Tristan trató de ser paciente. Sabía que el motivo por el que el inspector hacía tanto alboroto sobre el incidente era que a la policía no le gustaba que hubiera problemas en un sector tan crucial para el turismo, sobre todo el turismo de un lugar tan elegante como el Península Hotel.

-...Y en aquel momento, usted se volvió y vio que el hombre se le acercaba -prosiguió el inspector.

-Así es -afirmó Tristan.

Era la enésima vez que lo repetía.

- ¿Cómo supo que se acercaba a usted y no a otra persona? -preguntó el inspector.

-Me miraba directamente a mí -explicó Tristan -. Me hacía mal de ojo -añadió, y fulminó con la mirada al inspector en una burda imitación.

-Sí, por supuesto -aceptó el inspector -. ¿Y usted no había visto nunca a ese hombre?

- ¡Jamás! -respondió Tristan con énfasis.

Sabía que ese punto tenía una importancia especial para la policía. Pero Tristan no había querido confesar que Marissa había reconocido al individuo. Como el policía no se lo había preguntado a ella, jamás lo averiguaría. Tristan no estaba dispuesto a reconocer todo lo que sabía, temiendo que, si lo hacía, eso haría peligrar la reunión concertada con los de Wing Sin para la mañana siguiente.

Finalmente, al cabo de dos horas, el inspector se dio por vencido, pero concluyó diciendo que quizá desearía interrogar más a Tristan y que, por lo tanto, debería quedarse en Hong Kong hasta nuevo aviso. En cuanto lo liberaron, Tristan se acercó al teléfono y llamó a Marissa.

-Estoy libre al fin -explicó -. Celebrémoslo saliendo, y te prometo que reemplazaré nuestros relojes.

Aquella segunda vez, Tristan regateó incluso más que la primera. Después de algunas protestas, el empleado cedió.

Al regresar al hotel, se encerraron en sus habitaciones, y decidieron permanecer allí durante el resto del día.

Como no habían probado bocado desde la hora del desayuno, lo primero que hicieron fue pedir un almuerzo.

Mientras aguardaban el servicio de habitaciones, se sentaron junto a la ventana para observar aquella vista espectacular.

-La belleza de Hong Kong me recuerda a la Gran Barrera de Arrecifes -comentó Marissa, mirando por la ventana -. Su esplendor oculta un fondo de violencia en el que la norma es comer o ser comido.

Librodot

Tristan asintió.

-Como dijo el hombre del traje blanco, todo está en venta.

- ¡Todo!

- ¿Crees que se presentará mañana? -preguntó Marissa -. Me pregunto si los Wing Sin sabrán que estuviste dos horas con la policía.

-No lo sé -repuso Tristan -. Pero te apuesto a que el episodio del vestíbulo aparecerá en los diarios. Así que él lo leerá y, por lo menos, tendremos una excusa.

Marissa suspiró.

-Qué experiencia ha sido Hong Kong. Sé que me lo advertiste, pero jamás llegué a imaginar todo aquello por lo que hemos tenido que pasar. Soy un manojo de nervios. Tengo miedo de salir del hotel. ¡Diablos, si hasta tengo miedo de bajar al vestíbulo! Conseguir estos nuevos relojes no fue nada sencillo. No hago más que esperar que pase algo espantoso.

-Sé cómo te sientes -repuso Tristan -. Recuerda que podemos irnos de aquí. No es preciso que sigamos adelante.

-Sí, supongo que podríamos hacerlo -asintió Marissa con frialdad.

Durante algunos minutos, Marissa y Tristan contemplaron en silencio el puerto.

-Creo que quiero continuar con esto -alegó al fin Marissa, irguiéndose en su asiento -. Aunque me aterre, no puedo dejarlo, tengo la sensación de que estamos muy cerca de descubrirlo todo.

Además, cada vez que cierro los ojos veo a Wendy.

-Y yo, a mi mujer -replicó Tristan -. Sé que no resulta muy apropiado que diga esto, pero tú me la recuerdas. Por favor, no te ofendas, no estoy haciendo comparaciones odiosas. No es que te parezcas físicamente ni que actúes como ella. Es algo más, que tiene que ver con cómo me siento cuando estoy contigo.

Hasta el mismo Tristan se sorprendió de sus palabras.

No era habitual en él mostrarse tan directo con respecto a sus sentimientos.

Marissa se quedó mirando los ojos azules de Tristan.

Imaginaba la angustia sufrida por aquel hombre cuando su esposa murió.

-No me ofendo -dijo -. En realidad, lo tomo como un cumplido.

-Esa era la idea -repuso Tristan. Sonrió, un poco cohibido, y miró hacia la puerta -. ¿Qué pasa con la comida? Estoy muerto de hambre.

Durante el refrigerio, recordaron a Freddie, el chofer de la limusina. Se preguntaron qué le habría pasado. Esperaban que nade. No podían creer que hubiera sido cómplice del secuestro, pero, por otra parte, en Hong Kong todo tenía su precio.

-Eso me recuerda -siguió Tristan -que si continuamos adelante, creo que deberíamos alquilar otro auto y conseguir un chofer que fuera, además, una especie de guardaespaldas.

-Y que sepa hablar cantones -agregó Marissa -. Ya se han presentado varias ocasiones en que eso nos habría resultado muy útil.

-Y, si tenemos suerte, quizá nos deje viajar en el maletero -bromeó Tristan.

Marissa sonrió. No entendía cómo Tristan conservaba el sentido del humor a pesar de lo ocurrido.

Cuando terminaron de comer, apartaron la mesa y volvieron a instalarse junto a la ventana. Marissa bebió lo que quedaba de su vino, mientras Tristan disfrutaba de una nueva lata de “Forster”. Marissa volvió a recordar el incidente del vestíbulo.

-Si ese chino era el mismo que arrojó el cebo en Australia, entonces debe de ser empleado de la clínica FCA.

Librodot

-Es lo que supuse -asintió Tristan.

-Sin duda quieren eliminarnos. Deben de estar desesperados, sobre todo para intentar disparar contra nosotros en público. Con Wendy, se tomaron mucho trabajo para hacer que pareciera un accidente.

-Lo irónico es que seguro que piensan que sabemos mucho, lo cual evidentemente no es cierto -afirmó Tristan -. Si yo fuera ellos y estuviera enterado de lo poco que sabemos, no me tomaría el trabajo de tratar de liquidarnos.

-Quizá lo que los asusta no es lo que sabemos sino lo que podemos llegar a averiguar -alegó Marissa con un suspiro -.

Me pregunto cómo consiguieron nuestra pista.

-Esa es otra buena pregunta -replicó Tristan.

-Quizá deberíamos cambiar de hotel.

-No creo que eso tenga mucha importancia -comentó Tristan -. En esta ciudad parecen existir redes ocultas de información. Recuerda, por ejemplo, al propietario de esa casa de té; es evidente que avisó a los Wing Sin de que estábamos allí. Te apuesto a que, si cambiamos de hotel, eso no permanecería en secreto mucho tiempo. Al menos, aquí los agentes de seguridad están alerta y reconocerán en seguida al tipo que nos atacó si intentara repetirlo.

-Debemos tener mucho cuidado -opinó Marissa -, sobre todo mañana por la mañana, cuando nos encontremos con el hombre del traje blanco.

-Yo opino lo mismo -asintió Tristan -. Creo que podemos dar por sentado que su lealtad será para aquel que le pague más dinero. Es posible que tengamos que llevar más de los diez mil dólares de Hong Kong estipulados.

- ¿Puedes afrontar ese gasto, Tris? -preguntó Marissa.

Tristan se echó a reír.

-Es sólo dinero -concluyó.

19 DE ABRIL DE 1990 8.47 a.m.

Vestido con su mejor traje y con un ramo de flores en la mano, Ned Kelly caminaba por Salisbury Road disfrutando de lo que veía. Había estado en Hong Kong en varias ocasiones.

Como siempre, le fascinaba el colorido de sus calles. Había llegado bastante tarde la noche anterior y, gracias a Charles Lester, se había alojado en el Regent Hotel. Ned jamás se había alojado en un lugar tan lujoso. Lo único que lamentaba era que, debido a la hora tardía de su llegada, no pudo aprovechar la chisporroteante vida nocturna que el Tsim Sha Tsui podía ofrecerle.

Al aproximarse al Península Hotel comenzó a buscar a Willy Tong entre los coches estacionados. Las instrucciones eran ésas. Lo encontró sentado en un Nissan Stanza verde aparcado frente al Museo del Espacio, justo enfrente del hotel.

Ned abrió la puerta de la derecha y se sentó en el asiento delantero.

- ¡Qué elegancia, compañero! -comentó Willy -. ¿Las flores son para mí?

-Estoy bien, ¿verdad? -bromeó Ned, complacido por su chaqueta de tuweed, sus pantalones de gabardina y sus mocasines marrones. Dejó las flores en el asiento trasero -. ¿Qué novedades hay?

-Todo está bastante tranquilo desde el alboroto que armé -respondió Willy -. No sé qué puede haber ocurrido. El plan era perfecto. El vestíbulo estaba lleno de

Librodot

gente, tal como tú me dijiste que sería la situación ideal. Y yo me encontraba a sólo tres metros de ellos, cuando de improviso me atacó.

-Mala suerte, Ned! ¿La mujer también estaba allí?

-Desde luego -siguió Willy -. Estaba de pie al lado de él.

En otros diez segundos les habría disparado a los dos.

-Quizá ella te reconociera por aquel día en la lancha -explicó Ned -. De todas formas, eso ya no importa.

¿Siguen en el hotel?

-Sí -contestó Willy -. Me he pasado aquí casi toda la noche. Intenté llamar otra vez y en seguida me pusieron.

No se han movido.

- ¡Qué bien! -replicó Ned -. ¿Qué me dices del arma?

-La tengo -explicó Willy.

Se agachó frente a Ned y abrió la guantera. Sacó un arma y se la entregó a Ned.

Ned silbó.

- ¡Una Heckler y Koch! -exclamó -. Caramba, es de primera. ¿Y el silenciador?

Willy volvió a meter la mano en la guantera y le entregó una pequeña caja rectangular. Ned la abrió y extrajo el silenciador.

-Es agradable usar equipo nuevo -comentó Ned -. No se puede negar que la FCA lo tiene todo de primera.

Ned atornilló el silenciador a la pistola, con lo cual el cañón quedaba un tercio más largo. Después extrajo el cargador y comprobó los proyectiles. Una vez que estuvo seguro de que la recámara estaba vacía, amartilló el arma y oprimió el gatillo. El clic que se oyó le pareció maravilloso y embriagador.

-Perfecto -comentó.

Ned introdujo el cargador y amartilló la pistola. Ya estaba lista para la acción.

Se volvió en su asiento y miró a Willy.

-No tardaré mucho. Quiero que lleves el coche frente al hotel y que tengas el motor en marcha. Dame unos cinco minutos y hazlo, ¿comprendido?

-Comprendido -repuso Willy.

-Me voy -siguió Ned.

Se aseguró el arma en el cinturón. Extendió el brazo y cogió el ramo de flores del asiento posterior. Bajó del coche.

Después de vacilar un instante antes de cruzar la calle, se agachó junto a la ventanilla abierta.

- ¿Como se distingue Tristan Williams? -alegó Ned -Hace varios años que no lo veo ¿Crees que lo reconoceré?

-Me parece que sí -respondió Willy -. Tiene más o menos tu estatura, pelo rubio color arena y facciones angulosas. Parece más un vaquero que un médico.

-Entendido -repuso Ned.

Estaba a punto de irse cuando Willy lo sujetó.

-No tendrás problema en reconocer a la mujer, ¿no? -preguntó Willy.

-No, sobre todo si está en traje de baño -respondió Ned con un guiño.

Ned cruzó Salisbury Road esquivando el tráfico y sin olvidar la pistola que tenía en el cinturón. No quería que se le saliera de ahí.

Una vez en el Península el portero le abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

A esa hora de la mañana reinaba allí bastante actividad, con pasajeros internacionales que se registraban o se marchaban del hotel. Los equipajes se amontonaban junto al mostrador de recepción. Ned se dirigió hacia allí.

Librodot

Eligió a uno de los botones más jóvenes y se le acercó.

Kelly había aprendido cierto cantones elemental en sus tratos con los chinos a lo largo de los años. En cantones, le pidió un favor al muchacho, quien se sorprendió al ver que un gweilo se dirigía a él en su lengua nativa.

Ned le pasó al muchacho mil dólares de Hong Kong, una suma que equivalía a muchos meses de sueldo. Los ojos del botones se abrieron de par en par.

-Unos amigos míos se alojan aquí -indicó Ned -. Quiero saber en qué habitación para poder sorprenderlos. Pero no quiero que ellos lo sepan. ¿Comprendido?

El muchacho asintió y en su semblante apareció una gran sonrisa.

-Necesito saber también- agregó Ned- Si están en cuartos separados o en uno.

El botones volvió a asentir, corrió hacia el mostrador, pasó del otro lado y revisó la lista de huéspedes. En un instante estuvo de regreso. En el ínterin, Ned había encendido un cigarrillo.

-Están en la 604 y la 606 -dijo el botones con otra sonrisa y muchas reverencias.

Ned lo sujetó para que no siguiera haciendo una escena.

Le dio las gracias y se acercó al puesto de periódicos.

Mientras hojeaba la revista Time con el ramo de flores debajo del brazo, vigilaba el mostrador de recepción para asegurarse de que su intercambio con el botones no había despertado sospechas.

Nadie se había dado cuenta y el botones estaba de nuevo muy atareado con los equipajes.

Ned puso la revista en su lugar y se pasó el ramo de flores a la mano derecha. Con ojo experto, descubrió a los agentes de seguridad en el vestíbulo. Eran dos, pero ninguno se había fijado en él.

Ned se encaminó a los ascensores y oprimió el botón de subida. Las cosas estaban saliendo bien. Estaba satisfecho.

Llamaría a Lester dentro de quince minutos para informarle del éxito de la operación. Estaba impaciente por recibir el dinero que Lester le había prometido como recompensa por un trabajo bien hecho. Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la sexta planta, el pulso de Ned se había acelerado. Pese a sus intentos conscientes de conservar la calma, cuando se aproximaba al momento de la acción se ponía tenso.

Familiarizado con los hábitos de los hoteles de Hong Kong, aguardó un momento junto al ascensor cuando estuvo en la sexta planta. Así le dio tiempo suficiente al encargado de planta a acercársele. Ned le sonrió.

-Hola, amigo -saludó en cantones.

El individuo era un chino de edad avanzada. Esbozó una débil sonrisa, confuso con respecto a quién sería aquel hombre.

No esperaba más huéspedes nuevos aquella mañana.

-Tengo un regalo para usted -alegó Ned, y le entregó al hombre mil dólares de Hong Kong.

Ned volvió a sonreír.

-Necesito su ayuda -explicó -. Deseo que me abra la puerta de la habitación de mi hermana. La 604. Es su cumpleaños.

El encargado se metió los billetes en el bolsillo y condujo a Ned por el pasillo hasta la habitación 604. Estaba a punto de llamar a la puerta, pero Ned le agarró la muñeca y se lo impidió.

-No -explicó -. Es una sorpresa.

El encargado asintió y buscó las llaves en su bolsillo.

Después de seleccionar una, la introdujo en la cerradura.

Mientras tanto, Ned observó el pasillo en ambas direcciones. Después se llevó el brazo hacia atrás y extrajo la pistola con el silenciador.

La puerta se entreabrió. El encargado empezó a apartarse para dejarlo pasar, pero Ned apoyó las manos contra la espalda del hombre y lo empujó hacia delante con todas sus fuerzas. El cuerpo del individuo dio contra la puerta entreabierta, abriéndola con un golpe. El hombre cayó de cabeza sobre la alfombra del cuarto.

En un instante, Ned saltó al interior de la habitación.

Dejó caer las flores y sostuvo la Heckler y Koch con las dos manos, los codos apoyados contra el cuerpo. Su blanco estaba sentado en la cama, y la luz de la ventana iluminaba desde atrás su pelo rubio color arena.

Desde la posición que Ned ocupaba, siguiendo la trayectoria del cañón de su arma, Tristan Williams daba la sensación de sentirse confundido cuando se puso de pie de un salto.

Ned le disparó dos veces en la frente, justo encima de los ojos. La pistola casi no había hecho ruido. Tristan cayó hacia atrás sobre la cama. Pan comido.

Ned giró sobre sus talones y buscó a Blumenthal. No estaba en el cuarto. Entonces notó que la puerta de comunicación estaba abierta. Y oyó el sonido de agua que corría.

Ned se dio media vuelta y cerró la puerta que daba al vestíbulo. A continuación apuntó con la pistola al encargado, que estaba paralizado de terror en medio de la alfombra. Con un movimiento del arma le indicó que se acercara al armario.

Lo abrió y lo hizo entrar con un empujón. Cerró la puerta con mucha suavidad y echó la llave.

Se acercó de nuevo a la puerta de comunicación y escuchó.

El agua seguía corriendo. Lentamente, se asomó a la habitación. Estaba vacía, y en la cama no había sábanas. Pero la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta. Ahora oía el agua con mayor claridad. Blumenthal estaba llenando la bañera.

Sin un sonido, Ned atravesó la habitación hacia la puerta del baño. Respiró hondo, levantó un pie y la abrió del todo de una patada. En un instante, estuvo dentro del cuarto de baño.

La tal Blumenthal se encontraba arrodillada junto a la bañera, dándole la espalda a la puerta. El la había sorprendido por completo. En el momento en que ella comenzaba a poner se de pie, Ned le disparó dos balas en la nuca. Ella cayó hacia delante y volcó un balde lleno de agua jabonosa.

Ned miró el balde con cierta confusión. Pisó el agua jabonosa, agarró a la mujer del pelo y le tiró la cabeza hacia atrás.

- ¡Maldición! -murmuró.

No era Blumenthal, sino una mujer china de la limpieza.

Ned soltó a la mujer, que se desplomó sin vida en la bañera.

Regresó a la primera habitación. Dio la vuelta a la cama y se agachó para mirar mejor el cuerpo de Williams. Resultaba difícil verlo bien porque su cuerpo estaba apretujado entre la cama y la pared. Con cierta dificultad, Ned se las ingenió para enderezar a Williams. Le revisó los bolsillos y sacó su billetera. Al abrirla, maldijo en voz alta. ¡Tampoco era Williams, sino un tal Robert Buchanan! ¿Quién demonios era Robert Buchanan?

Se incorporó. ¿Qué había ocurrido? ¿El botones le había dado los números de habitación equivocados? Paseó la mirada por el cuarto. En una maleta al pie

Librodot

de la cama encontró un fajo de cheques de viaje de American Express. El nombre que figuraba en ellos era el de Marissa Blumenthal.

Ned se acercó a la puerta que daba al vestíbulo, apoyó el oído y escuchó. Al no oír nada, la abrió. El vestíbulo estaba vacío. Cogió el letrero de NO MOLESTAR y lo colgó del pomo exterior de la puerta. Después se marchó y cerró la puerta tras de sí.

Al descender a la planta baja, Ned recorrió el vestíbulo con aire indiferente. Caminó por el comedor de los desayunos y por otros sectores. En ninguna parte vio a nadie parecido a Williams o a Blumenthal. Finalmente se dio por vencido y se encaminó hacia la puerta.

Justo frente a la puerta del hotel, Ned encontró a Willy sentado en el Nissan, con el motor en marcha. Ned abrió la puerta y subió al vehículo.

Willy se dio cuenta en seguida de que algo había salido mal.

-Williams y la mujer no estaban allí -explicó Ned con irritación -. ¿Seguro que no los viste salir del hotel?

- ¡De ningún modo! -respondió Willy -. Y he estado aquí casi toda la noche. No se han ido.

Ned miró por el parabrisas. Sacudió la cabeza.

-Bueno, no estaban en sus habitaciones. Y ahora he estropeado las cosas más que tú. ¡He matado a dos personas que no eran las que yo pensaba!

- ¡Demonios! -exclamó Willy -. ¿Y ahora qué hacemos?

Ned sacudió la cabeza.

-Una cosa que no haremos será cobrar el dinero prometido.

Esa es la parte más triste. Supongo que tendremos que cedérselos a los Wing Sin. Vámonos.

-Detesto tener que reconocerlo -comentó Marissa -, pero creo que este reloj me gusta más que el anterior. Es más femenino.

Marissa admiraba su nuevo Seiko.

-Es muy atractivo -convino Tristan. Miró el suyo -. Tal vez debería haberme comprado uno diferente. Bueno, quizá se me presente la oportunidad de hacerlo. Todavía estamos en Hong Kong. Hasta ahora, ha sido un reloj por día.

Avanzaron unos metros.

- ¿Qué longitud tiene este túnel? -preguntó Marissa.

-Ni idea -respondió Tristan.

Se inclinó hacia delante y bajó el vidrio que separaba al chofer del compartimiento posterior del vehículo.

-Eh, Bentley, ¿qué longitud tiene este túnel?

-Unos dos kilómetros, señor Williams -contestó Bentley.

Tristan se echó hacia atrás en su asiento.

- ¿Lo has oído?

-Por desgracia, sí -respondió Marissa -. A este paso, tarda remos una hora en llegar a la isla de Hong Kong. Nunca vi un tráfico semejante.

Marissa y Tristan se encontraban en las profundidades del túnel Cross Harbor. Se habían reunido con el nuevo chofer aquella mañana después de marcharse del hotel por la entra da de empleados. Tristan pensó que lo más prudente sería partir de la forma más discreta posible.

Bentley resultó ser justo lo que esperaban. Bentley Chang, el nuevo chofer, era todo músculo y del tamaño de un luchador de sumo. Respecto al lenguaje, podría haber cumplido todos los requisitos para trabajar en las Naciones Unidas.

Hablaba un inglés perfecto, además de japonés, cantones, mandarín y algo de hakka y de tanka. También convenció a Tristan de que tenía algo de experiencia en kung fu. La pistola que llevaba en una funda colgada del hombro le inspiró mucha confianza a Marissa.

Su coche era asimismo impresionante. Resultó ser un Mercedes blindado que, por lo general, se reservaba para los dignatarios que visitaban el lugar. Cuando Marissa le preguntó a Tristan cuánto costaba, él le aconsejó que no preguntara.

Había hecho los arreglos necesarios la noche anterior llamando personalmente a la agencia en lugar de hacerlo por mediación del conserje.

Cuando llegaron a la estación inferior del funicular para ascender al pico Victoria, eran ya las nueve y media.

-Y yo que esperaba que llegaríamos temprano -se quejó Tristan.

Antes de bajarse del vehículo, Tristan repasó las instrucciones: Bentley tenía que manejar hasta la cima y los observara desde cierta distancia. Si algo salía mal, Tristan se lo indicaría pasándose dos veces la mano por el pelo. Cuando Bentley viera esa señal, debía intervenir en la forma que le pareciera más conveniente. En cambio, si todo se desarrollaba normalmente, Bentley se llevaría el coche y los esperaría a la llegada del funicular.

- ¿Alguna pregunta? -inquirió Tristan al musculoso Bentley.

-Sólo una -respondió Bentley -. Si están implicados en algo relacionado con narcóticos, por favor hágamelo saber.

Tristan se echó a reír.

-No, no tenemos nada que ver con ningún tipo de drogas.

-Me enfadaré mucho si no me dicen la verdad -siguió Bentley.

-No me gustaría en absoluto que se enfadara -le aseguró Tristan.

La subida en aquel tranvía verde, que en realidad era un funicular, fue una delicia. Rápidamente dejaron atrás el cemento de la estación Central y se elevaron por laderas arbola das llenas de entramados de jazmines, índigo salvaje, adelfas y rododendros. Alcanzaron a oír incluso el canto de las urracas.

La cima en sí misma resultó una decepción. La bruma matinal todavía la cubría, y Marissa y Tristan no podían contemplar la famosa vista que se apreciaba desde allí.

Sin embargo, el follaje era una hermosura, sobre todo los árboles exóticos todavía llenos de gotas de rocío.

Tratando de hacer notar su presencia, Marissa y Tristan rodearon varias veces la Torre del Pico. La torre era un centro comercial de tres plantas, con restaurantes, una heladería, una tienda y hasta un supermercado. A Marissa le intrigaban los puestos que vendían artesanía china.

Mientras deambulaban por el lugar, estaban alerta a la aparición de los tres hombres que los secuestraron el día anterior. Pero no vieron a nadie conocido, salvo Bentley, que había llegado tal como estaba estipulado. Y, también como había sido convenido, permanecía en segundo plano sin hacer un movimiento de cabeza.

A las once y cuarto, Tristan y Marissa pensaron que había llegado el momento de dejar de esperar.

-Supongo que les ha llegado la noticia de lo ocurrido en el Península -alegó Marissa.

- ¡Maldición! -replicó Tristan -. Ahora no sé qué hacer.

Estamos otra vez desorientados.

Librodot

Lentamente, se encaminaron a la estación del funicular, sintiéndose muy deprimidos. Después de las esperanzas que habían albergado, la frustración resultaba mayor.

-Perdone -dijo una mujer mayor, acercándose a ellos.

Llevaba un sombrero de paja de alas anchas con ribete negro. Hacía rato que estaba sentada en un banco cerca de la entrada de la estación.

- ¿Es usted el señor Williams? -preguntó.

-En efecto -repuso Tristan.

-Debo presentarle excusas de parte del señor Yip -prosiguió la mujer -. Le fue imposible acudir a la cita de esta mañana. Pero si no le importa ir al Restaurante Stanley, estará muy contento de verlo.

- ¿Cuándo? -preguntó Tristan.

-Eso es lo único que sé -repuso la mujer.

Hizo una reverencia y se alejó rápidamente.

Tristan miró a Marissa.

- ¿Y eso qué significa? -preguntó.

-Supongo que el señor Yip es el hombre del traje blanco.

-Pero ¿cuándo se supone que debemos ir al Restaurante Stanley? -preguntó Tristan -. ¿Y dónde está?

-Creo que debemos ir ahora mismo -alegó Marissa -. En cuanto a la dirección, le preguntaremos a Bentley.

Descendieron en el funicular. Cuando llegaron abajo, Bentley los aguardaba en el Mercedes blindado. Marissa y Tristan se acomodaron en el asiento trasero. Tristan le preguntó a Bentley si había oído hablar de un restaurante llamado Stanley.

-Ya lo creo, señor -respondió Bentley.

- ¿Dónde queda? -inquirió Tristan.

-Bueno, en Stanley -repuso Bentley.

-Muy bien, Bentley -concluyó Tristan -. Llévanos al Stanley.

Para mortificación de Marissa, la primera etapa del viaje era a través de otro túnel que tenía más de tres kilómetros de longitud. Hasta la experiencia de viajar dentro del maletero de un automóvil, nunca se había dado cuenta de lo mucho que detestaba los túneles.

Por suerte, el tráfico avanzaba bastante rápido, y aunque ese túnel, el Aberdeen, era más largo que el Cross Harbor, el automóvil lo atravesó en menos tiempo. Cuando salieron, el paisaje se había transformado: del escenario urbano de Kaulún y Central, pasó a ser de una belleza casi rural.

Las playas estaban ribeteadas de arena brillante y el agua era del mismo verde esmeralda que Marissa había visto desde el reactor al llegar de Brisbane.

Mientras avanzaban a lo largo de la atractiva línea costera hacia Stanley, Tristan volvió a inclinarse hacia delante.

-Bentley -dijo -, ¿has oído hablar de un hombre llamado señor Yip?

-Es un apellido chino bastante común -respondió Bentley.

-Cuando conocimos a ese tal señor Yip, usaba un traje muy especial -explicó Tristan -. Era de seda blanca.

Bentley volvió la cabeza para mirar a Tristan. El coche dio un coletazo cuando se apresuró a dirigir de nuevo su atención a la ruta.

- ¿Han conocido a un señor Yip de traje blanco? -preguntó Bentley.

-Sí -repuso Tristan -. ¿Te sorprende?

-Hay un solo señor Yip que usa trajes blancos -explicó Bentley -, y es un ejecutor.

-Explícate -urgió Tristan.

Librodot

-Es un 426 -replicó Bentley -. Es el que se ocupa del trabajo sucio de la tríada: usura, prostitución, juego, contrabando y cosas por el estilo.

Tristan miró a Marissa para ver si había oído lo que Bentley acababa de decir. Ella puso los ojos en blanco. Lo había oído.

-Nosotros vamos al Restaurante Stanley para encontrarnos con el señor Yip -explicó Tristan.

Bentley frenó en seco y llevó el vehículo a un lado de la carretera. Encendió los intermitentes de estacionamiento y apagó el motor.

-Tenemos que hablar -señaló.

Durante los siguientes quince minutos, Tristan y Bentley renegociaron la tarifa que Bentley cobraría por hora.

Ir a una reunión con el señor Yip era algo que la tarifa básica no cubría. Una vez convenido el nuevo precio, Bentley puso en marcha el motor y regresaron a la ruta.

- ¿Sabes a qué tríada pertenece el señor Yip? -preguntó Tristan.

-Se supone que no debo hablar en forma específica de las tríadas -respondió Bentley.

-Muy bien -siguió Tristan -. Yo nombraré la tríada a la que creo que pertenece y tú te limitarás a asentir si estoy en lo cierto. ¿Te parece bien?

Bentley lo pensó un momento y después estuvo de acuerdo.

-Wing Sin -indicó Tristan.

Bentley asintió.

Tristan se echó hacia atrás.

-Bueno -dijo -. Eso confirma nuestras sospechas. Es evidente que el señor Yip sabe lo que nosotros queremos saber.

La cuestión es si piensa o no decírnoslo.

-Este asunto tiene la particularidad de intensificarlo todo -replicó Marissa -. El señor Yip me asustó la primera vez que lo vi. Y, ahora que lo conozco, estoy más asustada todavía.

-Todavía tenemos tiempo de cambiar de idea -explicó Tristan.

Marissa negó con la cabeza.

-Si hemos llegado hasta aquí -contestó -, no pienso darme por vencida.

Stanley resultó ser una ciudad suburbana atractiva y moderna, edificada sobre una península con amplias playas de arena a cada lado. La vista del mar esmeralda era magnífica.

Los edificios en sí mismos no eran tan imponentes; la mayoría eran de dos plantas.

Bentley condujo el coche hasta una zona de estacionamiento y después maniobró para que el vehículo quedara con el morro hacia la calle. Apagó el motor y movió la cabeza en dirección a un edificio a la derecha.

-Ese es el Restaurante Stanley -indicó.

Marissa y Tristan inspeccionaron visualmente el restaurante.

Desde el exterior, era tan indefinido como los demás edificios de la ciudad.

- ¿Estás preparada? -preguntó Tristan.

Marissa asintió.

-Tan preparada como no lo estaré jamás -afirmó.

Bentley salió del coche y les abrió la puerta trasera.

Marissa y Tristan bajaron al intenso resol. Antes de que tuvieran tiempo de dar un paso, se abrieron las puertas de una serie de otros coches en el aparcamiento, y se apearon media docena de chinos en traje de negocios. Marissa y Tristan reconocieron a tres de ellos. Eran los que los habían secuestrado el día anterior.

Librodot

Al principio, Bentley llevó la mano a su revólver, pero en seguida lo pensó mejor. Varios de los hombres tenían metralle tas a la vista.

Pensando que sus peores temores se habían materializado, Marissa quedó como paralizada. Le maravillaba el atrevimiento y la indiferencia con que esos hombres exhibían semejantes armas en público.

-Por favor, quédense donde están -dijo un hombre mientras se les acercaba.

Metió la mano en la chaqueta de Bentley y le sacó la pistola.

Después le habló en cantones.

Bentley se dio media vuelta y se metió de nuevo en el Mercedes.

El hombre centró su atención en Marissa y Tristan y los cacheó en busca de armas. Al no encontrar ninguna, hizo una seña con la cabeza en dirección al restaurante. Marissa y Tristan echaron a andar.

-Es una suerte habernos traído a Bentley -adujo Tristan.

-Esta gente siempre parece estar un paso más adelante que nosotros -comentó Marissa.

El interior del restaurante era sencillo pero elegante, con mesas de madera de estilo antiguo y paredes color melocotón.

Como todavía no eran las doce, no había clientes. Los camareros arreglaban los cubiertos y sacaban brillo a la cristalería.

Un jefe de comedor francés con esmoquin les dio la bienvenida, y estaba a punto de preguntarles si tenían reservada una mesa cuando reconoció al hombre que los escoltaba.

Inmediatamente hizo una reverencia y los condujo a un pequeño comedor apartado.

El señor Yip se sentaba a una mesa. Frente a él tenía su voluminoso libro de contabilidad y también una taza de té.

Como la vez anterior, llevaba un impecable traje de seda blanca.

El escolta le habló al señor Yip en cantones. El señor Yip lo escuchó mientras observaba los rostros de Marissa y de Tristan.

Cuando su secuaz terminó de hablar, cerró el libro de contabilidad, se echó hacia delante y se apoyó en los codos.

-Ustedes me han insultado al traer a un guardia armado -alegó.

-No era nuestra intención insultarlo -repuso Tristan con una sonrisa incómoda -. Ayer tuvimos un incidente desafortunado. Alguien trató de matarnos.

- ¿Dónde? -preguntó el señor Yip.

-En el Península Hotel -respondió Tristan.

El señor Yip miró al individuo que había conducido hasta allí a Marissa y Tristan, el cual asintió, al parecer confirmando lo dicho.

El señor Yip miró a Marissa y Tristan y se encogió de hombros.

-Los intentos de asesinato no son infrecuentes -comentó -.Son el precio por hacer ciertos negocios en Hong Kong. Se han cometido varios intentos de esa naturaleza contra mi persona.

-No es algo a lo que estemos acostumbrados -afirmó Marissa.

-No es una buena idea llevar un guardia para una reunión conmigo. Además, no podría haberlos protegidos.

-Somos extranjeros -replicó Marissa -. No conocemos las normas.

-Por esta vez, los perdonaré -concluyó el señor Yip ¿Trajeron el dinero?

-Así es, amigo -contestó Tristan -. Pero ¿qué me dice de la información que nos prometió?

El señor Yip sonrió y sacudió la cabeza con asombro.

-Por favor, señor Williams -repuso -. No me importune ni me irrite más de lo que ya ha hecho. Y no me llame “amigo”.

Librodot

-De acuerdo -replicó Tristan -. Supongo que nuestra posición es un poco débil para regatear.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre del hotel en el que había colocado diez mil dólares de Hong Kong. Se lo entregó al señor Yip.

-Para sus gastos de entretenimiento -dijo sonriente.

El señor Yip cogió el sobre.

-Veo que aprende con rapidez nuestras prácticas comerciales de Hong Kong -explicó.

Abrió el sobre y revisó el dinero, que en seguida se metió en el bolsillo.

-Me he enterado de que los Wing Sin están haciendo negocios con una compañía australiana llamada Fertilidad, SRL -siguió el señor Yip -. Durante varios años han estado trayendo, cada dos meses, una pareja de hombres chinos de la República Popular. Los Wing Sin han dispuesto todo lo necesario para su transporte desde el río Pearl, al norte de Zhuhai, hasta Aberdeen. Desde allí los llevan a Kai Tac y los suben a aviones con destino a Brisbane. Ha sido una relación de negocios cómoda y productiva.

- ¿Quiénes son esos hombres? -preguntó Tristan.

El señor Yip se encogió de hombros.

-No lo sé ni me importa. Pasó lo mismo con los estudiantes de la plaza de Tiananmen. No nos importaban quiénes eran.

Sólo queríamos que se nos pagara por su transporte.

- ¿Estaba involucrado el gobierno de la Republica Popular China? -preguntó Tristan.

-Ni idea -respondió el señor Yip -. Para Wing Sing eso no es importante.

Tristan levantó las manos con desaliento.

-No nos ha dicho usted nada que no supiéramos ya -se quejó.

Marissa se puso nerviosa. Tuvo miedo de que Tristan irritara al hombre.

-El trato fue que yo haría indagaciones -afirmó el señor Yip -. Y, ciertamente, las he hecho. Pero para mitigar su disgusto, puedo ofrecerle un servicio adicional. Tal vez quiera visitar al capitán del junco que recoge a esos individuos.

Marissa sintió que Tristan palidecía. La aterraba que él pudiera hacer algo que pusiera en peligro la seguridad de ambos. Esperaba que se mostrara interesado en el ofrecimiento del señor Yip. A ella le interesaba muchísimo. Tal vez el capitán estaría en condiciones de proporcionarles la información que buscaban.

Tristan la miró.

- ¿Qué te parece? -le preguntó -. ¿Te interesa?

Marissa asintió.

-Está bien -contestó Tristan al señor Yip -. Lo intentaremos. ¿Cómo podremos encontrar a ese capitán?

-Está en Aberdeen -respondió el señor Yip -. Haré que uno de mis socios les muestre el camino.

El señor Yip impartió entonces instrucciones en cantones al escolta -No sabes el miedo que tuve allá adentro de que hicieras algún disparate -dijo Marissa.

-Ese canalla nos ha estafado -replicó Tristan, indignado -. Se quedó con nuestro dinero y nos dio una información inútil.

Ahora estaban de regreso en el Mercedes blindado, con Bentley al volante. Seguían a un Mercedes también blindado Bentley estaba callado; se sentía humillado por el episodio vivido en el estacionamiento del Restaurante Stanley.

-Será mejor que el capitán del junco tenga algo interesante que decirnos -amenazó Tristan.

Librodot

-O de lo contrario... ¿qué? -preguntó Marissa -. ¿Harás que los Wing Sing también nos persigan como nuestro amigo de la clínica FCA? Por favor, Tristan, trata de recordar con quiénes estamos tratando.

-Supongo que tienes razón -admitió él de mal talante.

Al entrar en Aberdeen, tanto Marissa como Tristan olvidaron por un momento sus preocupaciones. La ciudad era extraordinaria. El enorme puerto estaba repleto de miles de sampanes y juncos de todos los tamaños imaginables, que creaban la ilusión de un enorme y pobre barrio flotante.

En medio de aquella suciedad había varios inmensos restaurantes flotantes, decorados en carmesí y oro.

- ¿Cuánta gente vive en estos barcos? -preguntó Marissa.

-Alrededor de veinte mil -respondió Bentley -. Y algunas raras veces bajan a tierra firme.

-Y no hay cloacas ni instalaciones sanitarias -comentó Tristan con aversión -. ¿Te imaginas lo que será el recuento de bacilos E. coli en esta agua?

Cuando llegaron a la ciudad propiamente dicha, vieron una serie de joyerías y bancos. Estaba visto que Aberdeen era una ciudad para pudientes y no pudientes.

-Es por el contrabando -explicó Bentley en respuesta a una pregunta de Tristan -. Aberdeen era el centro del contrabando y la piratería mucho antes de que existiera Hong Kong.

Por supuesto, en esa época no se llamaba Aberdeen.

Cerca del puente Ap Lei Chou, el Mercedes que los precedía se detuvo en el embarcadero de un sampán. Los secuaces del señor Yip se apearon. Bentley llevó el automóvil a un estacionamiento del otro lado de la calle. Cuando Marissa, Tristan y Bentley llegaron al embarcadero, el individuo ya había conseguido un sampán con motor. El pequeño motor Diesel resoplaba y lanzaba bocanadas de humo negro de su tubo de escape.

Empezaron a navegar en aquellas aguas turbias.

-Espero que esto no se hunda -dijo Tristan -. Un chapuzón en esta agua y ninguno de nosotros podrá contar nada.

En ese mismo instante, vieron a un grupo de chicos zambullirse desde la cubierta de un junco cercano. Se pusieron a juguetear en el agua y a gritar, locos de alegría.

- ¡Por Dios! -exclamó Tristan -. ¡Esos chicos sí que deben de tener un sistema inmunitario de primera!

- ¿Quiénes son todas esas personas? -preguntó Marissa, a quien aquella ciudad flotante sorprendía todavía más al acercarse a ella.

Se veían familias enteras, cuyas viviendas parecían cubiertas de ropa colgada secándose.

-En su gran mayoría son tankas -explicó Bentley con cierto tono de desprecio en la voz -. Ellos y sus antepasados han estado viviendo en el mar durante siglos.

-Deduzco que usted no es tanka -intervino Tristan.

Bentley se echó a reír como si Tristan lo estuviera comparando con alguna raza subhumana.

-Soy cantones -explicó con orgullo.

- ¿Un pequeño prejuicio en el Reino Celeste? -se mofó Tristan.

El socio del señor Yip indicó al que manejaba el sampán que se dirigiera hacia una hilera de juncos y, después, a uno de los mayores. Cuando el sampán se detuvo quedaron junto a una abertura bastante grande. Un chino corpulento apareció de pronto y los fulminó con la mirada. Usaba una barba de chivo rala y

Librodot

tenía trenzado su pelo negro. Llevaba un chaleco y pantalones sueltos pero cortos, que le llegaban a la pan torrilla. En los pies calzaba unas sandalias de cuero con tiritas.

Parado con las piernas separadas y las manos en las caderas, su figura era imponente. Con voz grave y áspera se puso a hablar animadamente en chino. Bentley dijo que hablaba en tanka. El secuaz del señor Yip se lanzó a una acalorada discusión con el hombre. Los dos parecían enojados.

Marissa y Tristan empezaron a sentirse nerviosos. En medio del debate, apareció una chiquilla de alrededor de tres años, con cara de poco amigo y se situó debajo de las fuertes piernas de su padre.

-Discuten sobre dinero -explicó Bentley -. Pero no tiene nada que ver con nosotros.

Marissa y Tristan se sintieron aliviados. Aprovecharon la oportunidad para examinar el barco del capitán. Tenía alrededor de doce metros de longitud, con una anchura de aproximadamente cinco metros y medio. La madera era tropical, dura y aceitada, y daba a la embarcación un color parecido al de la miel. La cubierta era de tres niveles y presentaba un toldillo a popa. En medio del barco se erguía un mástil que se elevaba unos seis metros.

De pronto, el capitán miró a Marissa y Tristan. Los señaló y habló en tonos guturales y airados.

-Muy bien -señaló Bentley -. Podemos subir a bordo.

-Usted puede hacerlo -repuso Marissa, mirando los ojos feroces del capitán.

La observaban sin parpadear.

-Por favor -siguió Bentley -. Si no suben a bordo, él se ofenderá. Los ha invitado.

Marissa miró a Tristan con inseguridad. Este se echó a reír a pesar de sí mismo.

-Muy bien, querida -replicó -. ¿Subes o no?

-Ayúdame -pidió Marissa.

En cuanto Marissa, Tristan y Bentley estuvieron a bordo, el sampán se alejó, lo cual alarmó a Marissa.

- ¿Cómo podremos volver? -preguntó.

-No se preocupe -repuso Bentley -. El sampán regresará a buscarnos. El otro hombre ha ido a buscar el dinero que debe entregarle al capitán.

Siguieron al capitán por una estancia llena de pertrechos navales y de muebles familiares. En un rincón, había una estufa encendida, sobre la que se veía un caldero lleno.

El capitán los condujo a la cubierta de proa. Desde allí treparon por una escalera a la cubierta principal.

-El capitán desea presentarse -alegó Bentley mientras todos se sentaban en esteras de bambú -. Su nombre es Zur Fa Huang.

Entonces le dijeron a Bentley que los presentara a ellos. Después de más reverencias y sonrisas, Tristan le preguntó a Bentley si el capitán estaba enterado de lo que querían saber.

Mientras Bentley hablaba con Zur, Marissa advirtió que dos mujeres habían aparecido desde la cubierta inferior, y que las dos iban de negro. La mujer más joven llevaba a una criatura en brazos. La pequeña que habían visto antes se aferraba a la pierna de su madre.

Bentley se dirigió a Marissa y Tristan.

-El hombre del señor Yip le dijo al capitán que les estaba permitido a ustedes preguntarle acerca de las personas que él ha estado sacando de contrabando de la China comunista.

Librodot

Supongo que ustedes entienden de qué se trata.

-Así es -replicó Tristan.

-En ese caso -señaló Bentley -, lo primero en estos negocios es fijar cuánto les costará.

- ¿O sea que también tenemos que pagarle a este tipo? -preguntó Tristan con desaliento.

-Si quieren la información... -asintió Bentley.

- ¡Maldita sea! -exclamó Tristan -. Averigüe cuánto quiere.

Bentley empezó las negociaciones. En la mitad de la conversación, el capitán pareció enojarse y se puso de pie de un salto.

Después, comenzó a caminar por cubierta, haciendo gestos ampulosos.

- ¿Qué sucede? -le preguntó Tristan a Bentley.

-Está hablando sobre la inflación -explicó Bentley.

- ¿Inflación? -preguntó Marissa con incredulidad. -Bueno, no utilizó ese término -reconoció Bentley -.

Pero lo que a él le irrita viene a ser la misma cosa.

Marissa observó al hombre, intentando recordar que era un pirata fanfarrón que vivía en una de las capitales más desenfadadas del capitalismo.

Finalmente, se estableció un precio de mil dólares de Hong Kong. Cuando Tristan le entregó el dinero al hombre, él se echó hacia atrás y procuró cooperar.

Con Bentley como intérprete, Tristan preguntó sobre los Hong Kong para los Wing Sin y, en última instancia, para la clínica FCA: quiénes eran y de dónde venían.

Lamentable mente, las respuestas fueron breves. Zur no tenía la menor idea.

Tristan no podía creerlo.

- ¿He pagado mil dólares de Hong Kong para oírlo decir que no sabe? -preguntó muy ofendido. Se puso de pie y caminó como lo había hecho el capitán -. Pregúntele si sabe algo de esa gente. ¡Lo que sea!

Bentley formuló la pregunta.

Una vez que el capitán hubo contestado, Bentley se dirigió a Tristan.

-Dice que algunos de los hombres eran monjes. O, al menos, le pareció que lo eran.

- ¡Vaya ayuda! -repuso Tristan, enojado -. Que me diga algo que yo no sepa.

El capitán le habló un buen rato a Bentley mientras Tristan pensaba con creciente enfado en todo el dinero que había pagado inútilmente. Bentley se volvió hacia Tristan.

-Al capitán le mortifica que usted no esté satisfecho.

Le hace otra oferta. Parece que esta tarde, a las seis, zarpa a recoger otros hombres. Sobre eso discutía con el socio del señor Yip. Se suponía que cobraría más dinero. Dice que, por dos mil dólares de Hong Kong cada uno, usted y su esposa pueden acompañarlo. Cruzar el río de la Perla sólo lleva tres o cuatro horas. Entonces podrían hablar directamente con los hombres que él recoge y obtener respuestas a todas sus preguntas.

Sorprendido por ese ofrecimiento inesperado, Tristan vaciló. Sin consultar con Marissa, le dijo a Bentley: -Dígale que sólo pagaré tres mil dólares de Hong Kong, y que ésa es mi última oferta.

Mientras Bentley se lo traducía a Zur, Marissa se puso de pie y se acercó a Tristan.

-Espero que sepas lo que estás haciendo -alegó.

Estaba disgustada porque él no la había consultado y la aventura la atemorizaba. No parecía algo muy seguro.

- ¿De verdad quiere hacer esto?- preguntó Marissa.

-Podría ser nuestra mejor jugada -respondió Tristan -. Si conseguimos hablar con esos hombres antes de que se presenten en Australia, es casi seguro que llegaremos al fondo del asunto.

-Es posible, pero no olvides que hablamos de contrabando y de inmigración ilegal -subrayó Marissa -. Estaremos en aguas de la China comunista. ¿Y si la operación está relaciona da con drogas? El contrabando de drogas es un crimen castiga do con la pena capital en casi toda Asia.

-Tienes razón -admitió Tristan de mala gana -. Pero podemos averiguar si se trata de drogas.

Tristan se acercó a Bentley e interrumpió la conversación que éste mantenía con Zur.

-Pregúntele si ir a recoger a esos hombres tiene algo que ver con drogas - indicó Tristan.

Bentley hizo lo que le pidieron. Zur lo escuchó y en seguida negó con la cabeza. Al cabo de una breve conversación, Bentley se dirigió a Tristan.

-Nada de drogas -afirmó -. Zur estuvo en una ocasión envuelto en un asunto de drogas, pero no últimamente.

Dice que el tráfico de drogas se ha vuelto demasiado peligroso.

- ¿Han hablado sobre el precio? -preguntó Tristan.

-Tres mil quinientos -explicó Bentley -. No pude rebajarlo mas.

- ¡Espléndido! -replicó Tristan -. Dígale que estaremos de vuelta a las seis.

-Tristan -terció Marissa -. No sé...

- ¿Cómo hacemos para marcharnos de este junco? -preguntó Tristan, interrumpiéndola y haciéndole señas de que no hablara más.

-No nos iremos en esa porquería -remarcó Marissa en cuanto subieron al Mercedes blindado.

Estaba enojada con Tristan por haber contraído aquel compromiso sin su aprobación.

-El barco se internará en aguas de la China comunista. Si nos atrapan podríamos estar entre rejas Dios sabe cuánto tiempo. No podemos correr semejante riesgo.

-Creo que nos hemos arriesgado más con sólo estar en Hong Kong -explicó Tristan -. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que ir con el capitán Fa -Huang es la única manera de resolver este asunto: rastrearlo hasta sus orígenes.

-Esa era mi idea original.

- ¿Adónde vamos ahora? -preguntó Bentley desde el asiento delantero.

Tristan le hizo señas de que esperara un momento.

-La gente viaja todo el tiempo a la República Popular China -adujo -. Sé que podemos obtener un visado en cuestión de horas. Sólo hace falta pagar un poco más. Si se presenta algún problema, podemos decir que contratamos al capitán para que nos llevara allí, lo cual es cierto. Diremos que se suponía que iríamos a Cuangzhou, pero que el capitán nos engañó.

Volviéndose hacia Bentley, Tristan preguntó: - ¿No es verdad que mucha gente va y viene entre la RPC y Hong Kong?

-Cada día más -respondió Bentley -. La República Popular China alienta a los habitantes de Hong Kong a ir allá a gastar su dinero. Yo tengo un visado permanente y voy con frecuencia a Shenzhen.

-Estupendo -replicó Tristan -, porque tenía la esperanza de que nos acompañara.

-Es posible -repuso lentamente Bentley -. Pero tendremos que renegociar mi tarifa por hora.

Librodot

-Lo suponía -se quejó Tristan -. Estoy empezando a entender cómo es la vida en Hong Kong. -Después, dirigiéndose a Marissa, añadió -: ¿Eso te haría sentirte mejor?

Marissa asintió, pero continuaba inquieta frente a la perspectiva de aquel viaje. Tristan adivinó que todavía no estaba convencida.

-Bueno -alegó -. Si de veras no quieres hacerlo, dilo. Todavía podemos tomar un avión e irnos de aquí esta misma tarde.

Marissa no estaba segura de qué quería hacer. El viaje la atemorizaba, pero detestaba la idea de darse por vencida.

-Propongo que, por el momento, tratemos de conseguir los visados. Más tarde volveremos a discutirlo.

En una suite privada del edificio de la Hong Kong and Shanghai Banking Corporation, Ned Kelly aguardaba pacientemente para ver a Harold Pang, uno de los taipaneses de la ciudad. Como presidente del consejo de administración de varias compañías, era uno de los hombres más poderosos de la colonia. Como correspondía a su posición, el suyo era uno de los hogares más suntuosos del pico Victoria. Además de sus innumerables conexiones relacionadas con sus negocios legítimos, era también el jefe Dragón de la tríada Wing Sin.

En gran medida era esa ilícita posición suya la que le había permitido adquirir tanto valor en lo legítimo. Ned se había encontrado con Harold en varias ocasiones, tanto en Hong Kong como en Brisbane. Lo recordaba como un hombre amable y culto que era un verdadero maestro en tai chi chuan.

-El señor Pang lo verá ahora -dijo una recepcionista alta con voz suave y sensual.

Ned notó que el corte de su ajustado vestido tradicional chino le llegaba a la cadera. Ned se estremeció y se preguntó cómo era posible que alguien lograra trabajar con ella cerca.

El señor Pang se puso de pie al otro lado de su imponente escritorio cuando Ned entró en su oficina. Detrás de él, por un cristal que llegaba desde el techo al suelo, podía contemplarse la totalidad del puerto, con Kaulún y los nuevos territorios en segundo plano.

-Bienvenido, señor Kelly -saludó el señor Pang.

-Buenos días, señor Pang -repuso Ned -. El señor Charles Lester le envía sus cordiales saludos.

Muy pronto Ned se encontró sentado tranquilamente en un sofá de cuero, apoyando una valiosa taza de porcelana sobre su rodilla. Aguardó hasta que la recepcionista se hubiera marchado para volver a hablar.

-El señor Lester me pidió que le diera las gracias por los negocios prolongados y productivos que Fertility, SRL ha llevado a cabo con Wing Sin.

-Siempre ha sido un placer -repuso el señor Pang -. Como amigos, nos beneficiamos los dos. Ha sido un buen matrimonio.

-El señor Lester también me pidió que solicitara otro favor a Wing Sin -siguió Ned -. En Hong Kong se encuentran un hombre y una mujer que interfieren nuestra bien establecida relación de negocios. Deben ser eliminados.

- ¿Se trata de figuras públicas? -pregunto el señor Pang.

-No -respondió Ned -. Son médicos. El es australiano y ella norteamericana.

-Si no son figuras públicas -explicó el señor Pang -, entonces sólo le costará ciento cincuenta mil dólares de Hong Kong.

Librodot

- ¿No es un precio un poco alto para un viejo amigo de negocios? -preguntó Ned.

Se sentía esperanzado; sabía que esa cifra era menor que la que le habían ofrecido a él. Confiaba en poder cobrar la diferencia.

-Ese precio sólo cubre los gastos -prosiguió el señor Pang.

Ned asintió.

-Debe llevarse a cabo de inmediato -comentó.

-Entonces, usted debe ir a ver hoy mismo al ejecutor -explicó el señor Pang -. Esta tarde el señor Yip se encuentra en el edificio de la Empresa Naviera Shanghai, en Ti Kok Tsui. Estará esperándole.

Ned se inclinó en una reverencia. Se sentía aliviado.

Y también confiado. Cuando los Wing Sin prometían hacer algo, siempre cumplían, pasara lo que pasara.

Las primeras horas de la tarde habían transcurrido con rapidez en el intento de obtener visados para entrar en la República Popular China. Bentley resultó de inestimable ayuda en ese sentido. Sabía exactamente adónde ir, y los llevó a las oficinas del China Travel Service no bien se marcharon de Aberdeen. También sabía dónde obtener las fotografías para el pasaporte. Bentley detuvo el vehículo y se volvió para mirar a sus pasajeros.

-Muy bien -dijo -, ¿que han decidido?

Sabía que Marissa todavía albergaba dudas con respecto al viaje.

Tristan miró a Marissa.

- ¿Qué quieres que hagamos? -preguntó.

Marissa vaciló. Cuando la cuestión de los visados no presentó ningún problema, empezó a sentirse más predispuesta a la aventura. Al fin y al cabo, tendrían los documentos necesarios.

Pero todavía no estaba segura.

-Bentley, será mejor que espere -indicó Tristan -. Parece que todavía no estamos decididos.

Se bajaron del coche y se encaminaron al vestíbulo del hotel.

Tristan acudió al mostrador de recepción y sacó más dinero de su caja de seguridad para pagar al capitán por si decidían ir.

Mientras lo hacía, Marissa vigilaba para ver si se encontraba allí el chino que los había atacado el día anterior.

Después de obtener el dinero y devolver la caja de seguridad, Tristan acompañó a Marissa a los ascensores.

Marissa no se distendió hasta que las puertas del ascensor se cerraron tras ellos. -Esta tensión está volviéndome loca -reconoció -. No estoy segura de poder soportarlo más.

-Lo cual es un motivo más para ir en el junco -replicó Tristan -. Cuanto antes averigüemos de qué se trata todo esto, mejor será. Entonces podremos marcharnos de aquí.

El ascensor llegó a la sexta planta y ellos bajaron.

Caminaron lentamente hacia las puertas de sus habitaciones, sopesando los pros y los contras de emprender el viaje con el capitán tanka.

- ¿Dónde está el encargado del piso?- preguntó Marissa acercándose a la puerta.

Se había acostumbrado a la aparición casi milagrosa del individuo cada vez que llegaban.

Librodot

-Qué extraño -añadió Tristan.

Observó el pasillo en todas direcciones buscando señales del hombre. Entonces vio el cartel que colgaba del pomo de la puerta de su habitación.

- ¿Qué demonios? ¿Por qué hay un cartel de NO MOLESTEN en mi puerta?

-Algo anda mal -comentó ella.

Tristan se alejó de la puerta.

-Tienes razón -repuso.

Se dio media vuelta y se encaminó al ascensor.

Marissa lo siguió, mirando nerviosa por encima del hombro.

Entraron en el cubículo vacío del encargado de planta.

En un rincón vieron un calentador con una tetera encima.

La tetera estaba al rojo, pues hacía rato que el agua se había evaporado.

-Algo anda muy mal -repitió Tristan.

Regresó junto al ascensor, cogió el teléfono interior y solicitó la presencia de agentes de seguridad. Dos minutos después, las puertas del ascensor se abrieron y dos agentes de seguridad salieron de él. Uno era un chino musculoso, el otro, un inglés rollizo.

Los dos recordaban a Marissa y a Tristan por el episodio del día anterior en el vestíbulo. Con Marissa y Tristan de pie junto a ellos, usaron su llave maestra para abrir la puerta del cuarto de Tristan.

La habitación estaba en silencio, excepto por el ruido del agua que corría en la bañera. La puerta que comunicaba con la habitación estaba entreabierta. La cama se veía sin sábanas. El carrito de limpieza de una camarera se encontraba a un costado.

El chino fue el primero en entrar, y después lo hizo el inglés. Marissa y Tristan permanecieron en el umbral de la puerta. El agente de seguridad chino se acercó al cuarto de baño mientras su compañero echaba una mirada a la 604.

George se apresuró a reunirse con su compañero en la puerta del baño. Ambos palidecieron. Entonces el inglés se volvió y les hizo señas a Marissa y Tristan de que se quedaran donde estaban. Explicó que se había producido un crimen.

Muy conmocionados, los dos agentes de seguridad salieron del baño y entraron en la 604. Marissa y Tristan intercambia ron una mirada preocupada.

- ¡Dios mío! -exclamó el inglés.

Un instante después, los dos hombres de seguridad estuvieron de vuelta en la 606. El inglés se acercó al teléfono.

Después de cubrir el auricular con un paño, llamó al gerente y le dijo que se habían producido dos asesinatos: el de una camarera y el de alguien que parecía ser huésped del hotel.

Mientras tanto, el agente de seguridad chino se acercó a Marissa y a Tristan.

-Me temo que tenemos aquí dos cadáveres -explicó -. Por favor, no toquen nada. No reconocemos al hombre que está en la otra habitación. -Dirigiéndose a Tristan, dijo -: Tal vez usted, señor, debería echar un vistazo para ver si es alguien que conoce.

Tristan dio un paso adelante, pero Marissa lo detuvo aferrándolo del brazo.

-Soy doctora -le explicó al agente de seguridad -. Creo que yo también debería mirar.

El agente de seguridad se encogió de hombros.

-Como usted quiera, señora.

Con el agente de seguridad precediéndolos, Marissa y Tristan entraron en la 604. Cuando Marissa vio el cuerpo, lanzó un grito y, horrorizada, se tapó la boca con la mano. La víctima yacía de espaldas, con los ojos abiertos de par en par

Librodot

mirando el techo. Había dos orificios en su frente. Sobre la alfombra, detrás de su cabeza, se veía un charco de sangre con la forma de un halo oscuro.

- ¡Es Robert! -balbuceó finalmente Marissa -. Es mi marido... ¡Robert!

Tristan abrazó a Marissa y la alejó de aquella escena macabra Entonces oyeron golpes en el interior del armario.

El agente de seguridad chino llamó a su compañero inglés, que en seguida entró en el cuarto. El chino señaló el armario.

Volvieron a oír los golpes. Los dos hombres se acercaron a la puerta; la llave estaba en la cerradura. Mientras uno se colocaba a un lado, el otro le quitó la llave a la puerta y la abrió de par en par. En el interior descubrieron al aterrado encargado de la planta.

Después de tratar de inspirarle confianza, los agentes de seguridad consiguieron convencerle de que saliera de la habitación. Al comprender que no corría peligro, comenzó a hablar en chino a toda velocidad.

Cuando finalmente quedó en silencio, el agente de seguridad chino le dijo a su compañero: -Dice que el asesino lo amenazó con una pistola y lo obligó a abrir la puerta. Dice que el asesino era un gweilo.

-Pídele que te lo describa -señaló el inglés -. Y pregúntale si lo había visto antes alguna vez.

El agente de seguridad chino volvió a dirigirse al encargado del piso, que respondió con otra larguísima perorata.

Cuando terminó, el agente de seguridad chino explicó a los demás: -Dice que jamás lo había visto, y que no puede describirlo porque, para él, todos los blancos son iguales.

El gerente del hotel llegó a la puerta de la habitación y llamó. Juntos, los cinco traspusieron la puerta de comunicación y salieron al pasillo.

Marissa estaba terriblemente afectada, en estado de shock.

Tristan permaneció junto a ella, rodeándola con los brazos. La mujer no había vuelto a pronunciar una palabra desde el momento en que reconoció que el muerto era Robert. No lloraba. Y, por el momento, lo único que sentía era frío, como si el acondicionador de aire estuviera regulado para enfriar demasiado.

-La policía está de camino -explicó nervioso el gerente.

Era italiano y se le notaba por el fuerte acento con que hablaba.

- ¿Dónde están los cadáveres?

El agente de seguridad chino le hizo señas al gerente de seguirlo y después de unos pocos momentos en las habitaciones el gerente volvió, le costaba hablar.

-El hotel se excusa por este inconveniente -les dijo a Marissa y a Tristan -. Sobre todo después de lo ocurrido ayer.

El inglés se le acercó y le dijo algo al oído. Los ojos del gerente se abrieron de par en par al escuchar. Tragó saliva antes de volver a hablar.

-Lo siento muchísimo -tartamudeó, dirigiéndose directa mente a Marissa -. No sabía que usted conocía a la víctima. Mi más sincero pésame. -Entonces, dirigiéndose a Marissa y Tristan, agregó -: Cuando hablé con la policía hace un momento me ordenaron que no se les permitiera entrar en sus habitaciones, y que no deben tocar nada. Mientras tanto y para que estén cómodos, me he tomado la libertad de prepararles la suite presidencial. Les proporcionaremos todo lo que les haga falta en materia de artículos de tocador y cosas de esa naturaleza.

Quince minutos más tarde, Marissa y Tristan fueron escoltados a la suite presidencial. Marissa se desplomo en un sillón, agotada e incapaz de moverse.

-No puedo creer nada de todo esto -alegó al fin, hablando por primera vez desde que vio el cuerpo de Robert -. Es demasiado irreal. ¿Por qué vino? Es lo

Librodot

último que yo esperaba que hiciera. Sobre todo después de nuestra conversación telefónica. - ¿Qué ocurrió? -preguntó Tristan, esperando lograr que ella hablara.

Acercó su silla junto a ella. Extendió el brazo y le cogió la mano.

Marissa se confió a él. Aunque jamás había hecho referencia delante de Tristan a sus problemas con Robert, ahora reconoció que el matrimonio de ambos se había deteriorado mucho, principalmente en los últimos meses. Le contó que Robert se había negado a viajar a Australia cuando Wendy murió.

Lo único que quería era que ella volviera a casa. La llegada intempestiva de Robert a Hong Kong constituía algo insólito en él. Marissa se cubrió la cara con las manos.

Tristan sacudió la cabeza.

-Marissa... -empezó a decir. Le costaba decir lo que pensaba, pero sabía que no debía andarse con rodeos -. No puedes culparte por esta tragedia. Te sentirás tentada de hacerlo, pero no lo hagas. Tú no tienes la culpa.

-Pero es que me siento tan culpable... -repuso Marissa -.

¡Primero Wendy, y ahora Robert! Si no fuera por mí, los dos estarían aún con vida.

-Y si no fuera por mí, mi esposa estaría viva también -replicó Tristan -. Sé cómo te sientes. A mí me ha pasado lo mismo. Pero tú no obligaste a Robert a venir. Vino por su propia voluntad. Ni siquiera sabías que estaría aquí.

-Robert era un hombre muy bueno. Es demasiado espantoso... ¡Quizá no era él! -dijo de pronto -. Tal vez me equivoqué.

Tristan miró a Marissa con cautela. Recordaba con cuánta intensidad había deseado que la noticia de la muerte de su esposa fuera un error. La negación es una reacción defensiva muy poderosa cuando se producen golpes tan horrendos.

-Llama al gerente -sugirió de pronto Marissa -. Tenemos que asegurarnos de que en realidad era Robert.

- ¿Seguro que quieres que haga eso? -preguntó Tristan.

-Sí -respondió Marissa, con ojos que se le llenaron de lágrimas.

Tristan se acercó al teléfono. Tardó algunos minutos en ponerse al habla con el gerente. Al cabo de una breve conversación, regresó a su silla.

-El nombre que encontraron en la billetera y en el pasaporte era Robert Buchanan -explicó Tristan en voz muy baja.

-Todavía lo veo con toda claridad -repuso ella por fin con voz apagada y triste -. Me parece estar viéndolo frente a su ordenador. Cuando trabajaba siempre ponía la misma cara.

-Ya lo sé -murmuró Tristan.

El hecho de observar a Marissa le traía recuerdos propios.

Sabía lo que ella estaba pasando.

- ¿Qué hora es en este momento en la costa este de Estados Unidos? -preguntó Marissa.

-Entre medianoche y la una de la madrugada, creo -explicó.

-Tengo que hacer algunas llamadas -adujo Marissa.

Se puso de pie y fue al dormitorio para usar el teléfono que tenía junto a la cama.

Tristan la dejó irse. No sabía qué hacer. Le preocupaba el estado mental de Marissa. El asesinato de Robert había sido un golpe espantoso. Tendría que vigilarla de cerca. Más que nada, trataría de conseguir que exteriorizara su pena.

Marissa llamó primero a sus padres en Virginia. Su madre se ofreció a viajar en seguida a Hong Kong, pero Marissa le dijo que no lo hiciera. Ella regresaría en cuanto las autoridades se lo permitieran.

Librodot

Cuando cortó la comunicación, Marissa trató de reunir todo su coraje para una llamada todavía más difícil. Sabía que tenía que llamar a su suegra, y también sabía el efecto devastador que tendría aquella noticia sobre ella. Marissa no la culparía si ella la responsabilizase por la muerte de Robert.

Pero, para su enorme sorpresa, la señora Buchanan no tuvo palabras de crítica. Después de un silencio espantoso, se limitó a informarle que acudiría de inmediato a Hong Kong.

Marissa no trató de disuadirla. Cuando al final colgó el auricular, Tristan se encontraba junto a la puerta.

-Siento molestarte -comenzó -, pero el tarado del inspector de policía está aquí para conversar con los dos y quiere hablar contigo primero.

El inspector de policía se quedó allí alrededor de una hora, tomándoles declaración a Marissa y a Tristan. Les dijo que se llevaría a cabo una investigación exhaustiva y que no tendrían acceso a sus pertenencias hasta que dicha investigación concluyera. Se disculpó profusamente por los inconvenientes que eso podía causarles. Les informó también que se practicaría una autopsia a las dos víctimas y se llevaría a cabo una indagatoria formal, y que no debían abandonar la colonia hasta que las formalidades hubieran acabado.

Una vez que el inspector se hubo marchado, Marissa y Tristan se quedaron sentados en silencio. Tristan aprovechó la -Estoy como embotada -explicó Marissa -. Me cuesta creer que esto haya ocurrido realmente.

-Tal vez deberíamos hacer algo -replicó Tristan -, en lugar de quedarnos aquí sentados.

-Sí, creo que nos vendría bien marcharnos de este hotel -sugirió Marissa.

-Buena idea -repuso Tristan, contento de que Marissa hubiera planteado una sugerencia -. Cambiaremos de hotel.

Se puso de pie, preguntándose cuál elegir. Sólo entonces recordó al capitán Fa Huang.

-Tengo una idea mejor -alegó -. ¿Y si nos vamos en el junco? Tenemos que hacer algo. Necesitamos alguna cosa con que ocupar nuestra mente.

-Me había olvidado por completo del viaje en junco -repuso Marissa -. No creo estar en condiciones de hacerlo. Ahora, no.

- ¡Marissa! -exclamó Tristan -. Han ocurrido demasiadas cosas como para que no sigamos la pista hasta el fin.

-Se le acercó y la cogió de los hombros -. ¡Hagámoslo! ¡Saldemos las cuentas con esos hijos de perra!

A Marissa la cabeza le daba vueltas. Ni siquiera podía mirar a Tristan. A veces pensaba que estaba loco.

- ¡Vamos, Marissa! -urgió Tristan -. No permitamos que se salgan con la suya impunemente.

Finalmente, ella lo miró. Sentía su determinación. No tenía fuerzas para discutir ni para resistirse.

-Está bien -asintió -. En este momento siento que no tengo nada que perder.

- ¡Fantástico! -exclamó Tristan.

La abrazó y se puso de pie de un salto. Consultó su reloj.

- ¡No nos queda mucho tiempo! -advirtió.

Corrió al teléfono, pidió que lo comunicaran con el servicio de habitaciones y encargó una serie de almuerzos en cajas y también agua mineral.

En cuanto llegó el pedido, Marissa y Tristan descendieron al vestíbulo y salieron por la entrada de servicio, tal como lo hicieran aquella mañana. Bentley había llevado el Mercedes al callejón. Estaba leyendo un periódico mientras esperaba.

Librodot

Tristan entró por el otro lado.

- ¡A Aberdeen! -indicó a Bentley -. Nos vamos de contra bando.

Enfilaron hacia el este de Tsim Sha Tsui, y después al túnel Cross Harbor. Casi en seguida, el embotellamiento del tráfico los obligó a avanzar al paso.

Tristan miró nervioso su reloj a la luz mortecina del túnel.

- ¡Maldición! -exclamó -. Llegaremos por los pelos si el capitán Fa Huang leva anclas a las seis en punto.

Marissa cerró los ojos. Se sentía embotada, como si nada de aquello estuviera ocurriendo en realidad.

El ejecutor miró al verdugo por encima del escritorio.

La tensión entre ellos era natural para dos expertos en el mismo campo de acción. Cada uno sabía que el otro hacía cosas similares, sólo que en mundos diferentes. El señor Yip pensaba que Ned era un individuo tosco y vulgar. Ned pensaba que el señor Yip era una rata de alcantarilla en traje blanco.

Se encontraban sentados en la misma oficina a la que el señor Yip había llevado a Marissa y a Tristan en su primer encuentro. Willy estaba afuera, con algunos de los hombres del señor Yip.

-Espero que el señor Pang lo haya llamado por teléfono -dijo Ned.

-En efecto, lo hizo -repuso el señor Yip -. Pero sólo me dijo que haríamos negocios. Afirmó que tenía que ver con liquidar a una pareja, por lo cual usted pagaría a los Wing Sin la suma de ciento cincuenta mil dólares de Hong Kong.

No me dio más detalles.

-Se trata de un hombre y una mujer -explicó Ned -. El es australiano y ella norteamericana. Sus nombres son Tristan Williams y Marissa Blumenthal. Se alojan en el Península Hotel, pero es posible que eso cambie en cualquier momento.

El señor Yip sonrió para sí, al comprender en seguida que la Wing Sin estaba a punto de obtener beneficios de las dos partes en conflicto.

-La pareja que usted me describe ha estado hablando conmigo aquí, en esta misma oficina.

- ¿Hablando de qué? -preguntó Ned.

-Me pagaron para que les suministrara información -explicó el señor Yip -. Se mostraron interesados por las personas que hemos estado sacando clandestinamente de la República Popular China para Fertilidad, SRL Ned se movió nervioso en la silla.

- ¿Y qué información recibieron? -preguntó.

-Muy poca, puedo asegurárselo -repuso el señor Yip -. Wing Sin jamás ha interferido con los asuntos de Fertilidad, SRL. De modo que -prosiguió el señor Yip -, ¿cuánto hay en esto para mí?

Acostumbrado a hacer negocios en Hong Kong, y en particular con los Wing Sin, a Ned no lo sorprendió aquella petición directa de dinero.

-El acostumbrado diez por ciento -contestó.

-Lo habitual es el quince -replicó el señor Yip con una sonrisa.

-Hecho -aceptó Ned.

-Da gusto hacer negocios con alguien acostumbrado a nuestros hábitos -repuso el señor Yip -. Y estamos de suerte. La pareja en cuestión debe partir esta tarde en un junco tanka para recoger individuos para Fertilidad, SRL. Eso hará que nuestro trabajo resulte en extremo sencillo y eficiente. Los cuerpos serán arrojados al mar. Todo muy simple.

Librodot

Ned consultó su reloj.

- ¿A qué hora zarpan? -preguntó.

-Alrededor de las seis -respondió el señor Yip. Se puso de pie -. Creo que lo mejor será que partamos inmediatamente.

Unos minutos después estaban en medio de un embotellamiento de tráfico.

- ¿No hay una manera más fácil de llegar? -preguntó Ned con desaliento.

-Tranquilícese -aconsejó el señor Yip -. Considere hecho el trabajo.

Cuando salieron del túnel, el carril izquierdo resultó estar igualmente abarrotado de vehículos. Todo fue frenar y avanzar unos metros durante el viaje a Aberdeen.

Tristan estaba frenético. No podía quedarse quieto, y miraba su reloj continuamente. Marissa, en cambio, permanecía inmóvil, con la mirada perdida hacia delante. Su mente era un caos y su bloqueo emocional comenzaba a desvanecerse. Pensaba en Robert y en los buenos momentos que habían pasado juntos. Se sentía responsable no sólo de su muerte, sino también de los momentos difíciles vividos algunos meses antes. Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas. Apartó la cabeza para que Tristan no lo notara. De no ser por la apatía abrumadora que sentía, habría pedido que diesen la vuelta.

Además de la tristeza, Marissa empezaba a sentirse intranquila por tener que navegar en mar abierto; no sabía si podría evitar marearse y sentirse descompuesta. Durante el trayecto al junco en el sampán motorizado, Marissa volvió a considerar la idea de pedirles que regresaran. El sonido del agua y la mera idea del océano la intranquilizaban, y le recordaban con increíble nitidez la muerte de Wendy.

- ¡Espléndido! -exclamó Tristan cuando doblaron alrededor de una hilera de juncos y vieron que el capitán Fa Huang todavía no había zarpado. El sampán se detuvo al costado del junco.

Marissa vio que el capitán no estaba solo. Un par de chinos de aspecto feroz estaban apostados junto a la barandilla de la cubierta de popa, observando con interés la llegada del sampán.

Marissa aferró por el brazo a Tristan y señaló.

- ¿Quiénes son esos hombres? -preguntó -. Parecen banditos.

-No sé -respondió Tristan -. Deben ser de la tripulación.

Bentley subió a bordo y se volvió para echarles una mano.

Tristan le pasó las cajas con comida y las botellas de agua mineral.

-Muy bien, querida -instó Tristan, y la tomó del brazo empujándola arriba, Marissa se encontró a bordo del junco.

Una vez en la embarcación, ascendieron por la escalerilla a la cubierta principal. El capitán les dio la bienvenida y les presentó a Liu y Maa, los dos marineros de cubierta.

Todos hicieron una reverencia. Entones el capitán dio una orden a gritos y los hombres empezaron a trabajar.

El junco se encontraba en las etapas finales de preparación para la partida. Hasta las dos mujeres que Marissa viera horas antes estaban atareadas bajando una jaula que contenía cuatro pollos vivos.

Al cabo de quince minutos de la llegada de Marissa y Tristan, el junco soltó amarras. Con mucho esfuerzo, la embarcación salió de su anclaje con pura fuerza muscular. Una vez en el canal, el capitán puso en marcha sus gemelos motores diesel, y se alejaron lentamente del congestionado puerto.

Librodot

Enfilaron hacia el oeste en dirección al sol poniente.

En otras circunstancias, a Marissa la experiencia le habría resulta do tonificante. El escenario era magnífico, sobre todo una vez que dejaron atrás el extremo de la isla Ap Lei Chou.

Entonces tuvieron oportunidad de contemplar a babor la vista de la boscosa isla Lamma y, directamente enfrente, la isla Lantau, mucho más montañosa.

Pero Marissa no pudo disfrutar de esa belleza. Se quedó sentada junto a la barandilla, sujetándose con fuerza y con los ojos cerrados. Se alegraba de recibir en el rostro la fuerte brisa marina, que secaba las lágrimas de sus mejillas antes de que nadie las viese. Y, como si eso fuera poco, comenzaba a sentirse un poco mareada cuando el barco empezó a moverse.

Ned Kelly lanzó una maldición cuando se encontró mirando el espacio vacío donde esperaba encontrar amarrado el junco de Fa Huang.

- ¿No podríamos haber llegado aquí un poco más rápido? -preguntó exasperado.

Venía de Australia, y por eso no podía entender cómo la gente se las arreglaba con tanto tráfico.

- ¡Hay que averiguar si están a bordo!

-Yo no soy su sirviente -replicó el señor Yip.

Ned comenzaba a irritarlo.

-Por favor, pregúnteselo -insistió Ned, mucho más calmado -. Lamento haberlo insultado.

El señor Yip le habló a la familia de uno de los juncos que estaban cerca del de Fa Huang. Les habló en tanka, un dialecto que Ned no entendía.

Dirigiéndose a Ned, el señor Yip dijo: -Había dos demonios blancos en la embarcación. Eso fue literalmente lo que dijeron.

-Deben de ser ellos -explicó Ned -. ¿Podemos seguirlos?

-Desde luego -asintió el señor Yip.

Después de indicar al del sampán que los llevara de vuelta al muelle, ordenó que uno de sus hombres le trajera una elegante lancha rápida. Ned se instaló en el asiento delantero, junto a Willy y al conductor. El señor Yip y dos de sus hombres ocuparon el asiento trasero. Los dos hombres iban armados con metralletas.

Con un rugido, dejaron atrás el muelle y avanzaron a toda velocidad a lo largo del puerto. Ned se sintió alentado por la potencia de la lancha. Pero cuando llegaron a mar abierto, su estado de ánimo decayó. El océano estaba repleto de juncos. Todos parecían idénticos. Después de hacer un recorrido por un puñado de ellos sin éxito, se dieron por vencidos.

-Esa norteamericana tiene demasiada buena suerte -se quejó Ned.

Se volvió en su asiento y le gritó al señor Yip por encima del rugido del potente motor: - ¿Qué hacemos ahora? ¿Esperar que vuelvan, o qué?

-No es necesario esperar -respondió a gritos el señor Yip -. Disfrute de la travesía. Ya hablaremos cuando lleguemos al restaurante.

- ¿Qué restaurante? -preguntó Ned.

El señor Yip se lo señaló. Delante de ellos estaba uno de los enormes restaurantes flotantes de Aberdeen, con dragones y ornamentos orientales. En medio de los ruinosos juncos parecía un inusitado oasis.

Quince minutos después, Ned estaba cenando a lo grande.

Librodot

El sol se había puesto y las luces de Aberdeen parpadeaban al otro lado del puerto. El señor Yip se ocupó de pedir una comida fastuosa. Aquello fue suficiente para que Ned olvidara su enojo.

En mitad de la comida, uno de los hombres del señor Yip apareció con una carta marina, que el señor Yip desplegó sobre la mesa.

-Este es el estuario del Zhujiang Kou -explicó Yip -. Casi todos los extranjeros lo llaman río de la Perla. Aquí está Cuangzhou -señaló con uno de sus palillos -. Y aquí, por encima de Zhuhai, justo al norte de la zona económica especial que la República Popular China ha establecido en Macao, se halla un grupo de pequeñas islas. Es allí donde el capitán Fa Huang recoge a su gente. Si acude esta noche allí con algunos de mis hombres, se encontrará con ellos. No hace falta que espere su regreso.

- ¿Cómo llegar hasta allá? -preguntó Ned, mirando el mapa.

Observó que no quedaba demasiado lejos: a unos ochenta kilómetros.

-Tenemos un barco especial que vendrá a buscarlo -añadió el señor Yip -. Es lo que llaman un “barco cigarrillo”.

-Estupendo -repuso Ned.

Sabía que los “barcos cigarrillo” desarrollaban velocidades superiores a los cien kilómetros por hora.

-Pero existe un problema -subrayó el señor Yip.

- ¿Cuál? -preguntó Ned.

-Necesito más dinero.

19 DE ABRIL DE 1990 10.51 p.m.

- ¡Marissa! -gritó Tristan, muy excitado -. ¡Hemos establecido contacto! ¿Por qué no subes a cubierta?

Marissa se incorporó en la oscuridad. Había estado acostada sobre una estera de bambú en la bodega.

La noche no había sido buena. Una hora y media después de zarpar de Aberdeen, tras rodear el extremo inferior de la isla Lantau, se toparon con una borrasca. En pocos minutos, el cielo rosado se transformó en un torbellino de nubes negras, y en las aguas antes apenas agitadas se formaron olas de metro y medio.

La leve sensación de mareo que Marissa sintiera al principio, muy pronto se convirtió en una descomposición tremenda. Como el barco no poseía instalaciones sanitarias, lo único que pudo hacer fue colgarse de la barandilla de popa y vomitar allí todo lo que tenía en el estómago. Pero cuando empezó a llover, no tuvo más remedio que bajar a aquella inmunda bodega.

Tristan se había mostrado solícito, pero no había mucho que pudieran hacer. Se quedó con ella, pero cuando abrieron una de las cajas con alimentos y él empezó a comer, la vista y el olor de la comida hicieron que Marissa se encontrase peor. Así que ella le pidió que se fuera.

La tormenta retrasó el avance de la embarcación. Con aquellas impetuosas ráfagas de viento, se vieron obligados a recoger la enorme vela mariposa que utilizaban hasta el momento y se limitó a mantener el barco en su rumbo.

Bentley explicó que deseaba economizar combustible.

Incluso cuando la tormenta hubo pasado y la vela volvió a ser izada, el viaje no resultó agradable. El viento prácticamente no existía, y por encima del agua se

Librodot

formó una densa bruma que creaba una espesa niebla. En varias ocasiones, de la oscuridad brotaron enormes barcos que hacían sonar sus sirenas de aviso y sobresaltaban a los que estaban en el junco.

Pero, por fin, llegaron, y durante la última hora estuvieron recorriendo lentamente la costa, en una y otra dirección, entre la tierra firme y algunas pequeñas islas. Al principio, Marissa contempló la costa junto a todos los demás, maravillada de estar viendo el territorio de la China comunista. Pero al rato volvió a bajar a la bodega para tumbarse un rato. A aquellas alturas, estaba más cansada que mareada.

- ¡Ven! -le llamó ahora Tristan -. Sé que lo has pasado muy mal, pero hemos llegado hasta aquí para esto.

Marissa se puso trabajosamente de pie. En los primeros instantes se mareó un poco.

- ¿Está por ahí el agua que trajimos? -preguntó.

-Por supuesto, querida -replicó Tristan, y le entregó la botella que se había metido en el bolsillo posterior del pantalón.

Cuando ella terminó de beber, le devolvió a Tristan la botella y se secó la boca con el dorso de la mano. Lo cogió del brazo y juntos se encaminaron a la cubierta de proa. El barco estaba completamente a oscuras. No había ninguna luz encendida.

El capitán había puesto en marcha los motores diesel, pero funcionaban a una velocidad tan reducida que Marissa sólo se dio cuenta de ello por la vibración que sentía en los pies. No oía ningún ruido, salvo cuando el agua cubría el tubo de escape y producía un sonido como de golpes secos y sordos.

Al entrecerrar los ojos, alcanzaba a distinguir la línea de la costa a través de la bruma. Veía la silueta borrosa de las copas de los árboles recortada contra el cielo.

Se notaba que el capitán Fa Huang estaba tenso. Era la parte más peligrosa de la operación, no sólo porque podrían ser descubiertos sino también debido a la poca profundidad de las aguas en algunas zonas.

Nadie hablaba. Estaban suficientemente cerca de la costa como para que Marissa oyera el sonido de los animales que poblaban el pantano. El único otro ruido era el golpeteo de las olas contra el barco, por lo menos hasta que advirtió el zumbido de los mosquitos.

De pronto, desde las sombras de los árboles apareció un rayo de luz. Se repitió tres veces más en rápida sucesión.

El capitán detuvo en seguida los motores, dirigió su propia luz hacia los árboles y le hizo una señal con la mano al marinero que es taba en proa. Instantes después se oyó un chapoteo al arrojar el ancla.

El capitán y sus hombres de cubierta conferenciaron en voz baja mientras el barco viraba para quedar con la proa apuntan do hacia la costa. Uno de los hombres desapareció hacia abajo por un momento. Cuando reapareció llevaba una cartuchera y empuñaba un rifle de asalto AK47. A lo lejos sonó el canto de un ave exótica, confiriéndole a la escena una especie de misterioso hechizo.

-Tienen miedo de los piratas -le susurró Bentley a Marissa y a Tristan.

- ¿Todavía hay piratas? -preguntó Marissa.

-Siempre ha habido piratas en el río de la Perla -cuchicheó Bentley -. Siempre los hubo y siempre los habrá.

Transcurrieron alrededor de cinco minutos de tensión, en los que sólo el zumbido de los mosquitos y el chapoteo de las olas rompieron el silencio.

Librodot

Entonces, por entre la bruma apareció un pequeño bote de madera con dos figuras. Una iba a popa y remaba. La otra se encontraba en el centro del bote, mirando hacia delante.

El capitán se dirigió a los hombres. El marinero armado los apuntaba con su rifle automático. Uno de los hombres contestó tímidamente con un susurro. El capitán lo escuchó y a continuación les hizo señas de que subieran a bordo. Después todos parecieron relajarse un poco.

El hombre que remaba colocó el pequeño bote a un costado del junco.

Marissa se inclinó sobre la borda para ver subir a los dos individuos chinos. Abandonaron el pequeño bote, que fue arrastrado hasta perderse en la niebla.

En unos segundos, el ancla fue elevada de las profundidades y el capitán ordenó que izaran la vela para aprovechar la leve brisa. Silenciosamente, el largo junco se alejó de la costa. Las siluetas de las copas de los árboles muy pronto se desdibujaron en la bruma.

-Debemos mantenernos en absoluto silencio durante otra media hora -susurró Bentley.

Todas las miradas trataban de escrutar aquella negrura aterciopelada; todos los oídos estaban alertas al menor sonido de otra embarcación. Pero lo único que oían eran los crujidos de sus propios aparejos.

Los dos chinos recién llegados se acurrucaron contra el mástil. Nadie les habló. Iban vestidos con ropas sencillas de algodón negro, que le recordaban a Marissa las fotografías que había visto de los vietcong durante la guerra de Vietnam.

- ¿Que deberíamos hacer? -le preguntó Tristan a Bentley en voz baja -. ¿Podemos ir a hablar con esos dos?

-Espere a que el capitán se lo permita -aconsejó Bentley -.

Primero tenemos que alejarnos mucho de la costa.

Hasta Marissa empezó a tranquilizarse. El mar era como una hoja de cristal negro. Al mirar hacia arriba, alcanzó a ver la vela hinchada contra el manto gris del cielo. Por entre la niebla descubrió una única estrella, a diferencia de la profusión de luceros que había visto en el interior de Australia.

Marissa bajó la vista y quedó espantada al divisar una vez más la silueta borrosa de las copas de los árboles.

¡Estaban de nuevo cerca de tierra!

-Ahí está otra vez la línea de la costa -murmuró Marissa.

Tristan y Bentley miraron.

-Qué extraño -repuso Bentley -. Aguarden un momento.

En seguida vuelvo.

Bentley fue a conversar con el capitán. Después de hablar un buen rato, volvió y se sentó.

-Es una isla costera y está deshabitada -explicó Bentley -.

Nos internaremos en una laguna, donde echaremos el ancla.

Como un eco a sus palabras, el ancla volvió a caer al agua desde proa. Al mismo tiempo, aflojaron la escota que sostenía la botavara.

- ¿Por qué nos detenemos aquí? -preguntó Marissa.

Le preocupaba la posibilidad de que algo anduviera mal.

-El capitán dice que tenemos que esperar a que amanezca antes de zarpar de regreso a Aberdeen -explicó Bentley.

-No mencionó eso antes -terció Tristan -. ¿Quiere decir que debemos pasar aquí el resto de la noche? -preguntó, y mató un mosquito que había aterrizado en su brazo.

Librodot

-Parece que sí -repuso Bentley -. El capitán dice que al alba podremos mezclarnos con los barcos de pesca que salen de un pueblo en dirección al norte. Si intentáramos cruzar esta noche el río de la Perla, en la China comunista nos localizarían con el radar. Como los de aquí no salen por la noche, seríamos considerados sospechosos.

-Debería habérnoslo dicho -se quejó Marissa.

- ¿Podemos hablar con esos tipos que recogimos? -preguntó Tristan.

-Se lo preguntaré al capitán -contestó Bentley, y regresó a popa.

-Siento mucho todo esto, querida -se excusó Tristan -. No sabía que sería un asunto de toda la noche.

Marissa se encogió de hombros.

-Podría ser mucho peor -comentó.

Bentley regresó en seguida.

-El capitán dice que pueden hablar todo lo que quieran, pero que no lo hagan en voz alta.

Mientras la tripulación arriaba la vela, Marissa, Tristan y Bentley se acercaron a los dos refugiados de la China comunista y se sentaron frente a ellos.

-Primero, creo que todos debemos presentarnos -sugirió Tristan a Bentley.

Bentley iniciaba las presentaciones. Aunque resultaba difícil saberlo, Marissa calculó que los dos tenían aproximadamente la misma edad que ella. Ambos llevaban el pelo corto y se les veía tensos y nerviosos. Sus miradas pasaban de una persona a la otra en aquella semipenumbra.

-Este es Chiang Lam -apuntó Bentley, señalando al hombre más menudo, que se inclinó cuando Bentley pronunció su nombre -. Y éste es Tse Wah.

Después de las presentaciones, Tristan le dijo a Bentley que querían saber de dónde eran aquellos hombres y de qué manera se ganaban la vida. Quería que Bentley les preguntara por qué los sacaban clandestinamente de China.

Mientras Bentley les hablaba en chino, Marissa y Tristan conferenciaron para tratar de organizar las siguientes preguntas. Como telón de fondo, la tripulación se preparaba para una cena tardía. También se disponían para dormir.

Cuando Bentley terminó de hablar con los hombres, les explicó a Marissa y a Tristan que ambos procedían de pueblos pequeños en la provincia de Cuangdong. Chiang Lam era monje de una orden budista que había logrado sobrevivir a la era comunista. Tse Wah era un médico rural, una versión contemporánea del "médico descalzo" de la Revolución Cultural. Bentley agregó que el motivo de su alejamiento de China era que se les había prometido una suma considerable de dinero. Ambos tenían el firme propósito de regresar a su país.

Sin embargo, ninguno de ellos supo decir por qué se les había ofrecido aquella oportunidad.

- ¿Cómo fue que los eligieron? -preguntó Marissa.

Bentley se lo preguntó a los hombres y luego explicó: -Chiang dice que lo escogieron por su habilidad en las artes marciales. Dice que hubo un concurso en su monasterio.

Tse afirma que lo seleccionaron porque es médico. Dice que en su caso no hubo concurso alguno, sino que esas personas se le acercaron y le hicieron un ofrecimiento que él no pudo rechazar. Tse tiene una familia, esposa e hijo, y también padres y suegros.

Marissa miró a Tristan.

-Pregúntele al médico si sabe algo sobre tratamientos para la infertilidad -indicó Tristan -. En particular, sobre técnicas de fecundación in vitro.

Librodot

-Hablo algo de inglés -dijo de pronto Tse, sorprendiendo a todos -. Chiang no, pero yo sí. Hace años que estudio inglés en los libros de medicina de Cuangzhou, donde recibí mi formación profesional.

- ¡Qué suerte! -exclamó Tristan -. Y parece que ha estudiado bien.

-Gracias -repuso Tse -. Por desgracia, leo inglés mejor de lo que lo hablo.

- ¿Entiende el término "fecundación in vitro"? -preguntó Tristan.

-Sí -respondió Tse -. Pero sé muy poco acerca de eso.

Sólo alguna mención sobre el tema que aparecía en los textos que he leído.

- ¿Le interesa la fecundación in vitro? -preguntó Marissa.

Pese a lo nervioso que se sentía, Tse se echó a reír.

-Me serviría de muy poco -contestó -. En China tenemos demasiados habitantes y demasiados bebés.

- ¿Y qué me dice de la tuberculosis? -preguntó Marissa -. ¿Constituye un problema en la República Popular China?

¿Ha visto muchos casos?

-No en los últimos tiempos -respondió Tse -. China tiene una política de vacunaciones con BCG. Antes de I949, la tuberculosis estaba muy extendida, sobre todo aquí, en el sur de China. Pero la BCG modificó todo eso.

- ¿Y la heroína? -preguntó Tristan.

-No tenemos heroína -afirmó Tse -. Las drogas no son un problema en China.

- ¿Y las enfermedades venéreas? -preguntó Marissa.

-Hay muy pocas enfermedades venéreas en la República Popular -respondió Tse -. Los comunistas libraron al país de las enfermedades venéreas y del opio, y lanzaron un programa de cuidado de la salud que ponía el énfasis en la prevención para emprender una curación al estilo occidental.

- ¿Qué puede decirnos de su práctica médica? -preguntó Tristan -. ¿En qué consistía?

-En una típica práctica rural -explicó Tse -. Tengo un pequeño dispensario que es el responsable de la educación sanitaria, la inmunización y el control de la natalidad para casi cuatro mil personas de la zona rural. Tratamos enfermedades y accidentes menores y, cuando es necesario, mandamos a los pacientes al hospital del distrito.

- ¿Utiliza la medicina tradicional china? -preguntó Marissa.

-Sí, cuando el paciente lo solicita -contestó Tse -. Tenemos acceso a homeópatas y acupunturistas. Pero, en Cuang zhou, fui formado en medicina moderna, si bien poseo pocos equipos de esa clase para utilizarlos.

-Se me están acabando las preguntas -señaló Marissa.

-También a mí -confesó Tristan.

Cambió de posición. Todos estaban sentados sobre cubierta con las piernas cruzadas. Dirigiéndose de nuevo a Tse, le preguntó: - ¿Quién lo reclutó?

-La tríada Loto Blanco -respondió Tse.

- ¿Hay tríadas en China? -preguntó Marissa.

-Ya lo creo -repuso Bentley, interviniendo en el diálogo -. Después de todo, las tríadas se originaron en la China continental.

-Pregúntele al monje por qué es importante que sea un experto en artes marciales -pidió Tristan.

-Yo puedo responder eso -indicó Tse -. Chiang ha sido seleccionado para protegerme.

- ¿Por qué necesita protección? -preguntó Tristan.

-Eso sí que no lo sé -reconoció Tse.

- ¿Algunos de ustedes ha salido antes de China? -preguntó Tristan.

Librodot

-Jamás -contestó Tse.

¿Y no llevan ningún equipaje?

-No.

¿Lleva algo encima?

¿Tampoco drogas?

-Tampoco.

- ¿Hace esto por dinero?

Tse asintió.

-Nos han prometido el sueldo de muchos años de trabajo -afirmó -. Ya me entregaron el sueldo de un año antes de partir.

- ¿Cuánto tiempo se supone que estarán ausentes de su patria? -preguntó Tristan.

-No estoy seguro -repuso Tse -. Un año, dos como máximo.

Tristan se pasó una mano por el pelo. Sacudió la cabeza y miró a Marissa con expresión de desaliento.

-Me temo que no tenga nada más que preguntar. Estoy desconcertado.

De pronto, se dieron cuenta de que no estaban solos. Al levantar la vista, vieron que el capitán se les había acercado.

Cuando obtuvo la atención del grupo, les habló.

Bentley tradujo: -El capitán quiere saber si deseamos comer. Su esposa ha preparado cena para todos nosotros.

- ¿Por qué no? -dijo Tristan y se puso en pie -. Creo que bien podemos obtener algo a cambio de mis tres mil quinientos dólares de Hong Kong.

Varias horas más tarde, Marissa y Tristan se encontraban tendidos sobre esteras de bambú en la cubierta de popa.

Era el único lugar donde podían estar a solas. Salvo por algún mosquito ocasional y la brisa fresca y húmeda, se sentían muy cómodos.

Marissa no había comido nada. En cambio, se había bebido casi toda el agua que había llevado a bordo. La náusea y los vómitos la habían deshidratado.

-Tengo que disculparme de nuevo contigo, querida -arguyó Tristan -. Estaba seguro de que si veníamos y hablábamos con esos tipos todo se solucionaría. Y, en realidad, sabemos lo mismo que antes de acudir a Hong Kong. Al parecer hemos arriesgado la vida y te has indispuesto por nada. -reconoció Marissa -. Es extraño. No entiendo qué se nos ha pasado por alto. No parece haber ninguna explicación para el tremendo esfuerzo que hace la FCA para sacar ilegalmente a ciudadanos chinos.

-Sigo convencido de que, de alguna manera, esto tiene que ver con drogas -afirmó Tristan -. Tiene que ser la heroína del Triángulo Dorado.

-Pero estos hombres no llevan droga encima -le recordó Marissa.

-Es la única razón que se me ocurre para explicar el nivel de gastos de la FCA -siguió Tristan -. Por no mencionar hasta dónde están dispuestos a llegar con tal de proteger lo que hacen. Les pareció que era suficientemente importante como para acribillarnos en público. Tiene que tratarse de drogas, ¿no lo crees?

-No sé qué pensar -replicó Marissa -. Lo que tú dices tiene sentido, pero sólo hasta cierto punto. Y todavía no sabemos qué papel desempeña en todo esto la salpingitis tuberculosa.

Y, si son drogas, ¿cómo es posible que involucren a un médico rural y a un monje budista?

-No tengo ninguna respuesta para esas preguntas -confesó Tristan -. Estoy perdido. En algún momento pensé que, de alguna manera, esto estaba en relación con el hecho de que Hong Kong fuera devuelto a los chinos en 1997. Pero

Librodot

incluso esa idea descabellada no tiene asidero alguno. Me temo que estamos ante un callejón sin salida.

Marissa deseó que Tristan no hubiera empleado aquella expresión. Con todo lo ocurrido, no esperaba poder dormir.

Pero, pese a su malestar físico y a su angustia emocional, el cansancio prevaleció. Casi en seguida se puso a dormitar.

Una vez dormida, empezó a soñar. En su sueño, Robert se hundía en arenas movedizas y ella no podía llegar hasta él. Se sostenía de la rama de un árbol y extendía el brazo para tratar de cogerle la mano. Y entonces la rama se rompía y ella caía.

Una hora después de haberse quedado dormida, Marissa se incorporó de un salto, casi esperando encontrarse en arenas movedizas. Pero se hallaba sobre una estera de bambú, y había un enjambre de mosquitos y, sobre su frente, gotas de sudor frío.

Marissa oyó sobre cubierta el movimiento de pies calzados con sandalias y abrió los ojos. Todavía no había amanecido, pero la bruma se había aclarado. Estaban envueltos en una espesa niebla matinal que cubría por completo la isla más cercana. Se oía el canto de los pájaros pero no se alcanzaba a ver nada en la línea de la costa.

Al sentarse, Marissa observó que la tripulación ya se preparaba para levar anclas. La vela estaba desplegada y lista para ser izada. Oyó que, más abajo, lloraba una criatura.

Se levantó y extendió sus músculos entumecidos. Le sorprendía haber podido dormir, sobre todo después de despertar de la pesadilla que tuvo en torno a Robert.

Cuando se sintió menos entumecida, se acercó a la barandilla. Después de asegurarse de que todos los que estaban en cubierta estaban ocupados, se tragó el poco orgullo que le quedaba y orinó por el costado del barco. Cuando terminó, le alivió comprobar que nadie se había dado cuenta.

Tristan seguía profundamente dormido. En lugar de despertarlo, Marissa bajó por la escalerilla. El agua hervía en la olla a presión. Con la ayuda de la esposa del capitán, Marissa se preparó un poco de té y se lo llevó a la cubierta de popa.

Tristan ya se había despertado.

-Buenos días, querida -la saludó con su habitual buen humor. Marissa compartió el té con él mientras izaban la enorme vela. Después, oyeron que se ponían en marcha los motores.

-Nuestro hombre debe de estar impaciente por regresar -comentó Tristan -. Por lo visto, piensa navegar con la vela y los motores: Después, resultó que el capitán había usado los motores sólo para hacer salir el junco de la laguna. Una vez estuvieron lejos de tierra, apagaron los motores y sujetaron las escotas a la botavara, calzadas y bien tensas.

Empezaron a desplazarse hacia el sur y a acercarse a un punto de la tierra firme. Cuando la bruma se levantó vieron barcos de pesca que zarpaban de la costa. Todo estuvo en calma hasta que, a lo lejos, empezaron a oír el sonido distante de una embarcación de motor.

El capitán respondió al sonido ladrando órdenes a la tripulación. La vela bajó con un ruido seco y los motores diesel se pusieron en marcha.

Bentley se acercó a Marissa y Tristan para explicarles que el capitán enfilaba el junco hacia la costa.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Tristan.

Veía que la tripulación estaba muy agitada.

Librodot

-Nos dirigimos a una de esas pequeñas bahías que hay a lo largo de la costa -explicó Bentley -. Para protegernos.

El capitán tiene miedo de que el sonido que oímos sea de un barco patrullero de la China comunista. Dice que no puede tratarse de un sampán o un junco motorizado; los motores son demasiado potentes. También dice que si no fuese un barco de la China comunista, en ese caso serían piratas.

- ¡Dios mío! -exclamó Marissa.

Llegaron a unos cien metros de la costa antes de que apareciera la fuente de aquel rugido. Era un "barco cigarrillo".

Parecía dirigirse en línea recta hacia ellos. Puesto que casi toda la bruma se había levantado, vieron la embarcación con toda claridad.

El capitán ladró otra orden y los dos tripulantes desaparecieron con dirección a la cubierta inferior. Cuando volvieron a emerger, portaban rifles de asalto AK47 con cartucheras colgadas sobre los antebrazos.

-Esto no me gusta -comentó Marissa -. No me gusta nada.

El capitán se volvió hacia ellos y dio un grito. Bentley lo tradujo al decirles que el capitán había ordenado que todos bajaran a la cubierta inferior menos sus marineros.

Le obedecieron al instante. Bentley cerró la puerta de madera que conducía a la cubierta de proa y después se unió a luz de primeras horas de la mañana.

- ¿Se trata de un barco patrullero chino? -le preguntó Tristan a Bentley.

Desde donde se encontraban parados, oían que el capitán conversaba con sus hombres mientras la lancha se aproximaba a estribor del junco.

-Todavía no lo saben -respondió nervioso Bentley.

Oyeron que la lancha se acercaba al costado del junco.

Su potente motor rugía amenazador. Entonces escucharon cómo el capitán gritaba a voz en cuello.

-Les está diciendo que no se acerquen -tradujo Bentley.

Se inició un diálogo a gritos entre el capitán y la gente de la lancha. Parecían furiosos. La aparente disputa prosiguió por un tiempo, y Marissa notó que Bentley se agitaba cada vez más.

- ¿De qué hablan? -preguntó Marissa.

-Esto es muy extraño -explicó Bentley -. Los de la lancha afirman que han venido en busca de los "diablos blancos".

- ¿Quiénes son los "diablos blancos"? -preguntó Marissa.

-Me temo que están hablando de usted y de Tristan -repuso Bentley -. Pero el capitán está furioso porque han acudido hasta aquí y han puesto en peligro su misión.

Marissa cogió a Tristan del brazo. En cubierta, la discusión subía de tono. Observaban la cara de Bentley, pero no sabían cómo interpretar su expresión.

- ¿Qué ocurre? -preguntó al fin Marissa.

-No suena nada bien -reconoció Bentley -. El capitán ha ordenado que la lancha se marche, pero ellos se niegan a hacerlo a menos que ustedes les sean entregados o...

- ¿O qué? -exigió saber Marissa. - ¡O de lo contrario dispararán sobre ustedes! -gritó Bentley -. Son los Wing Sin.

- ¿Puede usted hacer algo? -preguntó Tristan.

Bentley negó con la cabeza.

-A estas alturas, no mucho -respondió -. No puedo luchar contra Wing Sin. Además, anoche el capitán me quitó el arma.

Dijo que no permitía gente armada en su barco a menos que él lo autorizase. Tristan miró hacia la costa, a unos cien metros de distancia.

Librodot

Se preguntó si podrían nadar hasta allí. Pero justo en ese momento, la puerta de madera que daba a la cubierta de proa se abrió de golpe. En el portal estaba uno de los hombres del capitán. Habló deprisa, moviendo su arma de un lado a otro, peligrosamente.

-Me temo que insiste en que suban a cubierta -explicó Bentley -. Lo siento mucho.

-Puesto que su capacidad como guardaespaldas se ve un poco limitada en este momento -alegó -, tal vez pueda seguir proporcionándonos su habilidad como intérprete. ¿Le importaría acompañarnos?

-Si el capitán lo consiente... -se resignó Bentley.

-Ven, querida -urgió Tristan -. Esto es Hong Kong, donde todo está en venta. Veamos si podemos hacer negocios con el capitán.

Sintiéndose más aterrorizada que nunca, Marissa dejó que Tristan la hiciera pasar junto al hombre con el rifle de asalto y hacia la luz de la mañana. Ahora que había salido el sol y desvanecido casi toda la bruma, el día se presentaba hermoso. El agua, que hasta aquel momento parecía gris, exhibía ahora su habitual tono verde esmeralda. Marissa oyó el canto de los pájaros procedente de la costa cercana por encima del rugido sordo del motor de la lancha, que lentamente se acercaba a un costado del junco.

El capitán estaba en la cubierta de popa. Miró de mal humor a sus pasajeros blancos.

Tristan habló con rapidez con Bentley, quien le gritó al capitán en tanka: -El “diablo blanco” ofrece pagarle cincuenta mil dólares de Hong Kong para que usted lo lleve de vuelta a él y a su esposa a Aberdeen sanos y salvos.

La expresión del capitán cambió. Se pasó la mano por la barba y después miró la lancha que se acercaba.

Marissa identificó a los dos hombres que iban en el asiento delantero de la lancha como los que habían estado tirando cebo al mar el día de la muerte de Wendy.

-Cien mil dólares de Hong Kong -gritó Bentley en tanka.

El capitán empezó a hablarle a Bentley, pero se detuvo en mitad de una frase. Su atención estaba fija en la lancha. Por último, hizo un gesto de negación.

-No puedo luchar contra Wing Sin -afirmó.

Bentley miró a Tristan y le comunicó lo que el capitán acababa de decir.

-Dígale que doblaré el precio a doscientos mil dólares -urgió Tristan.

Antes de que Bentley pudiera gritar su nueva oferta, oyeron el rugido de otro motor. Todos miraron una pequeña isla a medio kilómetro al este. El rugido se hizo más intenso a medida que un barco grande, gris acerado, con un cañón de 60 cm. instalado en la proa, rodeaba el extremo de la isla.

El capitán gritó una orden a uno de sus tripulantes que estaba en la cubierta principal. El hombre le arrojó su AK47.

El capitán tomó el arma y disparó una andanada de proyectiles sobre las cabezas de los hombres que se acercaban en la lancha y les gritó algo con todas sus fuerzas.

Los otros tripulantes arrastraron a Marissa y a Tristan bajo cubierta y cerraron la puerta tras ellos.

- ¿Qué está pasando? -preguntó Tristan.

-Son de la China comunista -contestó Bentley -. Es un guardacostas.

- ¿Qué gritó el capitán cuando disparó su rifle? -preguntó Tristan.

-Gritó “ladrones” -tradujo Bentley. Desde donde se encontraban oyeron que la lancha partía con un rugido de su potente motor. El junco se balanceó con el oleaje que dejó atrás.

Librodot

Segundos después oyeron el ruido del cañón de la patrullera, seguido por una especie de silbido agudo.

- ¿Están disparando contra nosotros? -preguntó Marissa.

-Deben de dispararles a los de la lancha -explicó Tristan -. De lo contrario, lo más probable es que nos hubieran hundido ya.

El rugido del guardacostas se hizo más fuerte a medida que exhalación y el junco se balanceó de nuevo cuando el oleaje lo alcanzó.

-Jamás esperé ser salvado por los comunistas chinos -comentó Tristan.

La puerta de madera que daba a cubierta volvió a abrirse.

Uno de los tripulantes entró y les gritó algo.

- ¿Y ahora, qué? -preguntó Tristan.

-Dice que subamos todos a cubierta -tradujo Bentley -. Todos, incluso los dos refugiados.

Al llegar a cubierta, Marissa vio que el barco guardacostas enfilaba hacia el sudeste. Más allá, la lancha se alejaba a gran velocidad.

El capitán gritó otra orden. Bentley palideció. Hasta los refugiados parecieron desconcertarse. Chiang Lam empezó a hablar con el capitán. Parecía frenético.

- ¿Y ahora qué pasa, amigo? -preguntó Tristan.

-El capitán acaba de ordenarnos que saltemos por la borda -explicó Bentley.

- ¿Qué? -farfulló Marissa -. ¿Por qué?

-Porque sabe que el guardacostas volverá, y cuando eso suceda no quiere que lo sorprendan con nada de contrabando.

Chiang seguía hablando con el capitán. Estaba histérico y le gritaba a voz en cuello.

- ¿Qué le pasa al monje? -preguntó Tristan.

-Le dice al capitán que no sabe nadar -explicó Bentley.

El capitán fulminó a Chiang con la mirada y señaló la costa.

Como Chiang proseguía con su arenga, el capitán tomó el arma que llevaba colgada del hombro y, sin vacilar un instante, disparó una ráfaga de proyectiles sobre el monje, cuyo cuerpo se aplastó contra la barandilla antes de caer a cubierta. Marissa apartó la mirada. Tristan contempló al capitán con incredulidad. Bentley pasó por encima de la barandilla.

El capitán le gritó a uno de sus tripulantes y el hombre corrió hacia donde estaba el monje muerto. Levantó el cuerpo de la cubierta y lo arrojó al agua.

Rápidamente Tristan ayudó a Marissa a pasar al otro lado de la barandilla. Bentley fue el primero en saltar al agua, seguido de Marissa, después El chino y Tristan fue el último en arrojarse al mar.

En cuanto Marissa frenó su inmersión en aquellas aguas sorprendentemente heladas, nadó hasta la superficie.

Giró y miró en dirección al junco, que ya se alejaba hacia el norte, lejos de la dirección tomada por el guardacostas chino.

-Sácate los zapatos -le sugirió Tristan -. Pero no los sueltes. Sostenlos con las manos. Así te será mucho más fácil nadar.

20 DE ABRIL DE 1990 8.05 a.m.

Entre el peso de la ropa mojada y los zapatos que sostenía en las manos, a Marissa le suponía un gran esfuerzo nadar.

Librodot

Aun que lo hacía desde hacía algunos minutos, no parecía ni acercarse a la costa. Bentley y Tse se habían alejado bastante, pero Tristan se mantenía junto a ella.

-No pierdas la calma, querida -aconsejó Tristan -. Tal vez sería mejor que me dieras tus zapatos.

Marissa se los entregó con gusto. Tristan había anudado los cordones de los dos suyos y los llevaba colgados del cuello. Cogió los de Marissa y se los metió en los bolsillos.

Sin los zapatos, Marissa consiguió adelantar más con sus brazadas.

El choque que significó el tiroteo y el tener que arrojarse al agua había ocupado por completo la mente de Marissa.

Pero ahora, mientras nadaba y pensaba que estaba en el mar, comenzó a pensar en la muerte de Wendy. Le pareció ver de nuevo los voraces monstruos grises nadando silenciosos debajo de la superficie. El hecho de saber que en el agua había un cuerpo que sangraba acrecentó sus temores.

- ¿Te parece que por aquí habrá tiburones? -se las ingenió Marissa para preguntar entre brazada y brazada.

Deseaba que la tranquilizaran en ese sentido.

-Preocupémonos por un problema a la vez -replicó Tristan.

-Por supuesto que hay tiburones -gritó Bentley.

- ¡Gracias por nada!- gritó Tristan- ¡Era lo que queríamos oír!

Marissa trató de no pensar en eso, pero con cada brazada casi esperaba ser tironeada desde abajo. Si Tristan no hubiera estado junto a ella, seguro que la habría dominado el pánico.

-Mantén la vista fija en la costa -le aconsejó Tristan -. Muy pronto estaremos allá.

Tardaron bastante, pero poco a poco los árboles dieron la sensación de estar más cercanos. Marissa vio que, más adelante, Bentley había dejado de nadar y se encontraba de pie, con el agua hasta la cintura. A partir de allí caminó hacia tierra firme.

Cuando Marissa y Tristan llegaron a la misma profundidad, ya Bentley y Tse retorcían su ropa para quitar el agua.

- ¡Bienvenida a la República Popular China! -exclamó Tristan mientras llevaba a Marissa de la mano los últimos seis metros.

La playa tenía forma de hoz y se extendía unos trescientos metros entre promontorios rocosos. Detrás de la playa se veían unos frondosos árboles que bordeaban una marisma cenagosa.

Por todas partes aparecían aves costeras, así como de los pantanos, y su estrépito resultaba constante.

Marissa dirigió su mirada al mar y contempló aquella enorme extensión color esmeralda, punteada por una serie de diminutas islas cercanas. El espectáculo tenía la serenidad de una postal. Las gaviotas volaban perezosamente en círculos sobre ellos. No se veían rastros del junco, ni de la lancha ni del guardacostas.

El grupo descansó en la playa, disfrutando del calor del sol después de padecer el frío intenso del agua helada.

Tristan sacó su pasaporte y el de Marissa de su cinturón especial, y los abrió al sol para que se secaran. Hizo lo mismo con sus dólares de Hong Kong, y les puso caracolas encima para que no volaran.

-Nunca creí que el capitán matase al monje de aquella manera -comentó Marissa con un estremecimiento -. No dudó ni un instante.

-La vida es barata en esta parte del mundo- dijo Tristan.

Librodot

-Me pregunto si alguna vez me recuperaré de todo esto -explicó Marissa -. Primero la muerte de Wendy, después la de Robert, ahora esos disparos ¡Y todo para nada!

Tristan le cogió la mano.

-Nadie podrá decir jamás que no lo intentamos -la consoló.

Después de descansar una media hora, los integrantes del grupo comenzaron a oír un zumbido distante que muy pronto aumentó de volumen. Sensibilizados por la difícil situación por la que habían pasado, todos se miraron con consternación. El sonido no sólo se hizo más intenso, sino que adquirió un ritmo muy particular.

Finalmente, Tristan lo reconoció.

-Es un helicóptero -gritó Tristan -. ¡Métanse debajo de los árboles!

Apenas si habían logrado hacerlo cuando un enorme helicóptero militar pasó en vuelo rasante sobre sus cabezas, enfilando hacia el mar en la dirección en que había desaparecido el guardacostas.

Al emerger de debajo del follaje, todos miraron el helicóptero, que ahora era apenas una cabeza de alfiler en medio de un cielo celeste claro.

- ¿Nos habrán visto? -preguntó Marissa.

- ¡No! -respondió Tristan -. Lo que me sorprende es que no hayan visto todos estos dólares de Hong Kong diseminados por la arena.

Cuando todos se hubieron recuperado de nadar en el agua fría, emprendieron la marcha por las marismas. Dando por sentado que Tse sabía adónde se dirigía, los otros tres lo siguieron sin hacer preguntas. Al principio, lo único que tuvieron que hacer fue caminar por herbazales cenagosos, pero más adelante se vieron obligados a vadear arroyos bastante profundos.

- ¿Hay cocodrilos en esta parte del mundo? -preguntó Tristan un poco nervioso cuando tenía el agua en la cintura y su cinturón con el dinero levantado por encima de la cabeza.

-No, no hay cocodrilos aquí- respondió Bentley- Pero si bastantes serpientes.

- ¿Nada más? -preguntó Marissa con sarcasmo.

No vieron ninguna serpiente, aunque sí encontraron bastantes insectos. A medida que se acercaron a terrenos más arbolados, los mosquitos aparecieron en bandadas. Para Marissa, ése se convirtió en un nuevo temor. Le preguntó a Tse acerca del paludismo y las fiebres tercianas.

-Siempre hemos tenido un poco de paludismo -respondió Tse -. Pero la fiebre terciana es algo con lo que no estoy familiarizado.

-No tiene importancia -repuso Marissa.

De pronto había infinidad de cosas por las que preocuparse al mismo tiempo.

-Supongo que debería mirar el lado positivo de las cosas.

Tuvimos suerte de abandonar el junco. Gracias a Dios por el guardacostas comunista.

-Esa es la actitud positiva -animó Tristan.

-Y al menos todavía tenemos nuestros relojes -agregó Marissa.

Tristan se echó a reír, feliz al oír que, a pesar de todo lo ocurrido, Marissa era capaz de conservar el sentido del humor.

- ¿Reconociste al hombre blanco que estaba en la parte delantera de la lancha? -le preguntó Marissa a Tristan -. Era el otro hombre que arrojaba carnada por la borda cuando Wendy murió.

-Lo reconocí vagamente -repuso Tristan -, de cuando trabajaba en la FCA.

Llegaron al borde del pantano e iniciaron el ascenso por la espesa vegetación. De las ramas de los árboles colgaban enredaderas. La marcha

Librodot

resultaba lenta. Costaba mucho avanzar cien metros. Hasta que de pronto ya no hubo más árboles y se encontraron al borde de un arrozal.

-Reconozco el lugar donde estamos -afirmó Tse -. Más adelante hay un pequeño pueblo de campesinos. Tal vez deberíamos ir allá e intentar conseguir algo de comer.

- ¿Cómo lo haremos? -preguntó Tristan - ¿Aceptarán dólares de Hong Kong?

-Desde luego que sí -respondió Tse -. En toda la provincia de Cuangdong existe un mercado negro para los dólares de Hong Kong.

- ¿En ese pueblo tendremos que protegernos de las autoridades? -preguntó Tristan.

-No -repuso Tse -. No habrá policías. Sólo en Shigi hay policías.

Dirigiéndose a Bentley, Tristan preguntó: - ¿Cuál considera que es nuestro mayor problema al estar en la China comunista? Después de todo, tenemos visados.

-Sólo dos cosas -contestó Bentley -. No tiene sellos ni documentos de entrada en el país. Todo el mundo debe tener un formulario de declaración de equipaje, que hay que entregar cuando se abandona la República Popular China.

- ¿Así que nadie nos molestará mientras estemos aquí? -preguntó Tristan -. Creí que el primer madero con el que nos tropezáramos nos arrestaría.

- ¿Qué es un madero? -preguntó Marissa.

-Un policía -repuso Tristan -. ¿Acaso soy el único que habla inglés por aquí?

-Entonces, ¿lo único que tiene que preocuparnos es cómo salir de China? -le preguntó Marissa a Bentley.

-Eso creo -repuso Bentley -. La afluencia de extranjeros se ha convertido en algo normal y corriente en China, sobre todo en la provincia de Cuangdong. Así que nadie tiene por qué molestarnos. Pero, sin alguna clase de ayuda, lo más probable es que no les sea posible cruzar a Hong Kong o a Macao.

Sin una declaración de equipaje y sin las cosas que habitualmente lleva un turista, como, por ejemplo, una cámara fotográfica, serán considerados contrabandistas y encerrados en la cárcel.

-Por lo menos estamos a salvo -bromeó Tristan -. Y como en este momento no tenemos por qué preocuparnos, propongo que vayamos a esa aldea y consigamos algo de combustible.

- ¡Comida! -tradujo Marissa.

Tse tenía razón. Los habitantes del pueblo estaban deseosos suma insignificante, Tristan les compró a todos, ropa y una comida abundante. Salvo el arroz, Marissa y Tristan no pudieron identificar el resto de los alimentos.

Durante la comida, Marissa recordó el comentario de Wendy de que a la gente de la República Popular China le gustaba mirar. Mientras comían, daba la sensación de que todo el pueblo se había acercado a contemplar comer a los extranjeros en el comedor comunitario del lugar.

Cuando terminaron, Tristan le preguntó a Tse: - ¿Tiene alguna sugerencia acerca de cómo podemos salir de China? Tal vez conozca la manera de conseguir un par de esos formularios de declaración de equipaje.

-Jamás he visto esos formularios -confesó Tse -. Y si no tienen uno, me temo que representará un problema para ustedes. Nuestro gobierno exige formularios para todo, y nuestros funcionarios suelen ser bastante desconfiados. Pero no creo que les convenga ir a la frontera. Creo que sería mejor que se dirigieran a Cuangzhou. Sé dónde hay un consulado norte americano. He acudido a él en ocasiones para tratar de con seguir bibliografía médica.

-Parece un buen consejo -aceptó Marissa.

Tristan asintió.

Librodot

-Me pregunto si no habrá también un consulado australiano.

-Si no es así, estoy segura de que podemos pedirle al cónsul norteamericano que también te ayude a ti -alegó Marissa.

- ¿Cómo lo haremos para llegar a Cuangzhou? -preguntó Tristan -. Supongo que desde aquí es una caminata muy larga. Tse sonrió.

-Sí, una caminata muy larga -afirmó -. Pero en cambio no queda tan lejos el próximo pueblo, que es bastante más gran de que esta aldea. Chiang y yo nos quedamos allí una noche, y sé que tienen un dispensario médico similar a aquel donde yo trabajo. Y supongo que poseen medios de transporte hasta Shigi, donde se halla el hospital del distrito. Desde allí podemos llegar a Forshan, que es una ciudad grande. Marissa?

-Que es demasiado bueno para resultar cierto -replicó Marissa -. Me gusta la idea de que un funcionario de Estados Unidos se las arregle con la burocracia comunista. Como dice Tse, es una idea mucho mejor que ir a la frontera y tentar a la fortuna. Con todo lo que nos ha ocurrido, no creo tener demasiada suerte.

- ¿Qué piensas tú, Bentley? -preguntó Tristan.

-Creo que regresaré vía Macao -explicó Bentley -. Tengo un hui shen jing, que me da derecho a múltiples entradas en la China comunista sin necesidad de visado. No creo que tenga problemas, aunque quizá sí una breve demora; pero los acompañaré a Forshan.

La caminata desde la pequeña aldea al siguiente pueblo sólo les llevó una hora. Primero pasaron junto a pequeñas parcelas de verduras, después por arrozales trabajados por campesinos ayudados por bueyes. Cada vez que los campesinos los veían, interrumpían su faena y se quedaban mirándolos hasta que se alejaban. Marissa supuso que presentaban un espectáculo bastante curioso: los cuatro con ropa demasiado holgada, y dos de ellos gweilos.

Al entrar en el pueblo, Tse conversó brevemente con un individuo que empujaba una carretilla. Durante toda la conversación, el campesino no le quitó los ojos de encima a Marissa.

-Dice que el dispensario queda un poco más adelante -informó Tse.

La mayoría de los edificios del pueblo eran de madera o de ladrillos, pero la clínica era una estructura blanca de cemento, con techo de adobe. Entraron por una puerta baja. Tanto Tristan como Bentley tuvieron que agacharse para pasar.

La primera dependencia era una sala de espera. Se encontraba llena de pacientes, sobre todo mujeres de edad, algunas acompañadas por niños. Un hombre de mediana edad tenía la pierna enyesada.

-Por favor -dijo Tse -. Esperen aquí, mientras yo me presento al médico.

Marissa, Tristan y Bentley permanecieron de pie. Ninguno de los que aguardaban pronunció ni una palabra.

Se limitaron a mirar con fijeza al trío como si se tratara de seres extraterrestres. Los niños se mostraron particularmente curiosos.

- ¡Ahora sé cómo se sienten las estrellas de cine! -comentó Tristan.

Tse reapareció, escoltado por un chino alto y enjuto ataviado con una camisa de manga corta de estilo occidental.

-Este es el doctor Caen Chi IL -explicó Tse, y pasó a presentarle a Marissa, Tristan y Bentley.

Chi Li hizo una reverencia. Después sonrió, mostrando unos enormes dientes amarillentos. Habló muy rápido, en un cantones gutural.

-Les da la bienvenida a su clínica -tradujo Tse -.

Considera que es un honor recibir la visita de una doctora norteamericana y de un médico australiano. Pregunta si desean recorrer la clínica.

- ¿Ha averiguado algo sobre medios de transporte? -preguntó Tristan.

Librodot

-La clínica tiene una furgoneta -respondió Tse -, que nos llevará a Shigi. Dice que desde allí podemos tomar un autobús a Forshan, y después un tren hasta Cuangzhou.

- ¿Cuánto nos cobrará por llevarnos en la furgoneta? -preguntó Tristan.

-Absolutamente nada -repuso Tse -. Con nosotros irán varios pacientes que envían al hospital del distrito.

- ¡Espléndido! -exclamó Tristan -. Veamos la clínica.

Precedido por Chi Li y Tse, el grupo recorrió la instalación.

En general, las habitaciones estaban desnudas salvo por algún que otro mueble rústico. El quirófano estaba particularmente desolado, con una camilla oxidada de acero, un lavabo de porcelana y una vieja vitrina llena de instrumental.

Al ver que Marissa parecía interesada por la vitrina, Chi Li se le acercó y la abrió.

Marissa se sobresaltó al ver una lata llena de agujas hipodérmicas no desechables cuya punta estaba roma por el excesivo uso. Al recorrer con la vista el estante superior, vio varias vacunas, entre ellas una contra la cólera fabricada en Estados Unidos.

Entonces se percató de algunos frascos de BCG. Recordó que Tse había mencionado que se la usaba en vacunaciones contra la tuberculosis. Sentía curiosidad por la BCG, sobre todo por que en Estados Unidos jamás demostró ser eficaz. Metió la mano en la vitrina y cogió uno de los frascos. Al leer la etiqueta, descubrió que era de procedencia francesa.

-Pregúntele a Chi Li si ve muchos casos de tuberculosis -pidió Marissa mientras volvía a poner en su lugar el frasco de BCG.

Paseó la vista por el resto del contenido de la vitrina mientras Tse hablaba con el hombre.

-Ve más o menos la misma cantidad de casos que yo -le informó Tse.

Marissa cerró la puerta de la vitrina.

-Pregúntele si alguna vez ha visto tuberculosis como problema específicamente femenino -indicó.

Observó la cara de Chi Li mientras Tse traducía su pregunta. Siempre existía la posibilidad de que descubriera algo inesperado. Pero la expresión de Chi Li reflejó una respuesta negativa a la pregunta. Tse tradujo que Chi Li no había visto nada semejante.

Después de salir del quirófano, entraron en un gabinete de examen. Una paciente estaba sentada en una silla, en un rincón. Se puso de pie e hizo una reverencia cuando vio al grupo.

Marissa hizo otro tanto, lamentando haberse inmiscuido.

De pronto, se detuvo en seco. En el centro del cuarto había una camilla de examen relativamente moderna, completa, con estribos de acero inoxidable.

El hecho de ver la camilla revivió en ella el recuerdo de las desagradables sesiones que había tenido que soportar durante el último año en el transcurso de sus tratamientos contra la infertilidad. Le sorprendió ver un equipo tan moderno en aquella clínica; casi todo lo demás que había visto era anticuado y rudimentario.

Marissa pasó una mano por uno de los estribos.

- ¿Cómo ha llegado aquí esta camilla? -preguntó.

-Del mismo modo que el resto del equipo -respondió Tse -. Casi todas las clínicas rurales poseen una camilla así.

Librodot

Marissa asintió como si entendiera. Pero no era así. De todo el equipamiento moderno que se enviaba a las clínicas rurales, parecía extraño que eligieran una camilla con estribos.

Aun que, después de haber leído los problemas de mala administración burocrática de los gobiernos comunistas, dio por sentado que ése era un caso más.

-Usamos con frecuencia estas camillas -alegó Tse -.El gobierno ha dado mucha prioridad al control de la natalidad.

-Ajá -replicó Marissa.

Estaba a punto de proseguir su marcha, cuando volvió a mirar la camilla. Se sentía perpleja.

- ¿Qué clase de control de la natalidad emplean? -preguntó -. ¿Dispositivos intrauterinos?

-No -repuso Tse.

- ¿Diafragmas? -siguió Marissa.

Sabía que las pacientes no usarían diafragmas porque eran demasiado caros y no ofrecían demasiada seguridad. Sin embargo, ¿por qué una camilla equipada para exámenes ginecológicos?

-Utilizamos la esterilización -explicó Tse -. Después de que una mujer tenga su primer hijo, con frecuencia se la esteriliza. En ocasiones practicamos la esterilización incluso antes de que la mujer tenga un hijo, si lo solicita o si no debe tener hijos.

Tristan llamó a Marissa desde la habitación contigua, pero ella no le prestó atención. Aunque recordaba haber oído decir que la esterilización se empleaba como control de la natalidad en la China comunista, detestaba escuchar que un médico hablara de ello con tanta frialdad. Se preguntó quién tomaba la decisión acerca de si una persona debía o no tener un hijo. El tema ofendía su sensibilidad feminista.

- ¿Cómo esterilizan a las mujeres? -inquirió.

-Efectuamos un ligamento de trompas- contestó Tse con naturalidad.

- ¿Con anestesia? -preguntó Marissa.

-No, no hace falta anestesia -respondió Tse.

- ¿Cómo es posible? -preguntó Marissa.

Sabía que para ligar las trompas de Falopio era necesario dilatar el cuello uterino, y ese procedimiento es sumamente doloroso.

-Es sencillo para nosotros, los médicos rurales -explicó Tse -. Utilizamos una cánula muy pequeña con una guía metálica. Se realiza al tacto. No necesitamos ver. Y tampoco es doloroso para la paciente.

- ¡Marissa! -llamó Tristan. Estaba en el umbral del gabinete de examen -. Ven a ver el jardín. ¡Cultivan sus propias hierbas medicinales!

Pero Marissa despidió a Tristan con un movimiento de la mano. Se quedó mirando a Tse, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

- ¿Chen Chi Li también emplea esa técnica? -preguntó.

-Estoy seguro de que sí -repuso Tse -. Se les enseña a todos los médicos rurales.

-Una vez practicada la ligadura -dijo Marissa -, ¿qué emplean para esterilizar?

-Por lo general, una solución de hierbas -respondió Tse -. Es una especie de pimienta.

Tristan entró en el gabinete y se le acercó.

- ¿Qué ocurre, querida? -preguntó -. Parece como si acabaras de ver un fantasma.

Sin decir una palabra, Marissa volvió al quirófano y se acercó a la vitrina. Observó el estante que contenía las vacunas.

Tristan la siguió, preguntándose qué estaría pensando.

-Marissa -le preguntó, mientras extendía el brazo, la cogía del hombro y la obligaba a mirarlo -. ¿Te encuentras bien?

-Sí, muy bien -repuso Marissa -. Tristan, creo que lo he descubierto. De pronto me parece entenderlo todo... y, si tengo razón, la verdad es mucho peor de lo que hasta ahora imaginábamos.

La ambulancia de la clínica rural los dejó en la estación del autobús de Shigi. Puesto que había un servicio muy frecuente a Forshan, sólo debieron esperar un rato.

Durante el viaje, Marissa se sentó junto a Tristan y Bentley, con Tse.

-Jamás he visto escupir tanto como a estos chinos -comentó como al descuido Tristan.

Era cierto. Durante todo el trayecto, continuamente, alguien se preparaba para escupir o lo estaba haciendo por la ventanilla.

- ¿Qué cuernos les pasa a estas personas?

-Es un pasatiempo nacional -explicó Bentley, al oír el comentario de Tristan -. Lo verán en toda China.

-Resulta repugnante -contraatacó Tristan -. Me recuerda aquel juego tonto de los americanos llamado béisbol.

En el autobús, todos parecían estar hablando, menos Marissa y Tristan. Finalmente Tristan se dio por vencido dado que Marissa respondía siempre cada pregunta suya con un monosílabo. Parecía estar sumida en sus pensamientos.

De pronto, lo miró.

- ¿Conoces el indicador de PH rojo del fenol? -preguntó.

-Vagamente -contestó él, sorprendido por lo repentino de la pregunta.

- ¿Cuándo se vuelve rojo? -preguntó Marissa -. ¿En una solución ácida o alcalina?

Creo que alcalina -replicó Tristan -. En una solución ácida es transparente.

-Eso me parecía -fue todo lo que contestó Marissa, y volvió a sumergirse en el silencio. El autobús recorrió otro kilómetro y medio. Y Tristan ya no pudo contener su curiosidad.

- ¿Qué te pasa, Marissa? -preguntó -. ¿Por qué no me dices lo que estás pensando?

-Te lo diré -respondió Marissa -, pero aún no. Tenemos que salir de China. Primero hay un par de cosas que tengo que comprobar, para estar segura.

Desde Forshan consiguieron billetes de segunda en un tren que iba a Cuangzhou. Bentley y Tse los dejaron en la estación de autobuses de Forshan. Llegados a Cuangzhou, tomaron un taxi desde la estación de ferrocarril. Por recomendación del chofer, se encaminaron al Hotel Cisne Blanco.

Durante el breve viaje, tanto Marissa como Tristan comentaron que la ciudad les parecía mucho más occidental de lo que esperaban, aunque, incluso de noche, las bicicletas superaban holgadamente en número a los vehículos de motor en las calles.

El hotel también fue una sorpresa. El vestíbulo era imponente; incluso estaba decorado con cascadas de agua. Las habitaciones tenían todas las comodidades modernas, entre ellas televisores, frigoríficos y, más importante

Librodot

todavía, teléfonos con llamada directa. Reservaron una suite con dos dormitorios y vistas sobre el río de la Perla.

Marissa estaba agotada. Miró la cama con ansia, esperando por lo menos dormir bien toda la noche. Pero incluso antes de acostarse, lo que más le interesaba era el teléfono.

Después de calcular qué hora sería en la costa este de Estados Unidos, decidió retrasar su llamada algunas horas. Sabía que sería contraproducente despertar a Cyrill Dubchek.

-Tienen un restaurante de estilo occidental -comentó Tristan muy excitado, con el menú del hotel en la mano -. ¿Qué te parecería un enorme y sabroso bistec?

Marissa no tenía apetito, pero acompañó a Tristan, que devoró un generoso bistec regándolo con varias cervezas.

Marissa pidió un plato de pollo, pero casi no lo tocó.

Decidieron ir por la mañana al consulado con la historia de que habían alquilado un junco para que los llevara a Cuangzhou, pero que el capitán se había quedado con el dinero y los había obligado a saltar al agua.

-Es lo mejor que podemos decir -afirmó Tristan -, y se acerca bastante a la verdad.

Marissa contestó que trataría de conseguir la intervención del Departamento de Estado a través del CCE.

Varias horas más tarde, Marissa hizo su llamada.

Conociendo los horarios de Cyrill, calculó justo el momento para encontrarlo antes de que saliera camino del laboratorio.

Aunque había algo de estática y un eco peculiar, Marissa escuchaba bien, le dijo que estaba llamando de Cuangzhou, en la República Popular China.

-Si se tratara de otra persona, me sorprendería recibir una llamada desde la China Popular -replicó Cyrill -. Pero tratándose de ti, Marissa, nada me sorprende.

-Existe una explicación racional.

-No me cabe la menor duda.

Marissa pasó a explicarle cómo ella y su colega habían entrado clandestinamente en la China comunista sin pasar por las formalidades y trámites de inmigración. Le dijo que iba a tener problemas para salir. Puso de relieve que el colega en cuestión era el australiano que había escrito el trabajo que Cyrill le había dado.

- ¿Estás con el autor del trabajo? -preguntó Cyrill -. Eso sí que es ir a las fuentes.

-Cuando trabajaba en el CCE, en una ocasión me dijiste que esperabas compensarme por todo lo que tuve que pasar para neutralizar los brotes de Ebola. Pues bien, Cyrill, ahora tienes oportunidad de hacerlo.

- ¿Qué puedo hacer por ti? -preguntó él.

-En primer lugar, quisiera que usaras los contactos del CCE para presionar al Departamento de Estado para que me saquen a mí y al doctor Williams de la República Popular China. Me dijeron que aquí hay un Consulado de Estados Unidos. Iremos allí por la mañana, pero para eso faltan diez horas.

-Con mucho gusto haré lo que pueda -repuso Cyrill -. Pero es posible que pregunten el porqué de la intervención del CCE.

-Hay una muy buena razón -prosiguió Marissa -. Es en extremo importante que yo vuelva en seguida al CCE.

Puede considerarse un asunto legítimo del CCE. Diles eso a los del Departamento de Estado y que ellos se lo transmitan a las autoridades chinas.

Librodot

- ¿Qué clase de asunto? -quiso saber Cyrill.

-Tiene que ver con la salpingitis tuberculosa -respondió Marissa -. Y eso me lleva a mi segunda petición. Necesito que el CCE me consiga las estadísticas del índice de éxito con fecundación en vitro de todas las Clinicas de la Mujer que existen en el territorio de Estados Unidos.

Quiero estadísticas sobre la eficacia por paciente y por ciclo.

Y, si fuera posible, me gustaría tener también datos sobre las causas específicas de infertilidad entre las mujeres que las Clínicas de la Mujer tratan con la fecundación in vitro.

- ¿Cuántos meses tengo para conseguir esa información? -preguntó irónicamente Cyrill.

-Necesitamos eso lo antes posible -replicó Marissa -. Y hay más: ¿recuerdas el caso que me contaste, la mujer joven de Boston con la tuberculosis diseminada?

-Sí, me acuerdo -asintió Cyrill.

-Averigua qué le pasó -siguió Marissa -. Si falleció, cosa que me temo debe haber ocurrido a estas alturas, consigue una muestra de suero y el informe de la autopsia, así como una copia de su historial clínico. Hay también una paciente llamada Rebecca Ziegler...

-Un momento -se quejó Cyrill -. Estoy tratando de escribirlo todo.

Marissa realizó una pausa. Cuando Cyrill le dio el visto bueno, prosiguió: -Rebecca Ziegler supuestamente se suicidó. Le hicieron la autopsia en el Memorial. Consigue también una muestra de plasma de ella.

- ¡Por Dios, Marissa! -exclamó Cyrill -. ¿Para qué es todo esto?

-Pronto lo sabrás -contestó Marissa -. Pero hay todavía más. ¿Existe una prueba ELISA para el bacilo BCG?

-Así, de sopetón, tengo que contestarte que no lo sé -replicó Cyrill -. Pero si no la hay, podemos pedir que la encuentren.

- ¡Hazlo! -apremió Marissa -. Y una última cosa.

- ¡Por Dios, Marissa...! -suspiró Cyrill.

-Necesitaremos un visado de emergencia para Estados Unidos a favor del doctor Tristan Williams.

-Creo que lo mejor será que llame al presidente Bush y le diga que se ocupe de todo el asunto -bromeó Cyrill.

-Cuento contigo -insistió Marissa.

Sabia que le estaba pidiendo demasiado a Cyrill, pero estaba convencida de que se trataba de un asunto de vital importancia. Después de despedirse, cortó la comunicación.

- ¿Me equivoco o he oído mencionar un viaje a Estados Unidos? -preguntó Tristan, asomándose por la puerta.

-Eso espero -se dijo Marissa -. Y cuanto antes, mejor.

A la mañana siguiente, tanto Marissa como Tristan se sintieron gratamente sorprendidos por la recepción que les brindaron en el Consulado de Estados Unidos. En cuanto Marissa facilitó su nombre, los hicieron pasar al despacho del cónsul, David Kieger.

Durante la noche anterior, habían recibido comunicaciones del Departamento de Estado y del embajador estadounidense en Pekín.

-No sé quiénes son ustedes -saludó David -, pero confieso estar muy impresionado por la actividad y excitación provoca da por su presencia aquí. No es muy frecuente que se me den instrucciones para que entregue un visado norteamericano con carácter de urgencia. Pero me complace informarles que ya he preparado uno para el doctor Williams.

Librodot

David Kieger acompañó personalmente a Marissa y Tristan al Departamento de Seguridad Pública, en la calle Jeifong Bei Lu, frente a la plaza Yuexiu. Aunque la policía había sido informada acerca del caso, insistieron de todos modos en interrogar a Marissa y a Tristan, pero lo hicieron en presencia de David Kieger. Procedieron a verificar el relato de Marissa y de Tristan, y enviaron varios funcionarios por helicóptero a las dos aldeas por las que Marissa y Tristan aseguraron haber pasado.

Durante la entrevista, para Marissa resultó evidente que las autoridades chinas asociaban la presencia de ellos con el incidente con la lancha. Marissa se apresuró a decir que fue la aparición de la lancha y del guardacostas lo que hizo que el capitán del junco los obligara a saltar por la borda.

Cuando regresaron al consulado, David Kieger se mostró optimista en el sentido de que el problema se solucionaría en pocas horas. Después del almuerzo, el cónsul hizo los arreglos necesarios para que Marissa y Tristan consiguieran ropa occidental.

Cuando regresaron al consulado, ya había llegado la noticia de que los dos eran libres de abandonar la República Popular China cuando lo desearan.

-Si tienen prisa -les informó el cónsul -, podemos hacer arreglos para que vuelen a Hong Kong esta misma tarde.

-No, a Hong Kong no -se apresuró a decir Marissa -. ¿No hay otros lugares de destino directamente desde Cuangzhou?

No le gustaba nada la idea de volver a Hong Kong, ni siquiera en tránsito. No deseaba correr el riesgo de más encuentros con los matones de la FCA o de la tríada Wing Sin.

-Hay un vuelo diario a Bangkok -explicó David Kieger.

-Eso me parece mucho mejor -convino Marissa.

-Pero les queda fuera de camino si lo que se proponen es volver a Estados Unidos -precisó el cónsul.

En los labios de Marissa se dibujó una sonrisa inocente.

-Sea como fuere -repuso -, creo que los dos preferimos tardar un poco más en vuelo que volver vía Hong Kong.

¿No opinas lo mismo, Tristan?

-Desde luego, querida -terció Tristan.

-Aquí están todas las estadísticas que hemos podido conseguir en tan escaso tiempo -explicó Cyrill Dubchek al entregarle a Marissa los impresos de ordenador.

Marissa, Tristan y Cyrill estaban sentados en la oficina de Cyrill, en el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta, Georgia. Marissa y Tristan habían llegado aquella tarde de su agotador vuelo a través del Pacífico: desde Bangkok a Honolulú, de allí a Los Angeles y de Los Angeles a Atlanta.

Aunque estaban muy cansados, Marissa insistió en ir directamente al CCE.

La doctora estudió con atención los listados con las estadísticas. Tristan miró a Cyrill y se encogió de hombros; todavía estaba a oscuras con respecto a las sospechas de Marissa.

- ¡Como suponía! -alegó Marissa, y levantó la vista de los impresos de ordenador -. Estas estadísticas son un calco de las que encontré en Australia con los datos de la FCA.

Muestran que las Clínicas de la Mujer de todo el país tienen una tasa alta de embarazo por paciente en su programa de fertilización in vitro, pero un bajo porcentaje de éxito por ciclo.

Librodot

En otras palabras, la mayoría de las pacientes de fecundación in vitro de las Clínicas de la Mujer quedan embarazadas, pero eso sucede después de múltiples ciclos. Observad cómo asciende bruscamente la tasa de éxito después del quinto intento.

Marissa señaló las estadísticas que aparecían en los impresos de ordenador que tenía en la mano.

-Eso no es demasiado sorprendente -explicó Tristan -. En todas las clínicas, la mayoría de las pacientes deben someterse a varias sesiones antes de llegar a concebir. ¿Qué quieres dar a entender?

Unos golpecitos en la puerta de la oficina de Cyrill les interrumpieron antes de que Marissa tuviera tiempo de contestar. Era una técnica del laboratorio.

-Tenemos los resultados de las pruebas ELISA -informó.

- ¡A eso se le llama trabajar rápido! -comentó Cyrill.

-Fueron muy positivos -siguió la técnica -. Incluso en diluciones altas.

- ¿Todos lo fueron? -preguntó Cyrill con incredulidad.

-Todos -repitió la técnica.

-Esa es la prueba que quería -explicó Marissa.

En cuanto llegó al CCE, había acudido directamente al laboratorio para pedir que le extrajeran sangre. Después hizo arreglos para que su muestra fuera tratada con la prueba ELISA en busca de BCG, junto con las de Rebecca Ziegler y de Evelyn Welles.

-No lo entiendo -repuso Cyrill -. ¿Cómo puede ser?

-Creo que está bastante claro -afirmó Marissa -. Evelyn Welles no tenía tuberculosis. Tenía bacilos BCG diseminados.

Marissa cogió el historial clínico de Welles y lo abrió por la página correspondiente a la autopsia.

-Mirad -prosiguió, señalando la descripción de la imagen microscópica de sus trompas de Falopio -. Aquí dice que había una intensa, aplastante infección en sus ovarios. Yo le diré por qué fue así: las trompas de Falopio fueron la vía de entrada del BCG. El hecho de que se diseminara se debió a un problema inmunológico suyo. Y mirad aquí la descripción de su cuello uterino. Hace referencia a una reciente lesión punzante. Sin duda, un punto de biopsia. - Marissa hojeó el historial clínico hasta llegar al informe del último Papanicolau de la paciente -. Ahora mirad esto. El Papanicolau era normal cuatro semanas antes. ¿Tiene algún sentido para vosotros?

-Creo que empiezo a ver el cuadro -terció Tristan -. Lo que sugieres es que los veintitrés casos de salpingitis tuberculosa que yo informé eran en realidad BCG, no tuberculosis.

-Eso es exactamente lo que sugiero -prosiguió Marissa -.

Yo tampoco tuve salpingitis tuberculosa. Recibí una inoculación deliberada con vacuna BCG. Creo que la base de este misterio es puramente una cuestión de intereses. Hace algunos años, la FCA australiana comprendió que estaban sentados sobre una potencial mina de oro con su tecnología in vitro. El único problema era que su éxito creciente con estas técnicas les estaba negando utilidades al disminuir sus ingresos.

Así que decidieron tomar dos líneas de acción para asegurarse un aumento de las ganancias. Una consistía en generar más demanda. La única indicación absoluta para la inseminación in vitro son las trompas de Falopio irremediablemente obstruidas.

Alguien averiguó que los médicos rurales chinos habían tenido suficiente habilidad para desarrollar una manera de ligar las trompas sin necesidad de anestesia. Así que empezaron a importar esos médicos de China para que

Librodot

hicieran precisamente lo que habían estado haciendo en su país: esterilizar a las mujeres. El truco era esterilizar sin dejar pruebas, o dejando pruebas que pudiesen interpretarse en forma errónea. Sin duda alguien descubrió lo de la vacuna BCG, que provoca una intensa reacción inmunológica que sella totalmente las trompas de Falopio y, en el proceso, destruye los microorganismos.

Así funciona la BCG. En una biopsia, parece tuberculosis.

Sencillamente no hay microorganismos. Obviamente, sólo emplearon esta táctica en determinadas candidatas.

Eligieron sólo mujeres jóvenes, de clase media, recientemente casadas.

Lo que tenían que hacer era practicarles alguna operación de cirugía menor, por ejemplo, una biopsia del cuello uterino.

Sé que uno de los trucos era decirle a la paciente que su Papanicolau era CIN grado 1. Eso hicieron con Wendy y conmigo. Ninguna de las dos había informado en la clínica que éramos doctoras. De haberlo sabido, lo más probable es que no se hubieran arriesgado a incluirnos en ese plan. Y, ciertamente, no estaban enterados del problema inmunológico de Evelyn Welles. Y Rebecca Ziegler. Sin duda ella tuvo la intuición suficiente como para comprender que algo andaba mal. Creo que la mataron e hicieron que pareciera suicidio.

»La segunda parte del plan para mantener los ingresos era asegurarse de que la fecundación no tuviera éxito demasiado pronto. A diez mil dólares por ciclo, es fácil comprender por qué deseaban someter a sus pacientes a la mayor cantidad de ciclos posibles. Pero, en última instancia, querían que todas sus pacientes concibieran. Mi hipótesis es que, para asegurarse de que los ciclos fallaran, sólo agregaban una o dos gotas de ácido a los medios de cultivo una vez que la fertilización tenía lugar.

Antes de mi última implantación de embriones, pedí ver los cigotos. Recuerdo que la solución era transparente como el cristal. Sólo recientemente comprendí el significado del color.

En los medios de cultivo de tejidos, el indicador usual de PH es el rojo de fenol, que se vuelve claro y transparente en el ácido. Mis embriones estaban en ácido. Con razón no se implantaron. Cyrill carraspeó. Miró el rostro congestionado y furioso de Marissa. Comprendía que ella estaba convencida de lo que decía, pero, por desgracia, él no compartía esa convicción. No sabía muy bien qué decir.

-Bueno, no estoy seguro... -comenzó a decir.

- ¿No estás seguro de qué? -preguntó Marissa -. ¿A vosotros, los hombres, os resulta demasiado difícil creer que es posible embaucar así a las mujeres?

-No es eso -replicó Cyrill -. Es sólo que me parece demasiado complicado. Representa demasiado esfuerzo, demasiada complicidad. Es demasiado diabólico.

-Ya lo creo que es diabólico -asintió Marissa -, pero estamos seguros sobre la motivación. Esto es sobre ganancia, dinero puro y simple. Y estoy hablando de cifras importantes.

Marissa se puso de pie y se acercó a un pequeño pizarrón que Cyrill tenía en su oficina. Cogió un trozo de tiza y escribió “600.000”.

-Este es el número de parejas en Estados Unidos que los especialistas en fertilidad estiman que necesitan una fecundación in vitro si quieren tener un hijo que sea genéticamente suyo -indicó -. Si multiplicamos esa cifra por cincuenta mil dólares, obtenemos la suma de treinta mil millones de dólares.

Y hablo de miles de millones. No treinta millones, sino treinta mil millones. Y eso sólo en Estados Unidos. Esa técnica in vitro podría rivalizar con la industria farmacéutica ilegal como fuente de ingresos. Reconozco que no todos los seiscientos mil pertenecen a la clase media, y no todos tendrán el dinero

Librodot

necesario. Precisamente por eso la FCA ha ido a tales extremos para crear su propio mercado.

- ¡Por Dios! -exclamó Cyrill -. Jamás imaginé que había semejante cantidad de dinero en juego.

-Casi nadie lo imagina -prosiguió Marissa -. La totalidad de la industria de la infertilidad no es objeto de regulación ni de supervisión. Ha crecido en tierra de nadie entre la medicina y el negocio. Y lo único que ha hecho el gobierno es mirar para otro lado. Todo lo que tenga que ver con la reproducción es políticamente peligroso.

-Pero una conspiración así requeriría mucha gente -apuntó Tristan.

-No tanta -repuso Marissa -. Tal vez una persona por clínica. A estas alturas, no pienso arriesgar ninguna conjetura con respecto al diseño organizativo real de dicha conspiración.

-Y yo estaba tan seguro de que en el fondo era una cuestión de drogas -suspiró Tristan.

-Todavía es posible que las haya, pero sólo de forma indirecta -explicó Marissa -. Será interesante comprobar con exactitud cómo Fertilidad, SRL, consiguió el cuantioso capital necesario para expandirse por tres continentes con la rapidez con que lo hizo. Tengo la sospecha de que sus ofertas de acciones no eran más que astutas tretas. No me sorprendería nada que estuvieran relacionados con los Wing Sin para otros planes, además de sacar hombres ilegalmente de la República Popular China. Fertilidad, SRL, bien podría blanquear dinero de la heroína del Triángulo Dorado para los Wing Sin.

Por lo menos, es una posibilidad.

-Si eso es cierto -terció Cyrill -, entonces se requerirá un esfuerzo masivo de cooperación internacional para terminar con eso.

-Precisamente -apuntó Marissa -. Ahí entra en acción el CCE. Creo que el despacho del fiscal general y el Departamento de Estado deben ser alertados simultáneamente.

Destruir esta conspiración exigirá el poder combinado de esas dos fuerzas, y creo que ellos prestarán oídos al CCE. Puedo deciros que no será fácil. Cualquier organización tan grande y opulenta como Fertilidad, SRL, y sus filiales tendrán sin duda grandes influencias políticas.

-Puesto que se trata de un problema nacional aquí, en Estados Unidos -intervino Cyrill -, deberá actuar el FBI.

-Sin duda alguna -afirmó Marissa -. Y doy gracias a Dios por ello, porque estoy segura de que Tristan y yo necesitaremos protección por algún tiempo. Hasta es posible que debamos refugiarnos en un escondite. Me temo que la Wing Sin tiene ramificaciones en el mundo entero.

Cyrill se puso de pie.

-Voy corriendo al piso de arriba -explicó -. Quiero tratar de pillar al director antes de que se vaya. ¿Les importa esperar aquí un momento?

Cuando Cyrill se fue, Marissa miró a Tristan.

¿Qué piensas? -le preguntó -. Dime la verdad.

¿La verdad? -repitió Tristan -. Que creo que eres preciosa y que estás agotada. Y que eres sorprendente. De hecho, intimidas. Y, además de todo eso, creo que tienes razón.

Y no se me ocurre ninguna otra persona con la que me gustaría más ocultarme que contigo.

Librodot

EPILOGO

22 DE NOVIEMBRE DE 1990 11.55 a.m.

- ¿Qué nombre de qué calle aparece en aquel cartel? -preguntó Tristan, señalando frente a Marissa, que ocupaba el asiento del acompañante en un coche alquilado de la compañía Hertz.

- ¡No lo sé! -respondió Marissa con exasperación -. No puedo verlo a menos que te adelantes un poco a ese árbol que me lo tapa.

-Tienes razón, querida -asintió Tristan, y llevó el automóvil un poco más adelante.

-Cherry Lane -leyó Marissa.

- ¿Cherry Lane? -preguntó Tristan.

Se inclinó sobre el mapa que había dibujado.

-No entiendo nada de estas indicaciones.

-Tal vez sería mejor retroceder un poco y preguntar -sugirió Marissa.

Algunos minutos antes habían pasado por una estación de servicio.

De repente, Tristan levantó la cabeza.

-Mira -dijo -, puedo encontrar esa maldita casa, ¿entendiste?

Durante un momento, los dos se miraron con furia. Pero enseguida se echaron a reír.

-Lo siento -se disculpó Tristan -. Supongo que estoy un poco tenso. No quise saltar así.

-Tampoco yo -replicó Marissa -. Creo que los dos estamos un poco tensos.

-Bueno, eso sí que es subestimar las cosas -explicó Tristan -. Ni siquiera sé si Chauncey me reconocerá. Han pasado más de tres años.

-Pero tiene seis años -repuso Marissa -. Creo que sí te reconocerá. Me pregunto qué pensará de mí.

-Te adorará -sugirió Tristan -. Estoy seguro.

-Si alguna vez llegamos al lugar -bromeó Marissa.

-Confía en mí -repuso Tristan, y volvió a estudiar su mapa -. Si tan sólo pudiéramos encontrar la avenida Connolly.

-Acabamos de pasar por ella -recordó Marissa -. Estoy bastante segura de que fue la última calle que hemos cruzado.

-Entonces tendremos que dar la vuelta -afirmó Tristan mientras giraba el volante hacia la izquierda -. Algo bastante complicado, porque no se les ocurre nada mejor que conducir por el lado equivocado.

Retrocedieron una manzana y encontraron la avenida Connolly, que desembocaba en la calle Green. Quince minutos más tarde estacionaban frente a una casa blanca de tablas de madera con adornos victorianos. En el jardín delantero había un cartel en el que se leía: FAMILLA OLAFSON.

-Bueno, ya estamos -comentó y observó la casa.

-Así es -asintió Marissa -. Lo logramos.

Ninguno se movió para bajar del coche.

Marissa se sentía particularmente nerviosa. Los Olafson, la familia política de Tristan, cuidaban de Chauncey, el hijo de Tristan, desde hacía tres años. Marissa no los conocía y tampoco había visto jamás a Chauncey. Mientras ella y Tristan estuvieron ocultos, bajo la protección del FBI, les pareció poco prudente visitarlos; hasta ahora, el Día de Acción de Gracias.

Librodot

Los meses pasados desde el regreso de Oriente habían transcurrido con lentitud. El gobierno los instaló en Montana, donde compartían una casa en un pueblo pequeño. A ninguno de los dos se les permitió trabajar como médicos.

Al principio, a Marissa le resultó todo muy difícil.

Tardó bastante en adaptarse a la muerte de Robert. Durante mucho tiempo se sintió responsable de esa muerte. El hecho de que se había producido en un momento en que se llevaban tan mal, no hacía sino incrementar su dolor.

Tristan la había ayudado mucho. En cierta medida, él había pasado por lo mismo, y eso le confería una empatía especial.

Sabía cuándo hablar con ella y cuándo dejarla a solas.

Además de la muerte de Robert, Marissa tuvo que enfrentarse también con la de Wendy. Debieron transcurrir muchos meses antes de que cesaran las pesadillas nocturnas con tiburones Se sentía también responsable por la muerte de su amiga.

Pero, en definitiva, el tiempo logró curar esas heridas.

Poco a poco, Marissa empezó a sentirse mejor, más ella misma.

Hasta reinició su rutina habitual de ejercicios, que consistía en correr varios kilómetros al día. El hecho de adelgazar los kilos que había aumentado durante los tratamientos de fertilidad, contribuyó en gran medida a levantarle la moral.

-Creo que será mejor que entremos -sugirió Tristan.

Pero en cuanto acabó de pronunciar aquellas palabras se abrió la puerta principal de la casa y salieron por ella una pareja y un niño.

Tristan se bajó del coche. Marissa hizo otro tanto. Por un momento, todos permanecieron inmóviles y en silencio.

Marissa miró al chiquillo. Reconoció en él rastros de Tristan en su pelo y en la forma de su cara. Después miró a la pareja.

Eran más jóvenes de lo que Marissa había supuesto. El hombre era alto y delgado, con rasgos afilados. La mujer era baja. Su pelo, muy corto, tenía hebras grises. En la mano sostenía un pañuelo de papel. Marissa comprendió que lloraba.

Las presentaciones fueron difíciles, sobre todo con Elaine Olafson luchando con sus lágrimas.

-Lo siento -se disculpó la mujer -. Pero ver a Tristan remueve en mí el dolor de la pérdida de Eva. Y nos hemos encariñado tanto con Chauncey...

Por el momento, Chauncey estaba cogido a una de las piernas de Elaine. Su mirada pasaba de su padre a Marissa.

Marissa no pudo evitar simpatizar con Elaine. La mujer había perdido a su única hija y estaba ahora a punto de perder al nieto al que había cuidado durante tres años.

Al entrar en la casa, Marissa percibió el maravilloso aroma de pavo asado. Siempre le había encantado el Día de Acción de Gracias. Sus recuerdos de las cenas de esa festividad en Virginia eran cálidos y maravillosos. Siempre fue una época segura y cómoda.

Muy pronto, Tristan y Eric se retiraron al cuarto de trabajo, latas de cerveza en mano, para ver un partido de fútbol.

Marissa y Elaine se metieron en la cocina. Después de un momento de timidez inicial, Chauncey intentó participar de lo que ocurría en ambos lados, yendo de la cocina al estudio y del estudio a la cocina a cada momento. Tristan había decidido no forzar nada. Quería que Chauncey tuviera oportunidad de acostumbrarse a él.

-Déjeme que la ayude en algo -se ofreció Marissa a Elaine.

Sabía que para una cena como ésa la tarea sería grande.

Librodot

Elaine le dijo a Marissa que descansara, pero ella insistió.

Muy pronto se encontró lavando las verduras para la ensalada.

Conversaron acerca del viaje realizado aquella mañana desde Butte, Montana, a San Francisco. Pero, a medida que Elaine se serenaba, pasaron a temas más personales.

-Tristan le contó a Eric por teléfono que planeaban casarse -alegó Elaine.

-Esa es la idea -replicó Marissa.

A ella misma le costaba creerlo. Sólo algunos meses antes jamás se habría imaginado capaz de dar un paso tan trascendental. Pero el paso de la amistad al romance se inició con lentitud, y había crecido en forma constante a lo largo de los meses en que estuvieron ocultos. Y, de pronto, para sorpresa de Marissa, ese romance germinal había florecido con una intensa pasión.

- ¿Piensa adoptar a Chauncey? -preguntó Elaine mientras abría el horno y comprobaba la cocción del pavo.

-Sí -respondió Marissa.

Observó a Elaine y esperó que ella la mirara.

-Sé que todo esto es muy difícil para usted -añadió Marissa -. Imagino cuánto extrañarán al pequeño. Pero hay algo que debería saber. Tristan y yo planeamos mudarnos aquí, para que Chauncey no tenga que cambiar de colegio.

Y también para que estemos todos cerca. Usted y Eric lo verán con tanta frecuencia como lo deseen. Sabemos que el cambio le resultará tan difícil a Chauncey como a ustedes. Pero deseamos hacer todo lo que esté en nuestra mano para que resulte menos penoso.

-Eso es maravilloso -replicó Elaine, y sonrió por primera vez desde que ellos llegaron -. No tenía ni idea. Pensé que regresarían a Australia.

-No -siguió Marissa -. Por ahora será mejor para nosotros quedarnos aquí. Tenemos muchas cosas que dejar atrás.

Queremos empezar de nuevo.

El estado de ánimo de Elaine mejoró muchísimo con la inesperada noticia de que pensaban mudarse a Berkeley.

-Eric y yo les hemos visto en Buenos Dias America y en 60 Minutos Cuando nos enteramos de lo que se hacía en esas clínicas, quedamos consternados. ¡Lo que algunas personas hacen por dinero!

Marissa asintió.

-Me entró la risa ante lo que dijo Charlie Gibson -prosiguió Elaine -. Al comparar el cierre de la cadena de Clínicas de la Mujer con el arresto de Al Capone.

-Sí, parece algo irónico -repuso Marissa.

-Irónico del todo -convino Elaine -. Sé que la evasión de impuestos fue el único delito que pudieron probarle a Capone.

Pero, después de todas las cosas espantosas que hicieron esos médicos, cuesta creer que los únicos cargos a los que deben responder son violaciones relacionadas con la contratación de personal extranjero ilegal.

-Por lo menos, las clínicas están cerradas -prosiguió Marissa -. El problema es que ha sido imposible demostrar que la BCG que se ha inoculado a miles de mujeres provino de esas clínicas en particular. Pero todavía no están a salvo.

Las investigaciones han puesto de manifiesto el hecho de que hayan realizado biopsias de cuello uterino después de Papanicolau normales. Y han descubierto esto tanto en Estados Unidos como en Europa.

- ¿Ninguno de los hombres involucrados irá a la cárcel?-preguntó Elaine.

-Espero que, con el tiempo, alguno sea encarcelado -suspiró Marissa -. La novedad más alentadora es que una serie de directores de clínicas filiales han

comenzado a ofrecerse a declarar como testigos a cambio de inmunidad. Con su testimonio, es posible que veamos algunas sentencias condenatorias.

Elaine se acercó a Marissa.

-Espero que condenen a esos hijos de perra -afirmó.

Al cabo de un rato, le preguntó a Marissa qué planes tenía con respecto a la fecundación in vitro.

- ¿Usted y Tristan piensan intentarlo?

- ¡Oh, no! -respondió con vehemencia Marissa -. Ya he pasado por demasiados ciclos. No puedo decir que haya sido una experiencia muy positiva. Pero tendremos hijos -añadió.

-Oh -exclamó Elaine, algo confundida. Tenía entendido que no podía concebir.

-En primer lugar, está Chauncey. Sé que lo querré tanto como si fuera mío. Y Tristan y yo planeamos realizar una adopción.

- ¿De veras? -preguntó Elaine.

Marissa asintió.

-Adoptaremos a un bebé chino de Hong Kong.

FIN